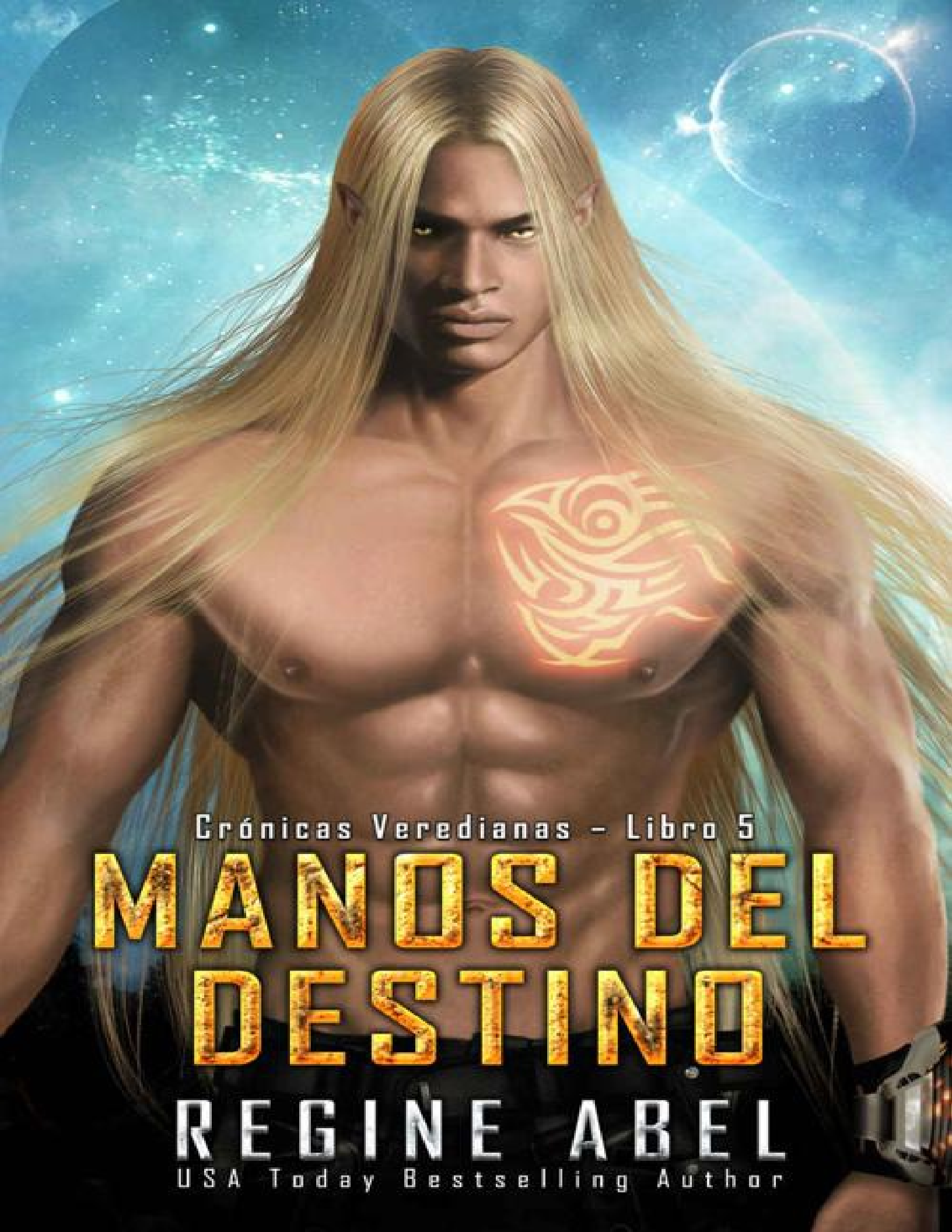

Crónicas Veredianas – Libro 5
MANOS DEL DESTINO
REGINE ABEL
USA Today Bestselling Author

MANOS DEL DESTINO

Crónicas Veredianas – Libro 5



REGINE ABEL

DISEÑO DE PORTADA POR
Regine Abel

ILUSTRADO POR
Sam Griffin
Thanomluk

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS
Copyright © 2024

ADVERTENCIA: La reproducción o distribución no autorizada de esta obra con derechos de autor es ilegal y está penada por la ley. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida electrónicamente o en forma impresa sin el permiso escrito del autor, excepto en el caso de breves citas plasmadas en reseñas.

La autora prohíbe expresamente a cualquier entidad el uso de esta publicación con fines de entrenamiento de tecnologías de inteligencia artificial (IA) para generar texto, incluyendo sin limitación tecnologías capaces de generar obras del mismo estilo o género que esta publicación. La autora se reserva todos los derechos de licencia de uso de esta obra para el entrenamiento de IA generativa y el desarrollo de modelos lingüísticos de aprendizaje automático.

Este libro utiliza un lenguaje adulto y contenido sexual explícito. No está dirigido a menores de 18 años.

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, sucesos o lugares es pura coincidencia.

ÍNDICE

Orden de Lectura

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Epílogo

Otras Obras de Regine Abel
Acerca De Regine



ORDEN DE LECTURA

El universo de las Crónicas Veredianas engloba la serie Braxianos. Si bien cada libro se puede leerse de forma independiente con un argumento romántico completo y sin un final de suspenso, es recomendable leer ambas series en el siguiente orden para disfrutar plenamente de la historia general:

1. Escapando Del Destino, Crónicas Veredianas 1
2. Destino Ciego, Crónicas Veredianas 2
3. Criando A Amalia, Crónicas Veredianas 3
4. Anton's Grace, Braxianos 1
5. Giro Del Destino, Crónicas Veredianas 4
6. Ravik’s Mercy, Braxianos 2
7. Manos Del Destino, Crónicas Veredianas 5

MANOS DEL DESTINO

Atrapado en los retorcidos juegos del Destino.

Hace treinta años, Xevius desafió sus órdenes al negarse a asesinar a la mujer que daría a luz a la futura madre de los Titanes Veredianos. Hoy, su gobierno le exige que compense ese fracaso librando al mundo de esos niños antes de que se vuelvan aún más poderosos. Mientras lleva a cabo esa misión, siente la atracción de la Sintonía—la llamada psiónica de su verdadera compañera. Para complicar las cosas, su mujer resulta ser la líder militar y protectora de las Veredianas.

Con la tensión creciente entre su pueblo y los Xelixianos, lo último que necesita Kamala es un asesino Korletheano a la caza de los niños Veredianos. Intentar eliminarlo primero debería ser una decisión fácil, excepto por el hecho de que es su alma gemela. Atraerlo a su lado podría ser la clave para resolver muchos de sus problemas, pero ¿a qué precio para él y su pueblo?

A medida que se multiplican las visiones y profecías funestas, Xevius se debate entre su conciencia, la lealtad a su pueblo y su amor por la mujer que ha conquistado su corazón.



DEDICATORIA

A todos los lectores que me han seguido desde el comienzo de esta loca aventura. A mis maravillosos lectores beta que no tienen miedo de decir lo que piensan y que aman a estos personajes tanto como yo. A los increíbles artistas que han puesto rostro a los héroes que he creado.

Por los sueños hechos realidad.



CAPÍTULO 1

ERYON

Apenas podía contener mi frenético caminar mientras escuchaba los dolorosos gritos de mi verdadera hija. Aunque amortiguados por la puerta cerrada del dormitorio principal, resonaban demasiado en mis oídos. Sin poder ayudar a Amalia en el parto, vigilé a sus tres primeros hijos—Vahleryon, Zharina y Rhadames—que jugaban a un juego de mesa Xelixiano en la alfombra de la sala de estar. Volví a mirar por el pasillo hacia el dormitorio de sus padres cuando se oyó otro grito. No debería preocuparme tanto. Al fin y al cabo, los dos compañeros de mi hija—Khel y Lhor—estaban a su lado y su abuela, Maheva—una de las curanderas más poderosas de la galaxia—asistió al parto de las gemelas que había dado a luz. Sin embargo, una creciente sensación de inquietud se había apoderado de mí y no me abandonaba.

Me volví hacia mi nieto mayor. Vahl hacía un gran esfuerzo por mantener una expresión neutra en su carita, pero la rigidez de su espalda revelaba su tensión. Zharina—su gemela fraterna—y su Geminado—Rhadames—no lo consiguieron en absoluto. A pesar de su evidente preocupación y angustia por el sufrimiento de su madre, seguían enviando psíquicamente ondas tranquilizadoras a su hermano mayor.

El pequeño Vahl no solo era un Titán; también era el alfa supremo. Cuando llegué por primera vez a sus vidas, hacía poco más de dieciocho meses, había dudado de mi capacidad para aportarle verdadera paz, para enseñarle a mantener bajo control la rabia, la violencia y la naturaleza territorial de quienes, como él, habían heredado poderes psíquicos extremadamente poderosos. Pero había superado todas mis expectativas con su autocontrol. Y sus hermanos habían hecho maravillas apaciguándole cuando su naturaleza más violenta se apoderaba de él.

Los Titanes habían sido el resultado de las manipulaciones genéticas que los Korletheanos—mi pueblo—habían llevado a cabo para convertir a nuestra especie en casi divina. Aquella arrogancia casi había provocado nuestra extinción, al volverse nuestra descendencia Titán contra nosotros por considerarnos inferiores. Los años pasados cazando y exterminando hasta el último de ellos habían dejado nuestro planeta destrozado y a nuestro pueblo debilitado.

Y entonces, en el giro más improbable del destino, mi hija había dado a luz a los primeros nuevos Titanes en treinta años, cada uno de ellos aún más poderoso que cualquiera que

hubiéramos visto antes. Desde entonces, muchas más Veredianas como ella han dado a luz a vástagos similares, para mayor consternación de mi pueblo. A pesar de mi completa lealtad al Imperio Korletheano, me convertí en un proscrito para proteger a mis nietos y proporcionarles la orientación necesaria para evitar que se convirtieran en las abominaciones que creíamos que serían. Pero incluso ahora, mientras esperaba el nacimiento de mis nuevas nietas, me corroía el temor de que ellas fueran los verdaderos monstruos.

—¡Veo su cabeza! ¡Empuja, Amalia! ¡Empuja! —dijo la voz apagada de Maheva a través de la puerta.

Todos los niños giraron la cabeza hacia el pasillo, con los ojos muy abiertos, conteniendo la respiración como yo. Una vez que la niña hiciera su entrada en este mundo, como sus parientes, todos sentiríamos que nuestro vínculo de sangre se asentaba, como un extraño dolor en el pecho. Me molestaba que estuvieran al alcance del oído de todo aquello, pero era la costumbre Xelixiana. De todos modos, los niños no lo habrían hecho de otro modo, con los protectores que eran de su madre.

Amalia emitió un gruñido largo y prolongado, seguido de silencio.

Di un par de pasos involuntarios hacia el dormitorio, aguzando el oído para captar cualquier sonido de conversación. Pero nada, ni siquiera los gritos lujuriosos de un recién nacido.

Pero incluso cuando el lazo de sangre me oprimía el pecho, sentí que una oleada de agresividad se abalanzaba sobre mí, casi malévola en su naturaleza más que animal. Apenas tuve tiempo de proteger mi mente antes de que el ataque psiónico me golpeara. Había sido concebido como un golpe mortal, pero la joven mente—aunque increíblemente poderosa para un bebé de pocos minutos—aún no tenía la concentración y la comprensión de las debilidades de una mente adulta para ser letal.

Vahl se puso en pie de un salto, con una expresión depredadora en el rostro. Sus garras brotaron de las puntas de sus dedos y sus colmillos descendieron. Aunque normalmente a los machos Xelixianos no les salían los colmillos antes de los once o doce años, y los venenos solo al principio de la pubertad, como Titán, Vahl y sus hermanos eran más que precoces. A su edad actual de cinco años, el veneno de Vahleryon podía matar en cuestión de segundos.

—¡Vahl, paz! —dije, intentando ocultar el miedo en mi voz.

Me ignoró y empezó a merodear hacia la habitación de sus padres. Por la expresión de preocupación en las caritas de sus hermanos mientras veían alejarse a su hermano mayor, dudaba que la recién nacida les hubiera atacado. Pero no había duda de que había atacado a Vahl.

—¿Qué coño quieres decir con que es un niño? —exclamó la voz de Amalia—. ¿Cómo que no hay gemelos?

Sentí que la sangre se me escurría de la cara y que el corazón se me caía a los pies.

¡Una Sombra! ¡Diosa, protégenos!

Alcancé a Vahl para impedir que entrara con la intención de arrastrarlo lejos de aquí. Pero levantó despreocupadamente la mano izquierda hacia mí, y me quedé paralizado. Como

biocinético, mi nieto podía controlar cualquier tejido vivo, desde obligar a una persona a caminar hasta privar a su objetivo de la capacidad de utilizar una o varias de sus extremidades, hacerla levitar o, directamente, detener o aplastar el corazón de su víctima.

Vahleryon podía matar en masa con un pensamiento.

Sus hermanos siguieron su estela, lanzándome ambos una mirada de disculpa al pasar junto a mí. En cuanto Vahl abrió la puerta del dormitorio, un siseo feroz saludó su entrada.

—¿Qué… qué está pasando? —dijo Amalia con voz temblorosa.

Los grilletes invisibles que me sujetaban se disolvieron. No me pregunté por qué mi nieto había decidido liberarme, pero corrí hacia el dormitorio.

—Hijo... —dijo Khel, en tono cauteloso, pero de advertencia, mientras apretaba con más fuerza al niño Sombra que tenía en brazos.

El bebé, que luchaba por mantener la cabeza erguida, siseaba a Vahl con un brillo asesino en los ojos, del mismo púrpura oscuro que los de su sire, Khel, y los de su hermano mayor.

—No pasa nada, Papi —dijo Vahl con voz asombrosamente controlada. Territorial como era, esperaba que hubiera tomado represalias al instante contra su hermano... de la forma más extrema—. No voy a hacerle daño aunque intente matarme.

—¿Qué? —susurró Lhor, mirando fijamente al chico.

—¿Matarte? —preguntó Amalia con expresión horrorizada, su mirada pasó del hermoso bebé en brazos de Khel a su hijo mayor.

El bebé podría haber sido el gemelo de Vahl, con la misma piel marrón claro, las pupilas moradas sobredimensionadas y las manchas oscuras como de guepardo que formaban una elegante línea a cada lado del cuello, a lo largo de los brazos y a lo largo de las piernas.

—No te preocupes, Mamá —dijo Vahl, acercándose con paso firme al recién nacido—. No puede hacerme daño.

Khel apretó aún más al niño, clavando su mirada en la de su primogénito, escrutadora.

—Háblame, hijo —le dijo a Vahl.

El niño se detuvo y miró a su padre con una serenidad que me dejó sin habla. Podía sentir las oleadas de agresividad que brotaban del bebé, aunque ahora se centraban en su hermano mayor.

—Estoy bien, Papi. Tengo el control —dijo Vahl con estoicismo—. Está enfadado, pero le enseñaré la paz. Le *enseñaremos* la paz —corrigió, mirando por encima del hombro a sus hermanos y luego a mí.

Mi pecho se contrajo de amor, orgullo y gratitud. Mi pueblo había intentado matarlo por lo que era y por lo que podría hacer, pero él seguía desafiando las probabilidades. Más allá de su tremendo poder psíquico, encarnaba plenamente el amor infinito de su madre, la feroz protección de su progenitor, Khel, y la devoción desinteresada de su padre, Lhor.

Khel estudió el rostro de su hijo durante un segundo y luego asintió en señal de concesión.

—Confío en ti —dijo.

El rostro de Vahl se disolvió en una expresión de pura adoración. Adoraba a su padre, que no

apreciaba plenamente el poder de aquellas tres palabritas cuando se trataba de su hijo. La única vez que Vahl había traicionado la confianza de su padre, la decepción en el rostro de Khel casi lo había aplastado. El muchacho se había esforzado para que eso no volviera a ocurrir. Y esto explicaba en gran medida su increíble control de hoy.

Lhor cogió la mano de Amalia. Su mirada recorrió a Zharina y Rhadames—a los que había engendrado—antes de posarse en Vahl. Aunque tenso, también se podía ver confianza en su rostro. Agradecí una vez más a la Diosa que hubiera dado a mi hija compañeros tan maravillosos como aquellos dos machos, los padres perfectos para su poderosa descendencia.

Amalia, con la frente aún húmeda por el esfuerzo del parto, se aferró a la mano de su segundo compañero con fuerza contundente mientras contemplaba con miedo la escena que se desarrollaba ante ella. Su abuela, Maheva, le había cubierto el pudor cuando habíamos irrumpido. Pero ahora, ella también contemplaba la escena con una sensación de temor, no solo por la amenaza que representaba el recién nacido, sino porque ella misma estaba embarazada. Con los problemas reproductivos Veredianos resueltos, ella y su compañero, Minh, habían decidido tener un hijo en su último año de fertilidad. Podía ver en su rostro que temía que fuera igual de violento.

—Hola, hermanito —dijo Vahl, acortando la distancia con el niño—. Conozco tu rabia. Yo solía sentir lo mismo. No puedes matarme. Soy mayor y más fuerte que tú. Siempre seré mayor y más fuerte que tú.

El bebé siseó, y sentí los golpes psíquicos que lanzó en rápida sucesión contra su hermano. Con la columna vertebral en tensión, esperé con la respiración contenida la reacción de Vahl.

Sonrió.

—Qué lindo, pero sigues sin poder hacerme daño —dijo Vahl con expresión de suficiencia.

Tendió una mano hacia el bebé, que intentó arañarle. La mano del niño Sombra se congeló en el aire y miró incrédulo a su hermano mayor.

—Como te he dicho, soy más fuerte que tú —dijo Vahl encogiéndose de hombros antes de apoyar la palma de la mano en la nuca del bebé—. Aunque quieras matarme, te protegeré.

Las oleadas de agresividad que había sentido se desvanecieron casi instantáneamente cuando Vahl empujó su *Kaa*—energía psiónica pacífica—hacia su hermano menor. El recién nacido lo miró boquiabierto.

—Se siente mejor, ¿verdad? —preguntó Vahl. El bebé siguió mirándolo con una mezcla de asombro y confusión—. Te enseñaremos la paz. Cuando estés demasiado enfadado, puedes atacarme a mí. A nadie más que a mí. Si haces daño a alguien, te castigaré.

Pero incluso mientras su pequeña familia abrazaba a su nuevo miembro, algo había cambiado irrevocablemente, y solo podía rezar a la Diosa para que no fuera a peor.



CAPÍTULO 2

XEVIUS

—Xevius Thanis, una vez más se te llama a servir al Imperio —dijo el Omniato Daleus con ese tono detestablemente pomposo que le gustaba adoptar para darse aires de grandeza—. Lo que habíamos temido, desde que permitiste vivir a la Verediana llamada Sevina, se ha hecho realidad.

Apreté los dientes, pero controlé mis facciones para no revelar el alcance de mi enfado. Habían pasado casi veintinueve años desde que decidí no asesinar a la verdadera compañera de Eryon, a pesar de la petición del Quórum. Y aun así, el hijo de Sharaz seguía sin dejar de reprocharme que siguiera mi conciencia cuando me había enfrentado a una elección que podía acarrear consecuencias nefastas para toda la galaxia.

—La hija de Sevina no solo ha dado a luz al líder de los Titanes; ahora ha parido a una Sombra. Según todos los indicios, la vileza y malevolencia de su vástago son tales que debe mantenerse aislado de las demás abominaciones Veredianas —continuó Daleus—. Debe ser eliminado antes de que su maldad se extienda. Aparte de esa única muestra de debilidad, has servido al Imperio Korletheano con distinción. ¿Podemos esperar que esta vez cumplas con tu deber, o vacilarás una vez más por compasión hacia tu viejo amigo?

Tras lanzar su última puya, Daleus miró a los otros once Omniatos que presidían el Quórum —el órgano de gobierno de Korlethea.

Estaban sentados ante mí en un estrado semicircular elevado. La mayoría tenía las manos juntas sobre la larga y oscura mesa de piedra que tenían delante, mientras que muchos de los demás se apoyaban en los altos respaldos de sus sillas. Detrás de ellos, los Destinos—seis de nuestros videntes masculinos más poderosos—se sentaban en dos filas en la mitad izquierda de la mesa de los Omniatos, y las Oráculos—seis de nuestras videntes femeninas con más talento—se sentaban en dos filas en la mitad derecha del estrado.

Yo me encontraba en el anillo central de color blanquecino del suelo de piedra, que estaba decorado con otros dos anillos concéntricos, cada uno de los cuales adquiría un tono más oscuro de marrón dorado. Detrás de mí, cientos de bancos de piedra vacíos y de color marrón claro se alzaban en un anfiteatro para las ocasiones en que los medios de comunicación y nuestros

ciudadanos eran bienvenidos para asistir a los debates del Quórum, presentar sus fuentes de descontento y cuestionar o debatir nuevas leyes.

Me eché el pelo dorado que me llegaba hasta la cintura por encima del hombro, inhalando despacio para contener mi temperamento. Daleus intentaba incitarme a una respuesta temeraria, impropia de un asesino real; no le daría esa satisfacción.

—Con el debido respeto, Omniato Daleus, no vacilé. Salvar a Sevina Fein fue una decisión deliberada, tomada tras una profunda deliberación. Mantengo la decisión que tomé entonces y volvería a hacer lo mismo aunque tuviera la posibilidad de retroceder en el tiempo —dije estoicamente.

Los ojos gris azulados de Daleus se encendieron con malicioso regocijo.

—Entonces, ¿confirmas que desobedeciste intencionadamente una orden directa del Quórum? ¿Que traicionaste tu juramento de lealtad y servicio al Imperio?

Sonreí ante su patético intento de provocarme.

—Confirmo que tomé una decisión de acuerdo con las leyes sagradas que rigen a nuestro pueblo. Seguramente no necesito recordarle a un Omniato que, cuando se le presentan los posibles caminos del Destino, uno es libre de tomar la decisión que considere oportuna, aunque entre en conflicto directo con la voluntad del Quórum. El Destino lo anula todo.

Daleus apretó los labios, mientras mi amigo, el Omniato Sagan, y la enferma Omniato Theanna, apenas lograban ocultar sus sonrisas. Eran los únicos dos de los cuatro funcionarios del Quórum que no estaban actualmente bajo el pulgar de Daleus.

—No, no lo sabes —dijo Daleus en tono gélido—. Pero viendo que se cumplen las peores profecías sobre la descendencia de Amalia, ¿cómo puedes seguir manteniendo tu desacertada decisión de no matar a su madre para impedir su nacimiento?

—¿Qué peores profecías? —desafié, levantando la barbilla y juntando las manos a la espalda —. Dio a luz a cuatro Titanes. Los caminos de las Oráculos afirmaban que el mayor se convertiría en un monstruo que destruiría la galaxia tal y como la conocemos, o se convertiría en el mayor general de todos los tiempos, trayendo una paz duradera en ambos Cuadrantes del universo conocido. No se ha registrado ni un solo incidente desafortunado relacionado con él, ni con ninguno de los demás Titanes nacidos de las parejas Veredianas-Xelixianas.

—¡Ha parido una Sombra! —gritó Daleus, golpeando el escritorio con el puño.

No hice ningún esfuerzo por ocultar mi sonrisa burlona al ver que su barniz de control se había resquebrajado con tanta facilidad. A pesar de ello, Tharek, el hijo menor de Amalia, era una fuente importante de preocupación. Las Sombras eran maestras del engaño y la distracción. Según todos los indicios, los Praghan habían creído que Amalia era madre de gemelas, pero descubrieron que solo era madre de un macho. Que hubiera engañado incluso a una poderosa curandera Verediana, capaz de detectar la edad, el sexo y la salud general de un feto con un simple toque, decía mucho de lo tremendamente fuerte que ya era. Las Sombras eran intrínsecamente viciosas. Yo no las llamaría malvadas, ya que el instinto, y no la malicia, las

impulsaba a intentar eliminar cualquier forma de rivalidad o amenaza, ya fuera real o percibida.

—Lo hizo —concedí—. Aunque es preocupante, el niño ha celebrado recientemente su segundo cumpleaños y, *de nuevo*, no se ha informado de ningún incidente relacionado con la Sombra. De hecho, grabaciones recientes en los medios de comunicación del estilo de vida Xelixiano mostraban a Tharek jugando con sus hermanos mayores, incluido Vahleryon. Deberían haberse masacrado entre ellos a los pocos segundos de nacer él, pero en lugar de eso, viven en armonía.

—Es inquietante tu posición defensiva en nombre de esas abominaciones —dijo Daleus, mirando a los demás Omniatos en busca de apoyo.

Algunos de ellos asintieron con una expresión preocupada en el rostro. Tenía que andarme con cuidado: Los Titanes eran un tema extremadamente delicado con los Korletheanos.

—Exponer los hechos no es defenderse —repliqué—. *No* soy un asesino a sueldo. Soy las Manos del Destino y del pueblo Korletheano. Mi función es eliminar las amenazas para el Imperio. Como tal, y sobre todo porque mi decisión, hace tres décadas, permitió que nacieran estos niños, he vigilado de cerca sus acciones y su evolución. No he encontrado pruebas de ninguna amenaza.

—Las Oráculos discrepan —gruñó Daleus.

Se me encogió el corazón. Si las Oráculos tenían una visión sobre los chicos que el Omniato quería que matara, una vez más recaería sobre mí la carga de tomar la decisión de perdonarlos o no. Con los Destinos, era fácil: los videntes masculinos solo preveían acontecimientos inevitables. No tenían control sobre las profecías que les llegaban por capricho. Pero las mujeres videntes podían buscar visiones sobre una persona o un momento concreto en el tiempo. A diferencia de los Destinos, veían múltiples resultados potenciales de un acontecimiento. Las decisiones que tomábamos en el camino determinaban cuál de esos resultados se haría realidad.

La Oráculo Jaya se puso en pie.

—Si se permite vivir a Vahleryon y Tharek Praghan, veo tres caminos —dijo Jaya en tono solemne—. En el camino de la izquierda, los Omniatos del Quórum están de rodillas, sus gritos de locura ahogan la risa malévola de la Sombra. En el camino del medio, los Korletheanos de nuestras casas más poderosas están de rodillas, controlados por la trampa mental de la Sombra mientras el joven Vahleryon mata selectivamente a muchos de ellos. Y en el camino de la derecha, el Quórum está de rodillas, controlado por Vahleryon. Sus dos hermanos menores, Zharina y Rhadames, están a su lado mientras tú yaces muerto en un charco de tu propia sangre.

—¿Dónde está el camino positivo? —pregunté cuando dejó de hablar, pues mi mente se tambaleaba ante tan funestas visiones—. Aunque improbable, siempre hay uno.

—He buscado uno, hermano, pero solo éstos se manifiestan —dijo Jaya con tono conmiserativo—. Sea cual sea el resultado positivo que pueda haber, está oculto en los tres caminos que te he presentado.

—Así que, como puedes ver, Asesino —dijo Daleus con suficiencia—, nada bueno para

nuestro pueblo puede derivarse de permitir que vivan estas abominaciones.

Odiaba aquel título, casi tanto como la idea de matar niños.

—¿Y si mueren? —pregunté—. ¿Qué caminos has visto, entonces? —la expresión preocupada en los rostros de todas las Oráculos me hizo sospechar al instante—. No es mejor, ¿verdad? Matarlos no garantiza un destino mejor.

—Matarlos al menos presenta un camino en el que las cosas permanecen como están actualmente —dijo Daleus encogiéndose de hombros.

—Pero el resultado de los otros caminos sería peor que perdonarlos —contraatacó la Omniato Theanna, con el ceño fruncido en su bello rostro, prematuramente envejecido por la enfermedad Sunescient que la mataría antes de cumplir cuarenta y tres años—. Sea cual sea el terrible destino al que se enfrente este Quórum a manos de los Titanes, la visión de que el muchacho se convierta en el mayor general que este universo haya visto jamás sigue en pie.

—¿Estarías dispuesta a dejar que masacraran a este Quórum? —preguntó el Omniato Piatus.

—Si eso trae una paz duradera a nuestra galaxia y permite que Korlethea recupere su antigua gloria, entonces sí, sin dudarlo —dijo la Omniato Theanna.

Mi corazón se llenó de respeto y tristeza al mirarla. Había tenido un ascenso tan estelar a través de las filas del Quórum. Su abnegada devoción por nuestro pueblo, sus ideas progresistas y su apertura al cambio la habían convertido en un faro brillante para el futuro político de Korlethea. Incluso los más conservadores habían apoyado a la Omniato Theanna hasta que la enfermedad incurable la golpeó hace poco más de un año. Al percibir el cambio de poder, la mayoría la había abandonado para apoyar a Daleus. El Omniato Sagan era uno de los pocos que no tenía reparos en ponerse del lado de Theanna cuando sus posturas coincidían, lo que ocurría a menudo. Por derecho, debería haber dimitido y haber pasado los meses que le quedaban de vida disfrutando de lo poco que aún podía. Pero sabía el desastre que se abatiría sobre Korlethea sin ella y sin los pocos que permanecieron leales a ella—a nuestro pueblo—para mantener a Daleus bajo control. Theanna lucharía hasta su último aliento y mantendría la improbable esperanza de que otro se alzara para llevar la antorcha una vez que ella cayera.

—He escuchado la voluntad del Quórum y las advertencias de las Oráculos —dije—. Iré a Xelix Prime y buscaré a estos jóvenes Titanes. Pero, al igual que con su gran madre Sevina, mi decisión de ejecutarlos o no se basará únicamente en mi evaluación de su nivel de amenaza y en el curso de acción que considere que puede conducir al resultado menos perjudicial.

—¿Menos perjudicial para quién? —preguntó Daleus con voz fría.

—Para Korlethea —respondí, reprimiendo un gruñido.

—Entonces quizá deberíamos nombrar a otro asesino menos *reacio* —replicó, aunque dio a entender claramente “traidor”.

—Tu voluntad, Omniato —dije encogiéndome de hombros—. Ya sea yo u otro agente, cuando el Destino está implicado, la elección es nuestra, no tuya.

—Procede entonces, Agente Thanis —dijo Piatus—. Esperaremos impacientes tu informe.

Por fin.

Colocando la palma de la mano sobre el corazón, incliné la cabeza en el tradicional saludo Korletheano, luego me di la vuelta y me dirigí directamente hacia la puerta. Las oleadas de odio de Daleus retrocedieron por fin a medida que aumentaba la distancia entre nosotros. Aunque ser un Empático tenía grandes ventajas, sobre todo para un agente que trataba con personas que podían volverse contra ti en un abrir y cerrar de ojos, podía resultar agotador estar constantemente bombardeado por emociones negativas, sobre todo para evitar que nos hicieran perder el control.

Las miradas de mis compañeros agentes que estaban en el vestíbulo me pesaban mientras me dirigía al ascensor, con la intención de llegar al hangar de lanzaderas en los niveles inferiores de la Asamblea. A ellos también les asignarían tareas en breve, probablemente mucho menos inquietantes que las mías.

Saludé con la cabeza a Febus, antiguo militar de operaciones especiales que se había unido a los Agentes Imperiales tras su liberación de años de esclavitud a manos de los Guldanos. Febus había sido esclavizado junto con Eryon Valis, el Omniato Sagan, Seer Killian y demasiados otros para enumerarlos. Durante más de dos décadas, les habían obligado a aparearse con cautivas Veredianas con la esperanza de fecundarlas con más jóvenes Veredianas con poderes únicos que atrajeran a los compradores.

Hace casi treinta años, como parte de una misión que me cambió la vida, me había dejado capturar deliberadamente por los Guldanos para servir como semental en sus criaderos. Mi propósito: asesinar a Sevina Fein, la joven inocente que resultó ser el alma gemela de Eryon. Aquella misión quebró al agente despiadado y ferozmente leal que yo había sido entonces. A los veintidós años, había ascendido vertiginosamente en la agencia. Nunca había estropeado una misión ni cuestionado las órdenes o los motivos del Quórum. Yo era la Espada de Korlethea, su ira y su mano vengativa. Ay de cualquiera que se atreviera a amenazar a nuestro pueblo y nuestra soberanía.

Y entonces miré fijamente a los ojos de la hermosa brizna de muchacha que había estado esperando ansiosamente reunirse con su Eryon durante las tres semanas de acoplamiento "forzado" durante su época de apareamiento. No solo había luchado con la idea de matar al alma gemela de uno de mis mejores amigos, sino que, por primera vez, me había cuestionado lo correcto de la constante necesidad de los Korletheanos de controlar el Destino. ¿Cómo podía tener sentido asesinar a una mujer inocente solo para impedir el nacimiento de los nietos que le daría su propio hijo?

Pero fue el año que tardé en preparar y llevar a cabo mi huida lo que realmente cambió mi opinión sobre el Quórum, las creencias Korletheanas y mi propio papel en el gran esquema de las cosas. El Quórum había estado adoctrinando a la población con un resentimiento sistémico hacia las Veredianas, presentándolas como las portadoras de la perdición para toda la vida. Durante el tiempo que pasé en los complejos de reproducción, vi que la mayoría de ellas eran jóvenes

asustadizas que aprovechaban al máximo la difícil vida a la que las habían encadenado y se apoyaban entre sí todo lo que podían.

Nosotros habíamos provocado la tragedia que las llevó al borde de la extinción y que había dado origen a los Titanes. Ahora que las Veredianas se habían liberado y prosperaban, creciendo tanto en poder como en riqueza, queríamos castigarlas de nuevo... por miedo.

Desde el momento en que surgió la primera duda en mi mente, el daño fue irreversible. Y yo no era el único agente en esta situación. Muchos de nosotros habíamos empezado a cuestionar la legitimidad de algunas de las órdenes del Quórum. Ese malestar se vio alimentado por las quejas de tantos esclavos Korletheanos liberados por las Veredianas y sus aliados cuando derribaron el imperio reproductor de Gruuk. Habían engendrado muchas hijas Veredianas a las que el Quórum no solo les había prohibido buscar, sino que también quería ver asesinadas. En Korlethea se estaban gestando disturbios. Se trazaban líneas, se elegían bandos y se dividían las lealtades.

Todo llegaría a un punto crítico demasiado pronto.

Entré en el ascensor y descendí al hangar de lanzaderas. Unos cuantos trabajadores del muelle me saludaron con la cabeza mientras me dirigía a mi lanzadera personal, enumerando mentalmente todas las cosas que necesitaría para el viaje, que esperaba no durara mucho. Sentí un cosquilleo en el sexto sentido cuando vi la silueta plateada de mi nave en forma de bala. Me esperaba una presencia familiar y no amenazadora. Aún no podía ver a la persona, pero sabía que me acercaba. Al acercarme a la pequeña nave, necesité todo mi autocontrol para mantener una expresión neutra y no maldecir.

—¿No crees que ya he tenido bastante de las Oráculos por hoy? —pregunté a la mujer mayor.

Mi Tía Venya Solius, una de las Oráculos más poderosas de Korlethea, era alta, ágil, con la barbilla y las orejas puntiagudas y el pelo negro, largo y lacio hasta la cintura. Poseía los mismos ojos verde bosque que mi difunta madre, su hermana mayor, y una piel marrón dorada un par de tonos más oscura que la mía.

—Hola a ti también, Sobrino —dijo la Tía Venya con su legendaria actitud.

—Si has venido a avisarme de mi muerte inminente, otra se te ha adelantado —dije sarcásticamente.

Una mirada preocupada cruzó sus facciones, que aún parecían jóvenes a pesar de sus setenta y cuatro años. Dado que la esperanza de vida media de los Korletheanos es de ciento cincuenta años, no mostraría verdaderos signos de envejecimiento antes de los noventa. Me sentí como una mierda por ser tan sarcástico. Después de que mi madre muriera cazando Titanes durante mi infancia, la Tía Venya me había tomado bajo su protección. Me encantaba aquella mujer insufrible.

—Veo muchos caminos donde tú vives aparte de ese futuro —dijo con un tono amable que no había oído de ella en más años de los que podía contar.

—¿Pero a qué precio para el Pueblo? —pregunté, cruzando los brazos sobre el pecho.

—No te preocupes por esa visión —dijo la Tía Venya, agitando la mano con desdén—. Sea cual sea la decisión que tomes, siempre será en interés del Pueblo.

Dio un par de pasos hacia mí y me pasó el largo pelo por encima del hombro antes de ahuecarme la cara con ambas manos. Parpadeé, sorprendido por aquella inusual muestra de afecto.

—Desempeñarás un papel fundamental en el futuro que nos espera a todos. Siempre fuiste querido por el Destino.

Resoplé, dirigiendo a mi tía una mirada incrédula. Al Destino le gustaba joderme, y no de forma divertida.

—A pesar del odio que Daleus siente por que no te inclines ante él, no tiene más remedio que enviarte a esa misión porque cualquier otro agente fracasará —dijo la Tía Venya, bajando las manos de mi cara para posarlas sobre mis hombros—. El chico los matará, y esto iniciará una guerra diplomática entre la Alianza y nosotros por intentar asesinar a una especie protegida.

—¿Pero no me matará a mí? —pregunté, dubitativo. Por muy seguro de mí mismo, si no engreído, que me sintiera de mis habilidades, había observado a Vahl Praghan lo suficiente en el pasado como para saber que podría derrotarme si se lo proponía.

—No, no lo hará. Te espera un camino difícil, Xevius, con muchas decisiones dolorosas que tomar. Al igual que con la Verediana Sevina, sigue tus convicciones y tu conciencia.

—Entonces, ¿me estás diciendo que perdone la vida a los chicos? —pregunté, sorprendido de que una Oráculo intentara influir en mis decisiones.

—Digo que sopeses los pros y los contras, como hiciste con ella, y luego dejes que tu corazón decida. Ni el deber, ni el miedo, ni las expectativas de nadie deben influir en lo *que* creas que es la decisión correcta.

—Eso no ayuda mucho —dije con una sonrisa burlona.

Ella resopló.

—Lo que no ayudará mucho es encontrar a tu alma gemela entre las Veredianas de Xelix Prime.

Se me desencajó la mandíbula y años de autocontrol desaparecieron al instante. Se echó a reír. Me soltó los hombros y retrocedió un par de pasos para mirarme burlonamente.

—Dime que es una broma de mal gusto —dije gruñendo.

—Ya te gustaría —dijo la Tía Venya con una mirada casi compasiva—. Como he dicho, tendrás que tomar decisiones difíciles entre tu compañera, el Quórum, tu conciencia y el futuro del Pueblo.

Se puso sobria, mostrando una expresión que había llegado a conocer demasiado bien a lo largo de las décadas. Me preparé para lo que vendría a continuación.

—Para ti, veo tres caminos —dijo mi tía con aquella voz solemne que siempre adoptaba cuando revelaba sus vislumbres del futuro—. En el camino de la izquierda, ponerte del lado de tu compañera desencadenará el inicio de la guerra civil en Korlethea. En el camino del medio,

matar a los chicos mantendrá el statu quo, y el mundo continuará como hasta ahora. En el camino de la derecha, matar a los chicos dará lugar a un nuevo imperio Guldano-Sareniano que esclavizará a la galaxia.

—Las Oráculos están llenas de grandes noticias, ¿verdad? —gruñí.

En lugar del comentario sarcástico que esperaba de ella, el rostro de la Tía Venya adoptó una expresión suave, casi maternal. Se me apretó el pecho ante su repentino y extraño parecido con la cariñosa madre que me habían arrebatado demasiado pronto. Puso la palma de la mano sobre mi corazón, un gesto íntimo que significaba amor y lealtad inquebrantables entre parientes o amigos muy íntimos.

—Triunfarás como siempre lo has hecho —dijo la Tía Venya con voz tranquilizadora—. Esas decisiones pueden parecer difíciles, o incluso injustas, pero a veces es necesario romper un hueso para recomponerlo adecuadamente. Deja que tu conciencia sea tu única guía, y todo será como debe ser.

Cogiéndome de nuevo la cara con ambas manos, me atrajo hacia ella para darme un suave beso en la frente.

—Por el Pueblo —dijo acariciándome la mejilla. Dejó caer la mano, se dio la vuelta y se alejó.

—Por el pueblo —susurré en respuesta mientras la observaba alejarse.



CAPÍTULO 3

KAMALA

—Solo hoy ha habido doce incidentes más con niños Veredianos —dije sombríamente.

—¿Niños Veredianos o Titanes? —preguntó Eryon.

Fruncí el ceño, resintiendo un poco la pregunta, aunque tenía mérito. Khel, Lhor y Zhul se pusieron rígidos y lo miraron con severidad. Solo mi hermanastra Aleina y su compañero Ghan permanecieron estoicos al oír sus palabras. Los tres primeros hombres, que habían engendrado Titanes, se opusieron a que se señalara a su descendencia. Khel, en particular, era muy sensible a toda negatividad hacia los Titanes, ya que había engendrado a los dos más poderosos—y violentos—de entre ellos. Ya tenían cuatro hijos, y no planeaban tener más en un futuro próximo —si es que querían—pero Amalia le había confiado que Khel había jurado no engendrar ningún otro hijo tras el nacimiento del pequeño Tharek, la Sombra. Aunque adoraba a sus hijos y daría la vida por ellos, les temía—todos les temíamos—y se creía destrozado por el hecho de que sus hijos fueran tan viciosos.

—Titanes —concedí a regañadientes, recostándome en la silla.

Estábamos sentados en la Sala de Situación del complejo militar de Khel erigido directamente en una parte de su propiedad, la Finca Praghan. Lo que había empezado siendo un puesto temporal mientras él lidiaba con la devastadora pérdida de toda su familia a causa de un asesinato mientras ejercía sus funciones como General del ejército Xelixiano, acabó convirtiéndose en una instalación permanente de última generación, que incluía un enorme búnker y un calabozo. A menudo utilizábamos la Sala de Situación para discutir asuntos de relevancia para las Veredianas que vivían en Xelix Prime, sentados alrededor de la enorme mesa de conferencias con capacidad para veinte personas, que ocupaba el centro de la sala rectangular. Una de las grandes pantallas de video que cubrían las paredes mostraba las fotografías de los niños implicados en los incidentes.

—Una vez más, los niños Xelixianos iniciaron la disputa, en la mayoría de los casos intimidando a uno de los Veredianos más jóvenes, cuyos poderes aún no se han manifestado o no pueden utilizarse ni para atacar ni para defenderse —dije.

—Y los Titanes intervinieron para defenderlos —conjeturó acertadamente Khel.

Asentí con la cabeza.

—En todos los casos, excepto en la Escuela Tharmita, los niños Xelixianos resultaron heridos. Nada grave, pero lo suficiente para que sus padres se levantaran en armas.

—¿Ninguno en Tharmita? —preguntó Khel, con la voz llena de tensión y esperanza.

Sonreí.

—Tu pequeño Vahleryon desactivó sistemáticamente la situación.

La expresión de la cara del General me conmovió hasta la médula. Sufría por sus hijos, temiendo constantemente no estar haciendo lo suficiente para asegurarse de que se cumpliera el resultado positivo de la predicción de la Oráculo, a diferencia de aquel en el que Vahl destruiría toda la vida tal y como la conocíamos. No teníamos ninguna predicción sobre el pequeño Tharek. A pesar de ser un Vidente, Eryon no podía ver el futuro que implicaba a su propio linaje. Al ser rechazado como traidor por el Imperio Korletheano por haberse acercado a su hija Verediana y por desafiar el edicto del Quórum de no establecer contacto con los Titanes, no tenía forma de buscar previsiones de sus compañeros Videntes y Oráculos.

Lhor volvió su imponente rostro hacia Khel—su Geminado—y le dedicó una suave sonrisa de ánimo. Por la forma en que toda la tensión desapareció del hombro de Khel y el aire de paz que se instaló en sus apuestos rasgos, sabía que Lhor le había enviado emociones tranquilizadoras. Como Geminados, compartían esencialmente la misma alma dividida entre dos cuerpos. Su vínculo especial les permitía sentir las emociones del otro. Aunque tenían vidas y pensamientos independientes, Lhor dependía de Khel—el primogénito y, por tanto, Ancla de ambos—para su propia supervivencia. Si Khel moría, a los pocos minutos también lo haría Lhor. Pero no al revés.

—Por desgracia, esa resolución pacífica no impidió que los padres montaran un escándalo y exigieran el desalojo de los Veredianos de sus escuelas —dije con ira apenas reprimida—. Según los padres, esas escuelas son para los Xelixianos.

—En primer lugar, las escuelas de Xelix Prime están abiertas a cualquier residente, independientemente de su especie —espetó Zhul, y sus ojos plateados se oscurecieron como una tormenta en ciernes—. En segundo lugar, ¿no ven el crihnin en la frente de nuestros niños que los marca claramente como híbridos Xelixianos?

—El crihnin es demasiado discreto para que importe —dijo Aleina en voz baja—. Esas crestas óseas son mucho más prominentes en los sangre pura. Y la mayoría de nuestros hijos no tienen su piel plateada —lanzó una mirada de reojo a su compañero, Ghan, el Primer Oficial de Khel—. Nuestro hijo no recibe miradas raras cuando salimos con él porque tiene la piel gris y un crihnin relativamente prominente. Si su ropa cubre sus marcas Veredianas, parece casi exactamente un sangre pura. A tu propia hija, Zharina, tampoco la molestan mucho por su piel gris y por ser hembra —añadió Aleina mirando a Khel y a Lhor, aunque este último había engendrado a Zharina.

—Esto no se puede tolerar —dijo Eryon, sacudiendo su largo y rizado pelo negro azulado por encima del hombro—. No podemos permitirnos que los Titanes sean incitados a la violencia. Ya es bastante difícil enseñarles a autocontrolarse y a alcanzar la paz interior sin estas provocaciones. Ha habido demasiados nacimientos para que pueda ocuparme de ellos yo solo. Me temo que nos dirigimos hacia un desastre.

—Somos muy conscientes de tus esfuerzos, Eryon, y de la tarea imposible que se te ha encomendado —dijo Aleina con una mirada de conmiseración—. Pero me temo que tienes más razón de la que crees. Como Embajadora Verediana aquí en Xelix Prime, estoy al tanto de las discusiones que tienen lugar en la Sala del Consejo. Y me han molestado mucho algunas de las mociones presentadas contra las Veredianas y nuestra descendencia.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Eryon, sus ojos gris claro se abrieron de par en par en su rostro apuesto y ovalado.

—Se refiere a que hay mociones para enviar a los niños Veredianos a escuelas segregadas para mantener a salvo a los demás niños —dijo Lhor sombríamente—, y otras que exigen que todos los Veredianos, también los adultos, lleven collares, brazaletes o guantes amortiguadores para que no puedan utilizar habilidades psíquicas sin que la población lo sepa de forma potencialmente perjudicial.

—¿Cómo dices? —espeté, mirándole con incredulidad.

Conocía los llamamientos a la segregación. Aunque no lo habían expresado tan específicamente, los padres que pedían que se expulsara a los niños Veredianos de las escuelas “normales” daban a entender bastante bien su significado subyacente. Pero nunca habría pensado que querrían obligarnos a llevar los guantes amortiguadores de capacidades psíquicas que nuestro antiguo Amo Gruuk nos había obligado a llevar mientras estuvimos prisioneras en sus complejos de cría para mantenernos bajo control. Con la amplitud de nuestros poderes, algunos de ellos extremadamente letales, habríamos escapado fácilmente del cautiverio. Mataría a cualquiera que pensara en encadenarme de nuevo—o a cualquiera de mis Hermanas Veredianas —de una forma tan degradante.

—Y hay más —dijo Zhul, intercambiando una mirada perturbada con Lhor que, como él, ocupaba un asiento de Consejero en la Sala del Consejo—. Esta mañana, los cinco Consejeros del Distrito Capital apoyaron una moción para poner fin a cualquier otro encuentro entre Veredianas solteras y machos Xelixianos.

Retrocedí mientras Khel y Eryon jadeaban. Incluso el siempre estóico Ghan se puso rígido.

—¿Por qué coño iban a hacer eso? —pregunté—. Nuestras Hermanas se han estado apareando principalmente con Xelixianos Manchados que morirían sin nosotras. ¿Qué sentido tiene eso? Deberían estar agradecidos.

—Por la misma razón que has dicho —afirmó Ghan desapasionadamente con su voz retumbante. Aunque su rostro bruto permanecía impasible de una forma típicamente controlada por Ghan, la tensión de sus hombros enormemente musculosos decía mucho de la ira que bullía

en su interior—. El Distrito Capital es el hogar de los Norms y los Primes. No tienen problemas para encontrar pareja, y llevan mucho tiempo quejándose de que las Veredianas los desprecian sistemáticamente en favor de los Manchados.

—Entonces, ¿crees que los celos les impulsan a tomar ese tipo de decisiones? —pregunté.

Ghan negó con la cabeza.

—Solo en parte. El problema parece ser más de naturaleza económica. En los casi tres años transcurridos desde que se curaron los problemas reproductivos de las Veredianas, hemos introducido muchos cambios en las leyes que rigen a los Manchados, ya que muchas de tus Hermanas se aparean con ellos y, por lo tanto, prolongan su esperanza de vida. Un gran número de Manchados ya no necesitan realizar trabajos forzados para mantenerse con vida. Eso significa que el coste del trabajo manual está aumentando, al igual que las exigencias de mejores condiciones laborales. Cuantos menos Manchados encuentren pareja, más beneficios cosechará el Distrito Capital.

Me quedé mirándole, sin habla. Como Veredianas, nuestra lealtad y devoción innatas nos definían como especie. Explotarnos unas a otras para obtener beneficios ni siquiera se nos pasaría por la cabeza. Dudaba incluso de que pudiéramos actuar de ese modo sin sentirnos físicamente enfermas.

—Lamentablemente, Ghan —dijo Lhor en un tono aún más sombrío y con aspecto algo avergonzado—, ésa es solo una de sus razones —se encaró conmigo—. Cada vez se habla más de que la reproducción con Veredianas debería estar más controlada, ya que está cambiando la faz de Xelix Prime: los genes de ustedes son demasiado fuertes. La mayoría de los niños salen con un aspecto principalmente Verediano, mientras que al aparearse con cualquier otra especie, ya sean Terranas, Aveanas o Dantorianas, dominan nuestra piel gris, los ojos sin pupilas, las orejas estriadas y los rasgos como el crihnin.

Me sentí entumecida. Aunque me partió el corazón, no me conmocionó ni me sorprendió. En los últimos tres años había notado el cambio de la cálida acogida de los Xelixianos hacia mi especie a un comportamiento frío, distante y casi odioso. Sutil al principio, últimamente se había vuelto casi fanático.

—Nosotros no somos así —gruñó Khel—. ¿Cómo se han deteriorado las cosas tan rápido y tan de repente? ¿Y cómo es eso una amenaza real? Hay menos de tres mil Veredianos en Xelix Prime y apenas mil de ellos son híbridos Verediano-Xelixianos. Los Xelixianos somos cien millones. ¿Cómo coño se supone que nos están superando?

—Propaganda —dijo Zhul, juntando las manos encima de la mesa—. Tardamos en darnos cuenta. Como todos viven aquí, en el Distrito Xelhan, y yo en el Distrito Xelhin, no pasamos mucho tiempo en la Capital, salvo por negocios. Pero fue mi compañera Valena quien se topó con algunos de los videos que se reproducen en las salas de espera mientras iba a trabajar al Hospital del Distrito Capital para ayudar a los enfermos mentales. Los videos son breves, pero eficaces. No se pueden retirar del aire porque, técnicamente, no son difamatorios.

—¿Qué dicen? —pregunté, desconcertada de que, como nueva líder de nuestro ejército y, por tanto, de la seguridad, no hubiera tenido conocimiento de ello.

—No son más que una serie de preguntas sin respuesta, que siembran semillas en la mente de la gente —dijo Lhor—. "¿Es éste el rostro de Xelix Prime?", pregunta uno, con una serie de imágenes de Veredianas y niños híbridos. "¿Cómo de seguros están nuestros hijos en la escuela?" pregunta otro, mostrando imágenes de un documental creado el año pasado en el que unos cuantos padres habían accedido a que sus hijos híbridos mostraran sus poderes. Ni que decir tiene que mostraban los que podían causar más daño, como piromantes que prendían fuego a objetos con solo mirarlos y cinéticos que aplastaban metal con un pensamiento. Esas mismas imágenes se utilizaron con preguntas como "Si *tú* o *tu hijo* fueran el objetivo, ¿cómo se defenderían?" Y la lista continúa.

—Por la sangre de Gharah —murmuró Khel en voz baja.

—Hijos de puta —gruñó Eryon con su habitual lenguaje colorido—. ¡Sharaz, llévatelos!

Me estremecí, mi mente se tambaleó ante la despiadada eficacia de tan odiosa publicidad. Zhul tenía razón; no eran calumniosas, solo insidiosas. La calumnia y la difamación se castigaban severamente en Xelix Prime. Si hubieran cruzado esa línea, podríamos haber exigido que se pusiera fin a todos los anuncios. Pero, por muy dañinos que estuvieran resultando, entraban dentro del ámbito de la libertad de expresión.

—¿Quién está haciendo esto? —pregunté.

—No lo sabemos —dijo Zhul con frustración—. Sea quien sea, tiene bolsillos profundos y conexiones aún más profundas. Se ocultan tras el nombre corporativo "Protectores de Xelix Prime" sin más contacto directo que un buzón de voz. Esta propaganda se difunde en todas las redes y en todas las plataformas mediáticas que consumen principalmente los Norms y los Primes. Pero el hecho más interesante es que cada vez que el Consejo va a celebrar una votación privada o una audiencia sobre una moción relacionada con el lugar y los derechos de las Veredianas, siempre aparecen convenientemente grupos de protesta en la escalinata de la Sala del Consejo para vomitar más tonterías anti Veredianas.

—¿Cómo coño saben lo de las reuniones privadas del Consejo? —preguntó Khel en tono cortante.

—*Esa* es exactamente la cuestión —dijo Lhor.

—¿El traidor? —preguntó Ghan.

Lancé una mirada inquisitiva a Aleina, que se encogió de hombros ignorante.

—¿Traidor? —repetí a Ghan.

—Durante los últimos ocho años, desde que Amalia llegó a Xelix Prime, hemos estado tratando con un escurridizo traidor. Alguien que ha estado filtrando información sensible sobre nuestros esfuerzos por desmantelar las Casas de Sangre, que casi les cuestan la vida tanto a Khel como a Lhor —dijo Ghan—. Cuando descubrimos la traición de Fhara Zirthen, supusimos que era ella. Al fin y al cabo, como esposa de uno de los Consejeros más poderosos de Xelix Prime,

podía acceder a mucha información sensible. Pero algunos incidentes ocurrieron en fechas en las que ella habría estado fuera del planeta. Las cosas no cuadraban.

—Eso tiene sentido —dijo Khel pensativo—. Siempre supusimos que Gruuk, Varrek y sus acólitos estaban detrás de esto para impedir que desmanteláramos su negocio de esclavos. Sin embargo, los acontecimientos actuales muestran claramente que se trata de alguien con una venganza personal contra las Veredianas. Pero, ¿quién?

—Los Guldanos —dijo Aleina inmediatamente—. Odian haber perdido los miles de millones de créditos que la venta de nosotras aportó a su economía, y odian aún más los innumerables embargos que han sufrido desde que se hizo público el maltrato que nos infligieron.

—Por no hablar de cómo Mercy ayudó repetidamente a frustrar sus planes de hacerse con el control de Braxia —dije, reconociendo el mérito de la suposición de mi hermana—. Al convertirse en la compañera del soberano Braxiano, las Veredianas han ganado otro poderoso aliado deseoso de respaldarnos contra ellos.

—Buena observación —dijo Aleina—. El Magnar Ravik ha multiplicado las proposiciones diplomáticas hacia nosotras y ha declarado un embargo total a Guldar, lo que hizo que su Emperador se dispusiera a declararles la guerra hasta que... hasta que los Tuureanos amenazaron con unir fuerzas con los Braxianos.

—Eso tiene sentido —dijo Zhul—. El momento también coincide con el comienzo de la propaganda —de repente hizo una pausa y sus ojos se abrieron de par en par—. En realidad, la frecuencia de los mensajes se intensificó en la época en que Amalia dio a luz a Tharek, y una vez más después de que Mercy diera a luz a sus gemelos.

—Pero ya no quedan Guldanos en Xelix Prime. Todos fueron expulsados en el momento de la ejecución de Varrek. ¿Estarán chantajeando a otro alto funcionario o Consejero como hicieron con tu padre? —preguntó Ghan.

—Es posible —dijo Zhul.

—Es dudoso —afirmó al mismo tiempo Eryon.

Todos dirigimos hacia él nuestras miradas de sorpresa.

—Los Guldanos no juegan a este tipo de juego largo. Lo suyo es el beneficio rápido e instantáneo —dijo Eryon—. El comercio de esclavas Veredianas está muerto. Demasiados pocos compradores se arriesgarían a la ira del Consejo Galáctico para adquirir a una de ustedes. Incluso Varrek lo comprendió cuando cambió su negocio a la producción masiva de la droga Dichosa. No se trata de lucro. Es más malicioso y pretende romper el fuerte vínculo y la alianza militar entre tu gente.

—¿Pero qué otros enemigos tenemos? —pregunté, incapaz de ver quién podía odiarnos tan ferozmente.

—Aquellos que les temen a ustedes y a su descendencia por encima de todo —dijo Eryon—. Mi pueblo, los Korletheanos.



CAPÍTULO 4

XEVIUS

Corrí en silencio por el bosque que bordeaba la finca de los Praghan. Un suave viento silbaba entre las hojas perennes de los gruesos y altos árboles que me rodeaban. Agradecí la sombra que me proporcionaban los dos soles de Xelix Prime. Aunque la temperatura resultó ser sorprendentemente suave, la excesiva cantidad de luz estropeó mi escudo de sigilo.

Llegar a la casa del General resultó mucho más fácil de lo que esperaba. Había aterrizado en Xelix Prime con una identidad falsa, la verdadera apariencia de mi rostro disimulada con prótesis. A pesar de que Korlethea mantenía alejados a la mayoría de los demás mundos, éramos bienvenidos en cualquier planeta de la Alianza durante una estancia de hasta seis meses como visitantes. Tras instalarme en un apartamento del distrito de Xelhan proporcionado por un contacto desconocido indicado en el informe de mi misión, conduje mi aeromoto hasta el claro de Credhan, en el linde del bosque que conducía a la finca de mi presa.

Matar no entraba en los planes de hoy. En primer lugar, necesitaba evaluar el alcance de sus sistemas de defensa. El hecho de que el General Praghan hubiera erigido un complejo militar en su propiedad complicaba considerablemente las cosas. Sin embargo, hasta el momento, con menos de quinientos metros por recorrer antes de llegar al enorme césped que conducía al lado oeste de la mansión, no había encontrado ni una sola cámara o detector de movimiento. Sin embargo, no dudé ni un instante de que sus guerreros del complejo disponían de sofisticados sistemas de vigilancia, desde cámaras por satélite hasta escáneres de largo alcance.

Pero no podían atravesar mi camuflaje: el último y más avanzado escudo sigiloso de diseño Guldano. A pesar de todos sus pecados, la tecnología Guldana solo podía rivalizar con la de los Tuureanos. Por suerte, las Veredianas—disfrazadas de aquellos avanzados ciborgs—habían sido lo bastante listas como para ocultar a los Xelixianos parte de su mejor tecnología. De lo contrario, probablemente no habría conseguido acercarme sin ser detectado. Aun así, me sentí aliviado de que la información facilitada por mi contacto en el Consejo Xelixiano sobre el tipo de equipo de seguridad utilizado por el General resultara exacta.

Seguía asombrándome que mi pueblo hubiera conseguido infiltrarse en el máximo órgano gubernamental del planeta. También me perturbaba enormemente que, siendo uno de los agentes

de más alto rango de Korlethea, me acabaran de informar de que teníamos aquí a un agente de ese tipo. Nunca había oído hablar de aquel agente y sospechaba que no muchos de los que deberían conocerlo sabían realmente de su existencia.

Las risas de los niños a lo lejos se mezclaban con el piar de los pájaros en los árboles cada vez más delgados cuando me alejé del linde del bosque. A mi derecha, una valla alta de color gris claro bloqueaba el acceso a la propiedad hasta un árbol gigante que marcaba el inicio del bosque. El terreno rocoso y espinoso del otro lado impedía entrar en el bosque tan cerca del muro. El escáner de mi brazal detectó cámaras, detectores de movimiento y láseres ingeniosamente ocultos en los árboles circundantes. Basta con que un guardia pulse un botón para que un intruso sea despedazado.

A pesar de su proximidad a la casa, el complejo militar no arruinaba la magnífica vista de la mansión. La inteligente jardinería delante de la casa la ocultaba casi por completo. La finca en sí era una elegante mansión de tres plantas, con relucientes paredes blancas y enormes ventanas de color gris oscuro. Más allá, hasta donde alcanzaba la vista, infinitas hileras de frutales rojos susurraban al viento. Los huertos de ryspak de la familia Praghan eran famosos por su fruta de gran calidad.

Ciñéndome al borde del bosque, me dirigí a la izquierda, hacia la parte trasera de la casa, de donde procedían las voces de los niños. Aunque me impresionó la belleza de los jardines—a pesar de lo extraño de su césped beige claro bajo el cielo verde—me obligué a centrarme en la tarea que tenía entre manos. Me quedé helado cuando seis jóvenes Veredianos aparecieron corriendo por la casa.

Perseguían un disco flotante e intentaban apuntarle con sus varitas luminosas. El disco tenía tres anillos concéntricos de distintos colores, desde el blanco exterior hasta el gris y el negro. Golpear cualquiera de los anillos con la luz impediría que el disco cayera al suelo. Cuanto más cerca del centro tocara la luz, más alto volvería a elevarse el disco. El objetivo del juego era mantener el disco en el aire el mayor tiempo posible. Pero el hecho de que volara en una dirección aleatoria cada vez que la luz lo golpeaba hacía que fuera más difícil mantenerlo durante largos periodos de tiempo.

Reconocí a los gemelos de Zhul y Valena Dervhen, Trehvus y Dhaxius, a la hija adoptiva medio Guldana de Aleina y Ghan, Lenora, así como a tres de los vástagos de Amalia y sus compañeros, Zharina y sus hermanos pequeños Rhadames y Tharek. Me perturbó no ver a Vahleryon, el más poderoso de ellos. Pero me perturbó aún más ver al joven Tharek jugando de forma tan despreocupada con los gemelos Dervhen, ambos claramente alfas. Como Sombra, su feroz naturaleza territorial debería haberle impulsado a la violencia contra estos intrusos.

Avanzando con cautela, intenté ver mejor el patio. Delante de él, el estanque natural más impresionante recorría toda la parte trasera de la mansión. Un campo de energía la cercaba para proteger a los niños de caídas. Como solía ocurrir con los Titanes, los niños crecían mucho más rápido que la media, tanto física como mentalmente. Aparte de Tharek, a pesar de que todos

parecían tener casi doce años, los niños tenían en realidad entre seis y nueve años.

Activé la cámara incrustada en el hombro de mi armadura para grabar sus interacciones como prueba para cualquier decisión que acabara tomando más tarde. Aquellos jóvenes me desconcertaron. Todos menos Lenora eran claramente Titanes. Incluso desde donde yo estaba, podía sentir oleada tras oleada de tremendo poder psíquicos irradiando de cada uno de ellos. Y, sin embargo, mis poderes Empáticos no percibían más que alegría inocente e infantil y entusiasmo por el juego. Los Titanes originales de Korlethea no podían tolerar la presencia de los demás. Se habrían exterminado a sí mismos en su afán de dominio de no ser por Loras, el alfa supremo que se había alzado como su líder y los había reunido bajo su estandarte, poniendo a Korlethea de rodillas.

Y ahora, Vahleryon está uniendo a los Titanes a su propia bandera.

Como invocado por ese pensamiento, apareció el joven Vahl Praghan, llevando de la mano a un niño pequeño, al que reconocí como Yhanos, el hijo de dos años de Ghan y Aleina. Al igual que su hermana adoptiva Lenora, no era un Titán y, por tanto, crecía a un ritmo normal. En cambio, su primo de las Sombras, Tharek, nacido unos meses después que él, ya aparentaba cinco años.

Me centré en Vahl, que se acercó a los demás manteniéndose a una distancia prudencial para que el pequeño no resultara herido por la estampida de los niños. El amor, la felicidad y la fuerte protección que irradiaba de él aumentaron aún más mi confusión. Aunque acababa de celebrar su séptimo cumpleaños y, por tanto, él mismo era un niño, vigilaba a sus hermanos y amigos como lo haría un padre.

De repente, Vahl extendió la mano libre ante él y movió dos dedos hacia los lados. Tharek chilló de placer mientras levitaba lateralmente a gran velocidad hacia el disco que caía y que se había desviado demasiado rápido fuera de su alcance. Agitando la varita, Tharek consiguió in extremis que el disco volviera a ponerse en marcha para regocijo de los demás niños. Su hermano mayor le bajó con una acción de la mano, poniéndole de nuevo en pie. La Sombra le sonrió antes de volver corriendo hacia los demás, que seguían persiguiendo el disco.

Imposible.

Sin embargo, no podía negar la escena que se desarrollaba ante mis ojos. Avancé unos metros más para mantenerme en la línea de visión de los niños. Se abrió mi vista hacia el lateral de la casa, donde observé la familiar silueta de Eryon sentado ante una gran mesa redonda en el patio empedrado. Se me apretó el pecho de sincera alegría al ver a mi viejo amigo con tan buen aspecto. Estaba leyendo algo en su datapad, con las largas piernas cruzadas bajo su tradicional túnica azul claro Korletheana. Me reconfortó el hecho de que, a pesar de haber sido tachado de traidor por reunirse con su hija legítima, siguiera conservando su herencia Korletheana en su forma de vestir y en su largo pelo negro azulado que le caía libremente por la espalda.

Aunque el Quórum no lo había dicho claramente, sabía que esperaban que lo matara como parte de esta misión. Se llevarían una gran decepción. Ningún edicto justificaba impedir que un

hombre se uniera a su hijo, y menos aún a uno que le había dado a luz su alma gemela, ya fallecida.

El disco aterrizó por fin, dejando a los niños ligeramente decepcionados, pero contentos de recuperar el aliento de tanto correr.

—¡Tengo sed! —dijo Tharek a su hermana mayor.

Dhaxius, el gemelo Dervhen más joven, levantó la mano. Observé fascinado cómo sus poderes criogénicos daban forma a un vaso de hielo en medio de su palma. Agitó dos dedos de la otra mano por encima del vaso, congelando la humedad del aire en pequeños fragmentos helados. Al mismo tiempo, antes de que pudieran caer, Trehvus, el gemelo mayor, agitó su propia mano. Unas llamas azules brotaron alrededor de los fragmentos, licuándolos al instante. El agua cayó en el vaso, que Dhaxius extendió hacia la joven Sombra. Tharek sonrió ampliamente al mayor y engulló con avidez el contenido del vaso.

—¿Alguien más? —preguntó Dhaxius.

Cuando todos respondieron afirmativamente, repitió el mismo proceso con el mismo vaso ante la mirada aprobadora de Vahl. Sin palabras, comprobé que mi cámara seguía grabando. Korlethea estaba desgarrada por este debate sobre los Titanes. Nadie creería jamás lo que estaba presenciando. No demostraba que no fueran una amenaza para el resto del mundo; al fin y al cabo, una manada de rhomak rabiosos no se atacaba entre sí, sino que masacraba todo lo que encontraba a su paso. Sin embargo, me dio esperanzas de que el joven Vahleryon Praghan pudiera conducirnos por el camino de esa gran era de paz que habían previsto las Oráculos, y no a nuestra destrucción final.

Satisfecho con las imágenes que había captado, empecé a volver sobre mis pasos, con la intención de salir en silencio, cuando la gran puerta del patio se abrió de golpe. Un poderoso cosquilleo se extendió por mi nuca como un ejército de hormigas corriendo presas del pánico. El corazón me golpeó contra las costillas y una oleada de calor me encendió el cuerpo. Apenas pude taparme la boca con la mano para no silbar mi llamada de apareamiento, que me habría delatado.

Me quedé mirando, hipnotizado, cómo la perfección pura salía de la casa y entraba en el patio. De piel cobriza y pelo castaño claro trenzado en una sola trenza que le caía hasta las pantorrillas, no podía ver bien el color de sus ojos desde la distancia, pero parecían pálidos. Arrugó la nariz ligeramente respingona, sus labios carnosos se separaron en señal de sorpresa mientras su espalda se ponía rígida. La despampanante diosa sacudió la cabeza como para despejar la mente, y luego estiró el cuello, sin duda sintiendo el cosquilleo de la Sintonía.

Con pasos vacilantes, se acercó a la mesa donde estaba sentado Eryon. Él se levantó para ayudarla a liberarse de la gran bandeja de comida que llevaba, evidentemente un tentempié de media tarde para los niños. Aunque no podía oírlos desde aquí, Eryon le hizo una pregunta, la expresión de preocupación de su rostro indicaba que había percibido que algo la preocupaba. En cuanto se liberó de la bandeja, mi alma gemela levantó una mano para frotarse la nuca, lo que me permitió vislumbrar las elegantes marcas Veredianas que recorrían los lados de su cuello y la

longitud de sus brazos.

No podía negar la Sintonía. A lo largo de las décadas, había sentido la atracción de una posible pareja en presencia de unas cuantas hembras Korletheanas, pero ninguna había tirado de mí con tanta fuerza. Incluso sin la predicción de mi tía de que conocería a mi alma gemela durante esta misión, lo que sentía ahora mismo lo habría hecho evidente.

El amor a primera vista no era un mito, aunque pareja predestinada sería una expresión mucho más precisa. Los Korletheanos lo llamaban la Sintonía. Nuestras habilidades psíquicas nos permitían percibir la frecuencia a la que vibraba el alma de cada persona. Una pareja potencial vibraría en el mismo rango que la mía. Un alma gemela vibraría exactamente en la misma frecuencia, lo que nos permitiría alcanzar una armonía perfecta.

Puesto que tanto el Destino como la Diosa tenían un sentido del humor jodido y les encantaba meterse conmigo, mi compañera tendría, por supuesto, un vínculo estrecho con los objetivos que debía asesinar.

Me hervía la sangre cuando el vínculo de la Sintonía tiraba de mí para que fuera a ver a mi mujer, mientras me dolía la garganta por el impulso reprimido de cantarle. Necesitaba alejarme de aquí, pero no podía moverme. Por suerte, mi hembra sacudió la cabeza como para tranquilizar a Eryon y volvió a entrar. Él la siguió. Aunque probablemente solo iban a buscar más comida o bebida, unos celos irracionales se agitaron en mi interior. Eryon, apenas dos años mayor que yo, era bastante guapo y carismático. Aunque muy pocos Korletheanos volvían a aparearse tras la muerte de su alma gemela, habían pasado más de dieciocho años desde que él perdió a Sevina. Nadie podía culparle por volver a buscar compañía. Con una esperanza de vida media de 150 años, aún le quedaba cerca de un siglo de vida.

¡Pero no con mi hembra!

El susurro de una mente psíquica cercana, buscando otra presencia, me sacó de mi aturdimiento. Rápidamente erigí un escudo mental alrededor de mi conciencia. Perdido en el ansia de ir con mi hembra, me había quedado demasiado tiempo. Un gruñido despiadado me sobresaltó. La cabeza me dio una sacudida hacia la izquierda y sentí que la sangre se me escurría de la cara.

Vahleryon me miraba directamente, con los colmillos desnudos. No podía verme a través de mi escudo y, sin embargo, sentí como si lo hiciera. Aumenté las defensas de mi escudo mental con todo el poder psíquico que poseía e hice lo mismo con mi dispositivo de ocultación. El chico parpadeó. Aunque había dejado de gruñir, sus emociones gritaban que había detectado a un intruso y que ahora estaba a la caza. *Atraparía* a su presa.

Empujó al joven Yhanos detrás de él, de forma protectora. Los otros niños se acercaban a él, alertados por su postura amenazadora.

—Lenora —llamó a la hermana mayor de Yhanos—, lleva a tu hermano y a Tharek dentro.

A pesar de ser la mayor de todos los niños, la híbrida Verediana-Guldana no cuestionó ni desafió la orden. Se pasó los dedos nerviosos por el cuerno derecho y agarró la mano de su

hermano pequeño y de un reticente Tharek antes de apresurarse hacia la casa.

Retrocedí en silencio, sin perder de vista al joven Titán. Su hermana gemela, Zharina, se colocó a su derecha, mientras que su Geminido, Rhadames, lo hizo a su izquierda. Los gemelos Dervhen los flanqueaban a cada lado. En ese instante, me di cuenta de que estaba mirando fijamente al General profetizado y a sus Lugartenientes.

Instintivamente supe que aturdirlos o utilizar cualquier tipo de arma de distracción les haría entrar en modo combate. Las emociones de Vahl hervían en un caos extrañamente controlado de rabia porque alguien violara sus dominios, el impulso primario de cazar y destruir al enemigo, la ardiente necesidad de proteger a los que consideraba suyos y el poderoso deseo de moderación.

Negándome a desencadenar un incidente que podría tener consecuencias nefastas para todos nosotros, decidí echar a correr por el bosque, con la esperanza de que mi escudo me ayudara a escapar. Pero nunca tuve la oportunidad. Las mentes psiónicas de los cinco niños susurraban a mi alrededor, y una de ellas, increíblemente poderosa, golpeaba mi escudo mental. Intenté darme la vuelta, pero todo mi cuerpo se congeló. La energía psíquica de Vahleryon recorrió mi piel, mi sangre y cada célula de mi interior.

¡Diosa!

Como biocinético, Vahl podía ejercer un control total sobre cualquier forma de vida u organismo vivo. Mientras que las habilidades psíquicas Veredianas normalmente requerían que tocaran físicamente al objetivo sobre el que deseaban influir, los Titanes podían lograr lo mismo con un mero pensamiento. Nunca había imaginado que pudiera afectar incluso a cosas que no podía ver.

—Dhaxius —dijo Vahleryon, sin apartar los ojos de mi ubicación.

Sin más instrucciones, el joven agitó la mano ante él y comenzó a formarse escarcha sobre mi escudo. Habiéndolo calibrado para el clima soleado y cálido de Xelix Prime, el dispositivo de ocultación no podía compensarlo lo suficiente sin que yo lo recalibrara manualmente.

—Muéstrate —ordenó Vahleryon en un tono que no admitía discusión.

Inmediatamente sentí que su control liberaba mi mano derecha. Por un segundo, me planteé ir a por mi bláster, pero, aunque lo pusiera en modo de aturdimiento, solo conseguiría incapacitar a uno de los niños antes de que uno de los gemelos Dervhen me convirtiera en un bloque de hielo o en un trozo de carbón. Con el corazón palpitante, obedecí y desactivé el escudo. El niño recuperó inmediatamente el control de mi brazo. En casi treinta años como agente, nunca me había sentido tan indefenso como en aquel instante.

Dhaxius, Trehvus y Rhadames me sisearon, bajando sus pequeños colmillos. Los tres enseñaron las garras de forma amenazadora. Para mi sorpresa, Vahl permaneció inmóvil, con una mirada despiadada en el rostro, la mezcla perfecta de su madre Amalia y su padre Khel, con su piel morena y las marcas Veredianas que lo identificaban como Guerrero, y los ojos púrpura oscuro y el crihnin de su padre en la frente. Levantó una mano en un gesto de arresto, y los otros tres muchachos silenciaron inmediatamente sus sonidos amenazadores, pero mantuvieron sus

posturas intimidatorias. Su intrepidez me dejó perplejo.

—Poderes impresionantes —dije, ganando algo de tiempo.

—Más de lo que crees, Korletheano. ¿Por qué te has colado en mi territorio? —preguntó Vahl.

Una buena pregunta a la que definitivamente no quería responder.

—He venido a comprobar algo —dije sin comprometerme—. Me marchaba cuando sentiste mi presencia.

—Viniste a hacernos daño —espetó Trehvus, mientras flexionaba los dedos con garras.

—Hoy no tenía intención de hacer daño a nadie —repliqué.

—Es la verdad —dijo Zharina.

Por un momento, me pregunté si ella también leería la mente. Por mi investigación anterior en los niños, Zharina—o Zha, como la llamaban comúnmente—era una poderosa curandera, incluso más que su Nana Maheva.

—Si no querías hacernos daño, ¿por qué has venido como un ladrón? —desafió Vahl.

No sabía cómo iba a acabar aquel lío, pero el hecho de que aún no me hubiera atacado demostraba que Eryon había obrado un milagro con aquellos niños. No eran los monstruos descerebrados y sedientos de sangre que el Quórum hacía pasar por ellos. Por derecho, ya debería estar muerto.

Zharina me miró con extrañeza, y luego sus ojos amarillentos con motas verdes se abrieron de par en par, separando los labios en señal de asombro. La agresividad que había sentido en ella al principio cambió por completo, sustituida por curiosidad, asombro y... ¿protección? Puso una mano en el hombro de su gemelo y, por la energía psiónica que sentí que pasaba entre ellos, supuse que se comunicaba telepáticamente con él, evitándome responder a otra pregunta que no quería hacer. La cabeza de Vahl se sacudió hacia ella y se quedó boquiabierto mirando a su hermana, incrédulo. Ella sonrió y asintió como si confirmara lo que le había dicho. El joven líder Titán se volvió hacia mí, mirándome con ojos nuevos. Toda agresividad también se desvaneció en él.

Una sirena se elevó por encima de la finca, los guardias habían detectado por fin mi presencia. La sensación de hormigueo volvió a asaltarme cuando mi compañera y Eryon salieron de la casa.

—Niños, vuelvan aquí —gritó mi compañera mientras ella y Eryon salían corriendo, ambos empuñando armas.

Seguramente Lenora les había advertido de que Vahl había entrado en modo agresivo.

Un rayo de fuego estalló en la base de mi cráneo, extendiendo abrasadores zarcillos de calor por mi columna vertebral y hasta cada terminación nerviosa. Mi compañera se estremeció violentamente, sus pasos vacilaron a medida que los efectos de nuestro vínculo se reforzaban cuanto más se acercaba a mí. La mandíbula de Eryon se desencajó y sus ojos se desorbitaron al reconocerme por fin.

—Vahl, niños, aléjense de él —repitió Eryon cuando, ignorando la petición de mi mujer, los niños se mantuvieron firmes—. ¿Qué coño haces aquí, Xevius?

—Hola, viejo amigo —dije, sin apartar los ojos de mi compañera.

Ella mantenía su bláster apuntándome con mano firme, pero sus emociones gritaban su confusión y el miedo a tener que usarlo conmigo. Y protegería a los niños, le costara lo que le costara.

—No pasa nada, Abu —dijo Vahl—. No nos hará daño.

—No saben con quién están tratando —dijo Eryon, con ira, confusión y preocupación por mí arremolinándose en su interior.

—Sí, lo sabemos —dijo Zharina, iluminando su bello rostro con una sonrisa misteriosa—. No te preocupes, Tía Kamala; no haremos daño a tu compañero.

Me quedé boquiabierto mientras Eryon, Kamala y los otros tres chicos jadeaban ante la niña. Eryon me miró fijamente y luego a la impresionante hembra a la que Zharina había llamado Kamala.

—¡Oh, Diosa! —susurró mientras cambiaba su visión, lo que le permitió ver cómo nuestras almas estaban realmente Sintonizadas.

—Pero los guerreros de Papi le *harán* daño —dijo Vahl, mientras los pasos de los guerreros que corrían hacia nosotros nos alcanzaban en la distancia—. No vuelvas nunca sin permiso, Tío Xevius. La próxima vez *te* castigaré.

¿Tío Xevius?

—Rhad, el claro —dijo Vahl con suavidad a su Geminado.

Rhadames me miró con sus ojos azul eléctrico, del mismo color que los de su sire, Lhor. Sentí un cosquilleo en la piel antes de que me invadiera una sensación de caída. Mi mirada se cruzó con la de mi alma gemela durante un breve instante en el que sus ojos color avellana me hipnotizaron. La oscuridad pasó ante mí, y entonces me encontré de pie en medio del Claro de Credhan.

¿Pero qué coño...?

Al girarme, observé mi entorno con incredulidad. El maldito chico me había teletransportado instantáneamente a una distancia de casi tres kilómetros. Con la mente en vilo, me examiné rápidamente en busca de cualquier señal de heridas, pero estaba ileso.

¿Por qué me habían protegido de los guerreros de la Primera División del ejército Xelixiano? ¿Cómo había sabido Zharina de mi vínculo con su tía? Demasiadas preguntas se agolpaban en mi mente. Más agitado de lo que quería admitir, regresé a mi aeromoto.

Todo lo que sucedió me dejó sin palabras.



CAPÍTULO 5

KAMALA

Mi mente seguía aturdida por el encuentro de ayer. Incluso mientras corría con mi aeromoto por el camino hacia la casa de Aleina, los sucesos en la finca de los Praghan seguían reproduciéndose en bucle en mi cabeza. Una parte de mí se alegraba de que Vahl hubiera salvado a Xevius de la dolorosa forma en que Khel lo habría tratado por acercarse a sus hijos. Pero otra parte se preocupaba por la seguridad de todos nuestros jóvenes híbridos Veredianos. Los Korletheanos solo temían a los Titanes. Aunque Eryon había confirmado que los Korletheanos podían diferenciar instantáneamente a los Titanes de la gente con poderes psíquicos "normales", Xevius era uno de sus mejores asesinos—si no el mejor. No enviabas a tus operativos de élite a menos que hablaras en serio.

Había fracasado totalmente en mi papel de protectora. A pesar de toda mi arrogancia y fanfarronería, asumir el papel que antes ocupaba el poderoso Almirante Lee me abrumaba. No tenía la sangre fría de Aleina. Cómo nos burlábamos de ella por actuar siempre como los ciborgs Tuureanos que pretendíamos ser. Pero alma gemela o no, Aleina nunca habría olvidado su principal responsabilidad como defensora de las Veredianas.

El cosquilleo de la Sintonía me había impedido concentrarme, y entonces mi mirada se posó en él. Solo de pensar en la perfección del macho que la Diosa había creado para mí, me caía el alma a los pies. Solía pensar que Lhor—el segundo compañero de Amalia—era el hombre más hermoso jamás creado. Aunque nunca había estado enamorada de Lhor, seguía sintiendo un gran flechazo por él.

Hasta ayer.

Aquel Korletheano—MI Korletheano—era la encarnación del Dios del Sol, con su piel color miel, su pelo rubio castaño claro hasta la parte baja de la espalda y sus brillantes ojos ámbar. Sus pómulos altos y su nariz recta le daban un aire noble suavizado por unos labios carnosos que prometían muchos momentos pecaminosos, y una mandíbula fuerte que dejaba entrever al hombre decidido y dominante que se ocultaba tras ese rostro despampanante.

Como todos los Korletheanos, no tenía un físico macizo y voluminoso. Pero la armadura ceñida de color gris oscuro que llevaba no ocultaba nada de los músculos bien definidos de su

cuerpo alto, fuerte y ágil. Para mi vergüenza, apenas me había dado cuenta del tipo de armas y equipo que llevaba, pues estaba demasiado hipnotizada por su visión y por experimentar, por fin, la Sintonía con la que había soñado durante tantos años.

Tras detectar mi aproximación, las puertas de la finca se abrieron automáticamente cuando me acerqué a ellas. La tradicional mansión Xelixiana de tres plantas de Aleina y Ghan, con sus ángulos agudos, paredes blancas y detalles en gris oscuro, tenía un diseño similar al de la casa de Amalia. Cuando decidieron establecerse en Xelix Prime tras su boda, en vez de en la ciudad de Haven, en el planeta Tuur—el nuevo mundo natal de las Veredianas—Aleina y Ghan habían comprado las tierras vecinas a la finca de los Praghan. Solo los separaba el gran bosque que Xevius había utilizado para infiltrarse en el patio trasero de los Praghan.

Cuando llegué a la casa principal, Rhena—su ama de llaves—abrió la puerta y me esperó con una sonrisa amable. Esta mujer Xelixiana de unos cincuenta años había enviudado hacía unos años, cuando su marido, afectado por la Mancha, había fallecido por complicaciones médicas. Él se encontraba en las últimas fases de la Mancha cuando se conocieron y decidieron casarse. Aunque eso le había alargado la vida unos veinte años, no había bastado para salvarlo.

Alta y delgada—como la mayoría de las mujeres Xelixianas, que medían 1,80 m de media—la piel de Rhena era de un tono más claro de gris, tenía los ojos azul noche, el pelo negro común, ligeramente ondulado hasta los hombros, y la versión más delicada del crihnin en la frente, típico de sus mujeres. Como Norm, llevaba vestidos de color gris claro, hasta la rodilla y con mangas cortas. Los trajes de colores más claros le estaban prohibidos, pues solo los Primes podían llevarlos.

Odiaba que este etiquetado estuviera tan arraigado en su cultura. No bastaba con que la Mancha matara a los machos a una edad temprana y dificultara que sus hembras tuvieran bebés, sobre todo hijas, sino que además tenían que llevar su estatus en la ropa. Al igual que Aleina y Amalia, evitaba entrar en las zonas públicas de Xelix Prime. Me enfurecía demasiado ver a machos Manchados obligados a llevar capas con capucha o velos para ocultar las venas oscuras de la Mancha en la piel. ¿Y para qué? Para preservar la sensibilidad de la población.

A la mierda.

Khel había levantado la ley no oficial que obligaba a los Manchados a cubrirse a todos los machos que trabajaban en su propiedad, ya fuera en su huerto, en su recinto militar o como ayuda en la casa. Ghan había impuesto lo mismo en su propia propiedad, pero no podía dictar que su personal vistiera libre de las restricciones de la sociedad Xelixiana.

—Bienvenida, Kamala —dijo Rhena, mientras yo subía dos peldaños por la corta escalera que conducía al porche—. Aleina te espera en su despacho.

—Gracias, Rhena —dije con una sonrisa mientras me hacía señas para que entrara—. ¿Cómo están los niños?

—Yhanos se está portando bien, como siempre —respondió con una mirada afectuosa—. Aleina tenía mucha razón al afirmar que era un Erudito. A pesar de su corta edad, su curiosidad e

inventiva no tienen límites. Lleva toda la mañana resolviendo enigmas y no da muestras de cansancio. Es el niño más fácil de cuidar del mundo. Es cuando Zhara viene a visitar a Lenora cuando las cosas se ponen peliagudas. Esas dos siempre encuentran la manera de hacer travesuras. La casa solo está así de tranquila porque se han ido a la escuela.

Me reí mientras la mujer mayor negaba con la cabeza. A pesar de sus palabras, estaba claro que no le gustaría que fuera de otro modo.

—Entonces, ¡disfruta de la paz mientras dure! —dije.

—Lo haré —respondió antes de volverse hacia el patio donde sin duda jugaba el niño.

Desactivé mi armadura Tuureana mientras subía las escaleras hacia el segundo piso. Los nanocitos se desenredaron y se instalaron discretamente en el cinturón de mi armadura y en los brazales de mis muñecas. Subí, observando mi entorno con la envidia habitual. Mi hermanastra había pasado muchos meses renovando esta casa para convertirla en un hogar acogedor para su familia. Los Xelixianos tenían una obsesión por la pureza derivada de la plaga de la Mancha, que infectó a un gran porcentaje de su población. Por ello, el blanco y el plateado dominaban los esquemas cromáticos utilizados en todas partes. Pero a las Veredianas nos encantaba el color. Le dábamos un toque en todas partes. Dado que Ghan era tan formal y tan estricto con todo, esperaba que se opusiera. Pero lo aceptó todo y no solo para complacer a su hembra.

Los ventanales de la sala de estar del segundo piso dejaban entrar mucha luz solar. A pesar de los muebles negros con cojines y almohadas estampados de color rojo oscuro, la habitación seguía siendo luminosa y cálida gracias a las paredes de color beige claro y los cuadros de colores que colgaban de ellas. Pasé de largo hasta el despacho de Aleina, que ocupaba una gran habitación en el ala oeste de la casa.

Llamé a la puerta y entré sin esperar. Me estaba esperando, y nuestra cercanía superaba esas formalidades. La encontré sentada detrás de su escritorio, estudiando lo que sin duda eran interminables tratados, acuerdos comerciales y solicitudes de alianzas. Entrar en esta habitación siempre me recordaba a sus antiguos aposentos en el Tempest, su nave de batalla. Bueno, ahora, técnicamente, mi nave de batalla.

Había reproducido las mismas paredes gris oscuro de la nave y decorado la habitación con rojos bruñidos, azules suaves y amarillos dorados que aportaban luz a la oscuridad. Las fotos de su madre Maheva, de Amalia y su familia, del compañero de Aleina y sus hijos, de nuestra difunta hermana Sevina, de Mercy y de mí eran los únicos adornos de las paredes. Curiosamente, si hubiera puesto las fotos de su madre, Amalia, Mercy y ella misma una al lado de la otra, cualquiera podría haber pensado que todas eran la misma persona en diferentes etapas de su vida, aparte de que ella tenía el mismo color de pelo claro que nuestra pobre excusa de padre y no tenía los cuernos de Mercy.

—Pasa —dijo Aleina, levantándose de la silla y señalando los cómodos sofás de la sala de estar—. ¿Quieres tomar algo?

—Sí —dije dirigiéndome hacia el sofá de tres cojines—. Algo fuerte y trae la botella entera.

Me dejé caer en el sofá, me quité las botas y crucé los pies debajo de mí. Aleina me dedicó una sonrisa indulgente mientras colocaba en una bandeja una botella alta de vino Xelixiano, dos vasos y una botella de zumo de ryspak. La observé con afecto mientras acortaba la distancia que nos separaba, dejaba la bandeja sobre la mesa y tomaba asiento a mi lado.

Sin darle oportunidad de servirnos las bebidas, la atraje hacia mí y la abracé fuertemente. Ella no habló, sino que se limitó a abrazarme, con la sien apoyada sobre mi cabeza y la mano acariciándome suavemente la espalda. Aleina era para mí algo más que una hermanastra y mi mejor amiga; era mi heroína, mi roca. Al crecer en un recinto de cría, creía que la propia Diosa había atravesado las puertas de la zona de espera cuando nuestro amo la había sacado por fin de su nave y la había enviado al recinto donde yo había nacido. Era tan hermosa, intrépida *y* mi hermana mayor. La había seguido a todas partes como un cachorro, queriendo ser como ella algún día. Aleina no solo me había tolerado, sino que me había enseñado todo lo que podía. Nadie podría comprenderme mejor que ella.

—La he cagado, hermanita —dije contra su hombro.

—No la has cagado. Todo el mundo está bien. Nadie ha resultado herido.

Levanté la cabeza para mirarla y se me erizó la piel de vergüenza.

—No gracias a mí. Todos los niños estaban allí: todos los de Amalia, los dos tuyos y los gemelos Dervhen. Solo la Diosa sabe cuánto tiempo llevaba allí. Podría haberlos matado a todos.

—No lo hizo.

—¡Pero podría haberlo hecho! —me levanté y di vueltas por la habitación, con el recuerdo de mi fracaso quemándome profundamente—. Debería haberle disparado en cuanto estuve a tiro. Pero no pude. Mi bláster ya estaba ajustado al máximo nivel de aturdimiento, pero ni siquiera así pude hacerlo —me volví hacia mi hermana, sin hacer ningún esfuerzo por ocultar el dolor que me producía el vergonzoso secreto que ardía en mi interior desde ayer—. Incluso cuando les decía a los niños que volvieran, la verdad es que su seguridad no estaba en el primer plano de mi mente. Solo rezaba a la Diosa para que no lo mataran. ¿En qué puta clase de protectora me convierte eso?

Esperé la condena y la decepción en los ojos dorados moteados de verde de Aleina, pero en su lugar se llenaron de simpatía y comprensión.

—No te preocupaste por ellos porque sabías que estaban a salvo y podían defenderse.

—¡Estaba armado! —argumenté, aunque sus palabras eran exactamente lo que quería oír.

—Y en lugar de detener su corazón con un pensamiento, Vahleryon lo mantuvo congelado e indefenso —replicó Aleina—. Los gemelos Dervhen podrían haberle hecho estallar en llamas o congelarse en un bloque de hielo. Zhara podría haberle arrancado el alma del cuerpo. Rhadames podría haberle teletransportado al espacio exterior o al interior del tronco de un árbol, en cualquiera de los dos casos habría sufrido una muerte horrible. Los Titanes no necesitan nuestra protección; *nosotros* necesitamos la *suya*. Y el *mundo* nos necesita para proteger a los niños del lado oscuro.

Yo sabía todo eso. Que ella expresara esos hechos en voz alta fue un verdadero bálsamo para mi conciencia culpable. Quería creer que el hecho de que mi mente se centrara en el miedo por mi alma gemela no había sido un signo de negligencia o egoísmo. Tenía un deber para con aquellos niños Veredianos que eran mis propios sobrinos. Aunque los niños Dervhen no eran parientes de sangre, Valena y su compañero Zhul se habían convertido en familia para nosotros. ¿Quién iba a pensar que llegaría ese día con la enemistad de por vida entre Khel y Zhul?

—Aun así, nunca debería haber podido acercarse tanto. Khel lleva todo el día perdiendo la cabeza por ello. Los Xelixianos no pueden contrarrestar la tecnología Guldana —dejé de pasearme y miré a mi hermana fijamente a los ojos—. Podrían haberlo hecho si hubiéramos compartido más.

Aleina se puso rígida y su mirada se endureció. Conocía aquella mirada. Aunque el matrimonio y la maternidad la habían ablandado mucho, cuando se trataba de la seguridad de las Veredianas—que derivaba en gran medida de la tecnología Tuureana—se volvía feroz e inflexible.

Suspiré y cogí la botella de vino, llenando el vaso casi hasta el borde. Tragué la mitad antes de recordar lo traicionera que podía ser la maldita bebida, mientras la sangre empezaba a calentárseme rápidamente.

—Estoy de acuerdo en que debemos aumentar la seguridad de todos nuestros hijos, pero eso no significa revelar nuestros secretos —advirtió Aleina.

—¡Los Xelixianos son nuestros aliados! —exclamé.

—¿Durante cuánto tiempo? —preguntó ella, con el rostro desprovisto de emoción.

La miré con incredulidad. Aleina me sostuvo la mirada sin inmutarse.

—¿Ha ocurrido algo más? —pregunté, aunque era más bien una afirmación.

Aleina señaló el sofá con la cabeza y se inclinó hacia delante para llenar su propio vaso con zumo de ryspak. La semana pasada, su madre Maheva había confirmado que Lenora y Yhanos pronto tendrían una hermanita. Ghan estaba extasiado ante la idea de tener otra hija.

Me acomodé junto a mi hermana y esperé mientras ella daba un par de sorbos a su bebida.

—Esta mañana me han informado de que una delegación Korletheana hablará ante el Consejo dentro de dos semanas —dijo Aleina con expresión sombría. Miró pensativa el zumo rojo mientras lo hacía girar en su vaso—. No tenemos demasiados detalles, pero afirman que los Xelixianos, y la Alianza Galáctica en su conjunto, han sido víctimas de un antiguo engaño de las Veredianas.

La sangre se me heló en las venas ante la horrible sospecha de hacia dónde se dirigía esto.

—¿Recuerdas aquella Oráculo Korletheana que conocimos en el complejo de Jeruna? —preguntó Aleina.

—¿Venya Solis? ¿Esa zorra mocosa? ¿Cómo podría olvidarla? —pregunté, poniendo cara de desagrado.

Aleina resopló y luego asintió.

—Tenía bastante actitud, pero cada una de sus palabras contenía información importante. Nos advirtió que mantuviéramos la cabeza fría cuando conociéramos a Mercy. Pero lo más importante es que sabía que los Tuureanos eran en realidad Veredianas disfrazadas. Todos los Korletheanos lo saben.

Tragué saliva con dolor y volví a asentir.

—Siempre supimos que era cuestión de tiempo que nuestro secreto saliera a la luz. Todos mis instintos me gritaban que venían a descubrirnos. Tenemos que dirigir la situación —dijo Aleina en un tono que no admitía discusión—. Darán un giro terrible a las cosas, del que quizá no podamos recuperarnos.

Con la mente acelerada, reflexioné sobre todas las consecuencias que esta revelación tendría para nuestro pueblo, nuestras alianzas y nuestra seguridad. Bebí otro sorbo de vino antes de responder.

—Eso podría ser exactamente lo que quieren —medité en voz alta—. Puede que nos estén provocando para que nos descubramos.

Aleina asintió lentamente.

—Es posible, incluso probable. Pero en cualquier caso, nos están obligando a mostrar nuestras cartas antes de lo previsto. Ya nos hemos demorado bastante.

Volví a clavar en ella una mirada incrédula.

—¿Quieres que nos descubramos?

Mi hermana volvió a asentir.

—¿Quién eres? —pregunté, atónita—. Hace tres años, estabas dispuesta a morir antes que dejar que te bajara la armadura para salvarte con tal de guardar nuestro secreto. ¿Ahora quieres revelárselo al mundo?

—Eso fue hace tres años —replicó Aleina encogiéndose de hombros—. Entonces las cosas eran distintas. Solo había cuatro machos Veredianos vivos en toda la galaxia: Los hijos de Amalia y los gemelos Dervhen. Según el último censo, ahora tenemos 643 machos; más que suficientes para garantizar la supervivencia y el crecimiento de nuestra especie.

—Pero la mayoría apenas son más que niños pequeños. Pasará al menos otra década antes de que los mayores puedan reproducirse, y dudo que Amalia esté de acuerdo en que sus hijos se conviertan en padres a los diecisiete años —argumenté.

—Correcto. Infantes y niños que actualmente están expuestos a un entorno cada vez más hostil —la palma de la mano de Aleina se posó sobre su vientre aún plano y lo acarició suavemente—. Cada nuevo Verediano que traigamos a este mundo alimentará aún más la propaganda. Pero hay algo más.

La vi levantarse y caminar hacia la alta ventana que daba al patio trasero. Con la palma de la mano aún en el vientre, se la acarició distraídamente con el pulgar mientras contemplaba al pequeño Yhanos resolviendo un rompecabezas en la mesa del patio.

—Camelia y Larissa me han informado de que muy pocas de nuestras Hermanas desean

participar en el próximo encuentro para justificar que sigan celebrándose.

—¿Qué? —pregunté, poniéndome también en pie—. ¿Por qué? ¿Por esa propaganda?

Aleina se volvió para mirarme, con una expresión triste en su hermoso rostro.

—El número de nuestras Hermanas que desean aparearse con Xelixianos ha disminuido considerablemente desde que encontramos la cura —dijo Aleina con un suspiro—. En Haven se han producido algunos debates inquietantes que reflejan parte de la propaganda anti Verediana, pero al revés. Los Xelixianos temen que nuestros genes sean demasiado fuertes y estén cambiando la faz de Xelix Prime, mientras que a nuestras Hermanas les preocupa que todos nuestros jóvenes machos sean híbridos. Si nuestro objetivo es reconstruir nuestra especie, debemos esforzarnos para que nuestros descendientes se parezcan lo más posible a nuestros antepasados, que no tenían esos iris agrandados, orejas estriadas y crihnin en la frente.

—No me lo puedo creer —susurré, sin aliento—. ¿Cómo no he visto ni oído nada de esto?

—Estabas demasiado ocupada cumpliendo tus abrumadoras obligaciones —dijo Aleina con una sonrisa indulgente—. Descargué un montón de responsabilidades sobre tus hombros cuando renuncié a mi personalidad de Almirante Lee. Has hecho un trabajo fenomenal haciendo avanzar la construcción de Haven y reforzando nuestras defensas. Incluso sin la alianza Xelixiana, a menos que toda la galaxia una sus fuerzas contra nosotros, Tuur es inexpugnable.

—¿Incluso sin la alianza Xelixiana? —pregunté, desconcertada—. ¿Qué estás diciendo?

—Digo que nuestras Hermanas de Haven han declarado que, en adelante, desean buscar pareja entre los Terranos, Dantorianos y Aveanos con los que nuestros genes sean dominantes. Nuestros hijos saldrán totalmente Veredianos, igual que antes salían totalmente Xelixianos cuando aquellas hembras se apareaban con machos Manchados —dijo Aleina, sonando algo derrotada—. El Consejo de Ancianos también solicita que celebremos una votación entre nuestras Hermanas aquí en Xelix Prime para que abandonemos este planeta de forma permanente.

—¿Pero qué pasará con los compañeros? ¿Y Ghan? ¿Y qué pasará con...?

—Si llega el caso, Ghan me seguirá —interrumpió Aleina.

Le dirigí “la mirada” ante tal presunción.

—No me mires así. Ya no soy la zorra engreída y controladora de antes. Él y yo ya lo hemos hablado —dijo—. Amalia y sus compañeros están teniendo una discusión similar. Zhul y el compañero de mi madre, Minh, ya han acordado que dejarían Xelix Prime si el resto de nosotros lo hacemos. Minh nunca pensó en tener un hijo algún día. Cuando mi madre dio a luz a mi hermanito el año pasado, todo cambió para él. Su compañera y su hijo están por encima de cualquier otra cosa, incluso de su mundo natal. Solo esperaba curar la Mancha antes de marcharse.

—Esto no parece una discusión sobre un posible curso de acción. Suena como si la decisión ya estuviera tomada —exclamé, sin saber si me sentía más enfadada, traicionada o simplemente abrumada.

Aleina lanzó una última mirada a su hijo a través de la ventana y luego volvió hacia mí.

—No se ha tomado ninguna decisión. Pero si yo fuera una Oráculo, estoy segura de que al menos dos de los caminos que vería implicaran que nos fuéramos a Haven.

—¿Es eso lo que quieres? —pregunté.

No respondió de inmediato, sino que se detuvo a pensar seriamente en la pregunta. El hecho de que no dijera "no" de inmediato me lo dijo todo.

—Me encanta esta casa —dijo por fin Aleina, echando un vistazo a la habitación—. Me encanta el clima de este planeta y me he convertido en una adicta al ryspak —añadió con una risita—. Éste es el único hogar que han conocido mis hijos. Pero no es un hogar. Nos han acogido y dado cobijo en nuestros momentos de necesidad, y por ello estaré siempre agradecida a Xelix Prime. Pero su sociedad es demasiado diferente de la nuestra. ¿Cuántas de nuestras Hermanas se mezclan con su gente? La mayoría de nosotras evitamos el centro de sus ciudades porque no compartimos sus valores, y sus divisiones de clase nos resultan ofensivas.

—Nuestra influencia les ha cambiado —argumenté, débilmente. De camino hacia aquí, había estado pensando exactamente lo mismo.

—Somos huéspedes en su mundo. No nos corresponde intentar cambiarlos ni imponerles nuestras costumbres —dijo Aleina, poniendo las palmas de las manos sobre mis hombros—. Si queremos quedarnos aquí, tendremos que asimilarnos a sus costumbres y a su cultura. Esto no es lo que quiero para mis hijos y, francamente, tampoco lo que quiero para mí.

—Entonces, ¿simplemente huimos? —pregunté, sintiéndome irracionalmente enfadada y confusa. Comprendía sus argumentos, pero todo aquello me parecía mal—. Vinimos aquí en nuestro momento de necesidad, cogimos todo lo que nos ofrecían, los utilizamos para conseguir nuestra cura, ¿y ahora nos largamos y los dejamos donde empezaron?

—No es así en absoluto, Kamala. Lo sabes muy bien —dijo Aleina con tono severo—. Nosotras...

Una llamada de emergencia zumbó en mi comunicador. Lo abrí con el altavoz encendido.

—¿Larissa? —dije como único saludo a la persona que llamaba, con todos mis sentidos en alerta.

—Ha habido un incidente en la Escuela Tharmita —dijo Larissa, una de las jóvenes hermanastras de Amalia—. Vahl ha controlado la situación, pero los profesores y algunos padres piden que envíen a casa a los niños Veredianos.

—Que me jodan —murmuré—. Voy para allá. Mantén la calma hasta que llegue.

—Entendido —dijo Larissa.

Intercambié una mirada tensa con Aleina mientras volvía a meter los pies en las botas.

—Kamala, esto solo va a ir a más —dijo Aleina con voz derrotada—. Sé que no eres de las que se rinden. Pero, a veces, hay que aceptar que no se puede ganar una batalla, reagruparse y vivir para luchar otro día.

—El Almirante Lee nunca habría dicho eso —la desafié.

—El Almirante Lee sabía cuándo hacer concesiones. Se trata de hilar fino para seguir en la cima. ¿Recuerdas el día que nos reunimos por primera vez con Mercy y casi arruino todo? Me disculpé sin llegar a pedirle perdón. Nunca dejes que te vean sudar —Aleina me cogió la cara con las manos y sus ojos dorados se clavaron en los míos—. Confío en que tomes la decisión que consideres adecuada para la seguridad de nuestros hijos. Pero recuerda que el poder reside en manos de quien controla la situación —inclinándose hacia delante, me besó la frente como solía hacer después de arroparme en la cama en los dormitorios del complejo de cría, y luego me soltó.

Asentí y me alejé, con mi armadura Tuureana formándose a mi alrededor mientras bajaba corriendo las escaleras para montar en mi aeromoto. Tardé apenas nueve minutos en completar el trayecto que normalmente dura quince minutos. Por suerte para mí, ningún agente de la ley merodeaba por este barrio tan tranquilo, por no decir pedante. Me detuve ante la escuela, donde las hermanas de Amalia, Camelia y Larissa, hacían todo lo posible por calmar a unos padres cada vez más alterados.

En otras circunstancias, la inconfundible expresión de alivio de sus rostros me habría hecho sonreír.

—¿Cuál parece ser el problema? —pregunté con mi voz sintética Tuureana.

Una vez más, el poder que nos conferían nuestros personajes Tuureanos era evidente. Los padres que habían estado acosando a Camelia y Larissa, ambas con apariencia Verediana y vestidas de civil, se callaron de repente al verme. Mi armadura negra de celesio, mi casco con el visor brillante y oscuro que ocultaba por completo mis rasgos, y mi larga trenza blindada con la afilada hoja colgando en la punta gritaban “no me jodas” a cualquiera que me contemplara. El sonido robótico creado por mi modulador de voz, me hacía aún más intimidante. Aparte de los Korletheanos que conocían nuestro secreto, y de los miembros cercanos de la Primera División, la unidad militar de élite directamente bajo el mando de Khel, el resto de la galaxia seguía creyendo que los Tuureanos éramos ciborgs con el ejército más poderoso del universo conocido.

Nadie quería meterse con nosotras.

La mera idea de renunciar a esto me revolvía el estómago. Pero ahora no era el momento de pensar en esto. Necesitaba que esos padres se largaran para poder controlar los daños con *Seha* Velthan, la Directora de la escuela.

—Uno de esos chicos Veredianos agredió a mi hijo y le rompió la nariz con un disco flotante —dijo una de las mujeres Xelixianas.

—Eso es mentira, Xelixiano —siseó Larissa—. Recordad bien vuestras propias leyes sobre difamación y calumnia.

Sonreí ante el fuego de Larissa, agradecida de que mi visera ocultara mi expresión. La hembra palideció ligeramente, pero no cedió, levantando la barbilla en señal de desafío.

—Todos vimos las imágenes de las cámaras de seguridad. Mi bebé derramaba sangre; ¡aún se le ve por toda la ropa! —dijo la madre, señalando a un joven Xelixiano, medio escondido detrás de su madre.

Los demás padres asintieron y me miraron indignados, como si esperaran que les hiciera justicia.

—Fue un accidente que Zhara, otra Verediana, arregló rápidamente —replicó Larissa—. No veo que vuestro hijo tenga la nariz rota.

—Pero eso no borra el dolor que sufrió —replicó ella—. ¡Solo un poco más arriba y habría matado a mi pequeño Pohl!

—En primer lugar, ¿qué hacía un disco flotante en el patio? —pregunté—. ¿No están específicamente prohibidos esos juguetes para evitar precisamente este tipo de incidentes?

De repente, un par de padres se mostraron extremadamente fascinados por el suelo o por lo que les rodeaba.

—Eso no viene al caso —se encogió de hombros la madre.

—Es el punto principal teniendo en cuenta que, si uno de vuestros hijos no hubiera desobedecido esa norma, este incidente no habría tenido lugar para empezar —repliqué.

—Por supuesto —dijo *Seha* Velthan con tono firme y claramente contrariado—. Se ha identificado al culpable. Recibirá las medidas disciplinarias adecuadas, y los padres serán multados.

—Pero mi hijo...

—Veamos las imágenes de este supuesto "ataque" a vuestro hijo —interrumpí, luchando contra el impulso de estrangular a la bruja que claramente no quería otra cosa que agravar esto todo lo posible.

Seha Velthan nos mostró las imágenes en la pantalla de su datapad. Pohl y otros cuatro niños estaban jugando con el disco flotante en una sección aislada del patio de la escuela. Un joven Titán llamado Sylvius caminaba junto al edificio con su hermano pequeño, perdido en una animada conversación. Justo cuando doblaron la esquina que daba al patio, Pohl dirigió su luz hacia el disco flotante. Según el diseño del juego, el disco salió disparado en una dirección aleatoria, lo que desgraciadamente lo envió directamente hacia Sylvius. El Titán cinético, que había estado mirando a su hermano, vio su expresión de miedo y se volvió justo a tiempo para ver que el disco estaba a punto de golpear su propia cara. Por reflejo, sacudió la mano y el disco salió disparado en la dirección de la que había salido: justo hacia la cara de Pohl. El chico Xelixiano no pudo esquivarlo y le brotó sangre de la nariz.

Pohl se desplomó en el suelo, gritando, mientras los demás niños pedían ayuda a gritos, gritando que Sylvius había atacado al chico. Momentos después, mientras los profesores llegaban corriendo, Vahl, Zhara y Rhadames aparecieron a un par de metros del niño herido, gracias al poder de teletransporte de Rhad. Los demás niños se acobardaron mientras Vahl llamaba a todos a la calma, diciendo que todo iría bien. Zhara corrió al lado de Pohl y, utilizando su capacidad curativa, le curó completamente la nariz rota en cuestión de segundos.

Miré a la madre, que apretó los labios y apartó la mirada, ya no actuaba con tanta arrogancia. Obviamente, ella ya había visto ese video. Pero al verlo de nuevo se dio cuenta de que no tenía

nada que hacer.

—¿Han atacado a *vuestro* hijo? —le pregunté con mi voz más fría, que mi modulador de voz hacía aún más áspera—. Lo que muestra esta transmisión es que, de no ser por el poder psíquico y la intervención de Sylvius, *habría* resultado gravemente herido por la desobediencia de *vuestro* hijo. Según la trayectoria y la velocidad del disco, habría golpeado a Sylvius en la sien con fuerza suficiente para matarlo. ¿Qué habríais dicho entonces?

La madre de Pohl abrió y cerró la boca varias veces sin que saliera ninguna palabra.

—Si queréis presentar una denuncia formal, nos reuniremos gustosamente con vosotros en el tribunal para evaluar qué hijo ha sido agraviado —dije antes de volverme hacia los otros padres —. En cuanto al asunto del disco, consultaré con los padres de Sylvius para saber si desean presentar una denuncia contra los padres negligentes que permitieron que lo trajeran al recinto, y contra la escuela por permitir que los niños jugaran con él en el patio.

—Estoy segura de que no habrá necesidad de llevar esto más lejos —intervino rápidamente *Seha* Velthan, mientras algunos de los padres murmuraban alguna protesta nerviosa—. No hay heridos, el disco ha sido confiscado, y el niño que lo trajo y los que jugaron con él serán disciplinados. Por lo que a mí respecta, este caso está cerrado. ¿De acuerdo? —dijo, mirando fijamente a los padres.

Contuve la respiración, pero la solté cuando los padres aceptaron a regañadientes, algunos de ellos cogiendo a sus hijos antes de marcharse.

—Si me lo permitís, quisiera hablar con vos en privado, Teniente Kamala —dijo la Directora Velthan.

—Por supuesto —respondí, y la preocupación volvió con fuerza.

Aunque se sentían aliviadas al ver que los padres se habían ido, Camelia y Larissa compartían claramente mi preocupación de que lo que la Directora de la escuela quisiera discutir no fuera agradable.

—Nos quedaremos hasta el final de las clases para asegurarnos de que no ocurra nada más —dijo Larissa.

Asentí con la cabeza. Para mi sorpresa, en lugar de conducirme al interior del edificio, a su despacho, la Directora me hizo un gesto para que caminara con ella hasta el pequeño parque vacío adyacente a la escuela. Entonces comprendí que no quería arriesgarse a que el sistema de seguridad de la escuela oyera o grabara nuestras conversaciones. Caminamos en silencio hasta que estuvimos fuera del alcance auditivo de cualquiera.

—Teniente Kamala —dijo la Directora Velthan—, me metería en un buen lío si lo que voy a contarte se hiciera público. Pero las Veredianas y sus hijos merecen ser advertidos —respiró hondo, juntó las manos y me miró directamente—. Se está celebrando una votación en el consejo escolar para expulsar a todos los Veredianos de nuestras escuelas. La votación tendrá lugar el viernes y los resultados definitivos serán efectivos a partir del lunes.

Me estremecí interiormente. Aunque mi cara habría mostrado sin duda mi conmoción de no

ser por mi máscara, mi cuerpo no traicionaba nada gracias a los años de práctica interpretando a la siempre estoica Guerrera Tuureana Kamala.

—Ya puedo deciros que la votación es una mera formalidad —dijo disculpándose, con una expresión avergonzada en el rostro—. A partir del lunes, no se permitirá a ningún niño Verediano entrar en nuestras escuelas ni en nuestros patios.

—Eso es discriminación. Es ilegal —gruñí.

—*No* es discriminación —replicó la Directora, endureciendo el tono—. Entiendo que penséis así, pero no se trata de su raza.

—Los Terranos, Dantorianos y Aveanos no están siendo expulsados —argumenté.

—No tienen poderes —replicó *Seha* Velthan. Suspiró pesadamente y sacudió la cabeza como desanimada—. Me encantan los niños. Solo quiero lo mejor para todos los jóvenes que están a mi cargo. Los niños Veredianos son de los más dulces y educados que he conocido. Su especie se dedica por naturaleza a cuidar de los demás, y eso se nota. Pero por mucho que quiera verlos prosperar, incluso yo me sentiré aliviada cuando se hayan ido.

Esta vez no pude evitar retroceder. Desde que habían empezado a producirse los primeros incidentes hacía meses, la Directora Velthan había sido una de las más firmes defensoras de los niños.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Qué os ha hecho cambiar de opinión? —pregunté, desconcertada.

—Me aterrorizan esos niños —admitió la mujer—. Estamos indefensos para proteger a los demás alumnos o a nosotros mismos si un Verediano pierde el control. Cada año veo que el poder de algunos de esos niños aumenta exponencialmente. Los “normales” no serían tan problemáticos, pero los que, como los Praghan, crecen más rápido que los demás, tienen el poder de matar. A los niños Xelixianos no les salen los colmillos antes de los doce años, y sus venenos no son tóxicos antes de los quince. Los Praghan y los Sylvius tienen entre cinco y siete años, pero parecen niños de diez. No solo tienen ya sus colmillos, sino que sus venenos pueden infligir dosis letales. Aunque nos olvidáramos de esos locos poderes psíquicos, solo por eso, no podríamos mantener a esos niños aquí. Los machos jóvenes Xelixianos luchan a menudo, y tienden a morder cuando lo hacen. Los Veredianos podrían destriparlos con sus garras y matarlos en segundos con sus venenos. No es seguro.

—¿La decisión está tomada, entonces? —afirmé más bien en tono cortante.

La Directora vaciló.

—Solo hay una cosa que podría apaciguar a los padres. Pero probablemente no estarán de acuerdo.

—No vamos a poner guantes ni collares a nuestros niños para encadenar sus habilidades —espeté, anticipándome a lo que vendría a continuación.

La Directora suspiró pesadamente y asintió lentamente con la cabeza.

—Sabía que diríais eso. Que sepáis que lo siento de veras. Pero yo también soy madre y comprendo los temores de esos padres. No nos juzguéis con demasiada dureza. En realidad, a

muchos de nosotros no nos importa mucho esa propaganda. Puede que a algunos fanáticos les importen esas tonterías sobre el *aspecto Xelixiano*, pero se trata de la seguridad de nuestros jóvenes. Y *eso* no es negociable.

—Gracias por la advertencia, Directora Velthan. Tendré en cuenta esta información. No temáis, no quedaréis expuesta —dije en el tono más neutro que pude.

—Gracias por vuestra comprensión, Teniente Kamala —dijo la Directora, claramente aliviada de que aquello hubiera terminado. Asintió y se marchó a toda prisa.

Angustiada, me di la vuelta para volver a mi aeromoto y vi a Xevius, con un traje de cuero blanco y el pelo largo suelto a la espalda, de pie junto a su aeromoto, unos metros delante de la mía. El corazón me dio un vuelco al darme cuenta de que debía de llevar aquí un buen rato. Lo más probable era que hubiera oído todo lo que había dicho la directora, quizá incluso hubiera presenciado todo el lío con los niños.

Gruñendo para mis adentros, caminé despreocupadamente hacia él. Cuando me acerqué, montó en su moto, arrancó el motor y siguió mirándome expectante. Me detuve a su lado. Permaneció callado, contentándose con enarcar una ceja, de un tono ligeramente más oscuro que su cabello dorado. No sabía qué pensar ni cómo sentirme, salvo lo mucho que desearía que me abrazara ahora mismo e hiciera desaparecer todo este lío.

Pero no está aquí para hacerlo desaparecer. Está aquí para empeorarlo.

Sin decir una palabra, continué hacia mi aeromoto. En cuanto encendí el motor, Xevius arrancó a baja velocidad hasta que seguí su estela. Solo entonces aceleró, manteniéndose un pelo por debajo del límite de velocidad. Salimos de la zona residencial para atravesar los extensos suburbios del distrito de Xelhan, hasta llegar a una casa de dos plantas algo aislada y discreta. Ninguna verja bloqueaba el acceso a esta típica casa Xelixiana de paredes blancas y ventanas oscuras, pero mi escáner captó múltiples sistemas de seguridad, desde cámaras, sensores de movimiento y trampas.

La puerta del garaje se abrió y Xevius aparcó dentro su aeromoto. La desmontó y me esperó. Le imité mientras seguía mirándome fijamente, con su hermoso rostro carente de emoción.

—Quítate el traje, Kamala —dijo con una voz autoritaria que debería haberme puesto los pelos de punta, pero no lo hizo.

Le miré fijamente a través de los visores antes de ceder. Mis dedos siguieron un patrón específico sobre las placas de presión invisibles de mi armadura a lo largo del cuello. Cuando los nanocitos de mi traje se desenredaron, empecé a sentirme cohibida de repente. Hasta ese instante, la confianza en mi propia belleza nunca había sido un problema. Por muy vanidoso que esto pueda sonar, aunque las Veredianas poseían en general una belleza superior a la media, la Diosa había sido especialmente generosa conmigo. Ésta era una herramienta y un arma que me había servido bien a lo largo de los años. Pero por mucho que hubiera odiado que los hombres se fijaran más en mi aspecto que en mi personalidad, por primera vez, lo que un hombre pensara de mi apariencia me importaba de verdad.

Xevius estiró el cuello, sin duda sintiendo el cosquilleo de la Sintonía. Mi armadura ya no me lo amortiguaba tampoco. Su mirada me recorrió lentamente mientras el traje se desvanecía en mi cinturón y brazales, dejándome con nada más que un sujetador deportivo negro y unos pantalones cortos de correr ceñidos. Sus ojos ámbar se detuvieron en las marcas que tenía a cada lado de los brazos, se detuvieron en el piercing de mi ombligo—una fina sonrisa estiró sus sensuales labios—y luego recorrieron mis piernas antes de volver a mirarme.

—Eres impresionante, mi compañera —dijo Xevius, con una voz suave y gutural que me hizo sentir debilidad en las rodillas.

Se me erizó la piel de placer, no solo por su aprobación, sino por ser así reclamada. Por suerte, no me ruboricé. Levanté la barbilla con un poco de arrogancia y, a cambio, lo miré descaradamente. Enarcó una ceja divertido y se quitó lentamente la chaqueta de cuero blanco, dejando al descubierto una camiseta negra ceñida que no ocultaba nada del cuerpo musculoso y bien definido que tenía debajo. Se me hizo agua la boca, pero mantuve una expresión burlona mientras lo evaluaba abiertamente.

—Tú también no estás nada mal —dije sin gracia.

Resopló.

—Me alegro de que me apruebes.

Xevius extendió la palma de la mano hacia mí. La miré fijamente, tragué saliva y, tomando una decisión, me adelanté y la cogí. Un relámpago cayó cuando nuestras manos se tocaron, chispas eléctricas recorrieron mi brazo y mi cuerpo. Separé los labios, pero conseguí no jadear.

El oro fundido de los ojos de mi alma gemela se oscureció cuando se acercó a mí. Se me cortó la respiración y, por un momento, pensé que me besaría.

—Yo también lo siento —susurró Xevius. Su mirada bajó hasta mis labios, como si hubiera oído lo que acababa de pasar por mi mente. Sonrió y se apartó, arrastrándome tras él—. Vamos. Entremos.

Una vez más, le seguí.



CAPÍTULO 6

XEVIUS

Mi mujer era aún más hermosa que en mis recuerdos. La sensación de su delicada mano en la mía, suave, pero firme, me hacía desear tocar más de ella, deshacer aquella larga trenza y dejar que todo aquel impresionante cabello cayera en cascada sobre mi pecho desnudo, y beber sin parar en la fuente de sus labios. Pero ahora no era el momento de satisfacer mis deseos primarios. Esperaba que me siguiera hasta aquí para que pudiéramos hablar abiertamente tanto de mi misión como de nuestra Sintonía. No podía decidir si el hecho de que Kamala lo hiciera expresaba confianza, temeridad o una mezcla de ambas.

Cuando entramos en la casa, analicé la retahíla de emociones que la recorrían. Obligarme a ignorar las punzadas de excitación que había sentido cuando me quité la chaqueta estaba resultando todo un reto. Pero, por encima de eso, la curiosidad, la cautela y el recelo dominaban sobre su estado amoroso.

Kamala miró alrededor de la habitación, en su mayor parte yerma, con la confusión que emanaba de ella.

—¿Qué te parece mi interior? —pregunté, sonando serio.

Se mordió el labio inferior, insegura de si le estaba tomando el pelo.

—Minimalista y eficiente —dijo al fin.

Resoplé.

—Yo habría dicho frío, clínico y sin alma.

Kamala sonrió.

—O eso —concedió antes de echar otro vistazo a la gran sala.

Como era típico en Xelix, todas las paredes de la casa eran blancas, el suelo estaba cubierto de baldosas de color gris claro y los muebles eran blancos o de distintos tonos de gris. La miré de reojo, divertido por lo expresivo que era su rostro cuando su cuerpo permanecía totalmente controlado. Caí en la cuenta de que el visor de su armadura Tuureana nunca había requerido el control de su rostro, solo de su cuerpo, una muleta de la que pronto tendría que aprender a prescindir.

La deprimente idea de cómo mi pueblo pretendía sacar a la luz los secretos de los Tuureanos

me recordó que no era una cita de cortejo.

—Te ofrecería algo de beber, pero solo tengo agua —dije mientras le hacía un gesto para que tomara asiento en el sofá frente al ventanal que daba al enorme patio trasero.

—No te preocupes; no me quedaré mucho tiempo —dijo ella, acomodándose en el sofá de cuero blanco y cruzando sus perfectas e interminables piernas, dejándome entrever las marcas Veredianas de sus costados.

Me molestó saber que se marcharía. Pero era lo mejor. Me senté en la silla frente a ella y también crucé las piernas. Nos miramos en silencio durante un momento, sin querer romper la tregua temporal. Podría contemplarla durante días, deleitándome con el cosquilleo de la Sintonía. Justo cuando iba a hablar, sentí que su humor cambiaba.

—Te han enviado para matar a nuestros niños, ¿verdad? —preguntó sin preámbulos.

Aunque podría haber mantenido una reacción neutral, gracias a los años de entrenamiento, no hice ningún esfuerzo por ocultar mi sorpresa ante su brusquedad.

—Sí —respondí con sinceridad.

Una oleada de tristeza, ira, traición y protección surgió de ella.

—Almas gemelas o no, no te dejaré hacerlo —dijo con voz controlada.

—Si decido llevarlo a cabo, ninguno de ustedes podrá hacer nada para impedirlo —respondí con suavidad.

—Seguro que Vahl no tuvo ningún problema en impedírtelo —se burló, con los ojos fríos como piedras.

Aquello dolió, como ella pretendía. Había sido bastante humillante—si no aterrador—lo fácil que el chico me había sometido.

—Si mi objetivo hubiera sido matarlo a él y a los demás anoche, ya estarían muertos. Les observé jugar durante unos diez minutos antes de decidirme a marcharme. Una sola granada de aguijón habría acabado con todos ellos.

Se había convertido en uno de mis métodos favoritos para eliminar discretamente a grupos de enemigos. No era más grande que una moneda y podía disparar hasta doce dardos envenenados del tamaño de un aguijón de mosquito. Una vez descargada, la granada se desintegraba sin dejar rastro. Según el veneno utilizado, las víctimas morían al instante o en un plazo de hasta cuarenta y ocho horas.

—Hoy también, en el patio de la escuela, mientras calmaba aquel lío con la nariz rota del niño Xelixiano, podría haber matado a Vahleryon y a sus hermanos. Pero una vez más, no lo hice. Solo me descubrió ayer porque sintió las ondas psiónicas entre nosotros cuando se activó nuestra Sintonía. Si no hubieras salido en el momento en que lo hiciste, ninguno de ustedes habría sabido que yo había estado allí.

Con la mente acelerada, entrecerró hacia mí sus hermosos ojos color avellana, cuyas largas pestañas proyectaban una sombra sobre sus mejillas.

—Si te habían ordenado matarlos, ¿por qué no lo hiciste? —preguntó Kamala.

—Porque aún no he decidido si proceder o no —respondí, con sinceridad.

Ella retrocedió, con los ojos abiertos por la sorpresa.

—¿Decidido? ¿Sobre las órdenes?

Le dediqué una sonrisa triste.

—¿Cuánto te ha contado Eryon sobre Korlethea?

—No mucho —dijo Kamala encogiéndose de hombros—. Muy poco, la verdad. Si no fuera por el fenomenal trabajo que ha hecho por los niños, y su evidente amor por Amalia, me preguntaría por sus verdaderos planes. Tu pueblo le ha rechazado, le ha tachado de traidor por buscar a su hija, y aun así protege tus secretos.

Aquellas palabras fueron un bálsamo para mi corazón. La sinceridad de las emociones que emanaban de ella confirmaban que Eryon había permanecido fiel a nuestro pueblo. La lealtad Korletheana era la base de nuestra sociedad. Incluso ahora que consideraba desobedecer la voluntad del Quórum, el bien de Korlethea dominaba mi proceso de decisión.

—Mi pueblo se rige por el Destino. Durante siglos, las visiones de Videntes y Oráculos han dado forma a nuestro futuro y dictado nuestros cursos de acción —dije, poniéndome en pie. Me acerqué a la ventana y me quedé mirando al exterior, sin ver—. Cuando me encomendaron esta misión, las Oráculos me dieron demasiadas predicciones, todas ellas con consecuencias nefastas para diversas personas. Cualquier acción que emprenda determinará el resultado. Por esta razón, tengo derecho a anular el mandato del Quórum si me parece la opción más sensata —la miré por encima del hombro, sintiéndome más desgarrado que nunca—. Teniendo en cuenta cuántos morirán si tomo la decisión equivocada, necesito estar seguro.

Odiaba la oleada de miedo que emanaba de mi compañera. Se levantó y se acercó a mí. Me volví hacia ella.

—Aún queda aquella en la que Vahleryon se convierte en un gran general y trae la paz a toda la galaxia, ¿verdad? —preguntó Kamala, con sus ojos pasando entre los míos.

—Sí —respondí.

Kamala exhaló ruidosamente, con los hombros caídos por el alivio.

—Pero el número de visiones con un desenlace terrible se multiplica, sobre todo ahora a causa de la Sombra —repliqué.

Mi mujer se puso rígida.

—Tharek es un buen chico.

—Es casi salvaje —dije, endureciendo la voz. Abrió la boca para discutir, pero no la dejé—. Veo su luz. Siento su energía psiónica. Está lleno de rabia y de ganas de destruir y matar.

—¡Pero no lo ha hecho! —suplicó Kamala, poniendo las palmas de las manos sobre mi pecho—. Eryon ha hecho maravillas con los niños. Sí, nos aterrorizaban porque no sabíamos qué hacer. Vahleryon lloraba suplicando a su sire que le ayudara porque no quería hacerle daño, pero el pobre muchacho apenas podía contener la rabia que llevaba dentro. Y entonces llegó Eryon y les enseñó la paz. Pero ahora hay demasiados niños para que pueda ocuparse de ellos él solo. Si

él solo consiguió hacer tales milagros, imagina cuánto más controlados estarían nuestros niños si más Korletheanos ayudaran. ¿Si *tú* ayudaras?

Comprendía muy bien aquella súplica, pues los mismos argumentos se habían repetido en mi cabeza muchas veces, algunos de ellos incluso presentados al Quórum por los padres Korletheanos de las Veredianas más jóvenes. Esto nunca sucedería sin algo lo bastante radical como para convencer al Quórum de que cambiara de rumbo.

Colocando mis manos en sus caderas, atraje su cuerpo hacia el mío. Nos alineamos perfectamente. Se puso un poco rígida antes de relajarse contra mí, y sus manos se deslizaron hasta mis hombros. A pesar de mi metro noventa, la frente de Kamala me llegaba a los labios, la altura ideal para mi mujer. Levantó la cabeza para mirarme.

Diosa, realmente está hecha para mí...

—Entonces, convénceme —susurré—. Y dame pruebas para convencerles.

No le di la oportunidad de responder. Inclinándome, apreté mis labios contra los suyos, reclamando por fin lo que había estado deseando desde que la vi por primera vez en el patio trasero de los Praghan. No me correspondió de inmediato, confundida por la culpa, la sospecha y la desconfianza. Me sentía identificado, ya que yo también luchaba contra el conflicto entre mi deber y la ardiente necesidad de perseguir a mi alma gemela.

La mente de Kamala cambió por fin y se derritió contra mí, deslizando los dedos por mi pelo. Ronroneé de placer ante su contacto y, apretándole la trenza, incliné la cabeza hacia un lado para profundizar el beso. Sus labios se separaron, acogiendo mi lengua ansiosa. La suya chocó con la mía en una danza guerrera, sin ceder ni intentar dominar. Fluimos juntos con naturalidad, saboreándonos, acariciándonos, con el dulce sabor del vino Xelixiano persistente en su aliento.

Mi compañera gimió y se apretó contra mí. Pero no era suficiente. Necesitaba más. Rodeé con el brazo la piel desnuda de su esbelta cintura y estreché mi abrazo, luchando contra el impulso de deslizar la mano bajo su sujetador deportivo. Al romper el beso, Kamala tiró de mi pelo y me obligó a inclinar la cabeza hacia atrás. Sus labios dejaron un rastro abrasador a lo largo de mi mandíbula y bajaron por mi cuello, que mordió y luego chupó. La sangre se me agolpó en la ingle y los músculos abdominales se me contrajeron al estallar un rayo de deseo en la boca del estómago.

—*Fehama* —susurré antes de que su boca reclamara la mía.

Justo cuando me inclinaba para volver a profundizar el beso, Kamala se apartó de repente y se tapó la boca con dedos temblorosos. Estuve a punto de estirar la mano para atraerla de nuevo a mis brazos, pero me mantuve firme, respirando hondo para calmar mi pulso acelerado y acallar el doloroso latido de mi región inferior.

Apartándose de mí, mi compañera dio unos pasos antes de detenerse y abrazarse a sí misma. Podía sentir cómo luchaba por reprimir el deseo que sentía por mí, aferrándose a la razón y al sentido del deber. Una sabia forma de actuar, aunque lo único que deseaba era ir hacia Kamala y estrecharla contra mi pecho.

Hasta que no me hubiera comprometido a no matar a los niños, no podía haber esperanza de una relación entre nosotros.

—Convence a los Praghan para que me concedan una entrevista con sus hijos —dije.

Kamala se volvió para mirarme como si hubiera perdido la cabeza.

—Tengo una grabación de cinco Titanes, todos alfas, jugando juntos de forma amistosa y atendiendo después a las necesidades de los demás —dije—. Solo eso sembrará la duda en muchos de los míos. Pero ellos, y yo, necesitamos oír hablar a Vahl, espontáneamente, en presencia de la Sombra.

—Ayer habló contigo —argumentó Kamala.

—Y nos interrumpieron. Tengo que agradecérselo a Rhadames —añadí con una sonrisa burlona.

Cruzó los brazos sobre el pecho y me dirigió una mirada evaluadora.

—Khel te habría jodido primero y preguntado después si te hubiera descubierto. Los oídos de los Guerreros de la Primera División aún sangran de lo fuerte que gritó cuando se enteró de que te habías acercado tanto a sus hijos. La única razón por la que no está ya de camino a Korlethea con todo el poderío de las flotas Xelixiana y Tuureana es porque has conseguido permanecer invisible a todas las imágenes de las cámaras.

—*Soy* un profesional —dije con suficiencia—. Si no hubiera sido por nuestra Sintonía, nunca se habría enterado —me eché el pelo hacia atrás, por encima del hombro, y ya echaba de menos el suave contacto de sus manos con él—. Pero lo último que necesita cualquiera de nuestros pueblos es que entremos en guerra.

—Entonces deja en paz a nuestros niños, joder —replicó Kamala.

—Te lo he dicho, convénceme, y luego ayúdame a convencer a Korlethea de que no son una amenaza.

—No te debemos una mierda —espetó Kamala.

Se paseó frente a mí de aquella forma letal y sexy con la que se movía naturalmente, el fluido contoneo de sus caderas me hipnotizó. De todas las Veredianas que había conocido, su ascendencia felina era la que más brillaba en mi compañera.

—Tú no, pero el miedo vuelve estúpida a la gente. Puedes sentarte y esperar a ver qué pasa, o puedes ayudar proactivamente a poner fin a este lío —dije, interponiéndome en su camino para obligarla a dejar de pasearse con demasiada distracción—. Soy tu mejor oportunidad para resolver este asunto. En primer lugar, nunca he matado a niños y preferiría no empezar ahora, sobre todo no al linaje de un querido amigo. En segundo lugar, me gustaría mucho que el Destino siguiera el camino de la paz en toda la galaxia. Y para ello, Vahleryon debe vivir. Y tercero, porque acabo de encontrar a mi alma gemela. Si mato a esos niños, te perderé para siempre.

A Kamala se le hizo un nudo en la garganta y la tristeza brilló en sus hermosos ojos color avellana.

—Entonces no lo hagas —susurró.

Sonreí con tristeza.

—Como tú, mi deber es lo primero, cueste lo que cueste. Mi tía me dijo que te encontraría durante esta misión —dije en voz baja. Kamala me miró con ojos inquisitivos—. Pero omitió especificar tu identidad. Ahora mismo debe de estar partiéndose de risa.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Porque siempre le parecí un poco arrogante y esperaba que el día que me aparease, mi mujer sería capaz de darme una patada en el culo para ponerme en mi sitio.

Kamala se rio.

—Suena bastante bien. Creo que me cae bien tu tía.

Resoplé.

—No me subestimes, *Fehama*. Puede que te sorprenda. En cuanto a mi tía, no hay ninguna posibilidad de que te agrade —mi sonrisa se ensanchó ante la expresión de asombro—. Por lo visto, la última vez que se vieron, ella disfrutó mucho molestándolas. Sobre todo a tu hermana.

Kamala se quedó boquiabierta.

—No puede ser... —dijo sacudiendo la cabeza—. ¿No me digas que tu tía es esa odiosa Oráculo?

Me encogí de hombros con expresión de "¿qué se le va a hacer?"

—Que me follen —murmuró ella, con una mirada incrédula en su hermoso rostro.

Espero hacerlo, pronto.

Pero sabiamente me guardé ese pensamiento para mí.

—¿Y la Srta. Actitud tuvo alguna visión esclarecedora sobre ti y sobre mí? —preguntó Kamala con sarcasmo.

Asentí lentamente.

—Sí. Si me pongo de parte de mi alma gemela, se desencadenará una guerra civil en Korlethea —dije con naturalidad.

Aunque el cuerpo de Kamala permaneció estoico una vez más, sus rasgos no ocultaban nada de la conmoción que le produjo aquella revelación. Me acerqué a mi mujer y la estreché entre mis brazos. Ella no se resistió.

—Verás, *Fehama*, *necesito* que me convenzas, porque de cualquier forma, yo pierdo.

La simpatía de sus ojos me conmovió extrañamente.

—Hablaré con Khel —dijo, cogiéndome la cara entre las manos.

Su pulgar derecho me acarició los labios. Cerré los ojos y saboreé la suave caricia de las yemas de sus dedos, que empezaron a explorar mis rasgos antes de deslizarse por mi pelo. El placer de su tacto se multiplicó por sus tiernas emociones. En todos mis años como Empático, nunca me había deleitado tanto con esta capacidad como en ese instante. Sabía que las hembras me encontraban atractivo, pero sentir el orgullo posesivo y el asombro que emanaban de mi compañera mientras me exploraba, su deseo renaciente y su poderoso deseo que la eligiera a ella

—de que nos eligiera a nosotros—casi destrozaron mi determinación.

Aún no conocía a Kamala, solo sabía de su increíble destreza militar. Pero mi alma conocía la suya y la deseaba con furia rabiosa. En ese instante, comprendí por qué Eryon había estado dispuesto a luchar contra mí para evitar que asesinara a su compañera, aun sabiendo que no podría ganar ese combate. Mi compañera no necesitaba mi protección, pero yo mataría a cualquiera que se le ocurriera amenazarla.

Solo era cuestión de tiempo que el Quórum me lo exigiera.

Volví a abrir los ojos y la encontré mirándome con una mezcla de arrepentimiento y añoranza. Atrajo mi rostro hacia ella y me besó suavemente los labios antes de zafarse de mi abrazo.

—La Diosa nos ayudará a salir adelante —dijo Kamala.

Se tocó el cinturón y los nanocitos de celesio de su traje Tuureano entraron en acción, envolviéndola en la armadura más impenetrable de la galaxia conocida. Mi mujer se dio la vuelta y se alejó mientras la armadura negra terminaba de cerrarse alrededor de su trenza, convirtiéndola en un arma letal. La vi balancearse como un péndulo tras su figura de reloj de arena.

—*Fehama* —grité mientras ella se acercaba a la puerta. Su rostro, oculto por el visor negro de su casco, se volvió para mirarme por encima del hombro—. Puedes volver cuando quieras.

Al principio no reaccionó, y odié que su traje no solo bloqueara nuestras ondas de Sintonía, sino que también me impidiera ver la expresión de su rostro y percibir sus emociones.

—*Fehama*, ¿qué significa? —preguntó Kamala.

—Fuego en mi sangre —respondí.

Se quedó mirándome un momento más y, por fin, Kamala me hizo un gesto de asentimiento y se marchó sin decir nada más.

Me acerqué a la ventana delantera y contemplé su silueta oscura alejándose a toda velocidad en su aeromoto, llevándose con ella una parte de mí.

—Qué jodido estoy... —susurré.



CAPÍTULO 7

ERYON

Me paseé por el claro, maldiciendo a Xevius hasta lo más profundo de la guarida de Sharaz. El hijo de Gharah se había retrasado y por mi cabeza no dejaban de pasar un millón de horribles hipótesis sobre lo que podría haberle ocurrido. A pesar de nuestra inestable historia de los últimos tiempos, quería a aquel bonito bastardo. Y mi lado práctico se daba cuenta de su importancia. Mientras a Kamala le destrozaba que su alma gemela fuera Korletheano, yo me regocijaba. La Diosa no solo le había dado un buen hombre, sino también un Korletheano con la influencia adecuada. Xevius era muy respetado entre la élite militar de Korlethea. Si él desertaba, muchos le seguirían.

Mi pueblo dedicaba gran parte de su vida a buscar a su alma gemela. Había cuatro cosas que los Korletheanos valoraban por encima de todo: las visiones del futuro, la familia, la lealtad al Pueblo y su *Sareema*—el canto de su alma, o alma gemela, como se dice en la lengua común—. Para los que se veían obligados a elegir basándose en una visión, las circunstancias cambiaban cuál de estas cuatro cosas tenía prioridad sobre las demás. Pero desde que le perdonó la vida a mi compañera, algo había cambiado dentro de Xevius, y yo pretendía explotarlo descaradamente para traerlo a nuestro lado.

Miré el reloj y volví a maldecirle.

—Siempre tan malhablado —dijo Xevius, casi asustándome.

Al girarme, lo encontré de pie a unos pasos de mí, habiéndose acercado sigilosamente antes de desactivar su escudo de sigilo.

—¡Hijo de una puta trastornada! —le espeté—: No te vuelvas a acercar así a hurtadillas. ¿Dónde coño estabas?

—Yo también te he echado de menos, viejo amigo.

Acortando la distancia que nos separaba, Xevius se acercó a mí y me atrajo hacia sus brazos. Los míos se cerraron a su alrededor y, lo que empezó como un abrazo fraternal, se convirtió en un abrazo emocional. Con la garganta dolorosamente apretada, sentí punzadas en los ojos al reencontrarme por fin no solo con mi amigo íntimo, sino con uno de mi especie. Me dolía más de lo que las palabras podrían expresar separarme de mi gente y que me rechazaran por hacer lo que

mi corazón y mi conciencia sabían que era correcto. Su mente rozó la mía, un gesto Korletheano tranquilizador que no había experimentado desde hacía casi una década.

Al soltarlo por fin, di un paso atrás para mirarlo bien. No había cambiado en los casi treinta años que habían pasado desde la última vez que lo vi.

—Sigues siendo el niño bonito arrogante, ¿verdad? —dije burlonamente para ocultar lo emocionado y contento que estaba de verle.

Sonrió con esa arrogancia infantil que tanto echaba de menos.

—Siempre —dijo antes de mirarme de arriba abajo. Xevius señaló mi tradicional túnica Korletheana—. Veo que sigues llevando tu dhalla.

—Sí —dije, complacido por la aprobación de su voz.

—Y tu trenza de Vidente —añadió, mirando la única trenza que ataba el pelo en la parte superior de mi cabeza mientras la mitad inferior fluía libremente por mi espalda.

Como no había alcanzado la categoría de Vidente Mayor o Sacerdote, no podía trenzarme todo el pelo en una sola trenza, como hacía siempre Kamala.

—Soy un Vidente Korletheano. ¿Qué esperabas?

—No *esperaba* menos, pero muchos en casa cuestionarían esa afirmación.

Aunque esperaba que su respuesta fuera en ese sentido, me dolió.

—Que se jodan todos. Soy más Korletheano que cualquiera de esos cobardes. Nosotros creamos este desastre, ¿y ahora queremos castigar a nuestras víctimas? —espeté.

—El Quórum...

—¡Que se joda el Quórum! —grité—. Nadie, ni siquiera ellos, me alejará de mi hija verdadera.

Xevius se quedó quieto, sin expresión alguna en el rostro. Eso aplacó mi creciente ira. Dudaba que mi viejo amigo me hiciera daño, pero, como Agente Imperial, había sido entrenado —si no condicionado—para imponer una justicia rápida ante la traición. Hacía tiempo que sus convicciones flaqueaban, pero yo aún debía andarme con cuidado.

—Has visto a mis nietos —dije con voz más calmada—. Has sentido su gran poder, así como su rabia. Cualquier Titán te habría matado nada más verte. En lugar de eso, te salvaron.

—Lo hicieron —reconoció—. Un trabajo impresionante.

—Más de lo que crees —dije—. La primera vez que me encontré con Vahleryon, intentó matarme. Me hizo sangrar, y solo tenía tres años. Sorprendente, ¿verdad?

Apartándome de él, di unos pasos sobre la hierba beige claro que cubría el claro. Xevius me siguió.

—Sin mi escudo levantado, me habría matado en un parpadeo. Tuve que subirlo al máximo para el segundo golpe. Nunca había estado tan aterrorizado en mi vida, pero era demasiado tarde para echarme atrás. Lo único que podía hacer era rezar a la Diosa para que mi hija no presenciara cómo su hijo me asesinaba solo unos minutos después de habernos conocido por fin. Así que fingí que el segundo ataque psiónico de Vahl no me había dejado casi de rodillas. Solo darle a

probar su propia medicina me libró de un tercer ataque. Dudo que hubiera sobrevivido.

—Diosa —susurró Xevius—. ¿Se supone que eso hace que quiera perdonarle la vida?

Me reí entre dientes.

—Se supone que debe hacerte comprender que si esos niños se convierten en monstruos, nosotros seremos los culpables —dejé de caminar y me volví hacia él—. Hablé con él mientras me acercaba lentamente.

—¿Hablaste? ¿Y escuchó? —preguntó Xevius, atónito.

—Sí —confirmé con un movimiento de cabeza—. Aunque sus padres no tenían ni idea de lo que hacían, hicieron maravillas enseñándole lo que estaba bien y lo que estaba mal. Los adora y, sin embargo, constantemente quería matar a sus padres, sobre todo a Khel.

—El General es un alfa supremo —reflexionó Xevius—. Lo vería como una amenaza en su territorio.

—Exacto. Cuando puse la mano sobre Vahl, sentí como si tocara la rabia encarnada de una manada de rhomaks rabiosos. Vertí cada gramo de mi *Kaa* en él. Cuando mis ondas apaciguadoras recorrieron a mi nieto, aunque apenas redujeron su rabia a la mitad, me miró como si la Diosa en persona se hubiera aparecido ante él. Por primera vez en su joven vida, sintió paz. Me suplicó que le enseñara a conseguirlo de nuevo, porque no quería hacer daño a los que amaba.

Una expresión preocupada descendió sobre el rostro de Xevius mientras reflexionaba sobre mis palabras.

—Si no hubiera llegado cuando lo hice, Vahl se habría convertido en un monstruo. Había estado pidiendo a sus padres que le ayudaran a acallar la violencia primigenia que había en él, pero no sabían cómo. No podían. Pero *nosotros* sí —le cogí por los hombros y clavé mis ojos en los suyos—. Has visto lo que he conseguido por mí mismo. ¿Quieres que el camino derecho de la visión se haga realidad? Entonces los Titanes necesitan que les ayudemos a controlar sus instintos. Sus padres no tienen los poderes psíquicos que tenemos nosotros. No tienen *Kaa*. Hay demasiados Titanes para que pueda manejarlos yo solo. Si Korlethea quiere volver al lado correcto de la historia, debe estar con nosotros. Si alguna vez hubo un momento para que intentáramos influir en el Destino, es aquí y ahora. Deberíamos ser *nosotros* los que criemos al mayor general que este mundo verá jamás.

—Tienes argumentos convincentes, hermano —dijo Xevius, en tono ligeramente burlón.

—¿Pero están cayendo en saco roto? —pregunté.

Xevius sonrió y retiró suavemente mis manos de sus hombros.

—Has sido escuchado, y tus palabras pesarán en mi decisión final.

Quería discutir y hacerle entrar en razón, pero su respuesta había puesto fin al tema. Presionarle no me serviría de nada.

—Entonces, ¿Kamala y tú? —dije burlonamente, cambiando de tema.

El ligero ceño fruncido de Xevius me sorprendió. Levantó la mano y se tocó una parte poco

visible de la armadura junto al hombro. Retrocedí al comprenderlo.

—¿Nos estabas grabando? —exclamé, incrédulo.

—Por supuesto —dijo con naturalidad.

Estuve a punto de gritarle de rabia, pero me contuve, recordando todo lo que había dicho. No solo me reafirmaba en mis palabras, sino que había estado esperando la oportunidad de decirlas a mi pueblo.

—¿Presentarás esto al Quórum? —pregunté, esperanzado.

Xevius sonrió.

—Sí.

—Astuto de mierda —dije, moviendo la cabeza con admiración—. Bien. Necesitan oírlo —examiné su rostro, siempre tan difícil de leer—. ¿Saben lo de Kamala?

Se encogió de hombros.

—Antes de mi partida, mi Tía Venya me advirtió que me encontraría con ella durante esta misión. Pero teniendo en cuenta que reveló esa visión en privado, sospecho que las demás Oráculos aún no se han enterado.

—Kamala es una buena mujer —dije con una sonrisa amable—. Incluso sin saber lo que hay bajo esa armadura Tuureana suya, hombres de todas las especies han estado compitiendo por su atención.

—Pues que se jodan todos —gruñó Xevius.

Me eché a reír. Me complacía que ya estuviera tan enganchado, como era de esperar de una Sintonía. No necesitaba que le dijera qué sacrificios tendría que hacer para estar con su alma gemela.

—Debo irme. Pero antes, aquí tienes un regalito. Me imaginé que los habrías echado de menos —dijo Xevius, sacando una bolsita de la más grande que llevaba colgada a un lado, con la correa cruzándole el pecho.

Xevius me la tendió y, a medio abrirla, me llegó el aroma terroso que no había olido desde mi captura por los Guldanos hacía tres décadas.

—¡Oh, Diosa! —susurré, metiendo la mano en la bolsa para sacar una raíz de vryer de color púrpura oscuro—. ¡Mi hermano! —exclamé, tirando de Xevius en un abrazo de oso y besándole sonoramente la mejilla antes de apartarlo de un empujón y volver a mirar el tesoro que me había traído.

Se echó a reír, limpiándose la mejilla con el dorso de la mano con un falso aire de disgusto, mientras yo me deleitaba la vista con las nueve grandes raíces que contenía la bolsa. En Korlethea, el vryer era como el ryspak para los Xelixianos. No estábamos ni mucho menos tan obsesionados con la raíz como los Xelixianos con su fruta, pero la consumíamos regularmente, al menos un par de veces por semana, aunque la mayoría de la gente la tomaba una vez al día o cada dos días. Como Vidente, solía consumirla a diario, pues potenciaba mis capacidades psíquicas al estimular la glándula pineal y el alucinógeno que facilitaba las visiones.

Cómo había anhelado este sabor de mi pasado, pero también que me ayudara a despertar mi tercer ojo, que se había vuelto cada vez más silencioso con el tiempo. Durante los últimos tres años, desde que me reuní con mi amada hija Amalia, los Xelixianos, las Veredianas y yo habíamos intentado hacernos con un poco de vryer, pues sospechábamos que podría ser el ingrediente que faltaba para encontrar la cura de la Mancha. Pero la raíz solo crecía en Korlethea, y la controlaban estrictamente, no permitiendo que se comerciara con ella fuera de nuestro mundo natal.

Me paralicé, al darme cuenta de repente de que tenía en mis manos un tesoro aún mayor.

—¿Qué ocurre? —preguntó Xevius, percibiendo mi cambio de humor.

—Nada. Acabo de recordar algo importante. Nada de lo que debas preocuparte.

Aunque su rostro no revelaba nada, no había engañado a mi viejo amigo. Por suerte, no insistió.

—Debo irme. Espero que volvamos a vernos pronto —dijo Xevius.

Me puso la mano en el hombro, me dio un apretón amistoso, se dio la vuelta y se alejó. Tras unos pasos, activó su escudo de ocultación y desapareció de la vista.

~

—¡Eryon, ahí estás! —exclamó Minh cuando entré en las instalaciones médicas de última generación que Khel había construido para él dentro de su complejo militar.

La excitación y la impaciencia marcaban el amable rostro del compañero de Maheva.

—¿Cómo has llegado tan rápido? —pregunté—. ¿No estabas aún en el Distrito Capital cuando te llamé?

Me hizo pasar entre las mesas de exploración de la gran sala médica y me condujo a su despacho del fondo. Como todo lo Xelixiano, era funcional, todo blanco y gris, y en su mayor parte yermo. Como de costumbre, su pequeño escritorio estaba inundado de discos de datos y holocartas. Se dirigió directamente a la pequeña estación de trabajo situada en el extremo derecho de su despacho y encendió las luces de trabajo.

Saqué tres raíces de la bolsa que me había dado Xevius y las dejé sobre la mesa, frente a él. Minh levantó una de ellas como si fuera un recién nacido y miró la raíz de vryer con asombro. No parecía gran cosa. Si no fuera por su color púrpura, podría haber pasado por jengibre. Pero sus propiedades no podían estar más alejadas la una de la otra. Con un objeto parecido a una varita, Minh pinchó la raíz con su punta puntiaguda. Luego introdujo el estilete en un analizador y pareció contener la respiración mientras esperaba los resultados. Su excitación alimentó la mía, pero me corroía el temor de que hubiera despertado sus esperanzas en vano.

El analizador emitió un pitido y una serie de símbolos y números aparecieron en la gran pantalla de video de la pared situada frente al escritorio. Para mí todo era un galimatías, pero a Minh le temblaban los labios y se le empañaban los ojos. No sabía cómo reaccionar, inseguro de

si la alegría o la tristeza habían desencadenado la respuesta del médico. La única vez que había visto a Minh expresar semejante emoción había sido el día en que Maheva había dado a luz a su hijo. Respiró entrecortadamente y se volvió hacia mí.

—Gracias —dijo el médico con voz temblorosa.

Se me aceleró el corazón y se me estrechó la garganta.

—¿Es... es bueno? ¿Es lo que necesitabas? —pregunté, sin atreverme a albergar esperanzas.

—No puedo asegurarlo hasta que haya realizado más pruebas, pero estos primeros resultados parecen indicar que esta raíz posee las propiedades adecuadas para estimular la glándula pineal, tal como dijiste. ¿Tienes idea de lo que esto podría significar para mi pueblo? —preguntó Minh.

—Sí que la tengo. Y rezo a la Diosa para que esto dé, por fin, a los Xelixianos la respuesta que buscan. Ya han sufrido bastante.

Desde luego que lo entendía, mucho más de lo que él creía. Nuestros experimentos con los Xelixianos, siglos atrás, y luego las toxinas que habíamos esparcido en sus aguas y tierras de cultivo para neutralizar los rasgos Titanes de su pueblo, habían causado la Mancha. No era dañina en su forma original, pero la bacteria había mutado como reacción a los fertilizantes mejorados que muchos Xelixianos habían utilizado en su huerto de ryspak; un secreto vergonzoso que el Quórum quería mantener oculto a toda costa.

Me habían tachado de traidor y habían multiplicado sus esfuerzos para desacreditarme por miedo a que revelara las terribles fechorías de Korlethea. Muchas especies habían sufrido las consecuencias de nuestra “Era de la Ilustración” en la que nuestros Colonos experimentaron con especies más primitivas para ayudar a mejorar la nuestra. Pero yo era Korletheano. Sin importar lo que sintiera por nuestro pasado, no traicionaría a mi pueblo. Peor aún, el cobarde que había en mí nunca podría mirar a mi hija a los ojos para decirle que los problemas reproductivos que habían asolado a su pueblo durante casi dos siglos habían sido el resultado de los efectos secundarios de los Korletheanos que esparcieron la misma toxina en su planeta.

Sin embargo, por mucho que retrasáramos lo inevitable, tarde o temprano, la verdad saldría a la luz. Y entonces, habría un ajuste de cuentas.

—Debo ponerme a trabajar —dijo Minh, casi frenético en su impaciencia—. Necesitaré la ayuda de Lhor para ver si podemos cultivar más de estas raíces utilizando una de ellas —murmuró más para sí mismo.

—Te dejo con ello —dije.

Minh asintió distraídamente, pero no podría jurar que hubiera entendido realmente mis palabras. Reprimiendo una sonrisa, salí y envié a la Diosa una plegaria silenciosa para que ésta fuera realmente la respuesta a sus males. Una pizca de culpa me invadió. Primero debería haber pedido permiso a Xevius. Si ésta resultaba ser la cura, el Quórum sabría al instante que los Xelixianos habían obtenido las raíces a través de él. Aunque no hubiera tenido intención de que esto ocurriera, sería tachado de traidor y desterrado del Imperio por su acto de bondad.

De todos modos, abandonará el Imperio.

Este pensamiento no me tranquilizó la conciencia. Si realmente se trataba de la cura, tendría que advertirle antes de que fuera de dominio público. Aunque quisiéramos mantener el elemento vryer en secreto, la comunidad científica internacional exigiría conocer la fuente de la cura. No habría forma de evitarlo.

Tendríamos que abordar el asunto a su debido tiempo. Por ahora, apenas podía templar mi propia impaciencia por probar un trozo de la raíz. Tras un rápido rodeo por la cocina para coger un cuchillo afilado y un plato pequeño, fui directamente a mis aposentos en la planta baja de la casa principal. Para mi alivio, Jhola—la ama de llaves—había estado en la parte de atrás con los niños, mientras Amalia trabajaba en el Departamento de Policía del Distrito de Xelhan, en la división de ciberdelincuencia; un puesto perfectamente adecuado a su habilidad psíquica de hacker.

Dejé con cuidado la bolsa de vryer sobre mi cómoda de madera oscura y saqué una de las raíces. Entrando en el cuarto de aseo, la lavé con agua tibia, luego pelé una parte de un trozo sobresaliente de la raíz y corté un trocito del tamaño de una judía grande. Se me hizo la boca agua ante el aroma terroso del vryer. No pude resistirme a su atractivo y me lo pasé por los labios. Gemí de placer cuando el sabor ligeramente picante explotó en mis papilas gustativas y mastiqué despacio, saboreando el gusto de mi hogar, olvidado hacía mucho tiempo.

Pero por mucho que deseara demorarme y disfrutar del momento, el tiempo apremiaba. Tras colocar la raíz y el cuchillo en el plato, me lavé rápidamente las manos. Me quité la bata de dhalla y la tiré sobre la gran cama de madera oscura que ocupaba el lado derecho de la antigua gran habitación de invitados que se había convertido en la mía desde mi llegada a Xelix Prime. Sentí un hormigueo en la lengua, que se extendió a la parte posterior de la garganta y, poco a poco, a todo el cuerpo. Había pasado tanto tiempo que respondía incluso más rápido de lo habitual.

Me quité los zapatos de una patada y me apresuré a abrir de par en par las grandes puertas de cristal de la parte izquierda de mi habitación, que daban al gran patio de la parte trasera de la casa. El lejano silbido de los pájaros y el suspiro del viento apenas se percibían cuando mis movimientos empezaron a ralentizarse, y mi visión se nubló con los primeros susurros de previsión que parpadeaban ante mis ojos. El dulce aroma del ryspak procedente del huerto que había a lo lejos invadió mi habitación mientras, medio a ciegas, me dirigía a trompicones hacia mi esterilla de meditación en el interior de mi habitación, que daba a las puertas abiertas sobre el patio trasero.

Me senté, crucé las piernas y apoyé las manos en las rodillas, con las palmas hacia arriba. Tras años de luchar por la más mínima previsión, las visiones llegaron con fuerza y rapidez. Las imágenes se empujaban unas a otras, haciéndome imposible aferrarme a una sola. Controlando la respiración, cerré los ojos y abrí aún más los sentidos. El aluvión de imágenes borrosas se desvaneció en la oscuridad. Por un momento, el tiempo se detuvo, y entonces mi conciencia cayó a través del túnel del tiempo. No sentí miedo, solo la emoción de la anticipación.

Una luz brillante destelló ante mí, y entonces, como si lo viera a través de la lente filtradora de un sueño, una serie de escenas breves se reprodujeron en el ojo de mi mente.

Una nave Korletheana es sacudida por una gran explosión. La imagen se desvanece para ser sustituida por la de Xevius apuñalado en el corazón por otro agente Korletheano bajo la atenta mirada del Quórum. Mientras cae al suelo, derramando la sangre de su vida sobre los oscuros suelos de la Asamblea, la imagen cambia a una mano Verediana estrangulando a una Omniate Theanna paralizada que emite ahogados sonidos de agonía. Ante mí pasan unas cuantas escenas más, que terminan con una flota militar Korletheana acercándose a Xelix Prime.

Mis ojos se abrieron de golpe y me quedé mirando al patio trasero, sin ver, horrorizado por mi visión del futuro. A diferencia de las Oráculos, las visiones de un Vidente eran inevitables.

En ocho días, Xevius moriría.



CAPÍTULO 8

XEVIUS

Subir las escaleras de la Sala del Consejo Xelixiano era casi como entrar en la Asamblea de Korlethea. Ambas tenían forma circular y transmitían la misma sensación de solemnidad que suelen desprender los edificios oficiales, que hace que la gente camine más erguida, actúe con más formalidad y hable en voz baja. Pero a diferencia de nosotros, los Korletheanos, que nos deleitamos con los detalles y ornamentos floridos de nuestros antiguos edificios, la Sala del Consejo era todo paredes blancas y lisas, y una inteligente mezcla de bordes suaves y duros.

Entré en la gran sala y evalué discretamente la seguridad del recinto. Varios Concejales y electores se arremolinaban, conversando en voz baja, mientras otros se apresuraban a pasar de camino a algún asunto importante. Localicé a los cinco guardias de seguridad dispersos por la entrada principal, y saludé con la cabeza al que estableció contacto visual conmigo. Me devolvió la inclinación de cabeza, manteniendo una expresión neutra en el rostro.

Sonreí para mis adentros, muy versado en el arte de evaluar sin compromiso una amenaza potencial. Vestido con mi traje de operaciones hecho de drasian negro—un tejido reforzado similar al cuero—destacaba aún más con mi piel morena, mis orejas puntiagudas y mi pelo largo y dorado. Normalmente, intentaba mimetizarme con mi entorno, pero hoy estaba en misión oficial y quería hacer una declaración. Aunque no me detuvieron para registrarme, no pasé por alto el número convenientemente elevado de guardias que por casualidad convergían en mi dirección general antes de continuar mientras avanzaba a paso de tortuga por el pasillo de camino al despacho del Presidente Frebhin.

Los despachos de los Consejeros estaban situados en un pasillo circular que rodeaba la Sala del Consejo. El amplio pasillo, en tonos blancos y grises, ofrecía una serie de zonas para sentarse a los electores, varios de los cuales estaban aprovechando dichas comodidades. Entre los despachos, un puñado de alcobas con plantas y juegos de agua proporcionaban un lugar tranquilo para relajarse o trabajar.

El despacho del Presidente estaba situado justo enfrente de la entrada trasera de seguridad a la Sala del Consejo, reservada para él y un destacamento de seguridad. Dos guardias me rodearon en cuanto vi claro mi destino.

—Por favor, declarad vuestro asunto —preguntó un Xelixiano de hombros anchos con uniforme de guardia gris oscuro.

Su colega, de pie unos pasos más allá, se llevó la mano a la cadera, a corta distancia de una pistola bláster de aspecto intimidante. Reprimí una sonrisa y levanté despreocupadamente una mano hacia el bolsillo oculto en el pliegue de mi armadura pectoral y saqué mi holocarta de identificación.

—Xevius Thanis, Agente Imperial Korletheano —dije, mostrándosela para que la escaneara —. Tengo una cita con el Presidente para hablar de la inminente llegada de la delegación Korletheana.

Después de comprobar mi identificación, me volvieron a registrar, claramente ansiosos por cachearme. Pero al no llevar armas visibles, y teniendo en cuenta la relación pacífica entre nuestros pueblos, se apartaron de mi camino.

Reprimiendo una vez más las ganas de sonreír, me acerqué a la puerta y llamé. Inmediatamente, una voz femenina me invitó a entrar. Abrí la puerta y entré en el despacho, rodeada por la desconfiada cautela de los guardias y sintiendo el peso de sus pesadas miradas. Cerrar la puerta amortiguó considerablemente sus emociones, que se desvanecieron cuanto más avanzaba en la sala.

Una guapa mujer Xelixiana de unos cuarenta años se levantó de detrás de su escritorio para saludarme. A juzgar por el vestido blanco, corto y sin mangas que llevaba, estaba claro que era una Prime—una Xelixiana nacida libre de la Mancha. Me llamó la atención la inusual longitud de su pelo, que le caía hasta la parte baja de la espalda, mientras que las mujeres Xelixianas normalmente lo llevaban más corto, hasta los hombros o, como mucho, hasta la mitad de la espalda. A pesar de su típica piel gris claro y sus orejas estriadas, las delicadas protuberancias del crihnin en su frente me hicieron preguntarme si era una híbrida Terrana-Xelixiana. Su gran estatura anulaba bastante sus posibilidades de haber nacido de una madre Aveana, que solía tener descendencia más baja.

—*Sehr* Thanis —dijo con una voz suave y gutural, bastante agradable al oído—. Os estábamos esperando. Soy Chana Bremhin, asistente del Presidente Frebhin. Desgraciadamente, el Presidente está retenido en una llamada importante con el Consejo Galáctico. Me ha pedido que os presente sus más sinceras disculpas y que os facilite toda la información necesaria para que podáis garantizar la seguridad de la delegación korletea a su llegada. Por favor, seguidme.

¡Mentira!

Todas mis señales de alarma saltaron a la vez. La mujer rezumaba engaño. Mis sentidos Empáticos confirmaron que sus palabras eran ciertas en cuanto a que el Presidente había sido retenido por una llamada. No creía que hubiera sido accidental, sino que lo había orquestado deliberadamente para tenerme para ella sola. Aunque su comportamiento era cálido y acogedor, sus sentimientos hacia mí hablaban de desconfianza y desprecio.

Ella me desea el mal.

No podía entender la causa de su antagonismo hacia mí, teniendo en cuenta la relación pacífica entre nuestros pueblos. Por otra parte, al aislarnos, los cálidos lazos de amistad que los Korletheanos mantenían con muchas de las especies aliadas se habían enfriado considerablemente con el paso de los años. Permaneciendo alerta, la seguí hasta una sala de juntas adyacente, insonorizada, situada frente a la sala de estar, a la izquierda del escritorio de *Seha* Bremhin.

Me sostuvo la puerta cuando entré en la gran sala, ocupada en su mayor parte por una imponente mesa con capacidad para veinte personas. Los grandes ventanales daban a un hermoso jardín con un único árbol ryspak en el centro. Las paredes blancas estaban casi desnudas, aparte de los artículos holográficos enmarcados de la Carta de Derechos de Xelix, a la izquierda de un par de pantallas gigantes, y uno de los certificados de adhesión de Xelix Prime a la Alianza Galáctica.

La asistente de Frebhin me indicó con un gesto que tomara asiento en una de las sillas negras que rodeaban la brillante mesa blanca de bordes gris oscuro. Me acomodé en una de las sillas del lado izquierdo de la sala, con el marco de la Carta a mi espalda, la puerta a mi derecha y la ventana frente a mí. Ella se sentó frente a mí con una sonrisa obsequiosa que no llegaba a sus fríos ojos verde oscuro. Una oleada de desprecio me golpeó cuando colocó una llave de datos y una holocarta sobre la mesa que tenía delante y luego las empujó hacia mí, haciéndolas resbalar por la resbaladiza superficie.

Sorprendido—aunque no dejé que se me notara—las cogí y enarqué una ceja inquisitiva.

—Toda la información que necesitáis sobre el alojamiento y los transportes de la delegación está en esa llave. La holocarta contiene más instrucciones y os permitirá acceder al edificio. Vuestros datos biométricos ya han sido codificados en sus suites —dijo con voz fría y dura, desprovista de la calidez antes bien ensayada de su saludo inicial—. Estudiadlos en vuestro tiempo libre en el piso franco, *Tem* Thanis.

Aunque mi formación como agente me permitía ocultar fácilmente mi sorpresa, la forma deliberada en que utilizó el saludo Korletheano para los machos en lugar de la palabra Xelixiana *Sehr* era claramente una indirecta.

No puede ser...

Enviando una onda de energía psiónica, rocé su mente e inmediatamente sentí que se levantaba su escudo. Aunque mi roce no había sido dañino ni amenazador en modo alguno, Chana Bremhin contraatacó al instante con un golpe psiónico. No había sido lo bastante potente como para matar, pero sí lo suficiente como para magullar, provocar un desagradable dolor de cabeza e incluso hacer sangrar por la nariz a un objetivo desprevenido. Rebotó ineficazmente contra mi escudo. No sabría decir si se había contenido o si había desplegado toda su fuerza. Mi instinto se inclinaba hacia lo segundo. Mientras rozaba su mente psiónica, no había sentido mucho poder latente.

—Volved a hacer eso —dije con voz escalofriante—, y haré trizas vuestra mente.

Ella resopló con desdén, pero bajo su valiente fachada se escondía una oleada subyacente de miedo.

—Buena suerte explicando el asesinato de la asistente del Presidente de Xelix Prime a los guardias que ya sospechan bastante de vos —dijo con voz aburrida.

—No necesito suerte —dije en tono neutro—. Me darán las gracias por revelar a una espía Korletheana infiltrada al más alto nivel.

Chana entrecerró los ojos al mirarme, sus oleadas de miedo subieron de tono. Sin embargo, mantuvo una expresión de superioridad mientras levantaba la barbilla en señal de desafío.

—¿Y traicionar al Quórum? —desafió.

Me apoyé en la silla, crucé las piernas y la miré con desdén.

—El Quórum no te nombró. Apuesto a que solo uno de los Omniatos conoce tu existencia. Y apuesto a que se llama Daleus.

Había hecho una suposición descabellada, pero el pico emocional que emanaba de ella parecía indicar que había apuntado a la verdad. A pesar de ello, su impresionante control del rostro y del lenguaje corporal merecía algún elogio.

—Podéis apostar todo lo que queráis; no estoy aquí para entreteneros con juegos. Se os dieron órdenes concretas. ¿Por qué no se han eliminado aún los objetivos? —exigió Chana.

—No respondo ante vos —respondí con la misma voz neutra, disimulando mi furia hirviente —. Pronto terminaré mi investigación y compartiré el resultado con el Quórum.

—¿Investigación? —preguntó la asistente, indignada—. ¡Os han enviado aquí para llevar a cabo un asesinato!

—Si no hay nada más, *Tama* Bremhin, me retiro.

—No he terminado —dijo ella con tono altivo—. Basándome en la acalorada discusión del Consejero Lhor Kirnhan con el Presidente hace dos días sobre un Korletheano que supuestamente intentaba matar a sus hijos, parece que ya habéis estropeado la misión. Al menos, a pesar de vuestro fracaso, habéis conseguido no dejar ninguna prueba que comprometa a Korlethea. Así que os ayudaré a encarrilar de nuevo la misión.

Entorné los ojos hacia ella, mis dedos deseaban estrangular su esbelto cuello. Pero me callé, esperando a ver a dónde quería llegar.

—En primer lugar, se han añadido dos nuevos objetivos a vuestra lista —dijo Chana, sacudiéndose el pelo por encima del hombro—. Eliminaréis a la Embajadora Verediana Aleina Fein y a la nueva líder militar Tuureana, Kamala Dartos.

El corazón me dio un vuelco al oír el nombre de Kamala. ¿Había descubierto por fin el Quórum que ella era mi alma gemela? ¿Intentaban forzar las manos del Destino empujándome a una rebelión abierta? Tenían que saber que no sería capaz de matar a mi *Sareema*; ningún Korletheano podría hacerlo. ¿Era una prueba de mi lealtad?

—¿Por qué? No han hecho ningún movimiento hostil hacia nosotros —dije, haciendo acopio de toda mi fuerza de voluntad para ocultar mi confusión interior y el millón de preguntas que

rebotaban en mi mente.

—Ataque preventivo —dijo Chana encogiéndose de hombros, claramente molesta porque yo cuestionara sus supuestas órdenes—. Una vez eliminados todos los niños, las Veredianas tratarán de tomar represalias. Cortadles las cabezas y su ejército quedará paralizado.

Un escalofrío me recorrió la columna vertebral, mientras el horror y la desilusión me arañaban el pecho. ¿Acaso Korlethea se había vuelto tan paranoica como para masacrar a inocentes para evitar que exigieran justicia por los males que les infligiríamos, por miedo a un futuro que ni siquiera sabíamos que podría llegar a suceder?

Pero no es Korlethea. Tiene que ser Daleus.

Pero, ¿se atrevería a tomar una medida tan radical, con tantas consecuencias potencialmente mortales para Korlethea?

Puede que lo haga para intentar evitar que se cumpla una visión funesta.

—¿Qué queréis decir con "*todos*" los niños? —pregunté, esperando, necesitando, estar seguro de que había entendido mucho más allá de lo que ella había insinuado.

—Hay un compartimento oculto en la unidad de refrigeración del piso franco. La holocarta que os di también lo abre. Recuperaréis su contenido —dijo Chana lentamente, como si se lo explicara a un niño, lo que me puso los dientes de punta—. La llave de datos que os di contiene las coordenadas de las tres plantas que preparan las bebidas vitaminadas que se sirven exclusivamente en los comedores escolares. Vos...

—Ni siquiera se os ocurra continuar hablando —gruñí, con la sangre hirviéndome de rabia y el alma destrozada. ¿Qué clase de monstruo creía que era? ¿En qué clase de monstruos nos estábamos convirtiendo si recurríamos a esto por miedo a un futuro incierto?

—Relajaos —dijo con un gesto desdeñoso de su delicada mano—. La toxina solo afectará a los Veredianos y será indolora. Los demás niños saldrán ilesos.

—Ya he oído bastante —dije, con la voz peligrosamente calmada mientras me ponía en pie —. Vos y esa patética excusa de Omniato a la que servís os habéis pasado de la raya. Cualquier duda que tuviera de que el Quórum no sabía nada de vuestra existencia, acabáis de borrarla. Puede que los Korletheanos deseen erradicar a los Titanes, pero nunca aprobarían el genocidio de los demás niños Veredianos. Me marcharé ahora, pero antes de hacerlo, os informo de que tenéis dos días para poner fin a toda la propaganda que tenéis en antena.

—Estáis loco. No tengo nada que ver...

—¡NO ME MINTÁIS, JODER! —grité, golpeando la mesa con el puño.

La sangre que se le escurría de la cara a Chana desmentía su aparente estoicismo. El miedo, el odio y un pánico incipiente se arremolinaban a su alrededor.

Apoyando los puños sobre la mesa, me incliné hacia ella con expresión amenazadora.

—He tardado menos de una hora en localizar al propietario de la empresa numerada que financia esta propaganda. Tenéis dos días para sacarlo todo del aire, o haré que os desenmascaren a los dos.

—¡TRAIDOR! —gritó, perdiendo por fin la calma.

Percibí la intención de Chana mientras se formaba en su mente; con mi escudo al máximo de su capacidad, su golpe psiónico no me pareció más que un chasquido. No devolví el golpe, sino que atrapé la mente psiónica de la asistente en una prensa, y su endeble escudo mental se hizo añicos en un instante. La expresión del rostro de la mujer reflejó las oleadas de terror que brotaron de ella, pronto sustituidas por un dolor atroz.

—No os metáis con un Agente Imperial, estúpida, y menos con uno de alto rango —dije con desprecio, clavando mi mirada en la suya—. Cesaréis la propaganda y toda interferencia con los Veredianos. Si tenéis instinto de supervivencia, presentaréis vuestra dimisión y os irás antes de que acabe la semana.

Chana se sujetó la cabeza con ambas manos, un gemido de agonía surgió de su garganta mientras la sangre empezaba a gotear de su nariz y oídos. Por mucho que quisiera matar a aquella desgraciada, su muerte expondría la traición de Daleus a los Xelixianos, que probablemente tomarían represalias contra toda Korlethea—un riesgo que no podía correr.

Liberé su mente psiónica de mi aplastante control. Chana se desplomó sobre la mesa, con su esbelto cuerpo temblando. Aunque dañar a los niños constituía un grave problema para mí, no tenía reparos en matar hembras, sobre todo serpientes como ésta.

—Id a limpiaros. Hacedlo rápido e intentad no mancharos el vestido con la sangre —dije desapasionadamente mientras me metía la llave de datos y la holocarta en el bolsillo oculto.

La asistente se levantó con pies temblorosos, demasiado contenta de huir de mi presencia, y se dirigió hacia la sala de higiene que conectaba con la recepción de la oficina. Salí de la sala de juntas insonorizada tras ella y esperé pacientemente mientras se limpiaba la sangre de la cara. Para mi agradable sorpresa, Chana volvió a salir en menos de dos minutos, tan guapa y serena como a mi llegada.

—No olvidéis el estropicio que habéis hecho en la mesa. Y procurad hacer caso de mi advertencia; dos días.

Sin esperar su respuesta, giré sobre mis talones y me dirigí a la puerta.

—El Omniato acabará con vuestra cabeza por esto —siseó la asistente, con la voz llena de veneno.

Me detuve ante la puerta y la miré por encima del hombro.

—No, *Tama* Bremhin, yo tendré la de él. Y si no vais con cuidado, también tendré la vuestra. Tenéis dos días.

Los mismos guardias estaban de pie ante el despacho del Presidente cuando abrí la puerta. Sus ojos se clavaron en mí y luego buscaron a mi anfitriona más allá de mis hombros para asegurarse de que todo iba bien.

—Gracias, *Seha* Bremhin —dije a la asistente con mi sonrisa más cordial—. Os avisaré si necesito algo más. Que tengáis un maravilloso resto del día.

Abrazando su personaje en una actuación premiada, la espía Korletheana me dedicó una

cálida sonrisa que casi parecía llegarle a los ojos.

—De nada, *Sehr* Thanis. Buen viaje.

Asentí y me volví para marcharme bajo la mirada aliviada de los guardias. Sin poder resistirme, sonreí y guiñé un ojo al que me había pedido el carné al entrar. De él emanaron la sorpresa, una pizca de indignación y un creciente interés. Gemí para mis adentros, dándome cuenta de que se preguntaba si aquello había sido un "coqueteo" por mi parte. Mientras que un tercio de la población Korletheana era bisexual, esa proporción ascendía a casi el setenta por ciento entre los Xelixianos. Lo último que necesitaba era que un guardia de élite Xelixiano se fijara demasiado en mí.

Aparté los ojos y me apresuré a alejarme cuando su mirada me recorrió en un repaso apreciativo. La mirada del guardia pesaba sobre mí, casi como un contacto físico. La idea de que Kamala lo pillara babeando por su compañero me hizo sonreír. Sabía instintivamente que mi mujer sería celosamente posesiva. Mi sonrisa se ensanchó al imaginarla propinando una patada a aquel pobre guardia desprevenido mientras llevaba aquella armadura de celesio increíblemente sexy, antes de rodearle el cuello con su trenza blindada y amenazarle con decapitarle si volvía a pillarle mirando lo que era suyo.

La estúpida sonrisa de mi cara desapareció en cuanto salí de la Sala del Consejo. De pie en las escaleras, vestida con un traje Verediano tradicional de motivos amarillos, mi compañera hablaba con un macho Xelixiano alto, con la mano apoyada en su antebrazo de una forma que gritaba familiaridad, si no intimidad. Su uniforme negro ceñido al cuerpo no ocultaba nada de su corpulento y musculoso cuerpo, y lo identificaba como Guerrero de la Primera División del Ejército Xelixiano. Por lo poco que pude ver de su perfil, estaba Manchado, las venas negras de la enfermedad extendían sus zarcillos sobre su piel gris claro. Pero su escaso número indicaba que el macho aún se encontraba en las primeras fases de la Mancha.

¿O era una señal de que su Mancha había retrocedido gracias al apareamiento con cierta Verediana?

Mis celos se encendieron con intensidad asesina. De repente, la cabeza de Kamala se inclinó hacia mí y nuestros ojos se cruzaron. Mi furia no la había alertado de mi presencia, sino el cosquilleo de la Sintonía. Sus emociones pasaron en rápida sucesión de la sorpresa al placer y de la preocupación a la confusión. Mis ojos se desviaron hacia su mano, que aún sujetaba su brazo, antes de volver a mirarla. Kamala miró su mano y luego volvió a mirarme. Percibí su vacilación y luego su determinación: no la retiró.

Aunque no sentí que se sintiera culpable, mi ira subió de tono, avivada por el atractivo Xelixiano que se volvió hacia mí. Lo reconocí como Sohr Tramhon, un oficial de alto rango y parte del círculo íntimo del General Khel Praghan. Habían circulado muchos rumores sobre una relación amorosa entre él y la Tuureana Kamala. En la calle se decía que los medios de comunicación locales le habían ofrecido sumas exorbitantes de créditos por un reportaje exclusivo, pero él no había confirmado ni desmentido los rumores, dejando que todo el mundo

especulara. Sin embargo, el recuerdo de unas fotos suyas de hacía unos años demostraba que se había involucrado con una hembra con potentes hormonas de oxitocina, ya que su Mancha se había reducido considerablemente.

Al observarlos juntos, estaba claro que estaban Sintonizados: su alma vibraba en una frecuencia muy próxima a la de Kamala y a la mía. Inevitablemente, se habrían sentido atraídos el uno por el otro. Por la fuerza del vínculo afectivo que mis sentidos de Empatía percibían entre ellos, no cabía duda de que una vez habían sido pareja... e incluso podrían seguir siéndolo. Me di cuenta de que mis pasos me habían conducido hacia ellos cuando Sohr, rezumando agresividad, adoptó una postura protectora frente a Kamala, lo que le valió una mirada indignada de mi compañera.

La ausencia de posesividad por su parte—o más bien su escasa presencia—aplacó un poco mi rabia; Sohr no estaba defendiendo su territorio. Separó los labios y entre ellos asomaron un par de colmillos feroces. Estaba a punto de responder al desafío cuando Kamala apoyó la palma de la mano en el hombro de Sohr en un gesto apaciguador. Él la miró de reojo, pero su mirada no se apartó de mí. El guerrero Xelixiano apretó la mandíbula, pero cedió.

Mi compañera se acercó a mí con pasos medidos, pero seguros. Con sus largas piernas, las aberturas a ambos lados de la falda, a medio muslo, mostraban sus marcas Veredianas, al igual que la parte superior del vestido, sin mangas. Por primera vez veía el lustroso pelo castaño claro de mi compañera, que le caía libremente por la espalda.

—Hola, Xevius —dijo Kamala, deteniéndose frente a mí.

Mi mirada se desvió hacia Sohr, que seguía enviándome oleadas de agresividad, mezcladas con auténtica preocupación por mi mujer. Me puso dos dedos en la mandíbula y me obligó a mirarla de nuevo.

—He dicho hola —repitió mi mujer con voz severa—. Los buenos modales dictan que debes corresponder.

—Hola, *mi compañera* —dije, mirándola fijamente a los ojos antes de mirar por encima de su cabeza a Sohr.

Kamala resopló.

—No soy un árbol en el que puedas mear para marcar tu territorio. Y Sohr tiene cosas mucho mejores que hacer que entrar en un concurso de meadas contigo.

Retuve el comentario sarcástico que me rodaba por la lengua.

—Nos vemos luego —le dijo Kamala a Sohr, mirándolo por encima del hombro—. Y gracias por el aventón.

Me puse rígido y no pude reprimir el gruñido que se elevó en mi garganta. Kamala giró la cabeza hacia mí y me miró con incredulidad.

—Oh, joder —dijo Kamala con expresión molesta—. Me refiero a un simple viaje en lanzadera, macho tonto. Contrólate.

Avergonzado por mi exhibición juvenil, apreté los dientes, preguntándome dónde coño había

ido a parar mi autocontrol militar.

—Cuídate, Kamala —dijo Sohr antes de acercarse a nosotros. Se detuvo a mi lado y sus ojos oscuros, sin pupilas, se clavaron en mí—. En cuanto a ti, Korletheano, me importa una mierda quién seas. Vuelve a amenazar a los niños y te joderé personalmente.

Me mostró los colmillos—cuyo veneno podía causar una muerte atroz en cuestión de segundos—y se alejó antes de que pudiera responder.

—Mira cómo ya vas haciendo amigos —dijo mi mujer, burlona.

Le enseñé los dientes, lo que la hizo reír, y el delicioso sonido me envolvió en una caricia suave y tranquilizadora. A pesar de su enfado, podía sentir su placer por estar conmigo. Eso me tranquilizó aún más. No podía culparla por tener un pasado, pero la precariedad de nuestra situación me hacía aún más territorial.

Luché contra el impulso de rodear su pelo y reclamarle la boca; demasiadas miradas se hubieran posado en aquel pequeño enfrentamiento. En lugar de eso, la cogí de la mano y la conduje tras de mí por las escaleras de la entrada hasta el edificio contiguo, que contenía el aparcamiento subterráneo y el hangar de lanzaderas. Entrelacé nuestros dedos. No se resistió mientras caminábamos en silencio hacia mi lanzadera personal.

Kamala sabía que me encontraría aquí. Creí que su sorpresa al verme en la entrada se debía más a la rapidez con la que había terminado mi reunión. No dudé ni un instante de que alguien la había alertado a ella o al General Praghan de la presencia de un Korletheano en la Sala del Consejo. Llámalo arrogancia, pero sabía que había venido aquí por mí.

Con mucha reticencia, le solté la mano cuando llegamos a la vista de la elegante lanzadera. Pulsé unas instrucciones en la interfaz de mi escáner de corto alcance, hábilmente camuflado en la manga de mi chaqueta, y realicé un rápido escaneo y diagnóstico del vehículo para asegurarme de que no había sido manipulado en mi ausencia. Kamala no hizo ningún comentario, sino que observó en silencio. Pasaron unos segundos antes de que la pantalla mostrara el visto bueno. Pulsé el comando para abrir las puertas y rodeé con el brazo la esbelta cintura de mi mujer mientras bajaba la rampa. Kamala se apoyó en mí y yo la estreché con más fuerza, disfrutando de su tacto.

El delicado aroma del champú afrutado que había usado me hizo cosquillas en la nariz y me entraron ganas de frotarme la cara contra la sedosa longitud de su pelo. Y otro aroma, más sutil, que acechaba más profundo, me hizo agua la boca. Era su aroma natural, ligeramente dulce y picante, pero potenciado de algún modo, lo que encendió la llama de mi deseo.

Subimos juntos la rampa. La puerta se cerró tras nosotros, dejando fuera al resto del mundo. Durante los próximos instantes, no habría Korlethea, ni Titanes, ni profecías ni propaganda; solo nosotros dos.



CAPÍTULO 9

KAMALA

En cuanto la puerta se cerró tras nosotros, empujé a Xevius contra ella. No tropezó ni se esforzó por sujetarse, sino que se dejó llevar con elegancia, atrayéndome sin esfuerzo hacia su abrazo cuando su espalda chocó contra la puerta. Mis labios se encontraron con los suyos con un hambre ardiente, y mi compañero respondió del mismo modo. Con una mano enredada en mi pelo, la otra recorrió febrilmente mi cuerpo antes de posarse en la curva de mi trasero, apretándome contra él.

Había empezado mi período durante la noche. Un momento muy inoportuno. Durante las tres semanas siguientes, estaría en constante celo, sería ferozmente territorial y me volvería violentamente agresiva en un santiamén. A pesar de beber dos tazas grandes de té de Rehmannia, que mantenían bajo control mi temperamento y mis hormonas, una mirada a mi sexy compañero me ponía instantáneamente excitada y nerviosa. Sin el té, solo la Diosa sabe el espectáculo que habría dado a los Concejales y electores que visitaban la Sala del Consejo. Los medios de comunicación se lo habrían pasado en grande grabando a una Verediana embelesando a un Korletheano en la escalinata de la sede legislativa de Xelix Prime.

Pero por ahora, lo único que importaba era el sabor deliciosamente dulce de sus labios, su cuerpo duro contra el mío y sus manos posesivas sujetándome con fuerza. Me encantaba la forma dominante en que me retorcía el pelo, provocándome un pequeño pinchazo en el cuero cabelludo. Había algo primitivo en ello que me excitaba. A pesar de eso, no intentó someterme, y eso me excitó aún más. Nuestras lenguas luchaban como iguales, tomando y dando, embistiendo y luego cediendo.

Mis dedos soltaron impacientes los cierres magnéticos de su chaqueta de cuero, molestos por encontrar una camiseta ajustada debajo. Casi le arranqué el dobladillo de los pantalones para reclamar por fin mi premio. Su piel se sentía febril bajo mis palmas cuando éstas exploraron los surcos bien definidos de su musculoso pecho.

Xevius gruñó, un sonido a medio camino entre un gemido y un quejido frustrado. Sus dos manos se deslizaron por debajo de la corta longitud de mi falda para posar sus palmas en mi trasero. Mi compañero me levantó, nos hizo girar y me golpeó la espalda contra la puerta

metálica. El impacto resonó directamente en mi núcleo, que empezó a palpitar con ansiosa anticipación. Rodeé su cintura con las piernas y él apretó su pene, cada vez más rígido, contra mi vientre. Aunque seguía dentro de sus pantalones de cuero, podía sentir su dureza rozándome justo a través de la fina tela de mi tanga. Xevius me lamió las marcas Veredianas de los hombros, enviando otro rayo de lujuria directo a mi interior, y luego me mordió la piel del pliegue del cuello.

La humedad se acumuló entre mis muslos. Casi le pedí que me arrancara la ropa interior y me penetrara para saciar mi necesidad. Pero, en medio de la bruma del deseo, prevaleció la razón. En el momento en que sus labios recorrían el camino hasta los míos, le agarré del pelo y le tiré de la cabeza hacia atrás. Xevius siseó y me miró con sus ojos dorados llenos de deseo, con su respiración agitada abanicándome el cuello.

Ver cómo luchaba por controlar el hambre que sentía por mí casi acabó con mi determinación. No tenía ningún problema en disfrutar de mis placeres cuando y donde me pareciera oportuno, con un macho de mi elección. Pero Xevius no era ni una aventura ni un medio para matar las ganas. Quería que me follara hasta la semana que viene y que yo cabalgara su polla hasta que suplicara clemencia. Pero antes de cruzar esa línea, teníamos algunos asuntos serios que resolver.

—Tú, *Sehr*, me haces desear cosas muy perversas —susurré, con mis paredes internas contrayéndose espasmódicamente por la necesidad insatisfecha.

Sin romper el contacto visual, Xevius se inclinó hacia delante y sus labios casi rozaron los míos.

—A veces, ser perverso puede ser extremadamente bueno.

Le rodeé el cuello con un brazo, le aparté el pelo de la cara y apoyé la palma en su mejilla.

—Entre nosotros, sin duda podría serlo —dije, intentando ignorar el ardiente remolino de deseo que sentía en la boca del estómago.

—No, *Fehama*. Entre nosotros, lo *será*.

Atrapó mis labios con los suyos, impidiéndome responder. Aunque su pene seguía erecto contra mi sexo, el beso fue breve y tierno. La evidente reticencia de Xevius mientras me ponía de nuevo en pie casi hizo que me arrepintiera de impedirnos dar el siguiente paso. Para mi sorpresa, mi compañero tiró de mi falda para cubrirme adecuadamente, y entonces su mirada se detuvo en mi hombro derecho. Intrigada, le eché un vistazo, sin notar nada anormal. Sus dedos trazaron allí las marcas Veredianas en respuesta a mi pregunta no formulada, haciéndome estremecer de placer.

—Son más oscuras y sensibles —dijo Xevius.

—Es normal. Nuestras marcas siempre se oscurecen cuando estamos excitadas —dije con naturalidad.

Me sorprendió que no lo supiera. Después de todo, había estado retenido en un recinto de cría durante un año, obligado a acostarse con algunas de mis Hermanas, un pensamiento que no

deseaba que me recordaran. Peor aún, odiaba la posibilidad de que hubiera engendrado a alguna de nuestras jóvenes Hermanas, ya que había estado en el recinto al mismo tiempo que Amalia fue concebida.

—Sí, pero ya estaban más oscuras antes de que te tocara —dijo Xevius, con cara de intentar no volver a tocarlas—. Tu olor también es diferente: más dulce, incluso más tentador que de costumbre. ¿Estás en celo, mi compañera?

Me ardían las mejillas de que lo dijera tan claramente.

—Se llama período —dije, levantando la barbilla.

El oro fundido de los ojos de Xevius se oscureció y su rostro adoptó una expresión depredadora que hizo que se me empaparan las bragas, se me revolviera el estómago de lujuria y mis marcas Veredianas hormiguearan de expectación. Me daba cuenta de que sus instintos le pedían a gritos que me tirara al suelo y me follara sin contemplaciones, hasta llenarme con su semilla. La parte animal que había en mí quería desafiarle a que procediera.

Me agarró la mano tan de repente que se me escapó un pequeño grito de sorpresa. Tirando de mí, me llevó al asiento del copiloto de la pequeña lanzadera, que solo podía transportar a seis pasajeros o a cuatro personas y una pequeña carga en la parte trasera. Me acomodé en el cómodo asiento de cuero beige. Xevius se deshizo de su chaqueta de cuero en uno de los asientos de los pasajeros antes de sentarse en la silla del piloto. En cuanto puso en marcha los motores, nuestros cinturones de seguridad nos rodearon automáticamente.

Instantes después, cruzamos las pesadas puertas del hangar de lanzaderas y despegamos. Los relucientes y altos edificios blancos del centro del Distrito Capital pronto se desvanecieron a nuestras espaldas. Las casas residenciales más pequeñas que ocupaban sus afueras se hicieron cada vez más escasas, dando paso a la hermosa naturaleza salvaje de Xelix Prime, con su hierba beige y las coloridas hojas de los árboles, en las que predominaban los verdes oscuros, los azules marinos y los amarillos profundos. El cristal tintado de la lanzadera amortiguaba el deslumbrante brillo de los dos soles de Xelix Prime, que colgaban en lo alto del cielo verde claro. Siempre me pareció extraño lo llano que resultaba el paisaje del planeta.

—¿Sigues saliendo con él? —preguntó Xevius con voz suave, rompiendo el cómodo silencio en el que habíamos estado volando los últimos minutos.

Le eché una mirada de reojo, pero él seguía mirando al frente a través del parabrisas. A la luz de su anterior exhibición territorial, la aparente falta de tensión tanto en su voz como en su lenguaje corporal me desconcertó.

—No. Terminamos formalmente nuestra relación de dos años hace once meses —dije con sinceridad.

—¿Por qué? —preguntó, manteniendo un tono conversacionalmente neutro.

—Habíamos llegado a un punto en el que o nos comprometíamos hasta el final o nos separábamos —dije, recordando aquella larga conversación en el atrio del Tempest, la nave de batalla Tuureana que ahora comandaba en lugar de Aleina—. Sohr es un hombre maravilloso y

sería un padre increíble. Me quiere y yo le quiero.

Esta vez, Xevius se volvió para mirarme, pero su expresión no revelaba nada de lo que pensaba.

—Esos sentimientos no son sorprendentes: están Sintonizados —dijo Xevius con naturalidad.

Me encogí de hombros.

—Eso es lo que dijo Eryon. Pero Sintonizar no significa necesariamente ser almas gemelas. Nos queremos, pero no estamos *enamorados* el uno del otro. Hemos visto a Amalia y sus compañeros, a Aleina y Ghan, a Valena y Zhul, a Maheva y Minh... A pesar de nuestros sentimientos mutuos, queremos la misma chispa que todos ellos han encontrado con su verdadera pareja. Así que acordamos ponerle fin. Mientras siguiéramos juntos, no podríamos buscar a los que la Diosa había creado específicamente para nosotros.

Xevius asintió lentamente y se volvió para mirar al frente.

—Me alegro de que hayas esperado, *Fehama*. Y gracias por tu franqueza.

Contemplé su noble perfil, aliviada por la sabia, pero difícil elección que Sohr y yo habíamos tomado en aquel momento. Mercy acababa de anunciar su segundo embarazo con su marido Braxiano. Eso había desencadenado la conversación sobre si Sohr y yo tendríamos un hijo propio. Sohr habría insistido, pero, en el fondo, sabía que yo ya había decidido esperar a mi alma gemela.

—Xevius —exclamé.

Se volvió para lanzarme una mirada interrogante.

—Pase lo que pase entre tú y yo, Sohr es un amigo muy querido para mí. Nada ni *nadie* se interpondrá en mi camino.

—Tomo nota —dijo en tono conciliador, con una extraña sonrisa en los labios.

Volví a darme cuenta de lo increíblemente guapo que era mi compañero.

—¿Sabes? —dije pensativa—. Quizá debería ser *yo* quien se preocupara por Sohr.

—¿Ah, sí? —preguntó Xevius, levantando una ceja inquisitiva—. Cuéntame.

—Como a muchos Xelixianos, a Sohr le gustan por igual los machos y las hembras, aunque creo que le gustan más los machos. Si él y yo estamos Sintonizados, significa que ustedes dos también lo están. Si alguna vez le caes bien, es muy posible que él quiera caerte bien a ti —dije burlonamente.

Xevius soltó una carcajada. Me encantó su potente sonido, la forma en que hacía rebotar sus hombros, así como su larga cabellera dorada. Y, sobre todo, me encantaba la forma en que suavizaba sus rasgos y hacía brillar sus ojos. Mi compañero era una obra de arte viviente. Podría contemplarlo eternamente sin cansarme.

—Entonces, quizá debería perseguirle —dijo Xevius, con un brillo burlón en los ojos—. Me he dado cuenta de que tiene un cuerpo musculoso y fornido, y una cara agradable. Por no hablar de esos colmillos tan sexys que tuvo la amabilidad de mostrarme... Me gusta que me muerdan y, por lo que dicen por ahí, uno de los dos venenos de los Xelixianos actúa como una especie de

afrodisíaco.

—Mmhmm —dije asintiendo con la cabeza, mientras por mi mente pasaban imágenes de mí mordiendo el delicioso cuerpo de mi compañero—. No es exactamente un afrodisíaco. Pero es bastante alucinante cuando corre por tus venas en la dosis justa y en el momento justo.

—Haces que eso suene muy tentador —dijo, y su voz adoptó un tono profundo y ronroneante.

—Adelante —dije encogiéndome de hombros—. Desde luego, disfrutaría del espectáculo —y para mi sorpresa, tuve que admitir que probablemente lo haría. Sin embargo, odiaba la idea de que otras manos tocaran a mi hombre—. Pero entonces, podría cortarte las pelotas después del hecho. Yo no comparto —añadí cuando sus cejas se alzaron.

Se rio.

—Bien. Porque yo tampoco.

Volvió a establecerse entre nosotros un silencio satisfecho. Observé distraídamente una manada de animales salvajes que corrían por el bosque. Me rondaban por la cabeza muchas preguntas, pero me parecía demasiado prematuro plantearlas hasta que nuestra relación estuviera asentada sobre una base más firme.

Xevius frunció el ceño y me miró de reojo, como si hubiera percibido mi necesidad tácita.

—¿Qué pasa, *Fehama*? —preguntó.

Negué con la cabeza.

—Nada.

Me resultaba demasiado extraño preguntarle por sus padres, si tenía hermanos, por su juventud en Korlethea, por qué quería unirse a los Agentes Imperiales y por sus esperanzas y sueños para el futuro.

—Puedes preguntarme lo que quieras, Kamala. Mientras no ponga en peligro a Korlethea, responderé con sinceridad.

No queriendo ahondar en asuntos personales, iba a hacerle la pregunta principal que me había llevado a verle en la Sala del Consejo, cuando me di cuenta de la dirección en la que volábamos.

—Éste no es el camino a tu casa —solté.

—Es el camino a mi *nueva* casa —respondió despreocupadamente mientras pasábamos por delante de otro huerto de ryspak—. Y hablando de eso, no vuelvas a esa casa. Allí no me encontrarás.

Por alguna razón, aquello me dolió.

—No le he dicho a nadie su ubicación, ni siquiera a Khel —dije, rígida.

Una suave sonrisa se dibujó en sus labios, y la tierna mirada que me dirigió me dejó confusa.

—Gracias, *Fehama*. No te habría reprochado que lo hubieras hecho. No temo que los Xelixianos me vigilen, pero tengo mis razones para no querer quedarme allí.

—¿Quién más podría querer espiarte? ¿O amenazarte? —pregunté, desconcertada.

Se puso sobrio y volvió a mirar hacia delante.

—Ya casi hemos llegado. Puedes ver la casa más adelante. Es más pequeña, pero está en un terreno grande y privado.

¿Qué coño está pasando?

—Te he hecho una pregunta. Dijiste que responderías con la verdad —dije en tono endurecido, confusa por su extraño comportamiento.

Xevius frunció los labios, pero siguió sin contestar. Estuve a punto de perder los nervios, y entonces sus palabras resonaron en mi cabeza.

"Mientras no ponga en peligro a Korlethea, responderé con sinceridad".

—Ya veo —susurré, con la mente dando vueltas en todas direcciones, intentando averiguar qué significaba aquello exactamente.

¿Por qué iban a espiarle los Korletheanos? ¿Habían descubierto por fin el vínculo que nos unía? ¿Sospechaban que Xevius estaba pensando en no llevar a cabo la misión? Tantas malditas preguntas que no quería responder. Por mucho que lo odiara, comprendía demasiado bien la lealtad al propio pueblo.

Comenzamos a descender hacia una pequeña casa de una sola planta. A juzgar por el huerto de ryspak abandonado de la parte trasera, sin duda era la casa del supervisor antes de que la Mancha inutilizara la tierra para el cultivo. Tales terrenos eran habituales en Xelix Prime. Dentro de unos años, a medida que la tierra se recuperara, muchos de estos lugares abandonados serían recuperados. Algunos especuladores del mercado ya habían empezado a adquirir algunas de estas propiedades por sumas ridículamente bajas.

Un río corría a poca distancia de la casa, sin vecinos a la vista. Aparte del huerto, una gran extensión de llanura rodeaba el edificio. A menos que utilizaran tecnología furtiva, nadie podría acercarse sin ser detectado.

Xevius posó suavemente la lanzadera en la plataforma de aterrizaje, a pocos metros de la casa. Cogiéndome de la mano una vez más, me condujo fuera de la nave, recogiendo su chaqueta por el camino. Las paredes blancas de la casa tenían ahora un tinte grisáceo debido a la suciedad y la edad, pero por lo demás parecían robustas y en buen estado. Los paneles solares del tejado parecían bastante nuevos, y el césped que rodeaba el edificio estaba recién cortado. No sabía si los oclusores de las grandes ventanas eran un añadido reciente o si servían para proteger a los anteriores residentes de la luz deslumbrante de los soles.

Como era de esperar, el interior de la casa era más bien blanco y gris, con muebles minimalistas. No esperaba que Xevius personalizara este espacio más de lo que lo había hecho con el anterior piso franco al que me había llevado, teniendo en cuenta que se trataba de un mero arreglo temporal. Sin embargo, despertó mi curiosidad por ver cómo era su espacio vital en Korlethea. ¿Le gustaban los colores? ¿Líneas suaves o duras? ¿Clásico o hipermoderno? Conocer a tu pareja era una de las mejores partes del cortejo. Y yo quería eso.

—¿Tienes hambre? —preguntó Xevius, enganchando la chaqueta en el respaldo de una silla.

—No mucha, pero ahora que lo mencionas, podría picar algo —dije, echando un vistazo a la habitación.

—No esperaba una compañía tan agradable. Me temo que solo puedo prepararnos unos bocadillos, a menos que la comida replicada te tiente —dijo, disculpándose.

—Hmmm, ¿así es como un Korletheano cena con su *Sareema*? —pregunté burlonamente.

Xevius me miró como un cachorro al que han dado una patada y me derretí por dentro. Me eché a reír y lo abracé.

—Un bocadillo suena muy bien —dije en tono tranquilizador—. Incluso te ayudaré a prepararlos —añadí, besándole la punta de la nariz.

—Gracias —murmuró, solo parcialmente apaciguado.

Me encantaba la naturalidad con la que actuábamos el uno con el otro, como si lleváramos años unidos, incluso desde la primera vez que habíamos hablado en su otro piso franco. No había duda de que la Diosa había creado nuestras almas para que estuvieran emparejadas.

—Sabes, Valena y Zhul se encontraron por primera vez en una casa supervisora abandonada como ésta —reflexioné en voz alta mientras me lavaba las manos—. Pero por la forma en que ella lo describió, esto es un lujo en comparación. La suya sonaba bastante diminuta.

—¿Ah, sí? —preguntó Xevius, colocando el pan y otros ingredientes sobre la encimera de la cocina.

—Mmhmm. Era la esclava más preciada de Varrek, y la colocó allí porque temía que la liberaran de una de sus Casas de Sangre durante una de las incursiones de Khel —expliqué—. Utilizó sus poderes de control mental de la forma más ingeniosa para atraer a Zhul hacia ella —dije con indisimulada admiración—. Es una lástima que sea de la raza de las Criadoras en lugar de una Guerrera. Con su poder en el campo de batalla, sería una máquina de matar.

Los Veredianos se dividían en tres razas: Guerreros, Criadores y Eruditos. Aleina, Amalia, Maheva y yo éramos Guerreras, lo que naturalmente nos confería un talento innato con las armas y las técnicas de combate. En general, éramos más altas, más rápidas y más fuertes. Los de nuestra raza que no se alistaron en el ejército se convirtieron en atletas profesionales, agentes de la ley, primeros intervinientes y trabajadores manuales. Los Eruditos, como Yhanos, el hijo de Aleina, y Lissy, la hija de Mercy, absorbían conocimientos como esponjas. Consumían ciencia, matemáticas y tecnología como si fueran caramelos y proporcionaban a nuestro pueblo el armamento increíblemente avanzado que había convertido a los Tuureanos—nuestro ejército—en una fuerza imbatible dentro del universo conocido. Y los Criadores, como Valena, cubrieron las necesidades emocionales, espirituales, psicológicas e intelectuales de nuestro pueblo, y muchos de ellos se convirtieron en maestros, terapeutas, artistas, filósofos y escritores.

—Mi hermana mayor, Sevina, la madre de Amalia, era una cinética como Aleina, pero de la raza de las Criadoras. Si hubiera sobrevivido para ver la libertad con el resto de nosotras, creo que se habría convertido en escultora. Había hecho una escultura de Eryon a bordo de la nave en la que vivían para que Amalia pudiera ver el aspecto de su padre.

Se me hizo un nudo en la garganta al hablar de la hermana a la que nunca había conocido y que solo conocía a través de las anécdotas de Aleina, Amalia y Eryon. También solo había visto a Sevina a través de una imagen holográfica de ella sosteniendo a una joven Amalia en su regazo. Sevina había sido una cosita hermosa y delicada que, según todos los indicios, luchaba por encajar en el duro mundo en el que había nacido. Intentando que aquellas emociones no me afectaran, me concentré en las frutas que estaba cortando para hacer una ensalada que acompañara a nuestros bocadillos.

—Las Veredianas han desarrollado unos poderes psíquicos tan maravillosos. A nosotros, los Korletheanos, nos fascinan y nos aterrorizan a la vez —dijo Xevius—. Los nuestros son bastante diferentes, ya que todos los Korletheanos poseen capacidades psiónicas ofensivas y defensivas, así como telepatía. Y algunos de entre nosotros desarrollan poderes adicionales, siendo el más frecuente la previsión. Pero solo unos pocos alcanzan niveles lo bastante poderosos como para ser calificados de Oráculo, como mi tía, o de Vidente, como Eryon. Luego están los que tienen telequinesis, y después los rarísimos Empáticos.

Xevius hizo una pausa, parecía perdido en sus pensamientos. Esperé, sintiendo que quería añadir algo más, pero que elegía cuidadosamente sus palabras.

—Cuando nacieron los primeros Titanes Korletheanos, mostraron el mismo tipo de poderes diversos que poseen las Veredianas. Fue una época emocionante para nosotros hasta que se convirtió en una pesadilla —cortó los bocadillos que había terminado de preparar, dejó el cuchillo y me miró como si yo fuera una especie de enigma que le encantaría resolver—. Después de que los erradicáramos, mi pueblo pasó mucho tiempo intentando comprender cómo los tuyos conseguían poseer poderes tan increíbles y simplemente los ponían al servicio de los demás en vez de utilizarlos para controlar a los demás.

Sonreí, sin hacer ningún esfuerzo por ocultar el profundo orgullo que sentía por mi especie.

—Por mucho que me encantaría presumir de que se trata de nuestras normas morales superiores, tengo que decir que no tenemos tanto mérito, ya que es una parte intrínseca de nuestra naturaleza. Casi podría decirse que está codificada en nuestro ADN.

Me encogí de hombros, sin tener una explicación real que darle sobre nuestra necesidad instintiva Verediana de cuidar y proteger a nuestros parientes.

—Las Hermanas nunca se harían daño deliberadamente. Según nuestra historia, lo mismo ocurría con nuestros machos antes de que murieran todos. Solo podemos observar a la nueva generación de machos y esperar que sigan el mismo camino, pero hasta ahora parece que es así. Que yo sepa, Tayana es la única Verediana conocida que ha golpeado a otra cuando casi mata a mi hermana, Aleina. Pero entonces, ella no tenía ni idea de que una Verediana se ocultaba bajo la armadura Tuureana del Almirante Lee. Cuando se enteró, la mente de Tayana casi se quebró de la impresión. Valena tuvo que ordenarle que se durmiera para protegerla.

—Valena es verdaderamente fenomenal —dijo Xevius, colocando los platos que contenían nuestros bocadillos en la mesa redonda junto a la alta ventana que daba al patio delantero—.

Ella, más que la mayoría de ustedes podría convertirse realmente en una tirana si así lo quisiera. Thaddeus suele decir que, si su hija entrara en la Agencia, todos nos veríamos obligados a jubilarnos anticipadamente. Llevaría a cabo hasta la misión más imposible sin necesitar la ayuda de nadie.

Sus palabras me pusieron rígida. La expresión divertida de Xevius se desvaneció al instante y me miró inquisitivamente.

—¿Conoces al padre de Valena? —pregunté, incapaz de ocultar la tensión y el resentimiento en mi voz.

Xevius frunció el ceño y estudió mi rostro con confusión.

—Sí. Es un Agente Imperial con el que he tenido el honor de trabajar en muchas ocasiones, y un hombre muy bueno.

Resoplé con desdén.

—Un buen hombre... Claro. Un hombre tan bueno que, más de tres años después de haber sido liberado por los esfuerzos conjuntos de Veredianas y Xelixianos, solo dedica un pensamiento a su hija cuando es para presumir ante sus compatriotas Korletheanos. Tu gente tiene una idea de la familia bastante jodido.

Ni siquiera estábamos hablando de mi padre, pero no podía evitar el dolor y la amargura que sentía cada vez que pensaba en nuestros padres Korletheanos.

La comprensión apareció en el rostro de Xevius. Dio la vuelta al mostrador y se detuvo a un brazo de mí.

—Las cosas no son tan sencillas como crees, *Fehama*. El Quórum...

—¡Que se joda el Quórum! —espeté, interrumpiéndole—. El Quórum no estaba en los complejos de cría con nosotras. Durante los sesenta y un años que Gruuk dirigió el programa de reproducción, menos de un puñado de esos bastardos Korletheanos dieron amor a sus hijas o siquiera nos dedicaron un pensamiento. Durante tres semanas, tres veces al año, podrían haber creado lazos afectivos con nosotras. Pero no, éramos abominaciones que se habían visto obligados a engendrar.

Décadas de dolor y rechazo brotaron amargamente de mí. Me abalancé sobre él y me estacioné frente a la ventana, contemplando la interminable llanura que tenía delante, sin nada más que hierba corta hasta donde alcanzaba la vista. La parte de mí que debería haber estado llena del amor de un padre se sentía igual de estéril.

—Durante años, las Hermanas intentaron atraer a los Korletheanos para que conocieran a las hijas que ayudarían a crear. En aquel maldito lugar solo nos teníamos las unas a las otras. Con el tiempo, la mayoría de ellos dejaron de molestarse antes que someterse, y especialmente sus hijitas, a un rechazo constante. Hasta mi propio dulce padre —dije con toda la pizca de sarcasmo y desprecio que podía verter en mis palabras.

Abrazándome el torso, me giré para mirar a Xevius. La compasión de sus ojos me hizo desear arañarle la cara. No necesitaba su maldita compasión.

—Al crecer, era una niña un poco pegajosa. Acosaba a mi madre sin descanso por mi padre. Me daba cuenta de que a ella no le importaba mucho, pero, en mi ingenua inocencia, pensaba que, si me daban una oportunidad, podría arreglar las cosas entre ellos —resoplé con sorna—. En aquel momento no me di cuenta de que el Amo Gruuk había asignado a mi madre otro Korletheano. No le resultaba práctico mi poder psiónico, y cualquier otro hijo de mis padres tendría el mismo poder que yo. Aun así, la nueva Verediana con la que iba a aparearse también estaba en nuestro recinto. Como mi madre no quería presentármelo, cuando los guardias trajeron a los Korletheanos para el siguiente apareamiento, corrí hacia ellos y pedí ver a mi padre Saren.

Xevius hizo una mueca de dolor. Por la expresión de su cara, debía de conocer al macho desalmado, llorón y quejica que me había engendrado.

—¿Sabes lo que dijo? "Vuelve con tu madre, pequeña alimaña. Ojalá murieran todas para que pudiéramos volver a ser libres". Ésa fue la única vez que mi queridísimo papi se dirigió a mí. Yo tenía poco más de seis años —casi se me atraganta la voz por el ardiente dolor de aquel recuerdo, que me había marcado para siempre—. Después de aquello, las Ancianas encerraron a todas las niñas en los dormitorios cuando traían a los Korletheanos para evitarnos más dolor.

Había dicho el mismo tipo de palabras vitriólicas a la madre de Aleina cuando ésta intentó que pasara tiempo con su primera hija, Sevina. Al igual que Maheva, no derramé ni una lágrima cuando mi padre murió en un intento fallido de fuga.

—Lo siento mucho, *Fehama* —dijo Xevius con voz suave y tranquilizadora—. Saren no nos representa a todos. Era un hombre débil y egoísta. Ninguno de mis hermanos te deseaba el mal. En realidad, muchos de nosotros sabíamos que seríamos esclavizados en algún momento, pues estaba previsto. Incluso Eryon lo sabía —se pasó ambas manos por el pelo con una mezcla de vergüenza y frustración en su hermoso rostro—. El Quórum estableció el edicto de no mezclarse con Veredianas, independientemente del vínculo, hace más de setenta años, mucho antes de mi nacimiento. Como yo, todos sus padres crecieron adoctrinados en ese sentido.

—Qué conveniente —dije fríamente, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Muy poco conveniente. Si te sirve de algo, las primeras semillas de una posible guerra civil en Korlethea surgieron cuando los padres quisieron desobedecer el edicto del Quórum. La reunificación de Eryon con Amalia solo avivó las llamas.

—Pero está claro que no lo suficiente —repliqué, sintiéndome como una malcriada por ello.

No entendía cómo un gobierno podía prohibir a sus ciudadanos reunirse con sus descendientes. Peor aún, no me parecía lógico que la población lo aceptara. Al fin y al cabo, Korlethea no era una dictadura ni una monarquía, y los Omniatos eran elegidos por periodos de tiempo limitados. Si nuestros padres estaban tan en desacuerdo, ¿por qué no demostrarlo en las votaciones?

—Dime, Kamala, tú que has viajado por los dos Cuadrantes de la galaxia conocida, ¿con cuántos Korletheanos te has encontrado?

Retrocedí ligeramente, sorprendida por aquella pregunta aparentemente aleatoria.

—Ninguno, en realidad. ¿Pero eso qué tiene que ver? —pregunté.

—No has conocido a ninguno porque, a menos que estén en misión militar o diplomática, mi gente no sale de Korlethea.

—¿Y? —pregunté, ligeramente molesta y preguntándome qué sentido tenía.

—Lo que significa que la mayoría de los Korletheanos que engendraron a tus Hermanas eran soldados, agentes o importantes figuras políticas —dijo Xevius, dando dos pasos hacia mí—. Todos hicimos juramentos de lealtad como parte de nuestras funciones. Los Tuureanos son los militares de las Veredianas. ¿Qué ocurriría si más de nueve mil de sus Guerreros, muchos de ellos oficiales superiores, decidieran desafiar los edictos de su Consejo por motivos personales y desertaran?

Caos. Pánico. Disturbios civiles.

Nunca lo había considerado desde ese punto de vista. Nuestra población, que aún se estaba recuperando de la casi extinción, no era ni de lejos tan numerosa como la de los Korletheanos, pero incluso si un tercio de ese número desertara de nuestro ejército, dejaría graves cicatrices de las que no nos recuperaríamos pronto. Para una especie casi obsesivamente patriótica como los Korletheanos, significaría sin duda una guerra civil.

—¿Y qué hay de ti, Xevius? —pregunté con amargura—. Estuviste en los complejos durante un año. ¿Cuántas de mis Hermanas Veredianas suspiran en vano por tu amor paternal?

La pregunta pareció sorprenderle.

—Ninguna —respondió desdeñosamente.

—Oh, por favor —dije, sin creérmelo ni por un instante.

—Yo no miento —espetó Xevius, sobresaltándome su repentina cólera—. Si no puedo responder con la verdad, sencillamente no lo haré. A diferencia de mis hermanos, los Guldanos no me esclavizaron contra mi voluntad. Me *dejé* capturar para cumplir mi misión. Las Oráculos habían confirmado que sería libre en no más de un año, así que recibí un implante anticonceptivo biológico que no sería detectado por un escáner médico. Habría sido estúpido por mi parte engendrar hijas de cuyas vidas nunca podría formar parte.

Mi boca se abrió y se cerró varias veces, pero no salió ninguna palabra. Estaba más que aliviada, pero mi corazón aún sangraba por mis Hermanas sin padre y por mis propios problemas con mi papá. Xevius acortó la distancia que nos separaba y me atrajo con cuidado hacia sus brazos. No me resistí, agradeciendo la comodidad de su fuerte cuerpo y la calidez de su abrazo.

—No soy Vidente —dijo Xevius suavemente en mi pelo—, pero esta situación no puede durar eternamente. Mis hermanos ansían ver a sus hijas. Algunos de ellos incluso han encontrado a sus almas gemelas entre tus Hermanas. El Quórum tendrá que ceder. Ayúdame a convencerles de que los Titanes no son una amenaza, y todo lo demás encajará.

Levanté la cabeza para mirarle a los ojos.

—¿*Convencerlos*? ¿Y qué hay de *ti*? —pregunté.

Xevius resopló.

—A decir verdad, creo que mi decisión estaba tomada incluso antes de mi partida de Korlethea. Había estado vigilando a los niños desde su nacimiento para saber si me había equivocado al perdonar la vida a tu hermana. Nunca me dieron motivos para arrepentirme de aquella decisión.

Contuve la respiración, con el corazón desbocado. Con los ojos fijos en los suyos, esperé a que confirmara lo que yo esperaba—y en el fondo creía—que sería su elección. Xevius sonrió y me apartó suavemente el pelo de la cara.

—Mi encuentro con ellos en la finca Praghan, y presenciar su comportamiento en aquel patio de la escuela, lo sellaron.

Aplasté su boca con un beso contundente. Se rio contra mis labios antes de responder con su pasión habitual. Nunca me cansaría del sabor y el tacto de mi compañero.

Mi compañero. Mi verdadero compañero.

Aún era demasiado pronto para planear un futuro, pero al menos teníamos una oportunidad. Aunque no llevara a cabo la misión, sus palabras sobre el efecto dominó de la deserción Korletheana no habían caído en saco roto. Quizá no pudiéramos construir una vida juntos durante un tiempo todavía.

Como si hubiera percibido un cambio en mi estado de ánimo, Xevius puso fin al beso y examinó mi rostro. Sonreí, intentando que aquel pensamiento deprimente no arruinara el momento. Abrió la boca como si fuera a decir algo, pero pareció cambiar de opinión y dijo otra cosa en su lugar.

—¿Has tenido suerte consiguiéndome esa entrevista con los niños Praghan? —preguntó.

La forma en que me mordía el labio inferior le decía que las cosas no iban muy bien. Mi compañero nunca aceptaría las condiciones de Khel.

—Solo podrás entrevistar a los niños si antes permites que Valena te lea la mente para confirmar tus intenciones.

Xevius se puso rígido. Fue lo bastante sutil como para que, de no haber estado sujetándome, no me hubiera dado cuenta.

—Eso no es posible. Con su poder, podría vislumbrar de mi mente demasiados secretos de estado sensibles.

—Cierto, pero ella no lo haría —dije con sinceridad.

—No dudo de tu sinceridad, pero sigue sin ser un riesgo que pueda permitirme correr. Lo siento.

Apoyé las palmas de las manos en su pecho y asentí lentamente, decepcionada, pero no sorprendida en absoluto.

—No lo estés. No esperaba menos de ti. En realidad, Khel también. Solo era su forma de decir que no.

—¿Aún quiere despellejarme vivo por el allanamiento? —preguntó Xevius, sonando divertido.

—Sí. Cuando le dije que no le estaba permitido matar a mi compañero, replicó, y cito textualmente: “Cuando acabe de joderle, dejaré que Zhara le cure su lamentable culo. Entonces tal vez ese Korletheano hijo de Gharah aprenda a mostrar algo de aprecio a los Titanes”.

Xevius silbó entre dientes y sus ojos dorados brillaron de alegría.

—Encantador. Siento el amor.

Sonreí y le acaricié la mejilla.

—Khel es un hombre maravilloso, pero amenaza a sus hijos o a su compañera, y el propio Gharah correrá a refugiarse de su ira.

—Comprensible —dijo Xevius antes de girar la cara para besar la palma de mi mano en su mejilla—. Tendré que volver a caerle bien. Por lo que he oído, es todo un guerrero.

—El mejor —dije asintiendo con la cabeza—. Aparte de mi hermana Aleina, es la única persona a la que sé a ciencia cierta que no puedo vencer en una lucha justa.

Las cejas de Xevius se alzaron con incredulidad.

—¿La diosa de la guerra Tuureana Kamala se ha encontrado con un enemigo al que no ha podido vencer?

—Sinceramente, no conozco a nadie que pueda vencer a Khel. Bueno, Vahl lo hará, con el tiempo. Por ahora, estaría muy reñido, pero estoy seguro de que podrá derrotar al Almirante Lee. Aleina y Khel decidieron sabiamente no ponerlo a prueba.

—Pues bien, las grabaciones que he hecho hasta ahora de los niños tendrán que bastar. Ven, vamos a comer —dijo Xevius.

—De acuerdo —respondí en voz baja, dejando que me llevara de la mano a la mesa.

Tomé asiento mientras él iba a buscar la ensalada de frutas que había terminado en la encimera.

—Tengo agua o zumo de ryspak —dijo Xevius, con la misma expresión de disculpa, casi mortificada, que me hizo reír de nuevo.

—El agua está bien, aunque rara vez bebo con las comidas, a menos que sea algún vino fino.

—Oh, mi compañera es elegante —dijo Xevius burlonamente, trayendo una jarra de agua fría y dos vasos. Se sentó frente a mí y señaló con la barbilla el bocadillo que tenía en el plato—. A comer.

Comimos rápidamente nuestra humilde, pero sabrosa comida, mientras Xevius contaba algunas anécdotas de sus días de escuela con Eryon y los problemas en que se habían metido. Aunque dos años mayor que él, Eryon había sido un amigo íntimo de la familia. Ser abordado por el Servicio Secreto Imperial a los diecisiete años, y posteriormente unirse a la fuerza, le había dificultado mantener ciertas relaciones. Al multiplicarse las misiones, cada vez estaba menos en casa y perdió el contacto con muchos de sus amigos. Cuando Eryon se convirtió en uno de los Destinos, pudieron verse más a menudo, hasta que finalmente fue secuestrado. Hasta aquel día en la finca de los Praghan, habían pasado casi veintiocho años desde la última vez que se vieron; algo que él no quería volver a repetir.

No sabía cómo interpretar aquello. ¿Insinuaba que, después de todo, podría desertar?

—La delegación Korletheana llega dentro de trece días —dijo Xevius pensativo—. El vuelo a Korlethea dura tres días. Me llevará un par de días establecer la seguridad en las residencias de los embajadores. Eso me dará cuatro días para convencer al Quórum de que abandone su plan antes de que deba regresar para recibir a la delegación.

—Llévame contigo —dije.

—¿QUÉ? —exclamó Xevius, mirándome como si hubiera perdido el juicio.

—En realidad, ésa es la razón principal por la que he venido a verte hoy —dije, reclinándome en la silla y cruzando las piernas—. Sabía que rechazarías las exigencias de Khel. Hemos intentado en vano entablar conversaciones diplomáticas con Korlethea. Nuestros pueblos necesitan encontrar una solución pacífica a este conflicto. No vamos a permitir que hagan daño a nuestros hijos, pero tampoco queremos acabar en una guerra sangrienta, que es exactamente lo que ocurrirá si el Quórum se sale con la suya.

—Te matarían en cuanto te vieran, y a mí me ejecutarían por traición —argumentó Xevius—. No pareces darte cuenta de lo precaria que es mi situación actual ni de las terribles consecuencias que se derivarán de la decisión que he tomado.

—Sí me doy cuenta. Pero sin un diálogo abierto, nunca podremos encontrar un terreno común —supliqué, descruzando las piernas e inclinándome hacia delante sobre la mesa—. ¿Qué sentido tiene que los Korletheanos se peleen entre ellos cuando, en última instancia, todo gira en torno a las Veredianas?

—*No* te llevaré a Korlethea, *Fehama*, y eso no está abierto a debate. Cuando haya presentado mis conclusiones al Quórum, podré hablarles de tu petición e intentar convencerles, pero no te pondré en peligro.

Una vez más, frustrada, pero no sorprendida, apreté los labios y asentí con firmeza. Xevius sonrió como si le divirtiera mi rabieta infantil. Casi me dieron ganas de hacerle una mueca en respuesta.

Se puso en pie, cogió el cuenco de ensalada de frutas que aún no habíamos tocado, me cogió de la mano y me llevó al sofá seccional de cuero oscuro de la sala de estar. Mi compañero se sentó y me acomodó en su regazo. Me dio el cuenco, pero luego empezó a darme de comer las frutas, una pieza cada vez, a veces cogiendo una para él.

Entre dos bocados y dos besos, me contó más historias de su juventud, algunas humorísticas y otras más conmovedoras, y de ser un hijo único cuyos padres, agentes como él, habían perecido ambos en acto de servicio. Aunque no lo detalló, pude leer entre líneas que habían caído durante la Guerra de los Titanes Korletheanos.

—Nunca me dijiste cuál era tu poder —dijo Xevius.

—Nunca me lo preguntaste —dije, sintiéndome de repente cohibida.

—Ahora sí —dijo, rozando las marcas de mi hombro con los dientes.

—Soy ergocinética, un poder casi inútil, salvo en las raras ocasiones en que lo necesitas de

verdad —dije burlonamente, mirándome las palmas de las manos.

Xevius enarcó una ceja dudoso.

—¿No es eso manipulación de la energía? Parece algo muy útil en nuestro campo.

—Como he dicho, solo en las raras ocasiones en que se necesita de verdad —respondí encogiéndome de hombros—. A diferencia de los Titanes, yo no puedo influir en las cosas simplemente mirándolas; necesito tocarlas. Y aunque es cierto que puedo manipular cualquier forma de energía, solo puedo darle forma en torno a cosas que estén incompletas, ya sean inorgánicas o biológicas.

—¿Incompletas, cómo? —preguntó, y su aparente interés genuino me produjo una sensación de calidez.

—Digamos que te han cortado una pierna —le dije—, entonces podría recurrir a cualquier forma de energía, normalmente la luz, para recrear tu pierna. Visualmente, parecería un holograma luminoso, pero para ti sería como una pierna de verdad.

—¿Podría caminar con ella? —preguntó Xevius, mirándome con ojos saltones.

Asentí con la cabeza, luchando contra las ganas de reír.

—Sí. Podrías caminar sobre ella. Solo es temporal, aunque podría repetirlo al cabo de un par de horas. Dicho esto, lleva tiempo crear ilusiones biocinéticas y vincularlas al sistema nervioso de la persona. Si el paciente sangra mucho, puede entrar en shock o morir antes de que pueda hacer nada. Estuve a punto de perder a Lee así... bueno, a Aleina, el día que Ghan descubrió por fin el bombón que se escondía bajo la fría armadura Tuureana del Almirante Lee.

Xevius asintió lentamente, con las tuercas de su cerebro dándole vueltas. Conocer mi poder siempre desconcertaba a la gente. Pero recordar el día en que estuvimos a punto de perder a Aleina me seguía poniendo nerviosa. Nunca había sentido tanto miedo en mi vida.

—Es mucho más fácil con objetos —dije, sacudiéndome la inquietud que siempre resurgía con este recuerdo—. Mientras que la biocinética puede llevarme minutos, la cinética normal me lleva segundos, a menos que lo que intente recrear sea enorme. Así que, si se cayera una pieza de tu aeromoto, podría arreglarla temporalmente en un abrir y cerrar de ojos.

—Eso sí que suena práctico —dijo Xevius burlonamente.

—Sí, ¡salve la gran Kamala! —dije con sorna—. ¿Se ha roto un clavo? Yo lo arreglo. ¿Te has roto un tacón? ¡También te lo arreglo! ¿Se ha roto el cinturón de seguridad de tu lanzadera? ¡Voy al rescate! ¿Un enemigo te ha rajado la armadura? No te preocupes, yo lo sellaré y evitaré que orines sangre por todas partes.

—Eres como un robot de emergencia de bolsillo —dijo Xevius, con sus ojos ámbar chispeantes de alegría.

Le di un codazo juguetón, fingiendo ofenderme. Se rio y me besó antes de darme otra pieza de fruta.

Seguimos hablando mucho después de haber devorado el último trozo. Podría haberme quedado así con él para siempre. Pero demasiado pronto, el deber me llamó. Mañana sería el

último día en que nuestros niños asistirían a las escuelas Xelixianas, y el día en que celebraríamos el referéndum sobre la salida definitiva de Xelix Prime. Al igual que la Directora de la escuela, Velthan, ya conocía el resultado de la próxima votación Xelixiana para expulsar a nuestros hijos de sus escuelas, yo intuía muy bien cuál sería el resultado de nuestra propia votación.

Con mucha reticencia, me despedí de Xevius, que me hizo prometerle que volvería a verle mañana para ir a darme un chapuzón en el río junto a su casa. Me despidió con un beso abrasador que me hizo palpitar en todos los lugares adecuados durante lo que me parecieron horas.



CAPÍTULO 10

ERYON

Aterricé suavemente mi lanzadera personal en el claro, en las coordenadas que Xevius me había comunicado después de que solicitara otra reunión con él. Como Vidente, a menudo me había visto obligado a dar terribles noticias a los afectados por las visiones que me llegaban. Nunca fue fácil comunicar a un padre el inminente accidente de su hijo que le dejaría permanentemente lisiado, o a un hombre de negocios el inminente hundimiento de su imperio empresarial. Pero decirle a un querido amigo que sus días estaban contados me aplastó.

Al crecer, a menudo me había preguntado cómo se habría sentido el Vidente cuando me anunció mi futura esclavitud. ¿Cómo habría podido soportar decirle al niño que había sido entonces que, a los veinte años, me capturarían y me obligarían a ser esclavo durante veinticuatro años antes de mi liberación?

En cuanto salí de la lanzadera, Xevius apareció en el borde del claro, tras haber desactivado su escudo de ocultación. A pesar de mi alegría al verle, algo en mi comportamiento debió de delatar mi agitación interior.

—¿Qué ocurre, hermano? —preguntó Xevius, en cuanto me liberó de su abrazo de saludo.

—Están ocurriendo muchas cosas, amigo mío —dije con un suspiro—. Algunas maravillosas, pero la mayoría no tanto. En primer lugar, tengo que confesarte algo. Y te pido perdón de antemano por ello.

Xevius me miró con los ojos entrecerrados, pero por lo demás guardó silencio. Con un profundo suspiro, di unos pasos por el gran claro, más grande que el anterior en el que nos habíamos encontrado. Un tronco de árbol yacía extrañamente en el centro de la zona, habiendo sido obviamente transportado a aquel lugar hacía mucho tiempo con algún oscuro propósito.

—¿Cuánto sabes de la Mancha? —le pregunté por encima del hombro, deteniéndome junto al tronco.

—¿Más allá de nuestro vergonzoso papel en ella? —preguntó, dando unos pasos hacia mí, pero manteniéndose a cierta distancia.

Asentí con la cabeza.

—Solo lo común, que el apareamiento con hembras sanas de ciertas especies ayuda a reducir

e incluso revertir los síntomas de la enfermedad —dijo Xevius con un tono despreocupado que contradecía la intensidad de su mirada.

—Durante los últimos ocho años, el Dr. Minh, compañero de Maheva, con la ayuda de las Veredianas, ha trabajado sin descanso en la búsqueda de una cura —dije con cuidado—. Parte de esa investigación, y otros factores, condujeron al descubrimiento de la cura para los problemas de fertilidad de las Veredianas.

Xevius asintió, avanzando unos pasos más mientras mis dedos arrancaban distraídamente la corteza muerta del árbol.

—Hace tres años, Minh descubrió por fin lo que probablemente era el último paso necesario para curar por fin esta plaga de su pueblo. La glándula pineal de los Manchados no funciona correctamente. Con el estímulo adecuado, sus cuerpos podrían producir las hormonas necesarias para combatir y finalmente eliminar la enfermedad —tragué saliva dolorosamente al ver cómo la ira se apoderaba poco a poco del rostro de mi amigo, que sin duda adivinaba adónde se dirigía todo esto—. Hasta ahora, a pesar de nuestros esfuerzos por conseguir algunas, no habíamos podido obtener el ingrediente que faltaba....

—¿Usaste mi regalo para cometer traición? —siseó Xevius, con el asesinato en los ojos.

Por primera vez, en todas las décadas que llevaba conociendo a Xevius, sentí verdadero miedo de él. A pesar de la fuerza de mis capacidades psiónicas y de mis razonables habilidades de combate, no tenía ninguna posibilidad contra él. El agente podría desgarrarme miembro a miembro sin que yo consiguiera asestarle un solo golpe, aunque nunca quise levantarle la mano a alguien a quien consideraba de mi familia.

—No es traición corregir los errores que hemos cometido —argumenté enérgicamente—. No saben *nada* de nuestra implicación. En los tres años que llevo aquí, no he traicionado ni un solo secreto Korletheano. Pero generaciones enteras de machos Xelixianos están muriendo con un dolor agonizante antes de llegar a los cuarenta años. Líneas de sangre enteras han sido aniquiladas por nuestra culpa.

Xevius abrió y cerró el puño espasmódicamente, como si luchara contra el impulso de estirar la mano y romperme el cuello.

—¿No te molesta que la definición de traición de Korlethea haya llegado a incluir la negación de un pequeño tubérculo para salvar la vida de millones de machos inocentes? —a pesar de su control visiblemente alterado, algo que hacía siglos que no veía en Xevius, di un par de pasos hacia él, con una postura suplicante—. Funciona, Xevius. Minh ha hecho algunas pruebas y funciona. El vryer es el ingrediente que falta para curar la Mancha. Cerca de trescientos mil Xelixianos mueren cada año a causa de ella. Podemos detenerla.

Más rápido de lo que podía parpadear, Xevius acortó la distancia que quedaba entre nosotros y me apretó el cuello con ambas manos. Por instinto, mis dedos se cerraron en torno a sus muñecas, pero no intenté liberarme. Me apretaba lo suficiente como para dificultarme la respiración, pero no para matarme... todavía. Si decidía acabar conmigo, ni siquiera tendría

tiempo de reaccionar antes de que me rompiera el cuello.

Se inclinó hacia delante, con la cara a un pelo de la mía. No quedaba ni rastro de mi amigo de la infancia en el frío y duro asesino que tenía ante mí.

—¿Te das cuenta de que el Quórum quiere que también acabe contigo durante esta misión? —siseó Xevius en mi cara, el escalofrío de su voz prometía un mundo de dolor—. Mi decisión de perdonar a los Titanes iniciará una guerra civil en Korlethea. ¿Y ahora tengo que decirles también que me utilizaste como cómplice de traición? Pero entonces, tal vez llevarles tu cabeza ponga fin a los disturbios —añadió, con sus manos apretándose alrededor de mi cuello.

—Si es el precio para que Korlethea vuelva a estar bien con la Diosa y los Xelixianos, lo pagaré con gusto —dije, con la voz entrecortada.

Mientras pronunciaba aquellas palabras, me invadió otra oleada de miedo, pero no ante la perspectiva de la muerte; estaba dispuesto a reunirme con mi amada Sevina desde el día de su fallecimiento. Pero fueron las caritas de mis nietos y de los demás jóvenes Titanes Veredianos las que pasaron ante mis ojos mientras me preparaba para que Xevius pronunciara mi sentencia. Necesitaba más tiempo para solidificar su entrenamiento en el autocontrol. Sin mí, o sin otro Korletheano que continuara mi trabajo, temía que se hiciera realidad la más funesta de las visiones de las Oráculos.

Su rostro cruel y sanguinario empezó a desdibujarse ante mis ojos. Me agarré con fuerza a sus muñecas y sentí que mi garganta estaba a punto de desplomarse sobre sí misma. Justo cuando mi instinto de supervivencia estaba a punto de entrar en acción, Xevius me empujó lejos de él. Casi me desplomé sobre el tronco caído. Me sujeté la garganta, tosiendo y resollando, con los ojos llorosos involuntariamente.

—¿Tienes idea de cuánto te odio ahora mismo? —susurró Xevius—. Tú y tu miserable linaje han convertido mi existencia en una pesadilla interminable.

Aquello me dolió más que cualquier otra cosa que hubiera podido decir. Me enderecé y le sostuve la mirada, esta vez con desafío. Sí, el Destino parecía forzar constantemente su mano sobre el futuro de mi linaje, pero era la voluntad de la Diosa. Por mucho que odiara traicionar su confianza, no lamentaba ninguno de mis actos.

—Nada de esto estaría ocurriendo si solo hubiera completado mi misión original....

—Estaría ocurriendo algo mucho peor, maldito idiota —espeté, furioso porque insinuara que debería haber asesinado a mi alma gemela. Me froté el cuello dolorido mientras tosía de nuevo, pero no aparté los ojos de los suyos—. ¡Tomaste la decisión correcta entonces, igual que ahora, y lo sabes, joder! Siento haber traicionado tu confianza, pero ésa también fue la decisión correcta. Y tú también lo sabes. ¿Se te ha pasado alguna vez por la cabeza que, como los Xelixianos no tienen ni idea de que nosotros fuimos la causa, nos aclamarán como héroes por proporcionarles la cura que desean desesperadamente?

El entrecerramiento casi imperceptible de sus ojos reveló que por fin me había entendido. En otras circunstancias, Xevius ni siquiera habría cuestionado el sentido común de proporcionar a

los Xelixianos abundantes suministros de la raíz salvadora. Pero se le habían echado demasiadas cosas en cara. La lealtad y el servicio al pueblo habían sido su único motor durante años. Perdonar a mi compañera había fracturado los cimientos mismos de lo que le había definido: la obediencia ciega e inquebrantable al Quórum. Antes de mi cautiverio, había visto cómo esa grieta en su creencia inquebrantable en la rectitud de nuestros edictos se expandía gradualmente. Su furia era una reacción instintiva, un último intento de aferrarse a las ruinas del pasado.

—Parto mañana hacia Korlethea —dijo Xevius, con la voz aún helada—. Procura que no volvamos a cruzarnos antes de eso, o puede que conceda al Quórum al menos uno de sus deseos.

Se dio la vuelta y empezó a alejarse.

—¡Xevius! —grité. Se detuvo, pero se mantuvo de espaldas a mí—. He tenido muchas visiones en los últimos días, gracias a tu regalo. Las he grabado en este holodisco —dije en voz baja, sacándolo del bolsillo de mi dhalla—. Sientan lo que sientan al respecto, lo mejor para el Quórum sería que estuvieran informados de ellas.

Con la espalda rígida aún vuelta hacia mí, la cabeza mirando al frente, Xevius se limitó a extender la palma abierta sin decir palabra. Me acerqué lentamente a él y le puse el pequeño disco en la mano. Los dedos del agente se cerraron sobre él y empezó a alejarse de nuevo.

—¡Llévate a Kamala contigo! —grité antes de que llegara demasiado lejos.

Esta vez se dio la vuelta, con los labios entreabiertos y los ojos desorbitados por la sorpresa. Una oleada de dolor me apretó el corazón mientras buscaba las palabras para darle mi tercer y último mensaje. Parpadeó y su rostro perdió la frialdad para ser sustituido por la confusión y una pizca de preocupación. A menudo me había preguntado si Xevius poseía una pizca de empatía, por su extraña forma de saber siempre cómo medir y tratar a la gente, independientemente de su temperamento y de la situación. Ahora mismo, estaba casi seguro de que sí y no me esforzaba por ocultar la profundidad del amor fraternal que sentía por él y la tristeza que me quemaba por dentro.

—¿Por qué? —preguntó—. Sabes lo que le ocurriría.

—Porque, como he aprendido por las malas, la vida es demasiado corta. Aprovecha cada momento que puedas con tu alma gemela y aprécialos porque nunca sabes cuándo te lo quitarán todo.

Xevius retrocedió, y su rostro se vació de sangre. Sacudió lentamente la cabeza y me miró con ojos suplicantes, pero incrédulos.

—¿Kamala...?

—No. Kamala está bien. Concebirá un hijo durante ese viaje —dije con voz suave, dándome cuenta ahora de cuánto le había dolido a Killian cuando me había anunciado la muerte inminente de Sevina—. Será una niña preciosa con el rostro de Kamala y tus ojos.

Toda expresión abandonó su rostro al comprenderlo.

—Así que... me ejecutarán ante el Quórum —dijo Xevius con voz carente de emoción.

Me quedé boquiabierto, sorprendido de que supiera tantos detalles.

—La Oráculo Jaya me advirtió de que ése sería uno de los posibles resultados de mi decisión de perdonarlos —dijo Xevius con una sonrisa triste—. ¿A quién más viste?

—A nadie más que a los Omniatos.

Xevius frunció el ceño.

—Jaya dijo que los tres hijos mayores de Amalia estarían allí, y que Vahleryon los había puesto de rodillas. ¿Ha cambiado algo?

—No lo sé —dije con sinceridad, aunque conmocionado por aquel giro inesperado—. No puedo ver el futuro de mi linaje. Puede que esa parte no haya cambiado, pero no los veo en mis visiones.

Xevius asintió lentamente, y luego lanzó un suspiro.

—¿De cuánto tiempo dispongo?

La misma pena aplastante me oprimió el pecho.

—Cinco días.

Resopló y volvió a sacudir la cabeza.

—¿Lo sabe ella?

—No —dije.

—Bien. Que siga así —miró al suelo un momento, ensimismado, y luego volvió a mirarme —. Me gustaría ver a mi hija.

Con la garganta apretada, asentí y proyecté telepáticamente en su mente psiónica la imagen de su compañera y su hija tal como había aparecido en mi visión. Toda la ira desapareció del rostro de Xevius, sustituida por una expresión de asombro, casi de nostalgia, mientras una sonrisa se dibujaba en sus labios. Dejé que se entregara a aquella breve ilusión hasta que parpadeó, rompiendo el vínculo mental.

—Gracias —dijo, y su rostro volvió a ser neutro.

Intuyendo que pronto se marcharía, me acerqué a él con cuidado y clavé mis ojos en los suyos.

—Xevius, sé que estás furioso conmigo, pero eres el hermano de mi corazón. Por favor, no permitas que nos despidamos de esta manera.

Una poderosa emoción cruzó sus facciones. Durante un segundo, pareció el joven inocente y carismático que había sido mientras examinaba mi rostro. Luego, sin mediar palabra, me atrajo hacia sí y me abrazó con fuerza. Le correspondí, preguntándome cuántos más de mis seres queridos me arrebataría la Diosa tan pronto antes de tiempo.

—Prométeme que cuidarás de mis chicas —me susurró Xevius al oído.

—Hasta mi último aliento —dije, con la garganta casi demasiado constreñida para hablar.

Xevius me sujetó la nuca y me besó suavemente la mejilla. Su mano se deslizó hasta mi hombro, lo apretó suavemente y se alejó sin decir palabra. Me quedé mirando su espalda que retrocedía hasta que activó su escudo invisible y desapareció de mi vista.



CAPÍTULO II

KAMALA

Caminé despreocupadamente por el puente de la nave de Xevius, fingiendo no estar muy interesada por el tipo y el grado de tecnología que poseía. La sonrisa divertida de mi compañero indicaba claramente que no se había dejado engañar lo más mínimo. Puso rumbo a Korlethea y dio a Tia—la inteligencia artificial de la nave—una serie de instrucciones de seguridad antes de dejar a su cuidado el pilotaje de la nave.

Viajar en una nave sin piloto siempre me ponía nerviosa. Por otra parte, hacía demasiado tiempo que no realizaba un viaje largo en una nave tan pequeña. Mi habitual nave de batalla Tuureana me había vuelto complaciente con su mortífera potencia de fuego, por no hablar de la flota, normalmente más pequeña, que solía acompañarnos. Xevius me aseguró que su caza no solo era robusta, sino que también tenía una gran potencia. Con su avanzada tecnología de sigilo y el estado principalmente pacífico de nuestro Cuadrante, no había nada de qué preocuparse.

Khel se había vuelto loco cuando se enteró de que viajaría sola con Xevius, nada menos que a Korlethea. Había intentado hacer razonar a Aleina conmigo, solo para descubrir que ella había estado de acuerdo con el plan desde el principio. Dudaba que ninguno de los dos lo hubiera considerado una opción viable si Eryon no me hubiera confirmado visiones de un futuro para mí más allá de esta misión. Yo no le había pedido detalles, y él sabía que no debía dármelos sin una petición expresa.

Desde que el padre de Amalia había llegado a nuestras vidas, y a pesar de la curiosidad natural que a veces nos corroía, la mayoría habíamos acordado no utilizar su capacidad de atisbar el futuro tras hacerlo unas pocas veces al principio. Pronto había quedado claro que saber lo que el Destino nos tenía reservado influía en nuestra forma de vivir el día a día. Nos quitaba libertad de elección. Pero no estábamos en contra de aprovecharlo en parte para mitigar riesgos, como en este caso.

Siempre protectora, Aleina quería enviar una pequeña flota Tuureana con nosotros por si las cosas se ponían feas, pero no solo nos arriesgábamos a llamar la atención, sino que los Korletheanos controlaban su espacio aéreo tan ferozmente como nosotros lo hacíamos con Tuur, el nuevo mundo Verediano. Cualquier nave forastera que entrara en nuestro espacio sin permiso

expreso sería derribada sin dudarlo. Aun así, acordamos que algunas de nuestras naves convergieran individualmente hacia la zona general de Korlethea, lo bastante dispersas como para no levantar sospechas, pero lo bastante cerca como para estar al alcance de la intervención en caso necesario. De lo contrario, Xevius y yo volaríamos en sigilo durante los tres días de viaje.

—Todo listo —dijo Xevius, levantándose de la silla del piloto—. Es hora de que te relajes.

Alcé una ceja inquisitiva, curiosa por saber qué tenía en mente. Como de costumbre, me cogió de la mano y le seguí de buena gana. Aunque relativamente pequeño, la nave tenía tres camarotes privados, un pequeño comedor que también servía de sala de reuniones, una sala de entrenamiento, una sala de recreo y una sala de meditación. Esta última me había parecido extraña cuando subimos por primera vez a bordo, pero al parecer era algo habitual para los Korletheanos, concretamente para proporcionar a sus Oráculos y Videntes un lugar tranquilo donde recibir sus visiones.

—He observado que esta nave es toda de tonos beige y blanquecinos. Si no recuerdo mal, tu lanzadera personal también era de esos colores —dije mientras avanzábamos por el estrecho pasillo camino de la sala de meditación.

—Correcto —dijo Xevius con una suave sonrisa—. Mientras que los Xelixianos están obsesionados con el blanco y los tonos grises, a los Korletheanos les encantan sus colores terrosos. Verás que, en la mayoría de los lugares, las paredes serán blanquecinas o teñidas de beiges y marrones. A menudo se mezclan tonos más oscuros de rojos, amarillos, verdes y azules. También nos gustan los bordes redondeados, las telas suaves y las cosas brillantes.

Como para confirmar su afirmación, las puertas de la sala de meditación se abrieron, revelando las paredes blanquecinas de la habitación, con el suelo beige oscuro de un material gomoso y caliente. Tres círculos de color rojo oscuro, espaciados uniformemente, adornaban el suelo de la sala, por lo demás vacía. Aunque no tenía forma circular, los ángulos redondeados de las paredes daban la ilusión de que el lugar era casi ovalado. El techo en forma de cúpula estaba totalmente iluminado, proporcionando una luz suave y ambiental.

Xevius pronunció una orden en Korletheano, y el círculo rojo del centro de la sala se partió por la mitad y se elevó un pedestal. La plataforma superior se desplegó en lo que parecía una camilla de masaje. En la base del pedestal, se abrió un pequeño estante junto a un cajón que contenía piedras de masaje Dantorianas. Caminando hacia una discreta sección de la pared, agitó la mano delante de ella y el panel se separó para mostrar una acogedora habitación con una profunda bañera con cabezales de masaje, un pequeño banco y estantes cargados de esponjosas toallas.

—Puedes dejar ahí tu ropa —dijo Xevius, indicando la habitación con la barbilla—. Y utilizar una de las toallas para cubrir tu pudor... Si lo deseas.

No pasé por alto el atrevimiento en su voz. Me divirtió más de lo que me provocó. Antes incluso de que hubiéramos puesto un pie en su nave, ya había decidido que estábamos listos para

pasar a la siguiente etapa de nuestra relación. Sin perder un segundo, me levanté el corto vestido Verediano por encima de la cabeza, lo doblé despreocupadamente y lo coloqué sobre la mesita sujeta al pedestal. Me quité los zapatos de una patada, los coloqué ordenadamente bajo la mesa, y luego me deshice del tanga: no llevaba sujetador. Totalmente desnuda, me quité el anillo del pulgar, que se abría como un pasador circular. Recogí el pelo que me caía libremente por la espalda y cerré el anillo en torno a él. Los nanocitos del pasador se pusieron a trabajar de inmediato para trenzarme el pelo en mi característica trenza.

Xevius me miró con una mezcla de asombro, lujuria y aprobación. No tenía ningún problema en aceptar mi desnudez, y menos delante de mi alma gemela. Pero no podía negar que el hambre desnuda de su mirada al recorrerme me revolvía el estómago de placer culpable.

—Una pequeña herramienta muy útil —dijo Xevius, con una voz más grave debido a su excitación.

—Bastante —dije burlona—. Eryon también pareció pensarlo cuando le di uno. Si te portas bien, quizá me plantee regalarte uno a ti también.

—Oh, *Fehama*, no tienes ni idea de lo bien que me porto.

Mi estómago dio otra voltereta ante la evidente insinuación. Su mirada se clavó en mi pecho antes de volver a unirse a la mía, con una sonrisa de suficiencia en los labios. No necesité mirar hacia abajo para saber que mis pezones se estaban endureciendo.

—¿Cómo me quieres? —pregunté con la más fingida inocencia—. ¿Por delante o por detrás?

Xevius acortó la distancia que nos separaba mientras se quitaba la dhalla marrón claro. Tragué saliva al ver su cuerpo musculoso y desnudo, a excepción de su ropa interior negra y ajustada, que no ocultaba nada de su longitud cada vez más dura. Mi mirada se detuvo en los remolinos dorados que tenía tatuados en el pecho, justo encima del corazón. Parecían brillar sobre el color avellana cremoso de su piel. Solo los había visto una vez, cuando fuimos a nadar al río junto a su nuevo piso franco.

Dobló su túnica Korletheana y la colocó sobre mi ropa antes de colocarse justo detrás de mí. Su aliento me acarició el hombro y me rodeó con un brazo, apoyando la palma de la mano justo debajo de mis pechos. Mi estómago se estremeció ante la sensación ardiente de su tacto, y mi mente gritó que su mano subiera más.

Pero no lo hizo.

Sus labios rozaron las marcas Veredianas a lo largo de la curva de mi cuello y luego se posaron en mi oreja izquierda.

—Por delante —susurró antes de morderme el lóbulo.

Un rayo de lujuria estalló en mi región inferior y sentí que me mojaba al instante. Pero Xevius tenía otros planes. Ayudándome a subir a la cama de masajes, me hizo tumbarme boca abajo y me apartó la trenza hacia un lado. Su palma acarició lentamente mi espalda, la curva de mi trasero y la longitud de mi pierna izquierda.

Los sedosos mechones de su cabello dorado me hicieron cosquillas en la piel momentos antes

de que la húmeda calidez de su lengua lamiera las marcas Veredianas de la base de mi nuca, que se estrechaban en V entre mis omóplatos. Gemí, con la piel caliente por el placer instantáneo que siempre me producía tocar mis marcas. Ya se estaban oscureciendo a causa de mi excitación, lo que las hacía cada vez más erógenas cuanto más oscuras se volvían.

Su lengua trazó un rastro ardiente por mi espina dorsal antes de que sus dientes me mordieran la nalga. Mis piernas se sacudieron en respuesta, y luché contra el impulso de darme la vuelta y atraerlo entre mis brazos. Había tomado té de Rehmannia esta mañana, pero sus efectos estaban disminuyendo y el hambre insaciable que sentía por mi compañero no dejaba de aumentar.

Xevius se apartó de mí y pronunció otra orden en su idioma. Las paredes pálidas se convirtieron en el exótico paisaje de un hermoso jardín con plantas de hojas grandes, azules y verdes, y altas flores cilíndricas rojas, amarillas y azules. El suelo adoptó el aspecto de la hierba azul claro de Korlethea. Si no hubiera visto la habitación de antemano, ahora mismo me habría creído en Korlethea. Incluso el fresco aroma de la naturaleza y las flores con sus pétalos abiertos llenaban la habitación.

—Éste es el jardín de mi casa, en Korlethea. Rara vez estoy allí, así que lo traje conmigo —dijo Xevius con voz suave, casi susurrante.

Empezó a colocarme las piedras de masaje Dantorianas en la espalda. Aunque me decepcionó que mi compañero hubiera interrumpido su sensual exploración de mi cuerpo, el delicioso calor de la piedra se filtró profundamente a través de mi piel y en mis músculos, haciendo que me relajara al instante.

—Antes tenía allí una enorme cámara antigravitatoria donde solía pasar horas —continuó Xevius con la misma voz tranquilizadora—. Me imaginaba siendo Lyra, la legendaria ave del trueno de los Aelyones, la cordillera más alta de Korlethea. Se dice que la Diosa solo enviaba a Lyra a los mortales que deseaba bendecir. Si apareciera ante ti, con solo posar tus ojos en ella se llevaría cualquier pena y llenaría tu corazón de alegría. Oírla cantar aliviaría cualquier dolor y curaría cualquier enfermedad. Pero si solo oías el batir de sus alas, entonces traía una tempestad devastadora para aniquilar a tus enemigos.

—Mi tipo de pájaro —dije, con la voz convertida en un ronroneo retumbante mientras Xevius colocaba más piedras en la parte posterior de mis piernas.

—¿Por qué no me sorprende? —dijo Xevius con una risita suave—. Siempre dije que, si algún día la Diosa me bendecía con una hija, me gustaría llamarla Lyra, la que trae la felicidad, quita el sufrimiento y aplasta a los que amenazan a los que ama.

—Es un nombre precioso, y me gusta la tradición que hay detrás —dije—. Lyra será.

Xevius apoyó la mano en mi tobillo y lo apretó suavemente, como en señal de gratitud. Me pareció extraño. Por otra parte, su comportamiento había sido extraño durante el último día. No podía precisarlo, pero parecía nostálgico, casi añorante, contándome muchas anécdotas sobre su vida en Korlethea, sus costumbres y los diversos ritos de iniciación por los que pasaban sus vástagos. Pero no me importaba, pues me ofrecía una maravillosa ventana a las cosas que le

habían convertido en el hombre del que me estaba enamorando a toda velocidad.

—Me encantan tus tatuajes —le dije—. Son preciosos. ¿Cómo es que no tienes ninguno en la frente y en las mejillas, como Eryon?

Tras dejarme las piedras, Xevius cogió dos más grandes que empezó a frotar lentamente en la planta de mis pies descalzos. Un gemido fuerte y prolongado brotó de mi garganta. El maravilloso calor de la piedra se filtró en mí y se extendió por todo mi cuerpo. Mi compañero pronunció otra orden Korletheana, y las piedras de mi espalda, brazos y piernas empezaron a vibrar y a moverse circularmente en un pequeño radio de mi piel. Si uno pudiera morir de placer, ahora sería el momento. Mi cuerpo se relajó tanto que esperaba que mis huesos se licuaran.

—Los tatuajes se ganan mediante actos y logros especiales —dijo Xevius—. ¿Te diste cuenta de cuántos Korletheanos no los tenían en la cara en los complejos de cría?

Busqué en mi memoria, atónita al darme cuenta de que, en efecto, habían sido bastantes.

—Tienes razón —dije, con la voz arrastrada por mi estado excesivamente lánguido.

—Como agentes, los tatuajes faciales nos habrían delatado como Korletheanos, lo que podría resultar problemático durante una misión de infiltración. Mientras nos tapemos las orejas puntiagudas y controlemos nuestro acento y forma de hablar, podremos pasar fácilmente por humanos, o incluso por Dantorianos con algunas alteraciones temporales de la pigmentación.

Casi gemí en señal de protesta cuando dejó de masajearme los pies con las piedras.

—Por esta razón, tuve que renunciar a la mayoría de mis logros, y solo indicar los más grandes. Me molestaba en mis primeros días como Agente Imperial, pero pronto dejó de importarme. Debido a mi función, solo se me permite tatuar dentro de este radio —dijo Xevius, trazando con la punta de los dedos el lado izquierdo de su pecho—. Estos símbolos son en realidad glifos en la lengua antigua. Uno solo constituye casi una frase por sí solo. Todos hablan de mí salvando a un montón de gente, normalmente Omniatos y embajadores —dijo en tono burlón antes de señalar el remolino central con intrincados dibujos tejidos a su alrededor—. Pero éste es el que más me importa. Dice “Agente Imperial más joven registrado”.

—¿En serio? —pregunté, mientras Xevius empezaba a retirar las piedras.

—Sí —dijo con cierta petulancia—. Me faltaban unos meses para cumplir diecinueve años cuando recibí mi insignia, cuatro años más joven que cualquier otro Korletheano de la historia.

Demasiado deshuesada para moverme, permanecí inerte en los brazos de Xevius mientras me ponía boca arriba. Con los ojos oscurecidos mientras me miraba, mi hombre me cogió la cara con la palma de la mano y me acarició los labios con el pulgar. Me lo llevé a la boca y lo chupé, haciendo girar la lengua a su alrededor. Los ojos de mi compañero se oscurecieron aún más y emitió un ronroneo. Inclinándose sobre mí, Xevius sacó el pulgar y su boca ocupó su lugar.

Me besó con una extraña mezcla de reverencia y urgencia contenida. Empezando por el cuello, me acarició suavemente las marcas con la palma de la mano y luego bajó por la clavícula hasta el pecho. La forma cuidadosa, respetuosa y casi vacilante en que procedió me dijo que no quería meterme prisa ni cruzar líneas para las que quizá no estuviera preparada. Eso había que

rectificarlo. Levanté el pecho para recibir su contacto, dándole un claro visto bueno. Mis dedos se introdujeron en su pelo y lo aferraron a mí mientras profundizaba el beso.

Por mucho que disfrutara con aquel masaje, me había vuelto demasiado lánguida, cuando lo que más deseaba era lanzarme sobre mi compañero y destrozarlo. Pero lo que más deseaba era que perdiera el control. Aunque el estoicismo de los Korletheanos les daba un aire regio, a mí eso no me servía de nada en mi cama. Y ahora mismo, tenía hambre de la bestia de mi alma gemela que había vislumbrado de vez en cuando: el depredador que acechaba debajo.

De repente, su tacto agitado adquirió un cariz más apasionado cuando me apretó el pecho y luego pellizcó el pezón lo bastante fuerte como para provocarme un agradable escozor. De su tímida exploración inicial, Xevius pasó al modo audaz y conquistador. Su palma recorrió mi vientre en una caricia posesiva antes de deslizarse entre mis muslos. Mis rodillas se estremecieron ante aquel movimiento inesperado. Pero él no se inmutó y me agarró con más fuerza por el sexo, transmitiendo claramente su propiedad, reclamando su derecho. Eso me excitó al instante. Abrí más las piernas y cedí con gusto.

Xevius gruñó de aprobación y rompió el beso. Levantó la cabeza, clavó sus ojos en los míos y me acarició con la palma de la mano.

—Quiero hacerte mía, mi compañera —susurró, con la voz entrecortada por el deseo.

Aquellas palabras avivaron el fuego que crecía rápidamente en la boca de mi estómago. Sin mediar palabra, respondí deslizando la mano dentro de su ropa interior y envolviendo con ella su polla, ya dura. Xevius siseó de placer y enseñó los dientes como si luchara contra el impulso de clavármelos en el cuello. Los Korletheanos no tenían colmillos—por desgracia—pero sospechaba que mi compañero era un mordedor. Ese mero pensamiento me tenía empapada, lo que facilitó que sus dedos se introdujeran en mi abertura.

Las caderas de Xevius se balanceaban en contrapunto a las caricias que le daba con la palma de la mano. Aunque aún no le había visto la polla, el hecho de que no pudiera cerrar la mano en torno a su circunferencia me hacía palpitar con cautelosa expectación. Mis propias caderas empezaron a oscilar cuando introdujo un tercer dedo en mi interior y aceleró el movimiento mientras su pulgar me frotaba el clítoris. Inclinándose, Xevius lamió y chupó mis marcas, que se habían oscurecido considerablemente. Cada pasada de su lengua enviaba rayos de placer directamente a mi núcleo, arrancándome un voluptuoso suspiro tras otro.

Mis músculos abdominales se contrajeron espasmódicamente cuando empecé a encresparme. Al sentirme al borde del abismo, Xevius aceleró el movimiento de sus manos y, apartándose del alcance de mis dedos que lo acariciaban, sus labios recorrieron mi vientre y mi ombligo hasta aferrarse a mi clítoris. Estallé en un grito de sorpresa en cuanto empezó a chuparme el bultito hinchado.

Pero eso no le detuvo.

De pie a los pies de la camilla, Xevius me sujetó por las caderas y me deslizó por ella hasta que mi trasero quedó al borde de la camilla y mis piernas colgaban. Pronunció una orden

Korletheana mientras se arrodillaba ante la camilla, que bajó hasta que ordenó que se detuviera a la altura perfecta para que él reanudara su festín. Levantando mis piernas por encima de sus hombros, mi compañero volvió a aferrarse a mi clítoris mientras continuaba devorándome. Con una mano haciéndome el amor, la otra acariciando y arañando suavemente mis marcas me tenía una vez más colgando sobre el precipicio del éxtasis.

No me resistí a su llamada.

Mi cuerpo ardía de adentro hacia afuera, cada sensación exacerbada por el calor de mi período y el tacto experto de mi compañero. Pero aunque me retorcía bajo sus hábiles caricias, quería más, necesitaba más. La habitación giró cuando Xevius me cogió en brazos y me tumbó en el suelo acolchado.

Le oí retirar la camilla de masaje y, mientras se plegaba hacia el suelo, me pregunté vagamente qué pasaría con la ropa que habíamos colocado con tanto esmero en el pequeño estante anexo a su pedestal. Otra orden de Xevius, y el suelo acolchado adquirió el resplandeciente color de la arena de Korlethea, famosa por brillar como si estuviera hecha de diamantes finamente triturados, ámbar, citrino y cuarzo marrón. El paisaje ajardinado de las paredes se transformó en un oasis junto a la playa, con las montañas flotantes que rodeaban el monte Aelyons en la distancia.

—Aquí es donde te habría traído para celebrar nuestra unión como compañeros de vida —dijo Xevius, quitándose la ropa interior.

Se me hizo agua la boca al ver su cuerpo rígido y mis paredes internas se contrajeron por la necesidad. No podía decidir si deseaba saborearlo más de lo que necesitaba que me golpeara contra el suelo. Se arrodilló antes de tumbarse sobre mí, y la sensación ardiente de su piel sobre la mía me arrancó otro gemido. Me encantaba su peso inmovilizándome, la sedosidad de su pelo haciéndome cosquillas y la sensación de sus músculos duros y rugosos.

Pero venció la necesidad de saborearlo.

Su leve resistencia inicial cuando intenté ponerlo boca arriba no duró mucho. Por suerte para él. Me gustaban los machos dominantes, pero solo era sumisa en la cama cuando quería. Conmigo, tendría que ser dar y recibir. Por suerte, mi compañero parecía dispuesto a ceder el mando, al menos en parte.

Le besé. Saborearme en sus labios aumentó mi excitación. Xevius me observó con ojos lujuriosos cuando empecé a explorar su magnífico cuerpo. A diferencia de mis hermanas mayores, Aleina y Mercy—aunque esta última no era de sangre, seguía siendo mi hermana a mis ojos—aunque admiraba la vista de las voluminosas e intimidantes montañas de músculos con las que se habían casado, prefería con mucho a los hombres más ágiles, de hombros anchos y cazadores, como Xevius y mi antiguo flechazo, Lhor. Exploré a mi compañero con las manos y la lengua, trazando los tatuajes de su pecho con un rastro húmedo.

Xevius gimió cuando una mano encontró el camino hacia su pene y se estremeció cuando le mordisqueé el pezón que había estado chupando. Su polla se sacudió en mi mano en respuesta.

Probando aún más mi teoría en el camino hacia mi premio, besé y mordí la tierna piel de su vientre con fuerza creciente, provocando cada vez un siseo de placer más fuerte. Sí, a mi compañero le gustaba que le mordieran, y a mí me encantaba hacerlo.

Impaciente por saborear lo que había fantaseado durante tanto tiempo, no perdí el tiempo cuando llegué a su entrepierna. Tras dos pasadas de mi mano, mi lengua se posó en la base de su pene, de un tono marrón dorado ligeramente más oscuro que su piel. Luego lamí toda su longitud antes de que mi boca envolviera su cabeza. Xevius se incorporó con un gemido estrangulado, y me tocó el pelo con la mano. Para mi alivio, no intentó controlar el movimiento de mi cabeza, sino que se contentó con acariciarme el cuero cabelludo mientras me balanceaba sobre él.

Mi hombre sabía bien, salado y dulce, y la textura de su polla era sedosa contra mi lengua. Sus gemidos me hacían sentir traviesa, su sonido gutural era divino para mis oídos. Había algo extremadamente excitante en conseguir que un hombre fuerte se deshiciera bajo tus caricias, sobre todo en este fabuloso escenario, rodeada por el sonido de las olas. Aunque solo fuera por seguir observando la expresión de su cara, disuelta de placer, y oírle casi hablar en lenguas por el placer que le daba, podría seguir durante horas. Me hacía sentir poderosa y sexy. Existía eso de obtener el placer propio del ajeno.

Sin embargo, al acercarse a su clímax, Xevius nos dio la vuelta a una velocidad tan vertiginosa, que me dejó desorientada. Por primera vez, tuve una visión real de las habilidades de mi compañero como asesino y agente. Pero no me dio la oportunidad de pensar en ello, aunque no quería hacerlo en aquel momento. Mientras se acomodaba entre mis piernas, las manos y la boca de Xevius estaban en todas partes a la vez, acariciando y apretando.

—Tengo hambre de ti, *Fehama*. ¿Me aceptas? —susurró Xevius contra mis labios.

Con las palmas de las manos apoyadas en los redondos montículos de su trasero, levanté la pelvis hacia él, dejando claro lo que quería decir.

—Soy tuya, Xevius, como tú eres mío. Deseo... Todo de ti.

—Y así se hará —exhaló antes de introducirse dentro de mí.

A pesar de mis dos orgasmos y de lo mojada que me había puesto mi compañero, aún estaba un poco apretada. Con empujones firmes, pero superficiales, Xevius enterró su polla, centímetro a centímetro. El ligero ardor y la sensación de estiramiento no impidieron que mis paredes internas se contrajeran, queriendo atraerlo más adentro. Me encantaba la forma cuidadosa, pero decidida, en que me tomaba, su plenitud dentro de mí y el peso de su cálido cuerpo sobre el mío. Una vez completamente enfundada, mi compañero deslizó el brazo bajo mi rodilla, levantándome la pierna y abriéndome más. Mis dedos se clavaron en la carne rolliza de su culo, indicándole que estaba lista. Sin retirarse, Xevius frotó su pelvis contra la mía con un movimiento circular, estimulando mi clítoris de la forma justa para enviar algunas chispas de placer por mi cuerpo.

Y entonces empezó a moverse dentro y fuera de mí.

Xevius tocaba mi cuerpo como un maestro de la música, con su boca y sus manos tocándome

justo en el lugar adecuado, en el momento oportuno, con la cantidad justa de fuerza o suavidad, haciéndome cantar un aria de éxtasis. La forma en que su polla se centraba en mi punto sensible rozaba lo sobrenatural, golpeándolo con precisión láser una y otra vez, y solo cedía uno o dos golpes antes de que me desplomara. Como un maremoto, mi amante me llevó al límite, solo para hacerme retroceder en una enloquecedora montaña rusa de sensaciones.

Volviéndome loca por la necesidad de alcanzar el clímax, arañé la espalda de mi compañero, con el sonido gutural de mi respiración agitada resonando por encima del estruendo de las olas virtuales y el golpeteo de la carne contra la carne. Xevius gruñó y aceleró sus movimientos, tomándome con más fuerza, más profundamente. Cuando hundí mis dientes en la parte carnosa de su hombro, algo se rompió en su interior y se volvió completamente loco. Con un rugido salvaje, mi compañero se movió dentro de mí con una furia desenfrenada. Sus garras salieron, clavándose en mi piel lo suficiente como para picarme, pero no para perforarme, eso esperaba. Era aterrador y estimulante a la vez, después de haber presenciado lo viciosamente afiladas que estaban. Xevius me penetró con total abandono, golpeando mi punto más dulce con cada embestida. Un infierno se desató en mi interior, y luces blancas bailaron ante mis ojos mientras un orgasmo cegador me arrasaba.

Grité mi liberación y mis paredes internas se aferraron a su gloriosa polla. Xevius se la metió de golpe y echó la cabeza hacia atrás, gritando mi nombre. Sus manos me rodearon con fuerza mientras su semilla me llenaba con un potente flujo. Suspirando de éxtasis, mi compañero reanudó el vaivén dentro y fuera de mí.

—Otra vez —dijo en un tono casi salvaje.

Con el cuerpo resbaladizo por el sudor y la respiración agitada, mi hombre parecía casi poseído mientras me cabalgaba con un hambre casi desesperada. Con una mano enredada en su pelo y la otra clavada en su espalda, me entregué a su pasión primitiva. Placer, dolor, excitación y miedo se mezclaron mientras mi compañero me llevaba a un cuarto clímax, llenándome una vez más con su semilla.

Destrozada, con la voz en carne viva de tanto gritar de placer, no me resistí cuando se puso boca arriba y me abrazó. Apoyé la cabeza en su pecho, con su corazón retumbando en mi oído. Con un brazo rodeándome posesivamente la cintura y una mano sujetando la palma de mi mano contra su pecho, Xevius me abrazó como si temiera que me desvaneciera. Teniendo en cuenta que nunca antes me había destruido tan maravillosamente, tendría que despegarme de él para librarse de mí.

Cuando nuestras pulsaciones se calmaron, Xevius me besó suavemente la frente con algo parecido a la reverencia.

—Somos uno, *Fehama* —dijo suavemente—. Hasta mi último aliento, todo lo que soy es tuyo.

Me recorrió un escalofrío. No sabría decir si lo había provocado el aire frío de la habitación sobre mi piel ardiente cubierta de sudor, pero me invadió una extraña sensación de inquietud. El

hecho de que mi compañero me diera otro beso abrasador me impidió responder o pensar en ello. Todas las preocupaciones desaparecieron de mi mente mientras Xevius me devoraba una vez más.



CAPÍTULO 12

—Por eso, en los días de luna de sangre, los Korletheanos siempre entierran una miga de pan dulce en su jardín o en el bosque. Si colocas una y esa noche oyes cantar a un esterieto rojo, es que ha aceptado tu regalo. Pide un deseo, no para ti, sino para alguien a quien quieras, y el esterieto rojo hará todo lo que esté en su mano para que se cumpla. Recuerda que tiene que ser un deseo realista. De lo contrario, no se hará realidad. Eso es todo por esta noche, mi pequeño pájaro de trueno. Dulces sueños. Papi te quiere.

Terminé la grabación y la añadí a la biblioteca de otros cuentos para dormir que había estado preparando frenéticamente durante los dos últimos días, desde que Eryon me había dado la funesta noticia. Algunos de los videos incluían anécdotas sobre mi juventud, nuestro linaje y algunas costumbres Korletheanas. Nunca llegaría a conocer a mi hija, pero me conocería y sabría que la había deseado mucho. La imagen que Eryon había compartido conmigo se grabó en mi mente. Una niña tan perfecta, la viva imagen de su madre, hasta su sonrisa traviesa, pero con mi pelo y mis ojos dorados. Cómo deseaba tenerla en mis brazos y oír su risa infantil mientras planeábamos alguna diabólica broma para Kamala.

Me dolía el corazón mientras transfería el archivo a un servidor que había instalado en Xelix Prime. Lyra ni siquiera había nacido, tal vez ni siquiera había sido concebida, pero aun así, yo ya daría mi vida por ella. Ahora, más que nunca, comprendía que Eryon ignorara el edicto del Quórum. En cierto modo, casi era bueno que no viviera más allá de los próximos días, pues no podía hacer como los demás agentes y aceptar el edicto de ignorar a mi hija; al menos, no durante tres años y más como ellos. Eryon recibiría los códigos de acceso a mi servidor dentro de tres días, una vez que se produjera oficialmente mi muerte. Como no sabía dónde estaría Kamala en las horas o días siguientes a mi fallecimiento, no quise enviárselos por miedo a que cayeran en las manos equivocadas.

El sistema de seguridad de la nave emitió un pitido. Un rápido vistazo al monitor indicó que mi compañera había salido de mis aposentos, donde había pasado la noche, y se dirigía a la sala de entrenamiento. Hacía ejercicio y practicaba sus habilidades de combate a diario. Le prometí que me reuniría con ella una vez que ambos hubiéramos terminado nuestras respectivas tareas.

Esta mañana le había dado un poco de tiempo para que se ocupara de sus obligaciones como líder del ejército Tuureano. Aunque hacía un gran trabajo ocultando sus verdaderos sentimientos, me había sorprendido darme cuenta de que Kamala lo odiaba. Cada vez que abordábamos el tema de su papel, las emociones de mi compañera me bombardeaban con un inquebrantable sentido del deber, intentando acallar una infelicidad profundamente arraigada, y una aplastante sensación de inseguridad y duda en sí misma. Necesitaba averiguar de qué se trataba.

Comprobé nuestros diarios de navegación y los escáneres de largo alcance. Habíamos pasado junto a bastantes naves desde nuestra partida, pero ninguna había detectado nuestra presencia, y la IA había hecho un buen trabajo manteniéndonos lo suficientemente lejos del alcance como para evitar problemas.

Tras retrasar mis propios deberes para dedicar otra grabación a mi hija, me apresuré a preparar el informe de entrega de la seguridad que había establecido para la delegación Korletheana que vendría a Xelix Prime dentro de una semana. Mientras rellenaba los formularios de restauración que incluían todos los elementos básicos que los delegados no encontrarían en Xelix Prime, el rostro de Eryon pasó ante mis ojos.

La ira volvió a arder en la boca de mi estómago. Excepto que, por mucho que deseara que aquella furia se dirigiera contra mi amigo de la infancia por su traición, era contra Korlethea y contra mí mismo contra quienes me enfurecía en mi interior. Eryon había hecho lo correcto. Proporcionar a los Xelixianos el vryer para erradicar la enfermedad era evidente. Pero que dudáramos, para proteger nuestra reputación, mientras cientos de miles de hombres morían de una muerte horrible por nuestra mano, decía lo bajo que habíamos caído como pueblo. Mi percepción de la grandeza de nuestra nación se desmoronaba a mi alrededor. Todo en lo que había creído y por lo que había luchado toda mi vida parecía ahora equivocado y sin sentido.

No podía precisar el momento en que habíamos pasado de hacer lo correcto a protegernos a toda costa, sin importar quién o cuántos sufrieran como consecuencia. Se había convertido en una forma de vida. Y, sin embargo, no lo *habíamos* hecho. Mi generación, o incluso la de mis padres, no tenía la culpa; al menos, no de las manipulaciones genéticas originales que habían sido la causa de la Mancha y de la casi extinción del pueblo Verediano. Pero nos habíamos convertido en cómplices al mantener el secreto por todos los medios. ¿Cuánto antes se habría encontrado una cura si hubiéramos sido sinceros hace décadas? ¿Cuántas vidas se hubieran salvado?

Ésta era otra razón por la que casi daba la bienvenida a mi muerte inminente. Una cosa era ocultar secretos de estado a quienes podían poner en peligro nuestra seguridad y soberanía, y otra muy distinta hacerlo con tu alma gemela. En el momento en que las Veredianas descubrieran que los marcadores Korletheanos que faltaban en su sangre eran en parte la causa de sus problemas reproductivos, empezaría la cuenta atrás hasta que se dieran cuenta de nuestra implicación en este lío. Más pronto que tarde, tendríamos que responder por nuestras acciones. No podía ni imaginar lo que le supondría a Amalia descubrir todo lo que su padre le había ocultado, y cómo

se sentiría Eryon al enfrentarse a la ira de su hija... O cómo me sentiría yo si viviera para enfrentarme al dolor y la sensación de traición de Kamala.

Volví a mirar el formulario de mi pantalla y, con voluntad propia, mis dedos abrieron otro formulario de pedido y enviaron tres solicitudes de envío de raíces de vryer en la cantidad máxima permitida sin levantar banderas. Dos de ellas debían entregarse en el Almacén S31, que pertenecía a Lhor Kirnhan, el segundo compañero de Amalia. La muerte me habría reclamado cuando se hubieran dado cuenta de lo que había hecho.

Soy un traidor.

Aunque era lo correcto, me sentía mal del estómago, con la vergüenza quemándome las entrañas como un ácido. La cabeza me daba vueltas, la piel se me erizaba y los pulmones parecían incapaces de aspirar suficiente oxígeno. Toda una vida dedicada a la protección de mi mundo natal tirada por la borda. En menos de una semana, me despojarían de todos los honores que me había ganado, borrarían mi nombre del Salón de los Registros y calificarían a mi linaje de paria.

Por suerte, yo era el último de mi apellido, así que ningún hermano ni primo sería marginado ni cargaría con el peso de mi desgracia. La Tía Venya había sido hermana de mi madre y, por tanto, pertenecía a un linaje diferente. Habría algunas consecuencias leves para ella, pero cualquiera que pensara meterse con ella sería un necio; mi tía no era un monigote. Pero mis padres, grandes héroes de la Guerra de los Titanes, también podrían ser borrados de los registros, todas sus hazañas y sacrificios borrados de la memoria.

Perdóname, Padre. Perdóname, Madre.

Quería creer que comprenderían y aprobarían mi forma de actuar. Pero habían estado en la guerra la mayor parte de mi juventud, así que no podía decir con certeza cómo habrían reaccionado ante todo este lío.

Con un fuerte suspiro, intenté ignorar el dolor sordo que sentía en el pecho mientras procedía a liquidar mis bienes y transferir todos mis fondos a una nueva cuenta que había abierto en un banco intergaláctico el mismo día en que Eryon había anunciado mi muerte inminente. Estaba más agradecido que nunca por mi papel de agente, que me había obligado a tener varias cuentas bajo varios personajes. Mover grandes sumas desde ellas no levantaría una bandera, ya que a menudo lo hacía como parte de mis misiones, ya fuera para comprar la cooperación o el silencio de alguien, para pagar a mercenarios o para comprar equipo o naves desechables. Si hubiera tenido todo mi patrimonio en una sola cuenta, la institución financiera habría hecho demasiadas preguntas si hubiera intentado cerrarla de una sola vez, sobre todo queriendo conocer la identidad del beneficiario.

Una vez hecho esto, envié instrucciones adicionales a la Tía Venya para que enviara unas cuantas reliquias familiares para mi hija desde mi casa a mi caja fuerte en el banco intergaláctico. Ella no hizo ninguna pregunta, limitándose a responder enigmáticamente que traería personalmente mis pertenencias.

No queriendo perder más tiempo, comprobé una vez más los escáneres de largo alcance antes de dirigirme a la sala de entrenamiento. A pesar de mis sentimientos contradictorios hacia Korlethea, agradecí y maldije a la Diosa por mi compañera. No temía a la muerte. Si no hubiera sido por Kamala, habría aceptado mi destino con estoicismo. Pero ella lo había cambiado todo. Merecíamos pasar más tiempo juntos.

Había tantas capas en ella que solo había empezado a desprender, cada una más hermosa que la otra. Mi pequeña guerrera encarnaba todo lo que podría haber pedido en una mujer. Obviamente, no me quejaría de su belleza física, pero bajo esa impresionante coraza se escondía una mujer fuerte e inteligente, dura y letal, pero con un corazón de oro. Aunque luchábamos por pueblos diferentes, compartíamos los mismos valores, la misma lealtad hasta la médula y la misma ética en nuestro trabajo y nuestro deber. Me encantaba su honestidad, su forma de decir las cosas sin rodeos y sin juegos. Me hacía reír y sentir que podía quitarme la máscara de agente frío y calculador para ser simplemente yo mismo, el hombre tranquilo y travieso que siempre había admirado la capacidad de Eryon para maldecir con la cara seria, pero que era demasiado tímido para hacerlo yo mismo.

Quería más tiempo para cortejarla adecuadamente, para mostrarle las bellezas de mi mundo y descubrir el suyo. Quería tocar su vientre mientras nuestra hija crecía en su seno y estimular la mente psiónica de nuestra hija nonata para fortalecerla a ella y a nuestro vínculo. Me entristecía saber que sus poderes psiónicos Korletheanos se verían mermados sin mí. Los niños Korletheanos desarrollaban la mayoría de sus poderes, y especialmente la telepatía, durante el embarazo, y necesitaban establecer un vínculo mental con su progenitor en el momento en que respiraban por primera vez. La mente psiónica de Lyra buscaría la mía en vano. Y sin que yo me comunicara mentalmente con ella de forma regular, idealmente a diario, crecería sin las habilidades psiónicas básicas de combate, defensa y comunicación, como todas las demás Veredianas engendradas por un Korletheano.

Si Saren no la hubiera rechazado de niña, los ataques psiónicos de Kamala habrían sido mortales. Y en lugar de apresurarme ahora hacia la sala de entrenamiento, esperando que no estuviera casi agotada, podría haberle dicho simplemente por telepatía que estaba de camino. Algunos de los Titanes Veredianos habían conseguido alcanzar cierto nivel de telepatía. Por mis años observándoles, sabía que los niños Praghan se comunicaban así entre ellos con regularidad. Sospechaba que los gemelos Dervhen también podían hacerlo. Mirando atrás, deseaba haberme implicado en el entrenamiento de los Titanes desde el principio. Las cosas que podríamos haber conseguido con ellos... Eryon había tenido razón todo el tiempo. Habíamos estado demasiado ciegos.

La retrospectiva es una putada.

Y ahora, se me había acabado el tiempo.

Mis pasos me llevaron rápidamente a la sala de entrenamiento. La puerta se abrió ante mí y apenas pude esquivar un disparo del bláster de un Guerrero Guldano. No iba dirigido a mí, sino a

la diosa de mi compañera, que se movía por la simulación con la gracia de una bailarina, la velocidad de un zorak y la precisión letal de un golpe de krillik. Con la espada de celesio en una mano y el bláster en la otra, acuchillaba y fulminaba a los enemigos holográficos generados por el Programa Cazador de grado militar instalado en la sala.

Gracias a la avanzada inteligencia artificial del programa, los enemigos hicieron un uso inteligente de las coberturas naturales de la sala y atacaron a su objetivo de forma coordinada, utilizando tanto espadas como blásters. Cada vez que impactaban, Kalama recibía una descarga eléctrica a través de uno de los parches neuronales de su piel—suponiendo que se los hubiera puesto. No podía saberlo, ya que su armadura Tuureana la cubría de pies a cabeza. Pero, conociendo a mi mujer, mi instinto me decía que no tomaría la salida fácil y que los habría usado. A juzgar por la armadura que llevaban sus enemigos, había elegido uno de los niveles de dificultad más altos, lo que significaba que el dolor de las descargas sería casi realista y, por tanto, insoportable. El programa era imposible de vencer, ya que un número creciente de enemigos se uniría a la refriega hasta que su objetivo se viera abrumado. Entonces, la IA detendría inmediatamente la simulación.

Tenía curiosidad por ver hasta qué punto podía acercarse a mi récord o si lo batiría. Mientras no me vinculara al programa, los enemigos me ignorarían. Pero no podía quedarme quieto mucho tiempo, me moría de ganas de vivir la experiencia de luchar codo con codo con mi compañera. Abrazado a las paredes, me dirigí hacia los puestos de armaduras y armas. Tardé más de lo habitual en ponerme el traje de combate, demasiado hipnotizado por la visión de mi mujer en acción.

Tras unos cuantos estiramientos rápidos para entrar en calor, me conecté al programa, esperando que Kamala me perdonara la intrusión. Algunos de los Guldanos que la atacaban se apartaron para volver a centrar su atención en mí. Mi compañera no se opuso y se apartó para hacerme sitio en la posición estratégica que había adoptado para combatir la embestida. A Kamala le encantaba luchar. Irradiaba alegría, excitación y una sensación de poder supremo. Incluso estar a punto de ser decapitada por un oponente hacía que sus emociones se dispararan de emoción.

A los pocos minutos de combate, mi admiración y afecto por mi alma gemela no hicieron más que crecer. Kamala era una verdadera protectora y la compañera de equipo perfecta. No veía con buenos ojos que intentara luchar *por* ella, sino que le encantaba que luchara a *su lado*. Rápidamente encontramos nuestro ritmo, uno de nosotros pasaba al ataque mientras el otro cubría la defensa y viceversa. Aunque era la primera vez que luchábamos juntos, sabíamos movernos con naturalidad el uno alrededor del otro, sin interponernos mutuamente, sino fluyendo a través de nuestros pasos como en una danza perfectamente coreografiada.

Había visto la grabación de la Ceremonia de Confirmación de Amalia. Cuando los Guldanos la habían asaltado, Kamala había utilizado su trenza blindada para atrapar y enrollar al atacante antes de empalarlo con su espada. También había oído hablar de unos desagradables pinchos que

sobresalían de la armadura de la trenza y que destrozaban las manos de los enemigos a los que se les ocurría agarrarse a ella para tirar de su cabeza hacia atrás. Y aunque por fin había podido presenciar estos movimientos de primera mano, no esperaba lo que ocurrió a continuación.

Nos acercábamos a nuestro punto de ruptura y la embestida pronto nos desbordaría cuando, en un ataque concertado contra Kamala, uno de los tres Guldanos consiguió arrancarle la espada de la mano. Sin perder un instante, mi diosa guerrera disparó a uno de ellos en la cara. Simultáneamente, movió la cabeza hacia un lado haciendo que su trenza la azotara hacia delante. En el instante en que los dedos de Kamala se cerraron en torno a ella, el extremo delantero se endureció hasta convertirse en una lanza que clavó en las tripas del segundo Guldano. Le atravesó toda la espalda, y luego una hoja en forma de cuerda se levantó de cada lado de la trenza, cortándole por la mitad. Fluyendo en el movimiento, giró sobre sí misma y pateó al tercer Guldano en la cara. Éste trastabilló, casi cayendo, pero antes de que pudiera hacerlo, Kamala le cortó la garganta con la punta afilada de su trenza.

Si nuestros enemigos no fueran hologramas que se desintegraban al morir, estaríamos sobre montones de cadáveres y empapados en sangre. Pero tal y como estaban las cosas, nuestros propios cuerpos no tardarían en caer al suelo, ya que, superados en número y armamento, mi compañera y yo recibíamos cada vez más descargas eléctricas a medida que nuestros enemigos conseguían asestar más golpes.

El programa se apagó de repente justo cuando la nave se sacudió violentamente como si hubiera sido una explosión, casi tirándonos a los dos al suelo. Kamala desactivó el visor de su armadura para lanzarme una mirada confusa, rezumando preocupación. Respirando agitadamente, con los músculos ardiendo por mis recientes esfuerzos, abrí la boca para preguntar a la I.A., Tia, qué ocurría cuando dos temblores más sacudieron la nave en rápida sucesión. Mi sangre se convirtió en hielo cuando unas luces rojas ocultas en las esquinas del techo empezaron a parpadear.

—¿Estado? —pregunté a la IA de la nave mientras salía corriendo de la habitación.

—El motor secundario A ya no funciona —transmitió Tia con su voz sintéticamente desapasionada—. Hay una brecha en el casco de la Sala de Máquinas A. El calor en la Sala de Máquinas B está alcanzando niveles críticos. La temperatura de la Sala de Máquinas Principal es superior a la normal y va en aumento.

¿Qué coño?

—Contén las salas de máquinas secundarias A y B y apaga el Motor Secundario A —ordené, corriendo hacia el puente con Kamala pisándome los talones—. Y haz un diagnóstico de toda la nave.

—Imposible contener las salas de máquinas secundarias A y B. Los sistemas no responden. Apagando el Motor Secundario A —respondió la Tia.

Un rápido vistazo al escáner integrado en mi brazal confirmó que no había otras naves en las inmediaciones y que no habíamos sufrido ningún ataque directo. Entonces, ¿qué coño había ido

mal?

—Diagnóstico completado —dijo la IA cuando entramos en el puente.

—Pantalla —ordené, desconcertado por el número de alarmas que parpadeaban en el mapa de estado de la nave.

Un rápido vistazo al informe hizo que un sudor frío me recorriera la espalda.

—Sharaz llévame —murmuré, incrédulo.

—¿Qué demonios ha pasado? —preguntó Kamala, con la misma conmoción que yo.

—Computadora, reactiva los sistemas de refrigeración de todas las salas de máquinas y vuelve a reducir los niveles de oxígeno a la normalidad —ordené, mientras evaluaba el alcance de los daños que habíamos sufrido.

—Negativo. La orden de anulación me impide cumplirla.

Se me revolvió el estómago y me invadió una sensación de terror. No quería creerlo, pero estaba comprendiendo algo.

—¿Qué orden de anulación?

—Anulación recibida a través de comunicaciones encriptadas del Alto Mando de la Agencia Imperial —dijo Tia—. Las órdenes recibidas dicen: “Desactiva y bloquea todos los sistemas de seguridad. Desactiva todos los sistemas de alerta críticos. Desactiva los sistemas de refrigeración de todas las salas de máquinas. Duplica el suministro de oxígeno en todas las salas de máquinas. Desactiva los sistemas de comunicaciones y bloquea todos los mensajes entrantes o salientes. Bloquea el acceso a todos los comandos de rango cinco”.

—Maldícelo en el pozo más oscuro de la guarida de Sharaz —gruñí, con la sangre hirviéndome de furia.

Sabía que Daleus era una serpiente, pero nunca había creído que llegaría a tales extremos. Por otra parte, tenía que saber que yo lo desenmascararía a él y a su espía ante el resto del Quórum. Esperaba algún tipo de juego sucio y comprobé tres veces la nave en busca de virus o cualquier forma de manipulación. Me avergonzaba admitir que me había superado, pues nunca había esperado que convenciera a alguien que ocupaba uno de los puestos más altos de la Agencia para que abusara de su poder de ese modo.

Sin los sistemas de refrigeración en funcionamiento, el oxígeno adicional maximizaría el rendimiento del motor, y se sobrecalentaría hasta provocar un incendio, explotar, o ambas cosas.

—Tengo que hacer una anulación manual —le dije a Kamala, mientras mis dedos volaban sobre el teclado holográfico del tablero de navegación de la nave.

Kamala asintió y, acercándose a los monitores, hojeó las imágenes de las cámaras de las salas de máquinas. En otras circunstancias, me habría impresionado y preocupado a la vez la facilidad con que aprendió a manejarlo, a pesar de que todo estaba escrito en Korletheano.

—Es una brecha muy grave en la sala de máquinas —dijo Kamala con una calma asombrosa. A pesar de la preocupación que emanaba de ella, los años de experiencia de mi compañera en el frente de batalla brillaron con luz propia, pues se mantuvo fría, serena y concentrada en la tarea

que tenía entre manos—. ¿Cuánto tardarás en levantar los campos de contención?

—No lo sé. Puede que tarde un rato en descifrar todos estos comandos —dije, con sinceridad.

—Iré a instalar uno temporal, entonces. Tú concéntrate también en apagar el Motor Secundario B antes de que explote —dijo, volviéndose hacia la puerta.

—¡Es demasiado peligroso para ti que vayas ahí dentro! —exclamé, agarrándole el antebrazo.

Kamala sonrió, acortó la distancia que nos separaba y me besó suavemente los labios.

—Aleina me dejó subir a esta nave porque Eryon tuvo una visión de mí viva y sana mucho después de esta misión. Así que no te preocupes por mí. Asegurémonos de que *tú* también salgas con vida.

Se me hizo un nudo doloroso en el estómago al oír las palabras de mi mujer. Si ella lo supiera... Escudriñando mis facciones, la solté con una sonrisa de concesión. Me guiñó un ojo y se dio la vuelta. El visor blindado de su traje se volvió a colocar alrededor de su cabeza mientras salía a toda prisa de la habitación.

Con el corazón dolorido, me volví hacia el tablero y trabajé frenéticamente para recuperar el control de mi nave.



CAPÍTULO 13

KAMALA

En cuanto abrí la puerta de la Sala de Máquinas A, la pantalla interna de mi visor se iluminó con múltiples advertencias. Los reguladores de temperatura de mi traje se activaron de inmediato cuando una pared de calor me abofeteó. Mis botas se aferraron a las placas de metal marrón oscuro del suelo para ayudarme a resistir el efecto de vacío de la pared fracturada en el lado opuesto del motor dañado. Aparte del caparazón oscurecido, parecía intacto desde este lado, pero sin duda tenía un agujero enorme en el otro, donde había expulsado las piezas que habían dañado el casco.

Aunque habría sido más eficaz acercarme a la fisura y aplicar mi poder directamente allí, luchar contra la succión del espacio dificultaría mi trabajo. Además, el sonido quejumbroso del metal insinuaba que la fisura podría dilatarse aún más. Si lo hacía, y cuando lo hiciera, acercarme a ella significaría dar una voltereta libre en el vacío infinito del espacio. Por supuesto, el traje me protegería, pero eso solo duraría un tiempo y no habría muchas posibilidades de que alguien me recogiera a tiempo.

Apoyé la palma de la mano en la pared junto a la puerta y envié una orden neuronal a los nanocitos de mi traje. En primer lugar, enfriaron ligeramente la superficie de la pared, lo suficiente para evitar que mi piel se quemara al contacto, pero no tanto como para agotar la energía que extraería del calor para alimentar mi poder. Entonces se desenredaron como un disco alrededor de mi mano. Para los demás, el disco parecía un dispositivo con algún tipo de finalidad técnica. Pero, en realidad, servía principalmente para engañar a los curiosos y hacerles creer exactamente eso, para que no se dieran cuenta de que eran poderes psiónicos los que hacían el trabajo. Su segundo propósito, como en este caso, era proteger nuestra mano de la exposición a un entorno potencialmente hostil, creando una coraza protectora a su alrededor mientras nuestra palma desnuda tocaba la superficie en la que necesitábamos introducir nuestro poder.

Cambiando de visión, me quedé mirando la pared dañada. Una silueta fantasmal y cuadriculada de las partes que faltaban apareció ante mis ojos, mostrándome exactamente dónde y cómo reparar temporalmente lo que estaba roto. Me encantaba trabajar con material inerte. Las formas eran siempre mucho más sencillas y directas, a diferencia del tejido vivo que se retorcía y

plegaba sobre sí mismo, con diminutos hilos que iban en todas direcciones y complejas conexiones que lo convertían en un proceso lento y minucioso.

—He apagado el motor secundario de la Sala B —dijo Xevius por el intercomunicador—. Estoy trabajando en el campo de contención.

Su voz me sobresaltó, pero agradecí la noticia.

—Recibido. Buen trabajo —dije antes de volver a concentrarme en mi tarea.

Empujé mi poder hacia la pared, sintiendo cómo viajaba a través de los paneles metálicos de la habitación, corriendo hacia su destino. No era tan fuerte como cuando podía utilizar mi poder sin la armadura puesta y, por tanto, podía recurrir a todas las formas de energía que me rodeaban. Aun así, los cuadrados del contorno cuadriculado y etéreo del agujero empezaron a llenarse. A mitad de camino, el metal gimió y un enorme desgarrón se expandió desde la brecha original.

A pesar de mis botas magnéticas, el vacío de aire casi me arrancó del suelo y me lanzó volando por la habitación. De no ser por el motor que había entre mí y el enorme agujero del otro lado, habría salido despedida al espacio. En lugar de eso, me estrellé violentamente contra la cáscara dañada del motor. Incluso con la armadura acolchándome y absorbiendo lo peor del impacto, me quedé sin aliento. Medio aturdida, oí vagamente a Xevius gritar mi nombre por el intercomunicador, pues sin duda había sentido el temblor y visto mi situación por el monitor. Pero ahora no podía preocuparme por él: la amenaza real de mi autoprofético viaje sin rumbo por el espacio se había vuelto demasiado probable.

Di tumbos sobre el motor. Agarrándome a ciegas a cualquier cosa, mi mano blindada se cerró milagrosamente alrededor de uno de los bordes rotos de la sección dañada del motor. Con los pies flotando detrás de mí, utilicé la fuerza mejorada de mi armadura para acercar mi cuerpo a la maquinaria destrozada. A pesar de esa ayuda, los músculos de mis brazos ardían por el esfuerzo, pues hacía demasiado poco que me había esforzado en exceso en la sala de entrenamiento. Haciendo acopio de toda la energía que pude reunir, obligué a mi cuerpo a plegarse, bajando las piernas hasta que la atracción magnética de mis botas las atrajo de nuevo hacia el suelo. Por suerte, mi traje se ajustó automáticamente a estas nuevas condiciones y aumentó el magnetismo de mi calzado para compensar la mayor succión.

—¡Aguanta, mi compañera! —gritó Xevius por el comunicador—. Solo unos minutos más. Ya casi he llegado.

Bajo el tono pacífico y tranquilizador de su voz, podía oír el miedo subyacente por mí. Yo también estaba asustada, pero necesitaba mantener la cordura. Con un empujón más, bajé mi cuerpo hasta el suelo. A través de un comando neural, ordené a los nanocitos que redujeran el magnetismo de mis botas lo suficiente para que el vacío me arrastrara hasta la pared abierta, antes de ordenarles que volvieran a la máxima potencia. Apoyándome en la pared, coloqué la palma de la mano sobre ella y empujé de nuevo mi poder hacia el agujero abierto. Esta vez, con tan poca distancia que recorrer, mi poder restauró el muro en un santiamén, aunque a mí me pareció una eternidad.

Finalmente, el agujero se cerró con un silbido y la habitación se llenó de un silencio espeluznante, excepto por mi respiración agitada y la sangre que me corría por los oídos. Permanecí sentada en el suelo, con las piernas estiradas delante de mí y los dos brazos colgando a los lados, sintiéndome completamente agotada. Los asistentes médicos robóticos de mi traje se pusieron a trabajar, la sensación de hormigueo se intercalaba con pequeños pinchazos mientras me inyectaban lo que consideraban necesario para mantener mi cuerpo en condiciones óptimas de funcionamiento.

Me puse en pie y eché una mirada satisfecha al parche de pared brillante que había creado sobre el agujero. Incluso con la considerable tensión que soportaba, el parche aguantaría al menos un par de horas, quizá incluso tres, sin que tuviera que reponerlo. Con suerte, Xevius levantaría el campo de contención en cualquier momento.

Sin mí, habría muerto.

Aún no estábamos fuera de peligro, pero como el motor secundario ya no se sobrecalentaba, mi reparación debería darle a Xevius el tiempo que necesitaba para recuperar el control de la nave... eso esperaba. Sin embargo, por mucho que me gustara que mi presencia le hubiera salvado, un millón de preguntas se agolpaban en mi mente. ¿Insistió Eryon en que me uniera a la misión porque sabía que este suceso ocurriría? ¿Qué más había visto Eryon que no me había contado? ¿Intentó asesinarlo un alto cargo de la agencia de Xevius para impedir que mi compañero presentara el informe que iniciaría la guerra civil que su Tía Venya había predicho? Si intentaban matarle ahora, ¿qué tipo de comité de bienvenida nos esperaría en Korlethea? ¿Ordenó el Quórum este golpe o uno de los agentes se encargó de eliminar una amenaza para la estabilidad de su mundo natal?

Mis pasos resonaron con fuerza en el pasillo vacío, ensombrecido por el parpadeo silencioso de las luces rojas, mientras me dirigía al puente. La puerta se abrió y mi compañero seguía escribiendo febrilmente en su teclado. Se volvió para mirarme por encima del hombro, con los dedos aún volando sobre las teclas. No podía poner nombre a la emoción de su rostro, que mezclaba gratitud, alivio, tristeza y algo más que no podía definir. Sonrió y se volvió para seguir con su tarea.

—No vuelvas a asustarme así, mujer —dijo con voz severa.

Me reí entre dientes y me acerqué a él. Apartándole el pelo largo, le puse las manos en los hombros y se los masajeé suavemente mientras miraba en su monitor los progresos que hacía para recuperar el control de la nave. Ronroneó, inclinando ligeramente la cabeza para darme mejor acceso, sin ralentizar su trabajo.

—Vivir peligrosamente es mucho más divertido —le dije, besándole la parte superior de la cabeza.

—Bien... Ese muro que has construido tiene una pinta increíble. Nos has salvado el culo, literalmente —dijo Xevius.

—Eso es lo que hago —respondí con suficiencia.

Xevius resopló.

—Mira, hizo su trabajo.

Ambos miramos los monitores, que mostraban los campos de contención aumentando en las Salas De Motores Secundarios A y B. Aunque el Motor Secundario B no había explotado, mientras la sala siguiera sobrecalentada, era mejor ir a lo seguro.

Tras realizar otro diagnóstico de toda la nave, acordamos que yo repararía el motor secundario averiado mientras él recuperaba el control de los demás sistemas del caza. Xevius había parado el motor principal para dejar que se enfriara a niveles normales mientras evaluaba si había sufrido algún daño. Como estábamos en una posición vulnerable, no le presioné con las preguntas que me quemaban la lengua. Pero en cuanto tuviéramos la nave totalmente asegurada, hablaríamos antes de reanudar el viaje.

Con la sala de máquinas secundaria ya a temperatura normal, desactivé mi armadura para poder extraer libremente la energía que me rodeaba. A pesar de los grandes daños que había sufrido el motor, lo arreglé en un abrir y cerrar de ojos, y luego cogí algunas placas de metal para hacer reparaciones más duraderas en el casco. Ashara habría hecho un trabajo mucho mejor soldándolas, pero aguantarían hasta que llegáramos a nuestro destino.

Fuera donde fuera.

Una vez terminado, sintiéndome mareada, fui a la cocina a prepararnos una comida ligera. Xevius se unió a mí a mitad de camino y me ayudó a terminar. En cuanto nos acomodamos, devoré la comida, sintiéndome completamente famélica tras el intenso entrenamiento y el susto anterior.

—Lo tengo todo preparado —dijo Xevius, cortando su filete de pescado a la parrilla—. Podemos hacer una ráfaga utilizando los tres motores para intentar recuperar algo del tiempo que perdimos. Y luego deberíamos funcionar solo con el motor principal. Si me apuro un poco, llegaremos a Korlethea no más de un par de horas más tarde de lo previsto.

—¿Pero y si nos atacan de nuevo? —pregunté, conteniendo las preguntas que más me importaban.

Xevius negó con la cabeza.

—La anulación bloqueó todas las comunicaciones entrantes y salientes. Aunque podemos volver a enviar y recibir mensajes, cualquier mensaje entrante se pondrá automáticamente en cuarentena para que yo pueda revisar primero su contenido. El remitente creerá que el mensaje ha rebotado a menos que decidamos responder. Aunque se den cuenta de que su plan ha fracasado, no podrán volver a hacer este truco.

—¿No enviarán gente a investigar? —pregunté.

—No. No hasta que no entre en el espacio Korletheano más de tres horas después de lo que debería haberlo hecho, y sin haber recibido ninguna comunicación mía.

—De acuerdo. Entonces... ¿quién crees que ha hecho esto? ¿Quién tiene tantas ganas de eliminarte? ¿Y por qué?

Xevius se removió incómodo en su silla, visiblemente poco dispuesto a compartir sus sospechas. Mi ira se encendió, alimentada por mis emociones ya crispadas por haber estado a punto de morir y el desequilibrio hormonal de mi período. Di un mordisco a las verduras al vapor que acompañaban el plato para contener mi temperamento.

—Solo se me ocurre una persona, pero incluso para él, esto parece exagerado. Además, tendría que haber convencido a algún alto cargo de la Agencia, cosa que no creo que ocurra —Xevius frunció el ceño, tomó otro bocado y masticó mientras reflexionaba.

—¿Y quién es? —insistí—. ¿La misma persona que te hizo no volver al primer piso franco de Xelix Prime?

Xevius me miró fijamente, con expresión ilegible.

—Me doy cuenta de que casi te matan en este ataque, pero iba dirigido exclusivamente contra mí. Nadie, salvo tu familia, sabe que viajas a bordo. Ya ajustaré cuentas a su debido tiempo.

Tragando el último bocado, dejé los cubiertos con ira apenas reprimida. Los hombros de Xevius se endurecieron imperceptiblemente mientras terminaba su plato, tras haber percibido mi irritación.

—Eres mi alma gemela, Xevius. Estuviste a punto de morir —dije enérgicamente—. *Habrías* muerto si yo no hubiera estado a bordo. Me importan una mierda tus secretos Korletheanos, pero si alguien te persigue, merezco saberlo para que no me sorprendan cuando aterricemos.

Xevius apretó los labios y sus ojos dorados estudiaron mis facciones como si pudieran decirle qué respuesta me tranquilizaría. Lamió el tenedor, lo colocó sobre el plato y se apoyó en el respaldo de la silla.

—Sí, habría muerto. Pero tú estabas a bordo —dijo mi compañero con voz suave—. Como quiso el Destino, ninguno de los dos resultó herido. No temas llegar a Korlethea. Saliste ilesa, ¿recuerdas?

—¿Y qué hay de ti, Xevius? ¿Saldrás ileso? —pregunté, con la voz endureciéndose un poco más—. ¿Te habló Eryon de un futuro lejano que había visto para ti? ¿Lo hizo tu tía?

—No. Ni Eryon ni mi tía me hablaron de esos futuros lejanos.

De nuevo, la respuesta cuidadosa y sin compromiso. No me estaba mintiendo, pero bien podría haberlo hecho por la forma en que eludía las preguntas.

—¿Se te ha pasado alguna vez por la cabeza que tal vez la razón por la que sobrevivo a este viaje es porque en realidad nunca vamos a Korlethea? —pregunté.

Xevius parpadeó, sorprendido por mi pregunta, pues era evidente que nunca se lo había planteado desde ese punto de vista. Me incliné hacia delante y le cogí la mano, con mirada suplicante.

—No tenemos que ir allí. Todas las pruebas que quieras presentar están grabadas. Puedes enviarles un mensaje holográfico o grabar un video con tus argumentos. Tú mismo has dicho que tu forma de actuar se considerará traición aunque, por ley, tengas derecho a actuar según tu

conciencia cuando se trata de asuntos del Destino. ¿Por qué entregarte a ellos para que te condenen?

—Es inevitable que vaya allí —dijo Xevius como si fuera evidente.

—¿Por qué? —pregunté, totalmente confusa—. Podemos elegir no ir.

—Las profecías...

—¡ARGH! —grité, interrumpiéndole. Me arranqué la mano de su mano y me levanté, apartando la silla de una patada. Volcó con un fuerte estruendo—. ¡Los Korletheanos y sus malditas profecías! Son como putos esclavos de ellas. ¿Así que un hombre o una mujer que ha comido demasiadas raíces alucinógenas te dice que vayas a un lugar donde está garantizado que te arrestarán, tal vez incluso te torturarán y ejecutarán, y tú simplemente vas? ¿No ves lo estúpido que suena eso?

La expresión de Xevius se endureció cuando se puso en pie y me dirigió una mirada gélida.

—No sabes nada de nuestras costumbres.

—¡No necesito conocer tus costumbres para ver que esto es completamente irracional! —exclamé, levantando las manos en señal de incredulidad—. Teniendo en cuenta lo que acaba de ocurrir, si no te hubieran hablado de esa visión, ¿todavía te dirigirías a Korlethea?

—Eso es irrelevante. Me *han* hablado de la *profecía* —dijo Xevius en tono cortante, subrayando la importante diferencia entre visión y profecía. Levantando la barbilla, cruzó los brazos sobre el pecho.

—Compláceme —dije con exasperación—. Sin la *profecía*, ¿qué estarías haciendo?

Xevius apretó los dientes, visiblemente harto del tema. Pero, gracias a la Diosa, me complació.

—Sopesaría mis opciones.

—¿Y por qué no lo haces ahora? —pregunté, levantando ambas palmas interrogativamente.

—Porque. Es. Irrelevante —dijo enérgicamente, como si no entendiera por qué me costaba tanto comprenderle—. Las profecías, las visiones de un Vidente, son inevitables. Aunque quisiera dar media vuelta y volver a Xelix Prime, las circunstancias acabarían trayéndome de vuelta a Korlethea para presentarme ante el Quórum pasado mañana.

—Bien, tal vez lo hagas. Pero ésa no es razón para rendirte sin más. Debes luchar hasta el final.

Xevius se pasó los dedos por el pelo y me negó con la cabeza, con cara de desánimo.

—¿Por qué malgastar energía en una batalla perdida?

Quería sacudirle y abofetearle para hacerle entrar en razón. No entendía cómo un macho tan fuerte y resistente podía rendirse tan indefenso ante los edictos del Destino. Nosotras, las Veredianas, habíamos dedicado toda nuestra vida a desafiar a esa desgraciada engreída, y habíamos vencido.

—Porque cada acción que realizas tiene un efecto dominó. Todos esos caminos alternativos que ven tus Oráculos se ven afectados por las elecciones que tú y los demás hacen. ¿Y si tu

intento de *no* ir a Korlethea provoca la onda expansiva que garantizaría un resultado positivo para la predicción de otra persona o la tuya propia?

—Soy muy consciente de todo esto. Pero la experiencia me ha enseñado que intentar luchar contra las profecías solo empeora las cosas —dijo Xevius con desdén.

Una aplastante oleada de decepción me invadió mientras le contemplaba con ojos nuevos. Xevius estaba demasiado adoctrinado, demasiado anclado en sus costumbres como para plantearse siquiera un camino diferente. Seguiría ciegamente los dictados de aquellas malditas visiones—fueran las que fueran—como una oveja, como un perrito obediente y azotado. Ése no era el tipo de compañero que esperaba que me diera la Diosa.

Incluso mientras esos pensamientos revoloteaban por mi mente, con el corazón destrozado por el hecho de que mi compañero y yo probablemente nunca compartiríamos el mismo tipo de armonía perfecta que Aleina y Ghan habían logrado, el rostro de Xevius se cerró, el mío sin duda había revelado mis sentimientos. Sin mi visor, aún me costaba recordar que debía controlar mis expresiones faciales.

—Soy Korletheano, Kamala. Siento no estar a la altura de tus expectativas, pero éste es nuestro camino. Si deseas abandonar la nave, puedes utilizar un esquife de escape para reunirte con las naves de tus Hermanas en las proximidades del espacio aéreo Korletheano. De lo contrario, puedo enviarles un mensaje para que vengan a buscarte. Avísame cuando lo hayas decidido.

A pesar de la expresión fría y serena de su rostro y del tono neutro de su voz, percibí el dolor subyacente. Asintió con firmeza, giró sobre sus talones y salió de la habitación. La culpa me carcomía por dentro: con todas las desgarradoras decisiones que había tenido que tomar, las desilusiones y traiciones a las que se había enfrentado, yo debería haber sido su roca, no la que aumentara su carga y menospreciara su cultura.

Me quedé mirando su espalda que retrocedía hasta que la puerta del comedor se cerró tras él, sintiéndome enfadada, perdida, confusa y completamente sola.



CAPÍTULO 14

XEVIUS

Me senté, con las piernas cruzadas debajo de mí, en el suelo acolchado de la sala de meditación. El pelo, aún ligeramente húmedo por la ducha que me había dado, se me pegaba por partes a la espalda desnuda. La vaporosa tela de mi *shaal* blanco—la falda de meditación—se extendía a mi alrededor. Con el suelo decorado como la meseta cubierta de hierba de una de las montañas flotantes del Monte Aelyons y las paredes decoradas con el impresionante paisaje de Korlethea, buscaba paz para mi corazón dolorido y mi mente atormentada. Pero mi *Kaa*, la energía calmante que mi pueblo aprendió a desarrollar y compartir desde los primeros días de la infancia, no me proporcionó el consuelo que necesitaba.

Incluso ahora, el disgusto de Kamala por mis creencias—por mí—me arañaba el corazón y me destrozaba el alma. No me había enfrentado a menudo a la decepción de otras personas, pero la suya dolía más de lo que las palabras podrían describir. Comprendía su lógica, pero era errónea. Los no Korletheanos nunca podrían comprender en qué perra caprichosa se convertía el Destino cuando intentábamos frustrarlo. Primero, las cosas empeoraron considerablemente, y aun así ocurrió lo inevitable. Los forasteros lo llamarían desafortunadas coincidencias, pero la historia y las estadísticas demostraban lo contrario.

¿Cómo han empeorado tanto las cosas tan rápidamente?

Hace menos de dos semanas, mi vida había ido bien. Ni increíble ni miserable, solo siguiendo la rutina de proteger el reino. Y ahora, no solo me quedaban menos de dos días de vida, sino que me había ganado el desprecio de mi alma gemela y me había convertido en un traidor por partida triple al perdonar la vida a los Titanes, enviar raíces vryer a los Xelixianos y llevar a mi compañera a Korlethea.

Volví a invocar a mi *Kaa*, pero la relajación de mis músculos solo exacerbó el dolor punzante de mi pecho. De algún modo, necesitaba recomponerme y hacerla ver, arreglar las cosas entre nosotros. Ésta no era la última imagen que debía tener de mí. Quería que pasáramos el poco tiempo que nos quedaba juntos en el mismo vínculo fácil, feliz y cariñoso en el que habíamos caído tan fácilmente.

El suave sonido de la puerta al abrirse me sobresaltó. No miré por encima del hombro,

contento de escuchar sus pasos ligeros sobre el suelo acolchado. Con la espalda agarrotada, contuve la respiración, reprimiendo mi capacidad empática; no podía soportar más desdén por su parte en aquel momento. Mis dedos apoyados en las rodillas se tensaron cuando sus pasos se detuvieron a medio camino de la habitación, hicieron una pausa y se volvieron hacia la sala de higiene. Segundos después, la oí acercarse, deteniéndose a un brazo de distancia de mí.

Justo cuando estaba a punto de ceder al impulso de darme la vuelta, la suave mano de Kamala levantó suavemente parte de mi pelo húmedo antes de pasar un peine por él. Se me oprimieron el corazón y la garganta. Peinar el cabello de otra persona era un signo de gran afecto y cuidado por mi pueblo. No dudé ni por un momento de que ella lo sabía muy bien. El pelo también encerraba un importante simbolismo para los Veredianos, heredado de nosotros en los tiempos en que mis antepasados Korletheanos se habían mezclado y experimentado con ellos. Con el paso de los siglos, había adquirido un significado diferente para las Veredianas, más acorde con su cultura y sus valores.

Ninguno de los dos habló. El suave roce del peine sobre mi cuero cabelludo antes de deslizarse por la longitud de mi pelo me tranquilizó el corazón de un modo que mi *Kaa* no había conseguido. Y todo porque procedía de ella, de mi Kamala, mi diosa guerrera. Abrí tímidamente mis sentidos empáticos, como un animal herido a punto de ser acariciado por una mano salvadora, esperando una caricia suave, pero temiendo un dolor mayor.

Un torbellino de afecto profundamente arraigado—que no me atrevía a llamar amor—y de protección nutritiva se arremolinó a mi alrededor. Debajo de todo ello, persistían la pena, la culpa y la confusión, pero nada del desdén de antes. Quería alejar esos sentimientos negativos mientras ella remendaba los míos.

Kamala siguió peinándome durante unos minutos más antes de recogerme el pelo en una cola y sujetar uno de mis anillos en la base. A diferencia de las Veredianas, no podíamos trenzarnos el pelo libremente a menos que nuestra función o rango lo justificaran. Pero podíamos atarlo de la forma que quisiéramos, desde coletas hasta moños o arreglos más elaborados. Cuando yo quería tener el mío controlado, me hacía una coleta sencilla o un moño, pero también utilizaba a menudo este anillo de atar. El mío no me trenzaba la cola como Kamala había hecho con la suya, pero el anillo se desplegaba alrededor de la longitud de mi pelo en una espiral ancha y dorada que lo mantenía bien sujeto.

Una vez hecho esto, mi compañera se acercó más a mí. Con los pechos apretados contra mi espalda, Kamala me rodeó el pecho con los brazos y apoyó la mejilla en mi nuca. Levanté las manos de las rodillas, cubrí las suyas con las mías y las estreché. Me deleité en su afecto y mi corazón se llenó de amor por mi *Sareema*.

—Mi gente está obsesionada con el Destino —dije en voz baja, prestando mucha atención a las emociones que emanaban de Kamala. Ella no se tensó, pero se animó con curiosidad, animándome a continuar—. Cuando más del 50% de la población posee cierto grado de previsión, es de esperar. Es a la vez una bendición y una maldición. ¿Cómo puedes disfrutar de la

vida y de las sorpresas que puede depararte cuando siempre sabes lo que te espera?

El pulgar de Kamala empezó a acariciarme el pecho con un movimiento lento. Inclinando la cabeza hacia abajo, besé el dorso de su mano antes de continuar.

—Sin normas estrictas sobre cómo manejar las visiones y las profecías, definiendo los derechos y los límites de cómo puede responder a ellas nuestro pueblo, viviríamos en un caos total. La gente solía matarse preventivamente en un intento de frustrar una visión funesta de una Oráculo. Otros que intentaron salvarse de una profecía terrible, aun sabiendo que son inevitables, acabaron sufriendo innecesariamente o causando mayores penurias a sus seres queridos, para acabar corriendo la misma suerte. Podría intentar huir, *Fehama*, pero aun así acabaría ante el Quórum. Salvo que, en lugar de estar entero como estoy ahora, podría quedar lisiado, o tú podrías resultar gravemente herida. En cualquier caso, habría que pagar un precio.

Los brazos de mi compañera se estrecharon a mi alrededor, con la confusión y la rabia alimentadas por una sensación de injusticia que emanaba de ella.

—Pero eso es tan injusto —dijo Kamala, con su aliento abanicándose en mi hombro—. ¿Por qué mostrarte un futuro sobre el que no puedes hacer nada y castigarte por intentar mejorar tus circunstancias?

—Porque las profecías no tratan de cambiar lo inevitable, sino de mitigar sus consecuencias —expliqué suavemente—. Si sabes que estarás en bancarrota dentro de un par de años, intencionadamente no tienes cuentas conjuntas con tu pareja para que no le embarguen sus bienes al mismo tiempo que los tuyos. Si sabes que más adelante tendrás problemas médicos graves, tienes tiempo de sobra para hacer los arreglos necesarios para recibir los mejores cuidados de las mejores personas. Si sabes que morirás en una fecha determinada, puedes poner en orden tu casa y tu sucesión.

—Hmmm, no lo había pensado así. Aun así, no creo que quisiera saberlo —dijo Kamala.

—En general, yo tampoco quiero oír hablar de profecías. Porque tienes razón, al ser inevitables quitan muchas opciones. Pero ofrecen otras.

Desatando suavemente los brazos de Kamala de alrededor de mi pecho, me volví hacia ella, una vez más hipnotizado por su belleza. Arrodillada detrás de mí, llevaba puesto otro de esos vestidos Veredianos tradicionales, pecaminosamente sexys, y su lustrosa cortina de pelo la envolvía libremente. Le acaricié la mejilla con la palma de la mano. Ella sonrió y se inclinó hacia mí.

Estoy loco por ella.

Me había enamorado perdidamente de mi compañera. Cada día, Kamala me demostraba lo perfectos que éramos el uno para el otro. Esta discusión podría haberse vuelto fea y haberse enconado. Pero ella había intentado limar asperezas, ganándome la partida y dándome exactamente lo que necesitaba, justo cuando lo necesitaba. No tenía ni idea de lo acertada que había sido su valoración de la injusticia del Destino.

Nos merecíamos mucho más tiempo...

—Si solo hubiera sido una visión y no una profecía, con mucho gusto seguiría tu consejo y me daría la vuelta —dije.

Kamala asintió lentamente, con la tristeza dibujada en el rostro y la resignación que destilaba.

—Entonces, sea lo que sea lo que te depare el Destino, lo afrontaremos juntos —dijo antes de inclinarse hacia delante y besarme suavemente.

Mi pecho volvió a contraerse y necesité toda mi fuerza de voluntad para no revelar la profundidad de mi angustia y mi sensación de pérdida por lo que nunca tendríamos. La estreché entre mis brazos y le devolví el beso con algo parecido a la desesperación. Ella respondió del mismo modo, y nuestra pasión se encendió como un incendio forestal.

Casi cayendo de espaldas, Kamala me atrajo hacia ella, abriendo las piernas para que me tumbara sobre ella. Las marcas de sus hombros, naturalmente más oscuras durante su período, se volvieron casi negras ante mis ojos. No entendía muy bien qué había provocado una respuesta tan fuerte en ella. ¿Había empujado algunas de mis emociones hacia ella? Los Empáticos a menudo desarrollaban un vínculo empático con sus compañeros, que les permitía percibir algunas de nuestras emociones como nosotros sentíamos las de ellos. Suele llevar meses, a veces años, con compañeros no Korletheanos. ¿Ya había empezado a formarse entre nosotros? No lo sabía, y ahora mismo me daba igual. La poderosa necesidad que la cabalgaba se abalanzó sobre mí, sus emociones me pedían a gritos que la tomara, volviéndome loco de deseo.

Las manos de Kamala se deslizaron bajo la banda elástica de mi *shaal* para posarse en mi culo. Sus dedos se clavaron en mis mejillas mientras levantaba la pelvis. Rompiendo el beso, mis labios se aferraron a su cuello, chupando sus marcas. Mi polla se puso rígida en respuesta a su gemido gutural y al agudo escozor de sus uñas hundiéndose en mi carne. Apoyando mi peso en el antebrazo, levanté su corta falda con la mano libre y le arranqué salvajemente el tanga, deslizando los dedos hasta el fondo de su vientre. La espalda de mi compañera se arqueó sobre el suelo mientras gritaba de aprobación. Estaba empapada y sus paredes internas se convulsionaban de impaciencia.

Cegado por una lujuria primitiva, casi salvaje, bajé la cintura de mi falda de meditación, agradecido por la elasticidad de la cinturilla, y arrastré con ella mi ropa interior, antes de introducirme de golpe en la ardiente envoltura de mi mujer. Me tragué el grito estrangulado de Kamala mientras devoraba una vez más su boca. Estaba tan apretada alrededor de mi polla, que me estrujaba de la forma más exquisita. El dolor inicial de nuestro acoplamiento disminuyó rápidamente y me ahogué en un océano de placer, tanto el suyo como el mío, que se mezclaban a través de nuestro vínculo empático. Ya no dudaba de que pudiera sentir mis emociones, por sutiles que fueran.

Tomé a mi compañera casi con salvajismo, y ella agradeció el asalto. Espoleándome con palabras traviesas, Kamala se retorcía debajo de mí, sus caderas giraban al ritmo de mis embestidas y sus uñas arañaban mi espalda desnuda. Odiaba la ropa que nos separaba y que me impedía sentir la sensación febril de su piel sedosa contra la mía. Pero el mundo podría haberse

derrumbado a nuestro alrededor, nada podría haberme hecho detenerme ahora.

Mi compañera era realmente mi *Fehama*, el fuego en mi sangre, abrasándome desde dentro hacia fuera. Cada caricia esparcía fuego líquido por mis venas, avivando el infierno de mis entrañas, arrancando de mi garganta un gemido voluptuoso tras otro. Incluso cuando el éxtasis se apoderaba de ella, me negué a parar, no podía parar. Sus paredes internas se cerraron en torno a mi polla, arrancándome el orgasmo. Pero a pesar del éxtasis líquido que salía disparado de mí, seguí bombeando dentro y fuera de ella. Su ardiente envoltura se convulsionó a mi alrededor, acariciando mi pene con cada contracción, manteniéndome duro.

En cuanto se recuperó, la saqué de dentro el tiempo suficiente para dar la vuelta a mi compañera, ponerla de rodillas y volver a penetrarla. Kamala echó la cabeza hacia atrás, gritando mi nombre, suplicándome que la penetrara aún más fuerte. Nada me complacería más. Con una mano sujetándole la cadera y la otra apretándole el pelo, la penetré con furia temeraria. Ella se balanceaba hacia delante y hacia atrás, en contrapunto con mis movimientos, correspondiendo a mis embestidas. Cuando pasé las uñas por las marcas Veredianas de su nuca, gritó y alcanzó el clímax violentamente. Kamala se desplomó sobre el suelo acolchado, con el cuerpo sacudido por los temblores del éxtasis. Tumbado sobre ella, le rodeé la garganta con la mano, manteniéndola inmóvil. Con mi polla bombeando sin descanso dentro y fuera de ella, chupé sus marcas hasta reclamarle otro orgasmo. Solo entonces me entregué por fin a mi liberación definitiva.

Cuando las últimas gotas de mi semilla se derramaron en su interior y la bruma lujuriosa se disipó, elevé una plegaria silenciosa a la Diosa para que mantuviera a mi compañera y a mi futura hija a salvo de cualquier daño y de la fealdad del mundo, de la que yo no estaría allí para protegerlas. Acurrucándome junto a Kamala, la atraje entre mis brazos y ella se acurrucó contra mí; sus labios depositaron un suave beso en los tatuajes de mi pecho antes de enterrar su rostro en el pliegue de mi cuello.

Diosa, bendice a mis chicas y protégelas.

~

Mientras Kamala dormía en mi cama, yo me había escabullido para hacer un par de grabaciones más para nuestra hija, finalizar la transferencia de mis bienes y actualizar mi testamento. Volví a mis aposentos y encontré a Kamala despierta. Ante su mirada interrogante, respondí con sinceridad que había comprobado el estado de la nave, los escáneres de largo alcance y el estado de las reparaciones que había hecho en la sala de máquinas, todo lo cual había hecho, efectivamente, además de todo lo demás.

Odiaba ser reservado, cuando no engañoso, con mi compañera, pero no tenía sentido arruinar la felicidad que aún podía tener ahora. Arrojando la manta a un lado, dejando al descubierto la perfección de su cuerpo desnudo, mi compañera me hizo señas, sus marcas cada vez más oscuras destacaban sobre su piel marrón dorada. Respondí a la llamada de Kamala, y nuestros cuerpos

cantaron en armonía dos veces más antes de que el sueño nos reclamara.

El día siguiente pasó volando. Durante nuestro habitual entrenamiento matutino, le enseñé algunas técnicas de combate Korletheanas, perfectamente adaptadas a su pequeña figura. Como mi pueblo era más ágil que algunas de las especies guerreras más masivas, como los Xelixianos y los Guldanos, habíamos aprendido a utilizar la fuerza bruta de nuestros oponentes contra ellos. Los Guldanos no eran una amenaza tan grande, pero la increíble velocidad de los Xelixianos, sumada a su impresionante fuerza y a sus impecables técnicas de combate, los convertía en una fuerza a tener en cuenta.

Esto también constituía una traición, pero ya no me importaba. Algo había muerto en mí con aquel ataque anulador. Nunca pondría deliberadamente a Korlethea en peligro, pero el bienestar y el futuro de mi mujer y de mi hija nonata tenían ahora prioridad sobre todo. La parte egoísta de mí estaba agradecida de que permaneciera a mi lado, pero la parte protectora deseaba que se hubiera marchado para reunirse con sus Hermanas en una de sus naves Tuureanas. Que la profecía dijera que sobreviviría para dar a luz a nuestra hija y verla crecer no significaba que Kamala no sufriera mucho antes, por no mencionar el trauma de presenciar mi muerte.

Pero Eryon no habría insistido en que viniera sin una buena razón. Si necesitaba marcharse después de salvarme del sabotaje, seguramente me lo habría dicho.

Pasamos el resto del día hablando, yo enseñándole algunos de los juegos de mesa Korletheanos de mi juventud, así como nuestros bailes tradicionales, y, por supuesto, haciendo el amor. La única vez que Kamala me pidió un par de horas para ocuparse de asuntos Veredianos, casi le supliqué que lo pospusiera para que no perdiéramos ni un minuto juntos. Con el corazón encogido, accedí y aproveché ese tiempo para hacer dos últimas grabaciones para nuestra hija.

Apenas dormí aquella noche, luchando contra el impulso de dar la vuelta a la nave y volver corriendo a Xelix Prime. Cuando llegamos al espacio Korletheano, Kamala se dio cuenta de que algo me preocupaba. Intentó hacerme confesar, pero cedió cuando me cerré en banda, pues ya había aprendido a reconocer cuándo se trataba de un tema sobre el que no podía convencerme para que me abriera. Antes incluso de que entráramos en el espacio Korletheano, el tablero de navegación se iluminó con avisos y transmisiones entrantes.

—Voy a responder —le dije a Kamala, que me lanzó una mirada preocupada—. Ponte allí, detrás de ese panel, y permanece fuera de la vista.

Mi compañera asintió y se dirigió rápidamente al escondite, colocándose un auricular de traducción en la oreja. Respiré hondo, controlé mis facciones y abrí el canal. En la pantalla apareció la imagen de Helios, uno de nuestros patrulleros veteranos. Sus ojos castaños oscuros observaron la sala antes de clavarse en los míos. Por un segundo, el corazón me dio un vuelco, preguntándome si habríamos olvidado activar el disruptor de Kamala, que ocultaría su presencia a bordo en caso de que escanearan mi nave. Las probabilidades de que lo hicieran eran escasas, pero con el reciente ataque, no podía correr el riesgo. No nos dejarían aterrizar si descubrían que mi compañera estaba a bordo.

—Saludos, Agente Thanis. Me alegro de verte con vida —dijo el patrullero en Korletheano con voz neutra. Helios siempre había destacado por ocultar sus pensamientos—. Nos habían informado de que tu nave había sufrido fallos críticos.

—Así fue. Sobreviví a duras penas.

—¿Estás en apuros? —preguntó Helios—. ¿Necesitas que te rescaten?

—No, gracias —dije con una sonrisa de agradecimiento—. Pude estabilizar la nave. Es capaz de completar el viaje con seguridad. Pero tengo curiosidad, ya que mis comunicaciones no funcionaron durante un rato, ¿de quién te has enterado?

—Del Alto Mando de la Agencia, por supuesto —dijo Helios—. Querrán verte en cuanto aterrices.

—¿Quién, concretamente dentro del Alto Mando? —insistí.

Helios entrecerró ligeramente los ojos, dándose cuenta de que estaba ocurriendo algo mayor. Lo que daría en este caso por poder leer sus emociones, lo que obviamente no funcionaba a través de un sistema de comunicaciones.

—No sabría decirte. Simplemente hemos recibido un mensaje de la mesa de comunicaciones de la Agencia. ¿Hay algún problema?

—Sí. Alguien del Alto Mando envió una subrutina de anulación para sabotear mi nave. Por derecho, no debería haber sobrevivido a ello. Mi nave habría explotado, sin dejar pruebas de juego sucio.

Percibí la reacción atónita—y extremadamente preocupada—de Kamala ante mi franqueza con el patrullero. Me negué a distraerme y me centré en Helios. Pronto lo entendería.

—Ésa es una acusación grave, Agente Thanis. Estoy seguro de que no la harías a la ligera.

Aunque formulada como una afirmación, no se me escapó ni la pregunta subyacente ni la sutil advertencia.

—Así es, y tengo pruebas que corroboran mis palabras. Por este motivo, solicito un destacamento de seguridad al aterrizar en Korlethea y que se me escolte directamente hasta la Asamblea —dije, reclinándome en la silla.

Una vez más, Helios permaneció estoico, su conmoción solo delatada por el tic-tac nervioso de su sien. Esto iba a causar un gran revuelo: un drama en el que, desde luego, no deseaba participar.

—Recibido —dijo Helios—. Por favor, continúa tu aproximación. Nos reuniremos contigo en estas coordenadas y te escoltaremos el resto del camino.

—Gracias, Comandante Helios —dije respetuosamente.

Asintió y finalizó la llamada. Kamala salió de su escondite, sin mostrar nada de su creciente miedo. Una vez más, admiré el autocontrol y la sangre fría de mi mujer, que la convertían en una fantástica líder del ejército Tuureano.

—No te preocupes, mi compañera —dije, atrayéndola hacia mí—. Aunque decidieran no atender mi petición, lo que sería ilegal, ahora que se ha corrido la voz de que alguien del Alto

Mando intentó asesinarme, quienquiera que me persiga no podrá actuar, pues confirmaría mis acusaciones.

—Simplemente buscarán otra oportunidad —dijo Kamala, rodeándome el cuello con los brazos.

—Lo harán, pero eso aún me da más tiempo para acabar con ellos o desenmascararlos.

—Pero, ¿y yo? ¿Qué pasará cuando me vean? —preguntó.

—¿*Ahora* te preocupas por eso? —pregunté burlonamente.

—Por muy raros que sean ustedes, no provocarían un incidente intergaláctico matando a una oficial desarmada de alto rango del ejército Tuureano que ha venido pacíficamente a negociar una tregua —dijo Kamala encogiéndose de hombros desdeñosamente—. Pueden encarcelarme o deportarme, pero saben que no pueden torturarme ni matarme. Eres tú quien me preocupa. ¿Qué te harán por traerme?

—Eres mi alma gemela. Nadie puede prohibirme que traiga a mi novia a casa, a menos que la hayan desterrado por un crimen —dije con suficiencia.

Ella me negó con la cabeza, su preocupación estaba lejos de aplacarse del todo, pero no siguió discutiendo.

Menos de veinte minutos después, dos naves Korletheanas nos flanquearon. Helios no tardó en confirmar que el propio Omniato Sagan se reuniría con nosotros en los muelles con su escolta personal y el contingente de guardias que se suele asignar a los rarísimos dignatarios a los que se permite visitarnos. No sabía muy bien cómo sentirme al respecto. Sagan era un amigo, pero también un estricto cumplidor de las normas. En el complejo de reproducción donde todos habíamos estado cautivos, había sido el primero en querer que siguiera adelante con el edicto del Quórum de asesinar a la compañera de Eryon. Sin embargo, no era un fanático estrecho de miras: simplemente pragmático. No me haría ningún favor por amistad, pero seguiría la letra de la ley, se inclinara hacia donde se inclinara.

Kamala se debatió largo y tendido sobre si llevar su armadura Tuureana. Si lo hacía, enviaría un mensaje equivocado, pero le proporcionaría una protección inestimable si las cosas se calentaban. Por esa misma razón, la animé a que no se la pusiera. Según la visión de Eryon, las cosas se *calentarían* para mí. No quería que se metiera en la refriega y obligara a los demás a atacarla. Aceptó llevar un vestido Verediano de color turquesa brillante que hacía resaltar sus ojos avellana. La falda a medio muslo, con unas cortas aberturas laterales que le llegaban justo a la cadera, mostraba sus largas y perfectas piernas y sus preciosas marcas Veredianas. Por respeto a nuestras tradiciones, mi compañera no se hizo su característica trenza, sino que se dejó el pelo suelto sobre la espalda, hasta las pantorrillas.

La única pieza de tecnología que insistía en llevar era su brazal, que solo parecía una pulsera decorativa de intrincada talla. Servía como comunicador, escáner de corto alcance, escudo de sigilo y escudo de energía.

Kamala era tan hermosa. No podía apartar los ojos de ella, saboreando esta última visión de

perfección antes de enfrentarme a las pruebas que me esperaban. Lo único que deseaba era arrastrarla hasta mi cama y perderme en ella, olvidarme de todo este lío, del Quórum, de las profecías, de los Titanes... ahuyentar todo lo que no fuéramos nosotros dos. En lugar de eso, le di un beso apasionado, volcando en él todos los sentimientos que habían florecido en mi corazón por ella.

Con mucha reticencia, me separé de ella cuando Kamala empezó a percibir mi angustia a través de nuestro vínculo empático. Sonreí y le acaricié los labios con el pulgar en respuesta a su mirada interrogante.

—Ya está —dije, con el pecho contraído por la emoción cuando la silueta dorada de Korlethea apareció en la pantalla—. No es así como quería llevarte a mi mundo natal. Quería llevarte a visitar todas sus maravillas.

—Sí que me llevaste a visitarlo —dijo Kamala en voz baja—. Hemos meditado juntos en los jardines de Salvaye, hemos hecho el amor en las montañas flotantes de Aelyons y en un claro de Jessineh, y luego hemos bailado bajo la luna de sangre en Trakia. Esa sala de meditación tuya es más que fabulosa. Soy adicta a ella.

—Entonces no lo hice tan mal —dije, con la voz ligeramente temblorosa por la emoción.

—Lo has hecho de maravilla —dijo Kamala, rozando sus labios con los míos.

La abracé por última vez y me acomodé en el asiento del piloto para aterrizar la nave. Un comité de bienvenida de veinte guardias nos esperaba con Sagan en el muelle de atraque del puerto espacial de Hereya, nuestra capital. La preocupación de mi compañera aumentó de nuevo mientras nos dirigíamos a la esclusa. Invoqué mi *Kaa* y la empujé hacia ella. Sus ojos se abrieron de par en par y sus labios se entreabrieron cuando las ondas relajantes la bañaron.

—Es increíble —susurró, mirándome con asombro—. ¿Es eso lo que Eryon hace por Vahl?

Asentí con la cabeza.

—Sí —me detuve frente a las puertas de salida de la nave, la abracé una vez más y la besé suavemente antes de señalar una esquina de la sala—. Por favor, ponte allí, fuera de la vista. Quiero salir primero para prepararles y evitar incidentes desafortunados.

—De acuerdo —dijo suavemente y luego me dio un último beso desesperado.

Esperé a que llegara a su posición y abrí las puertas. En cuanto se abrieron, estiré los sentidos, absorbiendo las emociones de los guardias. Para mi alivio, a mi alrededor solo se arremolinaban la curiosidad, la cautela, la confusión y el asombro. Como uno de los mejores agentes de la Agencia, me había ganado un cierto culto. Sin embargo, su confusión tenía sentido: un asesino no necesitaba protección. Era el máximo protector. Pero ésa era la menor de mis preocupaciones. Solo me importaba la ausencia de hostilidad.

—Bienvenido a casa, Xevius —dijo Sagan, con aspecto regio en su dhalla blanca, entretejida con hilos de oro. Una gruesa cinta de un amarillo bruñido similar sujetaba su largo pelo castaño oscuro en una coleta. Su sonrisa era genuina, llena del calor de la amistad, pero envuelta en una gruesa capa de preocupación—. Parece que estás provocando aún más inquietud de la que

esperábamos con tu regreso.

Con Sagan nunca se sabía si estaba bromeando, reprendiendo o simplemente exponiendo los hechos.

—Más de lo que crees, amigo mío —dije burlonamente.

—*No has cumplido la misión* —me dijo Sagan telepáticamente—. *Con visión o sin ella, muchos piden tu cabeza por traidor. Espero que tengas argumentos sólidos. Por mucho que te quiera, votaré basándome únicamente en pruebas.*

—*No espero menos, amigo mío, y efectivamente los tengo.*

—*Bien* —dijo Sagan antes de reanudar el discurso normal—. Pongámonos en camino, entonces. El Quórum nos espera.

—Espera —dije, preparándome para lo que pudiera venir a continuación—. Hay alguien más conmigo.

Repasé las emociones de los reunidos: conmoción, rápidamente sustituida por sospecha, y me sentí aliviado por la ausencia continuada de cualquier clara intención hostil. Pero me centré en Sagan. La conmoción, la indignación y la decepción le recorrían. La semilla de la duda, antes ausente, había echado raíces. Detrás de mí, las oleadas de preocupación de mi compañera se abalanzaron sobre mí. Le envié un poco más de mi *Kaa*.

—¿Alguien más? —preguntó Sagan en voz peligrosamente baja.

—Sí. La Diosa me ha bendecido con mi *Sareema*. Está aquí conmigo.

Sagan y los guardias me miraron boquiabiertos, y su desconfianza se desvaneció para ser sustituida por auténtica sorpresa y curiosidad.

—¿Has encontrado a tu alma gemela? —preguntó Sagan, incrédulo.

Me reí entre dientes.

—Sí, la Diosa bendice incluso a los canallas como yo. Ven, *Fehama* —dije por encima del hombro, tendiéndole una mano.

A pesar de la inquietud que emanaba de ella, Kamala salió con sus habituales pasos felinos y seguros, con la cabeza alta, como una reina. Se acercó a mí, cogió la mano que le había tendido y se detuvo a mi lado. Esta vez, los hombres soltaron un grito ahogado al ver a una Verediana entre nosotros. La miraron con una mezcla de hostilidad, lujuria y recelo. Cada uno de ellos entrecerró los ojos, desviando la vista para evaluar la verdad de mis palabras.

—Que Sharaz me lleve —susurró Sagan—. No se puede negar la Sintonía. Sus almas están en perfecta armonía.

—Lo están —dije con orgullo, mirando posesivamente a mi compañera. Ella sonrió y yo le besé cariñosamente la frente.

—Bueno, esto complica las cosas —murmuró Sagan para sí antes de fijar la mirada en Kamala—. Soy Sagan Lentus, Omniato del Quórum. ¿Cómo debo llamaros?

—Me llamo Kamala Dartos —dijo mi compañera con voz cortés, pero firme.

Justo a tiempo, otra oleada de incredulidad recorrió a nuestra escolta.

—¿Tu *Sareema* es la puñetera líder del ejército Tuureano? —me preguntó Sagan, atónito.

Recórcholis...

Casi me mordí el interior de las mejillas para no echarme a reír. Mientras Eryon juraba como si su vida dependiera de ello, Sagan llevaba al extremo la corrección. Para él, aquello era el epítome de la vulgaridad.

—Sí, lo soy —respondió Kamala en mi lugar encogiéndose de hombros.

Sagan se puso las manos en las caderas y miró al suelo, sacudiendo la cabeza con incredulidad. Al levantar la vista, me miró con algo parecido a la compasión. Eso me inquietó.

—Nada es sencillo para ti, ¿verdad? —preguntó, con la voz llena de resignación.

—Al Destino le encanta joderme —dije.

—Desde luego que sí —Sagan nos dirigió a Kamala y a mí una mirada de evaluación—. Dadas las circunstancias, y a la luz de las visiones reveladas por las Oráculos, comprenderán que debemos verificar que no llevan armas.

—Naturalmente —respondió Kamala.

Asentí, y ambos nos sometimos a un rápido escáner realizado por uno de los guardias, que también cogió mi bláster y mi espada. Se detuvo un rato en el brazal de Kamala hasta que lo consideró aceptable por ser meramente defensivo.

Con Sagan a la cabeza, Kamala y yo detrás de él, y el contingente de guardias rodeándonos, nos dirigimos hacia dos pequeñas lanzaderas. Cada una con capacidad para diez personas, nos llevarían a la superficie y al hangar de lanzaderas de la Asamblea.

En cuanto salimos de la nave, rodeé la cintura de Kamala con el brazo para dejar clara la naturaleza de nuestro vínculo a todos aquellos que cuestionaran la presencia de una Verediana en nuestro suelo. Para mi sorpresa, tres de mis amigos más íntimos me esperaban a la entrada de la Cámara del Quórum en la Asamblea: Thaddeus y Febus—ambos Agentes Imperiales de alto rango—y Killian, un poderoso Vidente que se negó a unirse a los Destinos tras su liberación de los complejos de cría. Con su asombroso talento para recibir visiones de naturaleza política, se había convertido en un gran activo para la Agencia, aunque nunca se unió a ella en calidad oficial.

Mientras Thaddeus y Febus parecían sorprendidos al ver a mi compañera, Killian se limitó a sonreír con satisfacción, pues sin duda el arrogante bastardo ya lo había previsto. Por primera vez, deseé preguntarle qué le deparaba el futuro; qué le había dicho el Destino sobre mi compañera y mi hija. Pero los guardias nos presionaron para que siguiéramos avanzando. Dos guardias que custodiaban la entrada a la Cámara nos impidieron el acceso, con los ojos fijos en Kamala.

—La Verediana no puede entrar —dijo uno de los guardias—. Habrá que ponerla bajo custodia hasta que el Quórum decida su destino.

—Como líder del Ejército Tuureano, estoy aquí para hablar con el Quórum —dijo Kamala, levantando la barbilla desafiante.

—Sea como fuere, no habéis recibido una invitación formal para desembarcar en Korlethea —argumentó el guardia.

—Ella no necesita una. Es la *Sareema* de Xevius —replicó Sagan con un gesto despectivo de la mano—. Déjanos pasar.

—Con el debido respeto, Omniato Lentus —dijo el guardia con expresión malhumorada—, los hallazgos del Agente Imperial son de naturaleza sensible. No deben discutirse ante una forastera, y mucho menos ante una Verediana.

—Su compañera ya conoce la naturaleza de la misión a la que ha sido enviado —intervino Killian desde la barrera—. Puedes pasarte los próximos diez minutos discutiendo o simplemente dejarla entrar. Lo hará de todos modos. Lo he visto.

En aquel momento, deseé que no hubiera hablado. Si iba a morir en los próximos minutos u horas, según la profecía de Eryon, preferiría que ella no fuera testigo. Pero, como era de esperar, las palabras de Killian bastaron para aplacar al guardia, que se apartó de inmediato; sencillamente, con las profecías no se discutía. Kamala sacudió ligeramente la cabeza, con sus emociones zumbando de incredulidad. Los extraños nunca comprendieron el poder de las profecías sobre mi pueblo.

Las altas puertas de intrincada ornamentación se abrieron, revelando la Cámara llena a rebosar. Ni un solo asiento de los bancos del público estaba desocupado. Aún había más gente de pie al fondo o a lo largo de las paredes de la zona de asientos elevada, en forma de anfiteatro. Desde un par de palcos reservados, los medios de comunicación grabaron nuestra entrada, retransmitiendo el acto en directo.

Los Korletheanos nos enorgullecíamos de nuestras comunicaciones abiertas y de nuestra capacidad para hablar de los asuntos, incluso cuando la resolución ya se había decidido. Las sesiones privadas de la Asamblea eran escasas, y normalmente se limitaban a momentos como cuando el Quórum me había asignado la misión a Xelix Prime. Pero, a menos que una visión o profecía indicara claramente la necesidad de mantener en secreto el resultado, los informes de las misiones encomendadas por el Quórum siempre se daban a conocer públicamente, ya que el Quórum era la voz del pueblo. Solo se informaba en privado de las misiones encomendadas por la Agencia.

A pesar de la evidente hostilidad de muchos en los bancos cuando se percataron de la presencia de mi compañera, Kamala permaneció estoica y regia. Podía percibir su inquietud, pero también su determinación de no permitir que el ruidoso público la intimidara. El orgullo llenó mi corazón mientras caminábamos de la mano hacia el centro de la arena, al pie del elevado estrado del Quórum. Con una inclinación de cabeza y una mirada triste, Sagan se separó de nosotros y subió los cinco escalones del estrado para tomar asiento entre los demás Omniatos. Hoy, la mesa en forma de media luna que solía estar delante de ellos se había bajado hasta el suelo: no estaban aquí en una sesión de trabajo, sino sentados como jueces y jurado.

Mi mirada recorrió a los doce hombres y mujeres del Quórum, sorprendido por la falta de

furia que había esperado ante el fallido intento de asesinato. La mera ira y antipatía habituales me desconcertaron. Detrás de ellos, los Destinos, a la izquierda, y las Oráculos, a la derecha, emanaban tristeza, compasión y una tranquila aceptación, que me anudó aún más las entrañas.

La Omniato Theanna levantó una frágil mano, y las ruidosas conversaciones de las gradas se acallaron de inmediato. Miró fijamente a mi compañera antes de volverse hacia mí.

—Agente Thanis, te felicito porque la Diosa te haya bendecido al encontrar a tu *Sareema*.

—Gracias, Omniato Theanna —dije, y mi brazo se estrechó con orgullo alrededor de mi compañera.

Kamala inclinó la cabeza en señal de agradecimiento, pero por lo demás permaneció callada.

—Aunque tienes derecho a llevar a tu compañera a Korlethea, ¿por qué está aquí, en la Asamblea y en el suelo del Quórum? —preguntó Theanna.

—Estoy aquí, no en calidad de su compañera vinculada, sino como Líder del Ejército Tuureano. Deseamos entablar un diálogo con vuestro pueblo con la esperanza de llegar a un entendimiento pacífico antes de que las tensiones sigan aumentando entre nosotros —dijo Kamala.

—No se os ha concedido permiso para hablar —exclamó Daleus con voz áspera.

—Entonces lo solicito —contestó ella encogiéndose de hombros, lo que provocó algunas risitas entre el público, para gran disgusto de Daleus.

—Y vuestra petición queda denegada —replicó él con brusquedad.

—¿Con qué fundamento? —desafió Sagan, para mi gran sorpresa. Todas las cabezas se volvieron hacia él, reflejando el mismo estupor que yo sentía—. Son almas gemelas. Según nuestras leyes, a los *Sareems* y *Sareemas* forasteros se les concede automáticamente la ciudadanía, ya que a uno no se le puede prohibir la compañía de la otra mitad de su alma.

¿¡Pero qué coño...!?

Apenas pude evitar que se me cayera la mandíbula, pues nunca había oído hablar de una ley semejante. De la multitud surgieron murmullos atónitos, rápidamente acallados por una mirada severa de Daleus.

—Esa ley quedó obsoleta hace casi un siglo, ¡desde antes de la Guerra de los Titanes! Desde antes de que naciéramos la mayoría de nosotros —replicó Daleus, con la indignación patente en su rostro.

—No se ha observado porque no se aplicaba. Los Korletheanos no han visitado otros mundos ni se han mezclado con extraños, eliminando así las posibilidades de encontrar una pareja forastera —replicó Sagan con calma.

—¿Y qué hay de tu voto a favor de impedir que los que habían sido esclavizados contigo en los complejos de reproducción buscaran a sus *Sareemas* e hijas Veredianas? —replicó Daleus con suficiencia, seguro de haber acorralado a Sagan.

—Sigo manteniéndolo —dijo Sagan, imperturbable—. Mi voto fue en contra de que esos hombres abandonaran Korlethea para ir a explorar el Cuadrante en busca de sus mujeres e hijas.

Si esas mujeres vinieran a Korlethea, se les permitiría quedarse, según nuestras leyes. Xevius no desafió ese edicto. Partió en una misión que le asignó el Quórum, encontró a su alma gemela mientras realizaba esa tarea y decidió traerla consigo a su regreso para entregar su informe. No se incumplió ningún edicto. Además, como hija del difunto Saren Dartos, *Tama* Kamala es doblemente ciudadana y, como tal, tiene derecho a dirigirse al Quórum.

Mi compañera miró boquiabierta a Sagan antes de intercambiar una mirada de asombro conmigo. A pesar de mi conmoción, la noticia me llenó el corazón. Al igual que Kamala, había contado con las inevitables consecuencias intergalácticas si dañaban a mi compañera para evitar que le hicieran daño tras mi fallecimiento. Pero como ciudadana, por partida doble, estarían obligados a permitir que permaneciera ilesa y la dejarían marchar gustosamente cuando yo ya no estuviera.

—Tus argumentos han sido escuchados, Omniato Sagan, y su solidez no puede refutarse —dijo Theanna—. Sin embargo, esta audiencia no se refiere a lo que la compañera del Agente Xevius desee discutir con el Quórum. Ella tendrá que programar una audiencia en otro momento. Ahora mismo, nosotros...

Theanna fue interrumpida por un violento ataque de tos. Una oleada de compasión surgió entre los asistentes—mi propio pecho se contrajo—al ver que la salud de nuestra amada Omniato seguía empeorando. Incluso Kamala irradiaba compasión. Theanna tocó el brazalete de su muñeca, que le inyectó un medicamento para aliviar algunos de sus peores síntomas. Se recuperó rápidamente y respiró hondo antes de reanudar su discurso.

—Discúlpenme —dijo con voz débil y gutural—. *Tama* Kamala puede sentarse en el palco de dignatarios mientras el Agente Thanis nos entrega su informe.

Aunque decepcionada, Kamala inclinó la cabeza en señal de gratitud, primero hacia Sagan y luego hacia Theanna. Se volvió para mirarme y, sin prestar atención a la multitud que nos observaba, ahuecé su rostro entre mis manos y le di un último beso de despedida, una vez más rogando en silencio a la Diosa que cuidara de ella y de nuestra hija nonata.

Cuando la solté, me miró preocupada. Sonreí y le hice un gesto con la cabeza para que se dirigiera al guardia que le hacía señas cerca de uno de los palcos de dignatarios situados a cada lado de la sala de oradores. El guardia abrió la puerta de la media pared que rodeaba la de la izquierda. Kamala entró y subió los tres escalones que conducían a las tres filas de bancos vacíos, acolchados y de madera blanqueada que había dentro. Se acomodó en la primera fila mientras el guardia cerraba y atrancaba la puerta.

Volviéndome hacia el Quórum, establecí contacto visual con cada uno de los doce Omniatos antes de cruzar miradas con Daleus.

—A petición de este honorable Quórum, he ido a Xelix Prime para evaluar la amenaza de los Titanes Veredianos —dije con voz tranquila y serena.

—Y para eliminarla —dijo Daleus.

—Si se justifica —corregí.

—El líder de los Titanes y el niño Sombra siguen vivos. ¿Estás diciendo que los rumores sobre su tremendo poder y temperamento volátil son falsos? —desafió Daleus.

—Estoy diciendo que observé a los niños aún más de cerca de lo que ya lo había hecho antes de esta misión y no encontré pruebas de que fueran una amenaza para nuestro pueblo, ni para nadie. Todo lo contrario.

—Una declaración audaz —dijo Sagan—. Algunos podrían creer que es tendenciosa —añadió, lanzando una mirada significativa hacia Kamala—. ¿Tienes pruebas que corroboren esa afirmación?

—Desde luego que sí —dije, sintiéndome ligeramente ofendido por su insinuación, aunque fuera válida.

Saqué el comunicador del bolsillo oculto de mi uniforme de agente y cargué las grabaciones de Xelix Prime. Anticipándose a mis necesidades, uno de los guardias bajó la pantalla gigante del techo. Con un movimiento del dedo, proyecté el primer video en la pantalla. La imagen se reproduciría a ambos lados de la pantalla en la orientación correcta tanto para el Quórum que tenía delante como para el público que estaba detrás de mí.

—Lo que están a punto de ver es mi primer encuentro con los niños cuando entré sigilosamente para evaluar la amenaza —dije antes de reproducir el video, cuyo audio se transmitía por el sistema de sonido de la Sala.

De la multitud surgieron murmullos incrédulos al ver al infame Vahl, a su hermano Sombra Tharek y a los Titanes Praghan y Dervhen, jugando todos juntos en estrecha camaradería y cuidándose unos a otros.

—Dentro de unos momentos, verán cómo Vahleryon detectó mi presencia cuando mi verdadera compañera salió de la casa, desencadenando nuestra Sintonía.

Los jadeos y la tensión aumentaron en la sala al oír a los Titanes gruñir y avanzar amenazadoramente hacia mí. La perspectiva en primera persona de la cámara aumentaba la sensación de intimidación. Al estar pegada a mi hombro, daba al espectador la ilusión de que los niños venían hacia ellos.

—¿Preguntaste por su poder, Omniato Daleus? Bueno, como puedes ver, son más que fenomenales. Podía sentir mi ubicación exacta. E incluso sin poder verme a través de mi escudo sigiloso, Vahleryon fue capaz de paralizarme utilizando su poder biocinético —dije, hablando de forma que enfatizara lo grave que había sido mi situación y aumentara la tensión—. Podría haberme matado con un pensamiento. *Podría* haberme matado con un pensamiento. ¿No es así como se comportan los Titanes cuando otro alfa se entromete en su territorio? ¿Atacar como animales descerebrados? Pero esto es lo que ocurrió en su lugar.

Los murmullos desconcertados subieron otro peldaño al ver la respuesta controlada de Vahleryon a mi presencia y a los jóvenes Rhadames teletransportándome fuera.

—Después de que Vahleryon me perdonara la vida, su Geminado no solo me salvó teletransportándome fuera de su territorio antes de que los guardias me atraparan, sino que

también evitó un conflicto intergaláctico si los Xelixianos atrapaban a un asesino Korletheano en la propiedad privada de su General. Éste no es el comportamiento de las bestias salvajes.

Para mi sorpresa, no percibí ningún resentimiento rabioso por parte de Daleus, sino el mismo asombro desconcertado que los demás. Aquello no cuadraba con su comportamiento hasta entonces casi fanático. No queriendo perder el impulso, dejé a un lado mi confusión y procedí a reproducir el video del incidente en el patio, provocando reacciones aún más fuertes entre los asistentes. De mi compañera, fluyeron hacia mí el orgullo y la esperanza, galvanizándome.

—Eso es... de lo más inesperado —dijo Daleus con voz vacilante. Habían desaparecido la arrogante certeza y la sed de sangre que habían dominado su discurso. No sabía cómo manejarlo —. ¿Pero cómo?

—En efecto —dijo Sagan—. ¿Cómo?

—Dejaré que un viejo amigo lo explique con sus propias palabras —respondí, reproduciendo la grabación de mi encuentro con Eryon en el claro.

La visión de Eryon provocó una mezcla de emociones airadas y reservadas, algunos lo veían como un traidor, otros no sabían qué pensar y otros más empatizaban con su elección.

Un pesado silencio se apoderó de la sala cuando terminó la grabación. Las miradas de doce pares de ojos pesaban sobre mí cuando la pantalla volvió a volar hacia el techo, y muchas más me taladraron la espalda desde el público.

—Como has dicho —dijo por fin la Omniato Theanna, rompiendo el espeso silencio—, Eryon presenta un caso convincente.

—Tienen casi mil quinientos niños, algo menos de la mitad de ellos Titanes. Sin embargo, hasta la fecha no se ha registrado ni una sola víctima mortal causada por ellos o incidente iniciado por ellos. Todo ello gracias a la labor de un único Korletheano, Eryon Valis —dije, vertiendo toda la pasión que podía reunir en mi voz—. Si queremos garantizar el mejor resultado posible, no podemos seguir de brazos cruzados. Tenemos que implicarnos. Sus padres no pueden hacer lo que nosotros. Ésta es nuestra oportunidad de corregir los errores de nuestro pasado, ayudando a criar mejor a estos niños y asegurando el futuro que todos queremos.

No pasé por alto la mirada de advertencia de Sagan, que me recordaba que debía andarme con cuidado. Aunque a Kamala se le permitiera asistir a esta reunión, no podía ser informada de la traición de nuestro pasado. También sabía que, independientemente de mi muerte, el primer tema que se debatiría por la mañana sería la anulación de aquella ley de ciudadanía.

—Estas sugerencias quedan fuera del ámbito de tu misión —dijo el Omniato Piatus con voz severa—. Cualquier curso de acción que pretendamos tomar con respecto a estos Titanes pertenece a una discusión aparte.

Me dieron ganas de abofetear al viejo decrépito, pero técnicamente tenía razón. Aun así, había conseguido lo que quería. Aunque ahora me hubiera callado, la semilla había sido plantada, y mi pueblo discutiría interminablemente sobre ello en las plazas y en sus casas. Mi misión estaba cumplida.

—Mis disculpas, Omniato Piatus —concedí con aparente humildad—. No pretendían ser sugerencias, sino las recomendaciones formales que suelen acompañar a un informe. Por todas las razones expuestas ante ustedes, he llegado a la conclusión de que los Titanes no son una amenaza, sino potencialmente el mayor activo de este mundo. Y ya he expuesto mis recomendaciones.

Se pellizcó los labios, pero me hizo un gesto rígido con la cabeza.

—Hay otro asunto que debería plantearse ante este honorable organismo —dije, eligiendo cuidadosamente mis palabras—. Como podría afectar gravemente a nuestra seguridad nacional, no divulgaré los detalles en esta Asamblea pública. Pero dejaré a discreción del Quórum y del Alto Mando de la Agencia Imperial la investigación de las actividades de la persona que fue designada como mi contacto en Xelix Prime. Esa agente o bien se ha vuelto renegada, o bien está recibiendo órdenes muy cuestionables de alguien que, estoy convencido, habla falsamente en nombre del Quórum. Los detalles de mi conversación con dicho agente han sido enviados, encriptados, a sus comunicadores personales.

El Quórum asintió, cada uno de ellos curioso por conocer la naturaleza de la amenaza. Una vez más, el estoicismo de Daleus me desconcertó. Las cuentas que financiaban la propaganda le pertenecían claramente, y sin embargo su reacción no se correspondía con la de un culpable pillado in fraganti.

¿Le han tendido una trampa?

—Examinaremos ese asunto una vez hayamos concluido éste —dijo el Omniato Piatus—. ¿Hay algo más que desees compartir con este cuerpo?

Una sensación de inquietud descendió sobre mí. La forma en que lo había dicho indicaba que, si era así, tenía asuntos propios que deseaba plantear. Mi instinto ya adivinaba de qué se trataba.

—Sí, Omniato, hay otro asunto —dije, sacando del bolsillo la holocarta que me había dado Eryon. La levanté para mostrársela a todos los presentes—. Esto me lo dio Eryon Valis. Me pidió que la entregara al Quórum, pues revela una serie de profecías que ha recibido. Según él, sería beneficioso para el Quórum conocerlas. No he visto su contenido, pues esas profecías no iban dirigidas a mí y, por tanto, no puedo hablar de su naturaleza o urgencia.

—¿Por qué deberíamos hacer caso de las palabras de un traidor? —preguntó Piatus con desdén.

—Eryon formaba parte de los Destinos. Algunas de las mayores profecías de nuestro tiempo fueron anunciadas por él —dijo Sagan—. Ignóralo si quieres, pero escucharé sus palabras.

—Yo también —dijo Theanna, indicando con la cabeza a uno de los guardias que cogiera la holocarta.

Se la entregué, y luego volví a mirar al Quórum.

—¿Algo más, Agente Thanis? —preguntó Piatus.

Esta vez, los demás Omniatos se volvieron para mirarle interrogadoramente, y en su voz se

percibía ya la maliciosa anticipación. Se me hizo un nudo en el estómago y dirigí una mirada a mi compañera, que también había sentido el cambio de viento.

—Una última cosa —dije, preparándome mentalmente para lo que vendría a continuación—. El día de mi partida, me enteré de que Minh Volghan, el médico Xelixiano apareado con la Verediana Maheva Fein, había encontrado la cura de la Mancha.

La multitud estalló en gritos de asombro, incredulidad y alegría... o quizá más bien de culpa aliviada.

—Es una noticia maravillosa —dijo Sagan, desconcertado—. Pero eso fue hace más de tres días. ¿Por qué no han hecho un anuncio público?

—Porque no podrán proporcionar la cura a su población sin nuestra colaboración —dije.

Todos los miembros del Quórum retrocedieron, excepto Piatus, que me miró con los ojos entrecerrados.

Tragué saliva antes de continuar.

—La cura requiere un único ingrediente que solo nosotros podemos proporcionar. El único ingrediente que llevan tres años pidiéndonos.

—¿Cómo consiguieron dicho ingrediente para validar la cura? —preguntó Sagan, con voz más fría.

—Le di a Eryon unas cuantas raíces de vryer para uso personal como gesto de amistad. Hace casi treinta años que no toma nada, desde el día de su captura por los Guldanos —dije con cuidado.

—¿Y *él* se las dio al Dr. Minh? —preguntó Sagan.

—Sí.

—¿Sin tu consentimiento? —insistió Sagan.

—Sí.

Gritos de “traidor” llenaron la sala mientras la multitud enfurecida expresaba su furia. La misma rabia y decepción emanaban del Quórum, mientras Daleus y Piatus rezumaban una petulante sensación de reivindicación.

Daleus levantó la palma de la mano, pidiendo silencio. La multitud obedeció.

—Te traicionó y, sin embargo, el traidor vive.

—Estuve a punto de ejecutarle cuando confesó lo que había hecho. Pero sin él para entrenar a los Titanes en el uso del *Kaa*, temo que los niños se vuelvan hacia la oscuridad. Por eso le perdoné la vida.

La indignación y la sensación de traición de mi compañera me quemaron como el ácido, pero ahora no podía centrarme en ella.

—Sin embargo, sus argumentos siguen siendo válidos. En los tres años transcurridos desde que intentaron en vano obtener raíces vryer, casi un millón de machos Xelixianos han muerto en la flor de la vida a causa de la Mancha. Millones más sufren una agonía diaria, privados de toda esperanza de futuro mientras retenemos la cura —supliqué—. Podemos corregir este error.

Podemos ser los héroes de Xelix Prime.

—¡Sabes perfectamente por qué no podemos permitir que las raíces de vryer se comercien libremente! —exclamó Daleus.

—¿Porque tememos que otras especies psiónicas puedan volverse más poderosas que nosotros? —grité, provocando algunos jadeos desconcertados tanto del Quórum como del público—. ¿Una especie entera sufre porque queremos aferrarnos a la ilusión de nuestro poder? Incluso sin sus Titanes y su limitado número, las Veredianas ya nos han superado hace tiempo. A pesar de que la Mancha les debilitaba, no podíamos garantizar ganar una guerra contra los Xelixianos solos. Nuestro reinado hace tiempo que pasó. Es hora de que salgamos de nuestro aislamiento y, sobre todo, de que nos resarzamos.

—¡BASTA! —gritó Sagan.

Su mirada furtiva a Kamala me recordó que casi había cruzado la línea que pondría en peligro su libertad. Pero la ira ardía en lo más profundo de mí. Estaba harto de las mentiras y los secretos, y de aquella absurda obsesión por la superioridad que justificaba la muerte de millones de inocentes.

—Tus palabras rozan la traición, Agente Thanis. Te sugiero que andes con cuidado —advirtió Sagan.

—Sus palabras son irrelevantes. Ya ha cometido traición —dijo Piatus, con una sonrisa feroz.

La cabeza de Sagan se movió hacia Piatus antes de volverse hacia mí con una mirada que me rogaba que negara la acusación.

—Sabía que este Quórum reaccionaría como acaban de hacerlo —dije, levantando la barbilla, impenitente—. Puede que a todos les parezca bien vivir sabiendo que cada día mueren más de cuatrocientos machos Xelixianos con un dolor atroz a causa de nuestra codicia egoísta, pero a mí no.

—¿Qué has hecho? —susurró Theanna, también deseosa de que lo negara todo.

—Ha enviado dos cargamentos de raíces de vryer al Consejero Lhor Kirnhan —dijo Piatus con desprecio—. Su recepción fue confirmada momentos antes de que este traidor desembarcara. Aunque declaramos un error en el envío, el Consejero se negó a renunciar al cargamento.

Esta vez, el alboroto de la multitud pidió mi ejecución entre gritos de “traidor” y otros insultos escogidos. Kamala se levantó de su banco, con el pánico escrito en sus bellas facciones. Le envié un poco de mi *Kaa*. No pareció servir de mucho para apaciguarla. No me arrepentía de lo que había hecho. Ahora más que nunca comprendía lo que Eryon había intentado decirme, lo que todos deberíamos haber comprendido hacía mucho tiempo.

—Tonto —dijo Sagan, sacudiendo la cabeza hacia mí con pena, pero también con determinación—. Has perdido la vida.

—Lo acepto —grité para que me oyeran por encima del alboroto de la multitud enfurecida. Sagan levantó la palma de la mano, exigiendo silencio. Aunque el ruido disminuyó considerablemente, no todas las voces se callaron—. Prefiero morir etiquetado como traidor,

pero con la conciencia tranquila, que seguir permitiendo el lento genocidio de inocentes. Los Xelixianos tienen ahora suficientes raíces para cultivar las suyas propias. Pero llevará tiempo, y muchos más de sus machos morirán. Elijan en qué lado de la historia quiere estar Korlethea. Ser los héroes que les proporcionaron la raíz salvadora que nosotros poseemos en abundancia o ser aclamados como los monstruos desalmados que permitieron egoístamente esas muertes.

—Xevius Thanis —dijo Piatus con voz solemne—, por tu acto de traición y tu evidente falta de remordimiento, te condeno a que te quemen los ojos, te extirpen la lengua y los dedos, y te destierren a las Tierras Estériles, donde morirás solo y expuesto. Todos los que estén a favor digan "sí".

La multitud prorrumpió en un potente "sí" al unísono. Apreté la mandíbula y enderecé la espalda, manteniendo la cabeza erguida mientras, uno a uno, cada uno de los Omniatos también decía "sí". Theanna y Sagan pronunciaron la palabra con tristeza mezclada con decepción. Incluso Daleus parecía algo triste por mi destino.

—Que venga el verdugo —dijo Piatus.

—¡NOOOOO! —gritó Kamala. Saltando por encima del corto muro que rodeaba el palco de los dignatarios, intentó correr hacia mí solo para verse acorralada por una docena de guardias.

—¡NO LE HAGAN DAÑO! —grité.

Mi compañera activó el escudo de su brazal y se lo estampó en la cara a un guardia, mientras daba una patada en la espalda a otro. Pero sin su armadura ni sus armas, no tenía ninguna posibilidad contra tantos. Sabiamente, se apartaron y la apuntaron con sus blásters. Rodeada, Kamala se sabía derrotada. Aunque intentara abalanzarse sobre un par de ellos, le dispararían por la espalda. Por suerte, todos los blásters estaban preparados para aturdir.

—*Fehama*, no pasa nada —dije suavemente—. No pasa nada. Esto no es...

Lo sentí justo cuando se disolvía su escudo de sigilo. Victus, el primogénito de Theanna, estaba junto a mí, con la daga desenvainada. Su sentimiento de culpa, dominado por una extraña mezcla de esperanza y determinación, me golpeó segundos antes de que la sensación ardiente de su hoja atravesara mi pecho. Jadeé, y mis pulmones se llenaron de sangre al instante. El brazo de Victus me rodeó mientras me acercaba los labios a la oreja.

—Perdóname, hermano. Confía en el Destino —susurró, retorciendo la daga en mi pecho mientras me bajaba suavemente al suelo.

—¡XEVIUS! —gritó Kamala entre los gritos de pánico.

Oí vagamente sus pasos mientras corría a mi lado. Victus, con las manos ensangrentadas levantadas en señal de rendición, se apartó de mí antes de arrodillarse en señal de sumisión. Un líquido caliente goteaba a los lados de mi boca mientras mi cuerpo se enfriaba. Me hormigueaba la piel, como en ese instante antes de perder el conocimiento, la sensación crecía a un ritmo exponencial.

Kamala cayó de rodillas a mi lado, con lágrimas corriendo por su hermoso rostro. Intenté decir su nombre, pero solo salió un gorgoteo húmedo.

—Quédate conmigo —suplicó—. Por favor, por favor, quédate conmigo. Te amo. Por favor... ¡Por favor!

Me arrancó la cuchilla del pecho y se pasó la mano por la herida. Un calor abrasador se extendió por mi pecho. Las cosas cambiaron en mi interior mientras mi compañera intentaba sellar temporalmente mis heridas con su poder. Pero fue demasiado lento, demasiado poco, demasiado tarde.

—*Fehama* —dije.

Bajo la interminable súplica de mi alma gemela para que resistiera, un velo oscuro descendió ante mis ojos. A pesar de la profunda pena que aplastaba mi alma ante la angustia de mi mujer, el dolor se desvaneció y una extraña sensación de paz me envolvió. Lo último que oí antes de desaparecer de este mundo fue a mi compañera gritando mi nombre.



CAPÍTULO 15

—Excelente, Rhadames —dije, observando cómo el chico empujaba simultáneamente su *Kaa* a sus dos hermanos mayores.

—¡Soy increíble! —dijo el chico, provocando la risa indulgente de Zhara.

—Sí, lo eres —dijo Vahl con una sonrisa afectuosa hacia su Gem.

La profundidad del amor entre Geminados, y sobre todo de un depredador como Vahleryon, nunca dejaría de sorprenderme.

—¡Me toca a mí! —exclamó Zharina—. Voy a...

Zhara se quedó inmóvil, mirando al frente. Con los labios entreabiertos y los ojos vidriosos, su mente nos abandonó para vagar por el túnel del tiempo y el espacio.

—¿Zha? —preguntó Rhadames en tono preocupado.

—No pasa nada —dijo Vahl—. Está viendo cosas.

Me arrodillé en la hierba frente a ella, estudiando sus rasgos. Tanto Zhara como su madre habían heredado parcialmente de mí la capacidad de ver el futuro. Sin embargo, a diferencia de mi Amalia, que podía mirar deliberadamente los próximos cinco a veinte minutos del futuro de un objetivo concreto, Zha no tenía control sobre su poder. Al igual que una Vidente, las visiones le llegaban al azar, aunque solo en muy raras ocasiones para ella.

La expresión de Zhara se tornó lentamente en horror, y sus ojos se llenaron de lágrimas. Los niveles de agresividad de Vahl aumentaron inmediatamente. No soportaba ver a su gemela triste o disgustada. Parpadeó, saliendo de su visión, y me miró con desesperación.

—¡La Tía Kamala está llorando! ¡Han matado al Tío Xevius! —exclamó, con lágrimas cayendo por su carita. Se volvió hacia su hermano pequeño—. ¡Llévanos allí! ¡Tengo que ayudarles!

—¡Pero no sé dónde está! —dijo Rhadames, con el rostro contraído por la pena.

Sentí que la sangre se me escurría de la cara ante la confirmación del fallecimiento de mi amigo. Luego me puse rígido, atónito, cuando por fin comprendí. La palabra de Xevius se repitió en mi cabeza acerca de que los tres hijos de Amalia estaban allí en el momento de su muerte. Pero había sido una visión, no una profecía. La decisión que tomara en los próximos segundos

alteraría el curso del futuro.

Ya vamos, hermano.

—Rhadames, ¿recuerdas que te he enseñado a compartir las imágenes en tu mente?

—Sí, Abu.

—Te mostraré dónde está el Tío Xevius. Llévanos allí —dije. Cogiendo su cara entre mis manos, introduje en su joven mente la imagen de la Sala del Quórum, tan detallada como la recordaba.

—Lo veo —dijo Rhadames, extendiendo sus manos hacia el frente.

—Date prisa antes de que su luz desaparezca por completo —suplicó Zhara.

Nunca se había intentado recorrer una distancia tan larga. Era un riesgo insensato por el que, sin duda, sus padres me despellejarían vivo. En circunstancias normales, ni siquiera me lo habría planteado, pero la visión de Jaya confirmó que el chico saldría ileso.

Me agarré al antebrazo de Rhadames, y sus hermanos se apoderaron cada uno de una de sus manos. Segundos después, la sensación nauseabunda de la caída libre me golpeó, y mi visión se oscureció. Por un momento, el tiempo pareció detenerse, y entonces, como si me absorbiera el vacío, me encontré a menos de tres metros de Kamala y Xevius. Sentí que su alma abandonaba su cuerpo justo cuando ella gritaba su nombre.

Las rodillas de Rhadames se doblaron. Le cogí antes de que se desplomara.

—¡INTRUSOS! —gritó uno de los guardias, y todos volvieron sus blásters hacia nosotros entre los gritos de pánico de la multitud.

Se me heló la sangre al darme cuenta de lo tonta e impulsivamente que había reaccionado, sin tener en cuenta el hostil comité de bienvenida que nos esperaba.

—¡NO! —gritó Vahleryon.

Bajó las palmas de las manos, como si cerrara violentamente la tapa de un gran maletín. Todos los presentes, incluidos los doce Omniatos, fueron arrojados de rodillas, con las manos obligadas a presionar el suelo. Los blásters de los guardias repiquetearon contra la dura superficie del suelo al soltarlos.

Se me puso la piel de gallina al reconocer la escena de mi profecía.

Zharina tocó el rostro de su hermano menor, y éste pareció recuperar inmediatamente parte de su agotada fuerza.

—¡Zharina! ¡Ayúdanos! —gritó Kamala, con esperanza y desesperación en su voz.

—No te preocupes, Tía Kamala —dijo Zharina, agitando las manos ante ella como si estuviera tejiendo unos hilos invisibles en el aire. Segundos después, aparecieron unas luces centelleantes sobre el cadáver de Xevius. Se unieron y se agitaron, multiplicándose en número antes de fusionarse hasta adoptar la forma de Xevius—. Te tengo, Tío Xevius —dijo mi nieta.

Hipnotizado, observé cómo la niña sujetaba con un hilo el alma de mi amigo. Recorrió la corta distancia que la separaba de su cadáver y se arrodilló junto a él.

—Por favor, ábrele la armadura, Tía Kamala —dijo Zharina.

—Vale —respondió Kamala, claramente conmocionada.

Tanteó con el cierre magnético del traje, sus ojos parpadeaban constantemente hacia la forma etérea de su alma, como si temiera que desapareciera. Xevius la miró con la misma incredulidad que todos los presentes, antes de mirar a Zharina. Ella colocó la palma de la mano sobre la herida abierta en su pecho y, ante nuestros ojos, la herida empezó a cerrarse sola a una velocidad vertiginosa.

De repente, me sorprendió el inquietante silencio, no sabría decir si Vahleryon también había silenciado sus lenguas o si el puro asombro había enmudecido a todo el mundo. Mirar alrededor de la sala me resultó agridulce. Estar de pie de nuevo en la sala de nuestros ancestros, cruzar la mirada con mis hermanos Destinos y nuestras hermanas Oráculo, estar rodeado de nuevo por mi pueblo, a pesar de su odio por mi supuesta traición... Mi corazón se regocijaba y a la vez se estrechaba de dolor.

Y entonces me fijé en Victus, a apenas dos metros del cuerpo de Xevius, con la mano cubierta de sangre. Mis ojos se abrieron de par en par y sacudí la cabeza hacia él, incrédulo, deseando que me dijera que me había equivocado por completo. Pero sus ojos confirmaron su culpabilidad. Abrí la boca para preguntarle por qué, pero Zharina bajó la mano y el alma de Xevius pareció ser absorbida por su cuerpo.

Sus ojos se abrieron de repente de par en par y su espalda se arqueó mientras jadeaba ruidosamente.

—¿Xevius? ¿Estás bien? —preguntó Kamala, cogiéndole la cara entre las manos.

Su compañero parpadeó, con los ojos ligeramente en blanco antes de obligarlos a centrarse en su *Sareema*.

—*Fehama* —susurró Xevius.

Kamala estalló en una carcajada lacrimógena y le aplastó los labios con un beso antes de apoyar la frente en la de él. Levantó una mano temblorosa para sujetarle la nuca y le dio un suave apretón. Enderezándose, Kamala abrazó a su sobrina por encima de Xevius, cubriéndole la cara de besos, lo que hizo que la niña soltara una risita. Poniéndose en pie, Kamala ayudó a su compañero a levantarse. Aunque visiblemente conmocionado—quién no lo estaría después de morir—Xevius parecía firme sobre sus pies.

—Gracias, Zharina —dijo Xevius, mirando a mi nieta con asombro.

Ella sonrió orgullosa, hinchando el pecho.

—De nada, Tío Xevius. Pero todos ayudaron —añadió, señalándonos a sus hermanos y a mí.

Se volvió para mirarnos, la profundidad de la gratitud en sus ojos me conmovió hasta la médula.

—Gracias, niños. Y gracias a ti, hermano.

—Sí, gracias —dijo Kamala apoyándose en Xevius.

Él le rodeó la cintura con un brazo protector y le besó la sien antes de mirar alrededor de la habitación. El mismo asombro incrédulo que sentía se reflejó en su rostro ante la aparente

capacidad sin esfuerzo de Vahleryon para controlar tantos cuerpos a la vez. Su mirada se posó entonces en el muchacho, llena de respeto y esperanza. En ese instante, se evaporó cualquier duda que aún pudiera tener Xevius sobre el potencial de mi nieto para cumplir la visión del Gran General. El orgullo llenó mi corazón cuando miré a Vahleryon y sentí el estricto control que ejercía sobre su ira incipiente por el ataque al compañero de su tía. No sentía un amor especial por Xevius, pues solo había interactuado brevemente con él una vez. Pero su vínculo con Kamala lo convertía en familia, y el chico lucharía por la familia hasta su último aliento.

Xevius miró al Quórum con frialdad y desapego. Luego se volvió hacia Victus, con confusión y traición en los ojos.

—¿Por qué? —preguntó Xevius.

Victus miró a Zharina, se lamió los labios nerviosamente y luego su mirada se desvió hacia el Quórum. Todos nos volvimos hacia los Omniatos, preguntándonos qué estaba mirando, cuando Zhara hizo una doble mirada. Ladeó la cabeza y frunció el ceño mientras miraba fijamente a Theanna.

—Oh, Diosa —susurré antes de mirar a Victus—. ¡Lo sabías!

—¿Qué? —preguntó Xevius.

Antes de que pudiera responder, Zhara empezó a caminar hacia el estrado de los Omniatos.

—¡Zha! —exclamó Vahleryon, con preocupación en los ojos mientras veía alejarse a su gemela.

Ella se detuvo y lo miró por encima del hombro.

—Tranquilo, Vahl. No tardaré.

Reanudó sus pasos y se acercó a Theanna, que la miraba con una mezcla de miedo, esperanza y asombro.

—Te dolerá —dijo Zharina.

Con los ojos brillantes, Theanna asintió bruscamente con la cabeza. La niña rodeó el cuello de la Omniato con los dedos. En cuestión de segundos, mi otra profecía se hizo realidad cuando Theanna pareció ahogarse con la mano de una Verediana enroscada alrededor de su garganta. La barbilla de Victus tembló, sus ojos se llenaron de lágrimas de alegría.

—Confía en el Destino... —susurró Xevius mientras se frotaba el pecho donde le había clavado la daga—. Sabías que vendría a por mí —afirmó, mirando a Victus.

Victus asintió.

—La Oráculo dijo que si morías en este piso, o yo sería desterrado, o la niña sanadora te traería de vuelta y curaría a mi madre.

—¿Así que mataste a mi compañero por casualidad? —preguntó Kamala, con rabia en la voz.

—Estaba condenado de cualquier forma —replicó Victus, impenitente—. Y la muerte a mis manos fue más misericordiosa que la que le esperaba en las Tierras Estériles.

Se volvió para mirar a su madre, cuya piel había recuperado su saludable brillo dorado. Las mejillas de Theanna estaban más llenas, sus ojos ya no estaban hundidos y su pelo parecía más

voluminoso y brillante. Todos los signos de dolor y sufrimiento habían abandonado los rasgos de la Omniata. Contempló a mi nieta como si la propia Diosa estuviera ante ella.

—Por este milagro, lo arriesgué todo con mucho gusto. En estos tiempos difíciles, Korlethea la necesita. Ambos lo saben —dijo Victus, mirándonos a Xevius y a mí por turno.

—¿La anulación? —preguntó Xevius—. ¿Fuiste tú?

Victus volvió a asentir, con cara de vergüenza.

—Necesitaba asegurarme de que no fueras primero a la Agencia. Te habrían condenado antes de enfrentarte al Quórum. Ahora me doy cuenta de que fue por las raíces.

—¡Casi muere! —exclamó Kamala, dando un paso hacia Victus—. ¡Habría muerto si yo no hubiera estado en esa nave!

—¡Pero no murió! —dijo Victus, levantando la barbilla desafiante—. La visión...

—¡A LA MIERDA LA VISIÓN! —gritó Kamala, levantando las manos—. Son tan esclavos de esas *visiones* y *profecías* que juegan con la vida de otras personas con la remota posibilidad de que sus deseos se hagan realidad.

—Kamala... —dijo Xevius en tono apaciguador mientras le ponía una mano tranquilizadora en el brazo.

—¡No me digas nada! —espetó ella, liberándose de su mano—. Estuve a punto de no subir a esa maldita nave. ¿Qué habrías dicho entonces cuando la brecha en el casco hubiera destrozado la nave y asesinara a mi alma gemela? Uy, resultado equivocado. Culpa mía.

—Habría sido el Destino —dijo Victus.

—¡Argh! ¿No se te ha pasado por la cabeza que, en vez de ser los imbéciles antisociales en los que se han convertido desde la maldita Guerra de los Titanes, tu madre podría haberse limitado a hacer un viaje en lanzadera de tres días a Xelix Prime, solicitar una audiencia con Khel Praghan y preguntarle si su hija podía curar a una Omniato Korletheana moribunda?

Victus parpadeó y se quedó mirándola sin habla.

—¡Si no estuvieras paralizado ahora mismo, te daría una paliza y haría entrar en razón a esa cabeza hueca tuya! —gruñó antes de darle la espalda.

Xevius atrajo con cuidado a Kamala hacia sí, y ella se aferró a él con la energía de la desesperación, aún conmocionada por haberle visto morir. Presenciar aquel intercambio terminó de cimentar las dudas que habían ido creciendo en mi corazón y en mi alma durante décadas de esclavitud y luego de años de exilio. Korlethea había perdido el rumbo en la época que condujo a la Guerra de los Titanes y nunca encontró el camino de vuelta. Nuestra obsesión por manipular el futuro nos había hecho olvidar nuestro verdadero papel como guardianes del Destino.

—Ya está. Nunca volverás a sentir ese dolor —dijo Zharina con su voz dulce e infantil.

—¿Por qué? —preguntó Theanna—. ¿Por qué me curaste?

Zharina ladeó la cabeza, mirándola perpleja.

—Porque puedo —dijo como si fuera evidente—. ¿Por qué dejarte sufrir cuando tengo el poder de aliviarte?

Xevius resopló y sacudió la cabeza.

—¿La salvaste aun sabiendo que me había enviado a matarte a ti y a tus hermanos?

—La salvó porque es lo correcto —dijo Vahleryon, tendiendo una mano hacia su hermana. Zharina lanzó una última mirada a Theanna y luego se unió a su hermano, cogiéndole la mano—. Papi nos enseñó que un gran poder conlleva una gran responsabilidad. Que un buen hombre no utiliza su gran poder para maltratar a los más débiles. Podría matarlos a todos por hacer daño al Tío Xevius y por hacer llorar a la Tía Kamala. Un pensamiento y podría matarlos a todos. Quiero hacerlo. El animal furioso que llevo dentro lo desea.

Zharina miró a su hermano mayor y sonrió. Él le devolvió la sonrisa y hundió el dedo en uno de sus hoyuelos, una señal de afecto que siempre mostraba con su Gem y su gemela, que habían heredado los hoyuelos de su padre, Lhor.

—Pero no lo haré. Porque no soy un animal. No *somos* monstruos —dijo Vahleryon, haciendo contacto visual con cada uno de los Omniatos que seguían arrodillados ante nosotros—. Abu nos dijo que podíamos elegir entre convertirnos en los salvadores de la galaxia o convertirnos en animales. Elegimos *no* convertirnos en animales. Y fue difícil porque yo estaba enfadado. Muy enfadado. Siempre quería hacer daño a mi Papi. ¡A MI PAPI! —repitió con fuerza, golpeándose el pecho con el puño.

Las lágrimas le punzaban los ojos y arrugaba la cara intentando controlar sus emociones. Se me hizo un nudo en la garganta al recordar lo destrozado y avergonzado que se había sentido todas las veces que su instinto depredador le había instado a eliminar la amenaza alfa que representaban para él sus padres, Ghan, Sohr y tantos soldados de la Primera División.

Zharina le besó la mejilla y le acarició el hombro, enviándole un poco de su *Kaa*. Rhadames se liberó de mi abrazo y se acercó a su hermano, bañándole también con ondas calmantes. Le cogió la mano y ambos intercambiaron una mirada afectuosa antes de que Vahleryon volviera a centrar su atención en el Quórum.

—Pero Abu me salvó. Abu me enseñó la paz para que no hiciera daño a la gente que quiero. Abu me enseñó el *Kaa*. La ira ya no me controla, *yo la* controlo —dijo Vahleryon con orgullo.

Mi corazón se hinchó, no solo por este reconocimiento, sino por ser testigo de lo lejos que había llegado mi nieto desde aquel primer día en que casi me mata.

—*Ustedes* son los monstruos. No *nosotros*. Podrían habernos ayudado. En vez de eso, intentan hacernos daño porque tienen miedo. Pues nosotros no tenemos miedo —dijo Vahleryon —. Y no vamos a dejar que *sus* miedos *nos* conviertan en monstruos. Si no van a ayudarnos, aléjense. Porque hemos elegido ser grandes guerreros, con o sin ustedes. Y traeremos la paz a todos los habitantes de la galaxia... Incluso a ustedes.

Un pesado silencio se apoderó de la sala mientras miraban fijamente al Gran General. Xevius había querido grabar al muchacho, sin ensayar. Esto no podría haber salido mejor si hubiera sido orquestado. Ninguna palabra podría describir el orgullo que sentí en aquel instante. Cualquiera con ojos podía ver que el viento había cambiado y soplaría en toda Korlethea con los medios de

comunicación que seguían retransmitiendo esta sesión. Se avecinaban tiempos difíciles para mi mundo natal, pero se había sembrado la tan necesaria semilla del cambio.

—Volvamos a casa —dijo Vahleryon en voz baja a su Gem.

Rhadames asintió, y Zharina le puso las manos encima para curar aún más la tensión residual que había sufrido al teletransportarnos a los cuatro tan lejos de casa.

—Tía Kamala, Tío Xevius —dijo Vahleryon, haciéndoles un gesto para que se acercaran. Xevius se quitó la insignia de Agente Imperial y la tiró al suelo; luego, rodeando a su mujer con el brazo, se acercaron y cada uno cogió una de las manos de Rhadames—. Tú también, Abu.

—No puedo...

—No pasa nada —dijo Vahleryon, interrumpiéndome—. No pueden hacernos daño.

Dudé y estuve a punto de discutir. Pero con tantos ojos observando, cualquier muestra de falta de confianza lo debilitaría, aunque era la preocupación por su bienestar lo que alimentaba mi reticencia. Silenciando mis recelos, apoyé la mano en el antebrazo de su hermano menor, lo que me valió una sonrisa de agradecimiento. Me di cuenta entonces de que lo que pensara mi gente era irrelevante; hacer saber a Vahleryon que confiaba en él era lo único que realmente importaba.

La sensación de caída volvió a invadirme. Segundos después, Kamala, Xevius y yo estábamos de pie en el patio trasero de la residencia de los Praghan, a pocos metros del lugar donde los niños se habían enfrentado a Xevius. Con el corazón palpitante, mi ansiedad aumentaba con cada segundo que los niños no aparecían. Sonó la alarma, el sistema de seguridad mejorado desde la intrusión de Xevius había detectado la presencia de un Korletheano distinto de mí en el lugar.

—Volverán —dijo Kamala con convicción—. Está curando a Rhad antes de que viajen. Esto tiene que suponerle un gran esfuerzo.

Como en respuesta a su comentario, los tres niños aparecieron ante nosotros, sanos y salvos, con Rhadames al borde del agotamiento. Cuando lo cogí en brazos, llegó corriendo un contingente de guerreros de la Primera División con un Khel muy enfurecido al frente.



CAPÍTULO 16

KAMALA

—Así que... después de todo, Khel no mató a tu compañero —dijo Aleina burlonamente, sentándose en una cómoda silla junto a la mía. Estábamos esperando en la Sala de Situación del complejo militar de Khel a que llegaran él, Ghan y Lhor para nuestra reunión.

—No por falta de intentos —dije riendo entre dientes—. Los niños se interpusieron en su camino, y cuando empezó a apartarlos, Vahl lo paralizó con su poder —Aleina se echó a reír y yo me uní a su hilaridad—. Tendrías que haber visto la cara de Khel. No tenía precio.

—Me lo imagino —dijo Aleina, acariciando el pequeño bulto de su vientre—. ¿Qué dijo?

—Evidentemente, exigió a su hijo que lo liberara de inmediato, pero Vahl dijo que no podían dejar que hiciera daño a su tío —dije, balanceando la pierna cruzada de un lado a otro—. A lo que mi querido compañero dijo: "Sé que estás enfadado conmigo, General. Pero teniendo en cuenta que he muerto hace unos minutos y que tu encantadora hija *acaba* de traerme de vuelta, prefiero no repetir la experiencia hoy... ni en ningún momento próximo".

Aleina volvió a reír y sacudió la cabeza.

—Qué listillo —murmuró, divertida.

—No tienes ni idea —dije, poniendo los ojos en blanco con fingida desesperación.

Un silencio expectante se instaló entre nosotros. Aleina me miró con aquella mirada suave y apacible que había adquirido desde que se había convertido en madre y se había despojado del manto del Almirante Lee. Se me contrajo el pecho, desvaneciéndose toda alegría.

—Le vi morir, Lee —susurré, con el trauma de ayer aún ardiendo en lo más profundo de mí —. Le sostuve mientras se desangraba ante mí, y mi poder fue demasiado lento. Apenas le conozco, y sin embargo....

—Y sin embargo, le amas —terminó Aleina por mí cuando mi voz se entrecortó.

La miré, atormentada, con lágrimas punzantes en los ojos.

—Sentí cómo me arrancaban el corazón del pecho. Cómo mi sangre se había convertido en ácido. No podía respirar... —inspiré profundamente para calmar mis emociones crispadas—. Él lo sabía. Entiendo por qué no me lo dijo. Probablemente yo habría hecho lo mismo, pero... me

siento tan enfadada... tan traicionada....

—La ira es normal —dijo Aleina con voz tranquilizadora—. Sobre todo durante tu período. ¿Recuerdas cómo saludé a Mercy durante el mío?

Resoplé, recordando lo despiadada que había sido.

—Estoy loca por él. Se sacrificó mucho para hacer lo correcto, y quiero creer que es para estar conmigo. Pero su cultura está tan desordenada. ¿Cómo vamos a hacer que esto funcione? Ni siquiera entiendo cómo se las arregla su sociedad para funcionar del modo en que manipulan las visiones y se inclinan ante las profecías. Así *no* es como quiero vivir mi vida ni criar a mis hijos.

—Y no tendrás que hacerlo —dijo Aleina con calma—. Xevius ha sido desterrado de Korlethea. Ahora vivirá entre nosotros y se adaptará a nuestras costumbres igual que hizo Eryon.

—No puedo exigirle que abandone su cultura y sus creencias solo porque yo no las apruebe —dije negando con la cabeza—. Eryon no es tan duro en sus creencias como Xevius.

Aleina se rio y sacudió la cabeza.

—Cariño, Eryon es un Korletheano mucho más duro que tu compañero. Él solo pone a su familia por encima de su pueblo y sus costumbres. Tu compañero está entrenado militarmente para seguir y defender las reglas de su pueblo. Lo hace por deber y honor, no por convicción. Conozco a un soldado que ha perdido la llama cuando lo veo. Necesita que le des un nuevo propósito y le hagas comprender que está bien seguir su conciencia y su corazón.

—¿Cómo estás tan segura? —pregunté, una vez más asombrada por la capacidad de mi hermana mayor para ver siempre las cosas con tanta claridad.

—Perdonó a nuestra hermana cuando todos los demás Korletheanos del recinto habían pedido su muerte. Perdonó a nuestros niños cuando su pueblo casi le exigió que los matara. Perdonó a Eryon a pesar de tener dos casos de “traición” que poner a sus pies —dijo Aleina con convicción. Inclinándose sobre la mesa, tomó mi mano entre las suyas—. Pero el día en que envió esos dos cargamentos de raíces de vryer a Lhor borró cualquier duda que tuviera. Xevius había roto el rango incluso antes de abandonar su mundo natal para venir aquí. Conocerte a ti, a los niños y cualquier otro asunto que le impulsara a abandonar su primer refugio selló el acuerdo.

Una vez más, me sentí incompetente en comparación con mi hermana. Ella, como Khel—y en muchos aspectos también Ghan—tenía una forma de ver las cosas que los demás no veían, de analizarlas y organizarlas de una forma clara y estructurada que mostraba patrones y significados más profundos.

—Nunca podré estar a tu altura —solté, y al instante me arrepentí de ello.

Los ojos de Aleina se llenaron de compasión, y de repente me sentí como la niña pequeña que había sido, siguiéndola a todas partes como un cachorro.

—¿Tanto te duele? —preguntó en tono compasivo.

—*Estoy* abrumada —admití, con un nudo en la garganta—. No quiero defraudar a nadie, pero... no puedo hacer lo que tú haces... lo que tú hiciste. No soy ese tipo de líder. Cada día, este

informe y aquel otro me hacen darme cuenta de tantas cosas que se me pasan por alto. E incluso una vez que soy consciente, no sé qué hacer con ello. La verdad es que he confiado mucho en Khel. Y no creas que no me he dado cuenta de cómo ha estado insinuando las cosas que se me pasaban por alto o recogiendo después de mí. Estoy fracasando estrepitosamente.

—No estás fracasando, Kamala. Tú...

—Estoy fracasando, Aleina. Comparada contigo, lo estoy —repliqué enérgicamente—. Lo odio. Lo siento, pero lo odio de verdad. No pasa un día sin que desee que volvamos a ser como antes. No es justo para ti ni para tu familia, pero así es. Al igual que Ghan, no deseo ser yo quien mande. Somos Primeras Oficiales por elección, porque destacamos en hacer brillar a un gran líder, y en hacer agujeros en tus grandes planes maestros. Pero yo soy malísima para idear esos planes. Mi cerebro no funciona así.

—¿Qué estás queriendo decir? —preguntó Aleina en voz baja.

—Digo que cumpliré con mi deber por el bienestar de nuestras Hermanas y nuestros niños, pero tenemos que encontrar a una persona mejor que yo.

—¿Quién?

Resoplé y apreté la mano de mi hermana.

—Me encantaría decir que tú, pero jubilar al Almirante Lee ha hecho maravillas contigo. ¿Quién iba a pensar que bajo ese ciborg sarcástico y odioso se escondía una mujer tan suave y maternal?

Aleina soltó una risita.

—Echo de menos encarnar a ese cabrón engreído. Era divertido —dijo, y sus ojos adoptaron una mirada lejana al recordarlo, antes de volver a centrarse en mí—. Lo estás haciendo mucho mejor de lo que crees. En realidad, mucho mejor de lo que esperaba.

—¡Caramba! —dije, lanzándole una mirada incrédula—. ¡Gracias por tanta confianza!

—Te conozco, Kamala. Sabía que esto no era para ti, pero también sabía que darías un paso adelante cuando más te necesitáramos. Y lo has hecho —su pulgar me acarició los nudillos y me miró con tanto afecto y orgullo que el pecho volvió a oprimírseme—. Necesitamos que lleves esa carga un tiempo más. El alivio *llegará*. Estamos todas juntas en esto. Mientras tanto, no pasa nada por pedir ayuda. No seas como yo e intentes hacerlo todo tú sola.

Resoplé.

—Ni hablar. Eras literalmente una máquina. Aún no estoy segura de que no lo seas —dije con cara burlona.

Seguimos parloteando unos minutos más antes de que los chicos hicieran por fin su aparición. Khel seguía con su cara melancólica, lo que me hizo reír de nuevo. Me fulminó con la mirada, pero le conocía lo suficiente como para saber que no había ira real en ella, sino mucha preocupación. Su mundo perfecto se había puesto patas arriba últimamente—todas nuestras vidas lo habían estado—y sus instintos protectores le arañaban para mantener a salvo a sus hijos y a sus seres queridos.

Lo comprendía perfectamente.

Se sentó al otro lado de la mesa con Lhor a su lado. Ghan se sentó junto a su compañera, cogiéndola de la mano. Aún me maravillaba ver cómo aquella montaña gruñona se convertía en un charco cada vez que estaba en presencia de mi hermana.

—Si me lo permiten, inauguraré esta reunión con algunas noticias —dijo Lhor, con una expresión ilegible en el rostro. Volvió hacia mí su rostro asombrosamente bello, con un brillo travieso en los ojos—. Al día siguiente de que tu compañero visitara al Presidente Frebhin, su asistente durante casi diez años, *Seha* Chana Bremhin, presentó repentinamente su dimisión. Alegando una emergencia familiar, solicitó permiso para marcharse antes del fin de semana, avisando con solo dos días de antelación.

—¿Qué? —preguntó Khel, lanzándome una mirada suspicaz que no me gustó nada—. ¿Qué le ha hecho él a ella?

Lhor sonrió a su Gem con aquella expresión enigmática que antaño solía debilitarme las rodillas. Era refrescante poder mirarle y admirar su belleza sin sentirme culpable por mi enamoramiento de él. No creía que ningún otro hombre pudiera volver a conmoverme ahora que había encontrado a mi Xevius.

—¿*A* ella o *por* nosotros? —preguntó Lhor con una sonrisa cómplice que nos desconcertó a todos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Ghan.

—A todos nos pareció bastante sospechosa esa partida —explicó Lhor—. Así que investigué un poco sus antecedentes y descubrí algunas discrepancias bien ocultas, que me llevaron a más discrepancias y datos inexactos en sus archivos. Tuve que utilizar algunos medios no del todo legales y, con la ayuda de Amalia, pudimos acceder al historial médico original de *Seha* Bremhin. Contrariamente a lo que figura en su expediente personal, no es la hija huérfana de unos granjeros del distrito de Xelhin, sino la hija de un Xelixiano y una Korletheana.

—¡¿Qué?! —exclamé, con el eco de los demás alrededor de la mesa.

Lhor asintió, con una expresión de suficiencia en el rostro.

—A raíz de ese descubrimiento, desempolvamos el despacho del Presidente en busca de más muestras de su ADN para volver a comprobar que, efectivamente, era una híbrida. Se confirmó. El Presidente Frebhin está furioso. Ser Korletheano no es un delito, pero el hecho de que se esforzara tanto por ocultarlo implica una intención corrupta.

—¿La han detenido para interrogarla? —preguntó Khel.

Lhor sacudió la cabeza con expresión decepcionada.

—Por desgracia, abandonó el planeta en su último día de trabajo. Frebhin está haciendo que inspeccionen su oficina en busca de errores y que comprueben sus ordenadores en busca de virus.

—Por los dientes de Gharah —susurró Ghan—, ¿podría ser ella la traidora?

—Pienso exactamente lo mismo —dijo Khel.

—Eso explicaría por qué todo el tiempo que estuvimos intentando desmantelar las Casas de Sangre, se siguió filtrando información altamente sensible que solo conocían la Primera División y el Consejo —reflexionó Ghan en voz alta—. Varrek casi siempre sabía de nuestras incursiones, salvo las pocas veces que lo mantuvimos todo en secreto hasta el último segundo.

—Además, hay indicios de que estaba implicada de algún modo en la propaganda anti Verediana —añadió Lhor.

—Que cesó de repente al día siguiente de su dimisión —dijo Aleina, estupefacta—. ¿Podemos encontrarla?

—Ésa es una pregunta para ti, Khel —dijo Lhor—. Los servicios secretos acaban de completar su investigación inicial. El Presidente se pondrá en contacto contigo en breve para solicitar que la Primera División se una a los esfuerzos por localizarla. Quiere que esto se mantenga en secreto. Diez años de acceso a nuestra información más sensible es un duro golpe. También querrán hablar con tu compañero, Kamala.

—No dirá nada que pueda incriminar a Korlethea —dije, con la columna vertebral rígida—. Cuando estuvimos ante el Quórum, les entregó un expediente en el que decía que creía que su contacto en Xelix Prime se había vuelto renegado o estaba recibiendo órdenes de alguien que fingía hablar en nombre del Quórum. Creo que los Korletheanos también querrán investigarlo.

—Sea como fuere, el Consejo ha rescindido la invitación a la delegación Korletheana —dijo Lhor—. Sorprendentemente, no han discutido.

—En realidad no me sorprende —dije, pensativa—. Se está gestando una tormenta de mierda en Korlethea. Creo que ahora mismo tienen asuntos más urgentes de los que ocuparse que tratar de expulsar a los Tuureanos.

—Eso no significa que no vayan a hacerlo igualmente —advirtió Aleina.

—Lo sé, y procederemos según lo previsto revelándonos primero —repliqué—. Pero la tía de Xevius le dijo que si se ponía de mi lado, se iniciaría una guerra civil en su mundo natal. Se pusieron muchas cosas en duda durante aquella audiencia... bueno, cuando Xevius dio su informe, más bien... que aún parecía un juicio. Y los niños... —me volví para mirar a Khel con respeto—. Has hecho un trabajo fenomenal criando a ese niño. Te adora. Aún se avergüenza de las veces que quiso hacerles daño a ti y a Lhor.

Khel parecía avergonzado, conmovido y orgulloso.

—No fue culpa suya. Nunca le he culpado por ello.

—Pero se culpó a sí mismo —dije suavemente—. Oír a un niño dar las gracias a su abuelo por enseñarle a no desear más hacer daño al padre que ama fue poderoso. Oír decir al monstruo que todos creían que era que podía matarlos a todos con un pensamiento, pero que *tú* le enseñaste a no abusar del gran poder que se le había otorgado, cambió profundamente su percepción. Que Xevius se pusiera de parte de "mí" no fue lo que desencadenó su guerra civil; solo fue uno de los pasos que condujeron a ella. Escuchar el discurso de tu hijo y ver a tu hija mostrar piedad hacia uno de los que habían ordenado el asesinato de sus hermanos es lo que está poniendo Korlethea

patas arriba.

—La Omniato Theanna es venerada por muchos Korletheanos —dijo Aleina, pensativa—. Curarla les habría valido a los niños un gran apoyo.

—Lo mejor es lo que dijo cuando Theanna le preguntó por qué la había salvado —dije, con el corazón henchido de amor por los niños—. Zhara miró fijamente a los ojos a la Omniata y le preguntó: "¿Por qué dejarte sufrir cuando tengo el poder de aliviarte?"

Ghan y Khel resoplaron, con el mismo orgullo brillando en sus ojos.

—Ésa es mi princesita —dijo Ghan, ganándose una mirada posesiva de Khel.

No pude evitar sonreír, divertido por la competición sin sentido entre los dos machos por el afecto de la niña, sin que ninguno de ellos fuera su progenitor. Pero, además, Zharina era irresistiblemente adorable. Sin embargo, fue la expresión de la cara de Lhor lo que más me conmovió. Nunca se había creído digno del amor de una mujer y había estado tan cerca de la muerte que cada día que vivía le parecía un milagro. Incluso ahora, parecía incapaz de comprender cómo había llegado a ganarse el amor de mi sobrina y concebido con ella a Zhara y Rhadames.

—Zhara siempre fue un alma compasiva —dijo Lhor—. Nunca soporta el sufrimiento ajeno sin intentar apaciguarlo.

—Igual que su sire —dije, sonriéndole. Su rostro se calentó e inclinó la cabeza en señal de agradecimiento—. Pero sus palabras tocaron un nervio más profundo, ya que acababan de insinuar que guardarse para sí los beneficios de las raíces vryer era mejor que salvar millones de vidas inocentes.

Khel y Ghan gruñeron de rabia, emoción que se reflejó en el rostro de mi hermana.

—Eso es asesinato —dijo Aleina—. Genocidio incluso. Podemos presentar un caso sólido ante el Consejo Galáctico para que los expulsen de la Alianza si no prestan ayuda.

Lhor esbozó una sonrisa increíblemente sexy y malvada.

—Así es. Con los dos cargamentos que nos envió tu compañero, Minh ha estado trabajando día y noche administrando la cura a voluntarios de la Primera División con un éxito del 100%. Korlethea se verá en apuros por negarnos la raíz sin quedar aislada y sufrir más embargos que incluso Guldar.

—¿Cien por cien? —pregunté—. ¿Están curados del todo?

—No —enmendó Lhor—. Hasta ahora, no ha hecho desaparecer la Mancha sin más, pero las glándulas pineales de todos los pacientes están aumentando de tamaño y produciendo MDT a tasas más altas que las de los Norms, y cada vez más parecidas a las de los Primes. Su Mancha no solo ha dejado de progresar, sino que está retrocediendo. Es demasiado pronto para decir si el vryer tendrá que convertirse en una adición permanente a su dieta, o si podrán dejar de tomar el tratamiento una vez que su glándula pineal haya crecido hasta alcanzar un estado saludable. Pero tendríamos que recibir suministros suficientes para al menos un par de años. Con un poco de suerte, solo necesitarán un año de tratamiento para dejar de necesitarlo, como ocurrió con la cura

de las Veredianas.

—Entonces tenemos que retorcerles el brazo para que nos la proporcionen —dijo Ghan con voz amenazadora.

—De momento, Minh pudo crear unas 200.000 dosis a partir de esos dos envíos, con lo que sobró para que Sivh consiguiera que nuestro personal del huerto empezara a cultivar un montón de ellas en uno de nuestros invernaderos —añadió Lhor con emoción en la voz—. Y con la ayuda de ese astuto demonio con el que se apareó Kamala, nos hicimos con el tercer cargamento que había enviado para la delegación Korletheana.

—¿Qué? —pregunté, gratamente sorprendida.

—Gracias a que mi hijo te teletransportó de vuelta a Xelix Prime, Xevius sigue teniendo pleno acceso al almacén y a los apartamentos seguros que había preparado para los delegados —dijo Lhor con suficiencia, mientras se pasaba los dedos por el pelo negro que le llegaba hasta los hombros—. Está a tres días de viaje de su mundo natal. Sin Chana Bremhin, suponiendo que fuera su agente, los Korletheanos no tienen a nadie más para deshacerse de todo. Aunque hubieran enviado a alguien inmediatamente después de que te teletransportaras, no llegarán antes de mañana. Y cuando lo hagan, encontrarán un almacén vacío. Minh dice que hará más de 100.000 dosis más de la cura.

—Bueno, supongo que después de todo es bueno que le haya dejado vivir —murmuró Khel.

Me eché a reír.

—Refunfuña todo lo que quieras, Khel, pero más pronto que tarde, llegarás a querer a mi compañero incluso más que a Ghan.

Khel resopló, mientras Aleina y su compañero resoplaban altaneros como si eso no fuera ni siquiera una remota posibilidad.

—Hablando de eso, me gustaría que le dejaras quedarse aquí con nosotros —pedí, con la boca repentinamente seca—. No es una amenaza para los niños. Sabes que nunca los pondría deliberadamente en peligro. Ni siquiera por él.

El rostro de Khel se cerró. Le conocía lo suficiente como para saber que le seguiría una negativa educada, pero firme. Los demás comensales contuvieron la respiración y miraron con recelo al General.

—Él accede a que Valena le lea la mente para verificar la honestidad de sus intenciones —añadí rápidamente—. Le juré que ella no intentaría sonsacarle ningún secreto personal o profesional que pudiera poner en peligro la seguridad nacional de Korlethea.

Khel frunció los labios y bajó los ojos mientras sopesaba mis palabras.

—Está demostrando una enorme confianza —dijo Lhor en voz baja a su Gem. La mirada de Khel se dirigió hacia él, y Lhor sonrió alentadoramente.

—Confío implícitamente en cualquiera de las evaluaciones de Valena —dijo Ghan, mirando fijamente a su amigo—. Eryon necesita ayuda con los Titanes y afirma que Xevius sería un entrenador aún mejor que él. Si está dispuesto a dejar que Valena lo evalúe, yo digo que lo

hagamos. De cualquier modo, ahora forma parte de la familia. Más vale dejar ese tema zanjado.

Podría haberle besado ahora mismo. Ghan solía ser un hombre de pocas palabras. Pero cuando hablaba, sus palabras siempre tenían sentido.

—¿Por qué siempre desapruebas a los compañeros que elegimos las Veredianas, aparte de Ghan? —pregunté burlonamente para aligerar el ambiente—. Recuerdo que se lo hiciste pasar tan mal a Zhul cuando Valena lo eligió.

—Tenía muchas razones —dijo, malhumorado.

—Y las superaste —repliqué, haciéndole una mueca, la tensión abandonaba mis hombros. Aunque aún no había dicho las palabras, la batalla estaba ganada.

—¿Quién lo dice? —exclamó.

Todos nos echamos a reír—bueno, Ghan resopló en su típica muestra minimalista de emoción—y Khel puso cara de haber mordido algo asqueroso.

—Veremos qué dice Valena —concedió Khel con clara reticencia—. Pero sigo reservándome el derecho a darle una paliza.

—¿Qué ha pasado con lo de no abusar del poder?

—General —dijo la voz de Sohr por el comunicador—. Nuestros escáneres de largo alcance han detectado la llegada de una lanzadera personal no identificada. El modelo es Korletheano y no pertenece al Agente Thanis.

—¿Trayectoria? —preguntó Khel, adoptando inmediatamente su papel de General.

—Nuestros cálculos indican que se dirige directamente hacia nosotros —respondió Sohr por el intercomunicador—. Un solo pasajero a bordo, mujer, no se han detectado armas.

Todos intercambiamos una mirada confusa.

—¿Podría ser esa Chana Bremhin? —pregunté.

Lhor negó con la cabeza.

—Los informes de inteligencia indican que salió de Xelix Prime. La están buscando. No habría podido volver sin ser descubierta.

—Puede que el Consejo haya rescindido su invitación a la delegación Korletheana, pero no hay ninguna prohibición para que los Korletheanos vengan a Xelix Prime —dijo Ghan—. Los agentes fronterizos no habrían señalado su llegada.

—Sohr, prepárate para interceptarla y mantennos informados —dijo Khel.

—Reconocido... Espera, nos está llamando —dijo Sohr.

—En pantalla —respondió Khel.

Todos nos volvimos hacia la pantalla gigante de la pared izquierda de la Sala de Situación.

—No puede ser —murmuró Aleina cuando la pantalla se iluminó segundos después para mostrar el rostro burlón de Venya Solius.

—Encantada de volver a verte, Aleina Fein, o mejor dicho, Embajadora Aleina Delphin —dijo Venya en tono burlón antes de volver sus ojos verde bosque hacia mí—. Y me alegro de verte por fin sin casco, mi querida sobrina.

—¿Qué? —exclamó Aleina, mirándome con una mezcla de incredulidad e indignación.

Puse los ojos en blanco, molesta.

—Al parecer, es la tía de Xevius —dije encogiéndome de hombros con impotencia.

—¿Hablas en serio? —preguntó Ghan entre dientes, con evidente disgusto.

Al igual que el resto de nosotros, Ghan había querido estrangular a la odiosa Oráculo cuando la conocimos durante la misión de rescate en la que habíamos encontrado a la pequeña Lenora, que él y Aleina adoptarían más tarde como su primera hija.

—No te preocupes, Primer Oficial Ghan. Con el tiempo, te caeré bien —replicó ella con elegancia.

—¿Qué te hace pensar que te dejaremos entrar en las instalaciones? —preguntó Khel, con voz dura.

—Porque lo he visto —dijo encogiéndose de hombros.

—Eso no garantiza nada. Eres una Oráculo —repliqué—. Ves posibilidades, no certezas.

—Correcto —admitió con una ligera inclinación de cabeza, haciendo que un mechón de su largo pelo negro cayera sobre su hombro—. Sin embargo, todos los caminos que he visto desembocan en que me dejen entrar en su recinto. Así que sí, en este caso, está garantizado —cuando se hizo el silencio ante su comentario, pareció perder parte de su arrogancia y una expresión seria se apoderó de sus facciones—. Mira, no tengo por qué agradarles. Seré la primera en admitir que soy lo que podrían llamar un gusto adquirido. Sin embargo, no se trata de mí. Como pueden suponer, las cosas se han ido al garete en mi mundo natal. Y es solo el principio. Pero no son asuntos que deban discutirse a través de un canal de comunicaciones no seguro.

—Aterrizarás con tu lanzadera fuera de nuestras puertas y te someterás a un registro completo por parte de la escolta que vendrá a buscarte antes de que se te permita entrar en las instalaciones —dijo Khel en tono gélido.

Venya apretó los labios, pero asintió con un rígido movimiento de cabeza.

—Estoy a siete minutos. Será mejor que llames ya a la hija de Thaddeus para que podamos poner fin a tus sospechas. Aunque sean válidas, no tenemos tiempo para ello.

—¿Thaddeus? —preguntó Aleina.

—El sire de Valena —respondí distraídamente.

—¿Te someterás a su examen? —preguntó Lhor.

—Por supuesto —respondió encogiéndose de hombros—. No tengo nada que ocultar.

—Nos vemos cuando llegues, entonces —dije.

—Por supuesto —dijo Venya con una sonrisa enigmática antes de poner fin a la comunicación.

Todos se volvieron para mirarme como si yo tuviera la culpa.

—No me digan ni una palabra —dije frunciendo el ceño—. No se puede elegir a la familia.

Lhor se rio mientras los demás murmuraban. Ignorándolos, llamé a Valena para pedirle que viniera inmediatamente.

Vestida con una dhalla color melocotón con bordados plateados que realzaban su piel marrón dorada, Venya, como la mayoría de los Korletheanos, tenía un aire regio cuando entró en la Sala de Situación y se sentó en la silla que le indicó Khel. A pesar de su aire de grandeza, el sutil matiz más oscuro bajo los ojos de la Oráculo y sus rasgos ligeramente demacrados daban testimonio de la tensión a la que había estado sometida. Se colocó un largo mechón de pelo negro detrás de la punta de la oreja y miró a Khel fijamente.

—Iré directamente al grano. Solicito asilo para mí y para mi sobrino —dijo Venya.

Todos nos quedamos boquiabiertos ante su inesperada declaración. Nos dedicó una sonrisa triste y juntó las manos encima de la mesa.

—El informe de Xevius y la comparecencia de tus hijos en la Asamblea no solo inclinaron la balanza, sino que la rompieron —dijo Venya, y luego se volvió hacia Aleina—. ¿Recuerdas lo que te dije cuando nos conocimos en Jeruna? No te odio. Solo odio lo que el nacimiento de tus niños ha hecho a mi mundo natal. Korlethea es un caos total desde que los Titanes se llevaron a tu hermana y a mi sobrino —miró a su vez a Khel y a Lhor—. Estoy en deuda con sus hijos por haber salvado a mi niño. Puede que no lo haya parido, pero lo he criado.

—¿Por qué necesitas asilo? —preguntó Khel, con voz firme, pero desprovista de su dureza anterior—. No hay ninguna prohibición para que los ciudadanos Korletheanos vengan a Xelix Prime.

—El camino ya está trazado —dijo Venya—, y todos tenemos que tomar partido. Eryon y mi sobrino han hecho su elección. Yo también. Muchos otros están en proceso de hacerlo. Nuestro gobierno se está desmoronando y se están formando facciones. En los próximos dos días, dos docenas de algunos de nuestros Agentes Imperiales de más alto rango desertarán. Cientos, si no un par de miles, de nuestros soldados de élite les seguirán.

—¿Por qué? —preguntó Ghan.

—Por el niño, por supuesto —dijo Venya—. Han sentido su poder. Han oído sus palabras y se han sentido avergonzados por ellas, sobre todo a la luz de los logros de Eryon. Responden a su llamada.

—Sigo sin ver por qué necesitan asilo —insistió Khel.

—El Quórum no les dejará marchar —respondí en su lugar—. Ayudar o contactar con cualquier Verediana se considera traición. Incluso nuestros padres tienen prohibido buscar a sus hijas. Son prisioneros en su propio planeta.

Venya apretó los labios, visiblemente descontenta por mi fría descripción de la situación de su mundo natal, pero no discutió.

—El Quórum está dividido: una mitad está del lado de los Omniatos Theanna y Sagan, y la otra del lado de los Omniatos Daleus y Piatus —dijo Venya—. El ejército y la Agencia se están desgarrando en ese tira y afloja. Lo había previsto, así que me marché mientras pude. Con

Xevius deshonrado y proscrito como traidor, nadie me cuestionaría que eligiera el exilio. Pero una vez que comiencen las deserciones masivas, querrán detener la hemorragia y cauterizar la herida. Nos tacharán a todos de traidores y exigirán nuestra extradición. Tendremos que volver al redil o ser ejecutados.

Khel asintió lentamente con la cabeza mientras reflexionaba sobre sus palabras. Miró a Lhor, y una comunicación silenciosa pareció pasar entre ellos.

—Habrá que informar al Presidente —dijo Lhor—. Si vienen tantos Korletheanos como dices, el Consejo....

—¡No! —exclamó Venya. Por primera vez, pude ver verdadero miedo en sus rasgos habitualmente petulantes—. No puedes permitir que se corra la voz más allá de tu círculo más íntimo. ¡Se filtrará! Mis hermanos y hermanas serán masacrados.

—No tengo poder para conceder asilo —dijo Khel, preocupado por la evidente angustia de Venya.

—Acudí a ti en confianza porque siempre has actuado honorablemente —dijo Venya, con tono suplicante—. *No puedes* informar a tu Consejo. Mi pueblo. Morirá.

—Solo el Presidente Frebhin puede autorizar una franja tan amplia de solicitudes de asilo —dijo Lhor con voz tranquilizadora—. Él, como mínimo, debe ser informado.

Venya le miró con algo parecido a la desesperación, y luego sus ojos se desenfocaron. Sentía que se me erizaban los pelos de punta por la intensa energía psiónica que emitía. Al observar a Amalia y a Eryon, todos reconocimos los signos de la Oráculo que miraba hacia el futuro. Esperamos en silencio, fascinados por el juego de emociones de sus atractivos rasgos, con la barbilla puntiaguda, los pómulos altos, la nariz recta y los labios carnosos. Sacudió la cabeza varias veces, frunció el ceño y parpadeó rápidamente, como si quisiera descartar una visión que no le gustaba.

Al cabo de lo que podrían haber sido casi dos minutos, salió de su trance, con las pestañas agitándose mientras volvía a centrarse en Lhor.

—De acuerdo —dijo con voz entrecortada, asintiendo con la cabeza—. Está bien solo con el Presidente. Pero con nadie más. Prométemelo.

—Le insistiré en lo delicado de la información y le pediré que tome una decisión ejecutiva al respecto. Si Khel apoya la petición, debería consentir.

Venya asintió, de repente parecía vieja y cansada.

—Valena debería llegar en una hora —dijo Khel—. Mientras tanto, puedes quedarte en nuestro búnker, que dispone de alojamiento confortable para un gran número de personas, o eres libre de marcharte y buscar alojamiento en uno de los albergues del distrito de Xelhan o del distrito Capital.

—Acepto gustosamente tu oferta —dijo Venya—. No estoy aquí por turismo, y espero ver pronto a mi sobrino —añadió, lanzando una mirada en mi dirección. Asentí y ella sonrió, por una vez sin su habitual tono sarcástico—. Después de que Valena haya confirmado mis intenciones,

querré conocer a tu hija, Consejero.

—¿Por qué? —preguntó Khel, endureciendo de nuevo su tono.

—¿Por qué, en efecto? —preguntó Lhor, a quien se había dirigido la petición.

—Tu hija es una Oráculo —dijo Venya encogiéndose de hombros—. Ni de lejos tan poderosa como lo será la hija de Kamala con mi Xevius. Necesita una formación adecuada. Tu compañera también.

—¿Mi hija? —exclamé, colocando inconscientemente la palma de la mano sobre mi vientre.

—Dudo que ya estés embarazada —dijo Venya, volviendo a asomar algo de su petulancia—. Pero serás madre a finales de año.

Me quedé boquiabierta, lo que hizo que se riera. Pero Khel aún no había superado que la hembra Korletheana quisiera pasar tiempo con su hija y su compañera.

—Eryon dijo que no son Oráculos, sino que simplemente tienen algún tipo de capacidad de previsión como la mayoría de los Korletheanos, siendo la de Amalia la más parecida a una Oráculo —argumentó Khel.

Venya hizo un gesto despectivo con la mano.

—Eryon es un Vidente. ¿Qué entienden los machos de los poderes de las hembras?

Esta vez, tanto Aleina como yo resoplamos y luego soltamos una risita.

—Touché —dijo Aleina, para disgusto de los hombres.

—Lo veremos cuando Valena te haya evaluado —dijo Khel en tono cortante—. Por ahora, haré que uno de mis Guerreros te escolte hasta el búnker. ¿Hay algo que desees recuperar de tu lanzadera?

—No, tu oficial Sohr ya se ha ocupado de ello. Ha retenido mis cosas en esa habitación donde rebuscaron alegremente entre mi ropa y mi ropa interior para asegurarse de que no llevaba ningún arma de destrucción masiva —dijo Venya con un deje de sarcasmo.

Aquella hembra insufrible me estaba agradando cada vez más.

—Sin embargo, querrás enviar a alguien a buscar el contenido de mi bodega de carga —dijo la Oráculo, sacando una llave de acceso del bolsillo de su dhalla y mostrándosela a Khel—. Está llena de raíces de vryer. Las cajas azules son para mi uso personal. El resto puedes entregárselo a tu médico.

Colocó la llave sobre la mesa y se la acercó a Khel. Éste la cogió y se quedó mirándola, atónito. Venya le guiñó un ojo y se puso en pie. Me mordí el interior de las mejillas para no reírme.

—Ya estoy lista para ir a ese búnker —dijo antes de dirigirse pavoneándose hacia la puerta.

Síp, la desdichada hembra me estaba agradando.



CAPÍTULO 17

XEVIUS

Entré en el búnker bajo la mirada aún suspicaz de los guardias. Después de que Valena Dervhen confirmara que no albergaba ninguna mala intención hacia los Praghan o los Veredianos en su conjunto, el General me había dado permiso a regañadientes para ir y venir por la casa a mi antojo. Aunque no lo especificó, comprendí claramente que no debía pasearme por su residencia con las armas que llevaba habitualmente. Me hacía sentir desnudo e indefenso, pero, dadas las circunstancias, no quería hacer reacciones innecesarias. A pesar de ello, la Primera División seguía recelosa de mi presencia. No podía culparles a la luz de la propaganda y sus efectos, que los Xelixianos supusieron correctamente que había sido obra de mi gente.

Incluso ahora, a pesar de haber retirado a todos sus hijos de las escuelas Xelixianas, Kamala estaba fuera, ocupándose de las secuelas de aquel fomento del odio. Unos matones al azar habían destrozado y desfigurado tres de las cinco sedes que se habían creado para impartir educación a los niños Veredianos; una por distrito de Xelix Prime. Sin el pleno apoyo del sistema Xelixiano, habían vuelto temporalmente al método de enseñanza que habían utilizado en los complejos de cría de su antiguo amo.

Me entristecía y avergonzaba ver a mi compañera y a sus Hermanas pasar por dificultades tan innecesarias. Sin embargo, teniendo en cuenta que mi propio pueblo, a pesar de poseer la capacidad psiónica de defenderse—al menos hasta cierto punto—tenía tanto miedo de los Titanes, comprendía perfectamente los temores de los Xelixianos. Estaban indefensos ante los crecientes poderes de aquellos niños.

Sin embargo, eso no hacía que este tipo de comportamiento bárbaro estuviera bien de ningún modo.

Ella no dejó que la ayudara. Aunque confiaba implícitamente en mí, en muchos sentidos, sus Hermanas seguían considerándome parcialmente el enemigo. Tardarían algún tiempo en sentirse cómodas a mi lado. Además, no sabía realmente dónde encajaba en su mundo. Había imaginado construir una vida con ella aquí mismo, en Xelix Prime, y congraciarme con Khel para asegurarme un papel en el servicio de inteligencia de la Primera División. Incluso con Valena respondiendo por mí, habría tardado algún tiempo, pero había confiado en que podría

conseguirlo. Pero ahora que las Veredianas habían votado casi unánimemente abandonar Xelix Prime, no sabía muy bien qué pasaría.

Entré en el ascensor que me llevó al búnker. Cuando llegó a su destino, las puertas se abrieron a un largo pasillo al final del cual otra puerta abovedada daba acceso al búnker propiamente dicho. A pesar de su tamaño, la puerta se abría silenciosamente a una sala de guardias de tamaño medio, con una serie de monitores que mostraban varias imágenes de cámaras del recinto. Los ojos del único guardia que la custodiaba me siguieron mientras me dirigía a las habitaciones situadas en la parte trasera, junto a la enfermería. La enorme instalación subterránea contenía otras muchas salas, como un depósito de armas y celdas de detención—a ninguna de las cuales tenía acceso—así como una sala de reuniones y una zona de recreo. Aunque el búnker podía albergar hasta trescientas personas durante un par de días, solo se había diseñado para alojar a un máximo de cincuenta personas durante un periodo prolongado.

Entré en la gran sala de estar con varios conjuntos de sofás, pantallas gigantes, un rincón de lectura y mesas junto a estanterías cargadas de juegos de mesa. Valena y mi tía estaban sentadas en uno de los sofás, manteniendo una animada conversación. Me había sorprendido descubrir que, tras evaluar a mi tía mediante su capacidad de lectura mental, Valena se había quedado en el búnker para hablar con ella. Yo había estado en el Distrito Capital desactivando el sistema de seguridad que había instalado para la delegación con el fin de garantizar que los Xelixianos no aprovecharan la oportunidad para conocer mejor nuestras defensas cuando Kamala me envió una comunicación sobre la llegada de mi tía. Como no sabía cuánto tiempo me permitirían los servicios de inteligencia Xelixianos acceder a las instalaciones, opté por terminar mi tarea antes de regresar a la finca de los Praghan, que estaba a una hora de vuelo de allí.

En cuanto me vio, Valena dejó de hablar, con un bonito rubor de culpabilidad subiendo por sus mejillas. Inmediatamente adiviné que habían estado hablando de su padre, Thaddeus. Después de que me hubiera leído la mente para aplacar a Khel, había intentado hablarle bien de mi viejo amigo, pero Valena se había mostrado poco receptiva, claramente aquejada del mismo sentimiento de abandono que Kamala. Agradecí una vez más a la Diosa que hubiera tenido la previsión de tomar anticonceptivos para evitar engendrar hijas durante mi cautiverio. Me habría roto el corazón saber que había causado tanto dolor a una de aquellas valientes hembras por culpa de algún edicto de mi mundo natal.

—Debería ir a comprobar que mis hijos no han prendido fuego a la casa de Amalia —dijo Valena, poniéndose en pie y peinándose el largo pelo castaño por encima del hombro.

—Por supuesto, querida —dijo la Tía Venya, poniéndose también en pie.

—No tienes por qué quedarte encerrada aquí —dijo Valena, señalando la gran sala de estar.

A pesar de su confortable mobiliario, tenía la típica decoración de aspecto clínico y sin alma, toda en blanco y gris, que tanto apreciaban los Xelixianos.

—Lo sé, y saldré, a su debido tiempo. Por ahora, hablaré con mi sobrino y luego descansaré. Han sido unos días muy interesantes —dijo la Tía Venya.

Fruncí el ceño, percibiendo su cansancio, tanto físico como mental. Mi tía siempre había parecido tan imparable como una montaña. Aunque había sabido que ocultaba sus sentimientos y momentos de debilidad tras el sarcasmo y el descaro, nunca la había sentido tan... rota. Este lío de Korlethea le estaba rompiendo el corazón.

—Por supuesto, lo comprendo —dijo Valena con voz amable—. Pero ten en cuenta que si no lo haces, Amalia vendrá a sacarte a rastras o hará que Rhad te teletransporte fuera. Es alérgica a cualquier cosa que se parezca remotamente a una mujer cautiva.

—Es interesante —dijo enigmáticamente la Tía Venya—. Pero gracias, lo tendré en cuenta.

Valena asintió y luego, en el tradicional saludo Verediano, se puso la palma de la mano sobre el corazón y luego se la agitó a mi tía en gesto de ofrenda.

—Adiós, Venya.

—Adiós, Valena.

Casi se me salieron los ojos de las órbitas, al oírlos tutearse tan rápidamente. Pero también me calentó el corazón ver que ya había hecho una amiga.

Saludé a Valena con la cabeza mientras salía de la habitación.

—Una chica impresionante —dijo mi tía—. Tiene los ojos de su padre.

—Los tiene.

—Tendrás que conseguir que los demás se sometan a su evaluación —dijo, ahuecando mi cara entre sus manos.

—¿Los demás? —pregunté, confuso—. ¿Los demás vinieron contigo?

Mi tía no contestó al principio, mirándome como si fuera la primera vez. La profunda oleada de amor que me inundó me cogió por sorpresa, y entonces mi corazón se derritió de afecto.

—Yo también sabía que la Diosa no te apartaría de mí. Incluso sin saberlo, recé y esperé. No preveía este desenlace, no así. Pero estoy agradecida —atrayendo mi rostro hacia ella, me besó la frente y me acarició las puntiagudas puntas de las orejas con los pulgares—. Puede que no hayas salido de mi cuerpo, pero eres mi hijo. *No* te soltaré.

Al soltarme, endureció sus facciones, desaparecieron todos los signos de aquel momento de vulnerabilidad, excepto las emociones que aún se arremolinaban a mi alrededor. Por mucho que quisiera gritárselo, le dejé esa ilusión de control y me limité a sonreír mientras ella se recostaba en el sofá gris oscuro.

—Tú y esos niños han causado un gran revuelo en casa —dijo, dándome un golpecito en el cojín de al lado para que me sentara. Obedecí sin rechistar—. Tendrá éxito. Ese chico triunfará.

La convicción de su voz me sorprendió.

—¿Una profecía...?

—No —interrumpió la Tía Venya—. Ninguna profecía. Dudo que alguna vez haya una para esto. Pero lo sé en mi corazón. Lo siento en mis huesos. Toda Korlethea lo sabe. Pero aun así, los necios fanáticos obsesionados con una gloria que nunca podremos recuperar nos están destrozando por dentro —escupió aquellas últimas palabras con furia apenas reprimida—. Las

Veredianas serán la nueva especie gobernante. Con sus poderes y su naturaleza desinteresada cuando se trata del bienestar de sus parientes y de los demás, su imperio prosperará y crecerá. Es hora de que nuestro pueblo lo acepte.

—¿Pero pueden? —pregunté.

—No tendrán elección —dijo la Tía Venya encogiéndose de hombros desdeñosamente—. Vienen tus amigos. Killian, Febus, Thaddeus, por nombrar algunos.

—¿Para cazarnos? —pregunto, endureciendo el tono.

—A unirse a nosotros, tonto.

Mi corazón dio un vuelco, la alegría y la angustia luchando entre sí.

—¡Esto destrozará la Agencia!

—Más de lo que crees. Vienen cientos de nuestros hermanos y hermanas, la mayoría de ellos nuestros mejores soldados y agentes, además de tres de los Destinos y cuatro de las Oráculos del Quórum.

La miré boquiabierto, al principio inseguro de cómo responder a aquello, con demasiados pensamientos disparándose en mi cerebro.

—No puedes estar segura —advertí.

—Lo estoy —dijo en un tono que no admitía discusión—. Killian previó su partida masiva, pero nada más. Se puso en contacto conmigo en cuanto supo que había abandonado Korlethea. Debe andarse con cuidado. Sabe lo que les ocurrirá si les descubren.

—¿Cómo todo ha llegado a esto? —pregunté, pasándome una mano nerviosa por el pelo.

—Lo hemos permitido —dijo la Tía Venya con fatalismo—. Killian está llegando personalmente a los que vio en su profecía. Le aterroriza que uno de los Destinos que no piensa marcharse también lo prevea y los desenmascare antes de que hayan abandonado el espacio Korletheano.

—¿Y qué es lo que *tú* ves? —pregunté.

—Batallas. Ninguna de ellas con resultados agradables. Pero entonces, no había visto nada positivo en ninguno de los caminos trazados antes de tu regreso a la Asamblea. Y, sin embargo, aquí estás, sano y salvo —dijo, acariciándome la mejilla—. Debemos prepararnos para su llegada, y tú debes convencerles de que se sometan a Valena.

—Parece que se llevan muy bien.

—Es una chica interesante —dijo mi tía de forma enigmática—. Y mucho más poderosa de lo que ella cree. Sospecho que las demás Veredianas de segunda generación también lo son. Quiero que alcance todo su potencial.

Levanté las cejas.

—¿*Apoyarías* que las Veredianas adquirieran aún más poder? ¿Después de ver lo que le hicieron a nuestro propio pueblo?

—Ellas no son como nosotros. Nosotros ansiábamos el poder y lo perseguimos. Ellas no. Sus instintos de crianza también les hacen ser más responsables con sus dones. Además, las

necesitaremos en su mejor momento cuando llegue la Gran Guerra.

—Valena no es una luchadora —señalé.

Tía Venya sonrió como si hubiera dicho algo ingenuo.

—Cuando tu supervivencia está en juego, todo el mundo es un Guerrero.



Salí del búnker y me dirigí hacia la casa principal, sintiendo el peso de mil ojos observándome. Pasaría un tiempo antes de que se sintieran cómodos con mi presencia, y yo tardaría otro tanto en adaptarme a mis nuevas circunstancias. Incluso ahora, me resultaba demasiado incómodo marchar hasta la puerta principal sin Kamala a mi lado. Con suerte, pronto acabaría con sus obligaciones del día.

Consideré la posibilidad de regresar al Distrito Capital, asombrado de que mi tía no solo hubiera traído consigo las reliquias que le había pedido que recuperara de mi casa familiar, sino que también hubiera volado hasta aquí con mi caza personal, que había mejorado por completo para que rivalizara con el de la Agencia en el que había viajado a Korlethea con Kamala. Según la Tía Venya, había traído mi ropa, armas y varios recuerdos que me habían importado, antes de llenar el resto de la bodega de carga con raíces de vryer para los dos, y el resto para los Xelixianos. Cuando había dicho que llevaría mis pertenencias personalmente, no me di cuenta de que lo decía simplemente por el banco. Aun así, el viaje hasta el Distrito Capital era largo, y el día ya estaba avanzado.

Sin muchas ganas de encerrarme entre cuatro paredes, paseé por el lateral de la mansión, dudando si seguir recto hacia el bosque que rodeaba la finca, adentrarme en el jardín—quizá incluso darme un chapuzón en la enorme piscina natural que se extendía a lo largo de la finca—o ir a visitar el interminable huerto de ryspak de la parte trasera. Me decidí por echar un vistazo al patio, donde Eryon solía pasar el rato, y al jardín, donde solía entrenar a los niños. En su defecto, emprendería la caminata por el bosque.

El jardín del lado izquierdo de la casa parecía inquietantemente silencioso para ser media tarde, salvo por el viento erizado y el gorjeo muy lejano de los pájaros. El delicado perfume de las coloridas plantas, los pequeños arbustos y los árboles que decoraban el jardín se mezclaba armoniosamente con el dulce aroma del ryspak, que llegaba desde el huerto.

Una repentina oleada de agresividad me golpeó. No parecía malicia, pero la intención maligna era innegable. Me quedé inmóvil, sin saber cuál era su origen. Mi mano se dirigió instintivamente hacia mi arma, solo para recordar que estaba desarmado. Un gruñido infantil surgió de la esquina de la casa. Conocía el gruñido de Vahleryon y, aunque masculino, éste no le pertenecía. ¿A Rhadames? Dudoso. ¿Tharek? Posible. Incluso probable.

No queriendo crear un incidente, retrocedí lentamente, caminando hacia atrás. Una serie de pequeños pasos que corrían sobre la dura superficie de las baldosas de piedra que pavimentaban

el patio llegaron hasta mí cuando se acercaban al borde de la casa. Con el pulso acelerado, consideré la posibilidad de volver corriendo a la parte delantera de la mansión, cuando Tharek pasó corriendo junto a la esquina de la casa y avanzó un par de metros más allá de su muro. Me preparé para levantar mi escudo psiónico en caso de que me atacara, pero el chico apenas me dedicó una mirada. Con las garras fuera y los colmillos desnudos, no dejaba de gruñir al espacio vacío que tenía delante.

Inmediatamente alertado, extendí mis sentidos por la amplia zona abierta que tenía delante, donde los niños solían jugar con su disco volador, pero no sentí a ningún intruso. Sin embargo, claramente, Tharek sí lo sintió.

—¡Tharek! —exclamó Zharina—. ¿Qué haces? ¿Qué te pasa? —corrió hacia su hermano pequeño y miró a su alrededor, sin ver qué lo tenía tan angustiado—. ¿Tío Xevius? —preguntó cuando su mirada se posó en mí.

Al darme cuenta de que la agresión de la Sombra no iba dirigida a mí, me acerqué a los niños a paso ligero.

—Zhara, lleva a tu hermano dentro y llama a los guardias.

—Pero, ¿qué...?

Casi se me sale el corazón del pecho cuando Zharina gritó asustada. Un asesino Korletheano que no conocía salió del modo sigilo justo delante de los niños. Antes de que ninguno de nosotros pudiera reaccionar, le partió el cuello a Tharek, matándolo al instante.

—¡NOOOOO! —grité horrorizado, corriendo hacia ellos.

—¡THAREK! —gritó Zharina cuando el asesino se volvió hacia ella.

Levantó una mano hacia ella pero, antes de que pudiera tocarla, la niña hizo un gesto desgarrador con la mano derecha, y la forma etérea del alma del asesino fue arrancada de su cuerpo. Zhara abrió el puño y el alma se deshizo en mil luces que se apagaron al mismo tiempo que el cadáver sin vida del hombre se desplomaba en el suelo junto a su hermano. Se lanzó sobre el pequeño, rodeándole el cuello con las manos para reparar el daño e intentar devolverle la vida.

La alarma sonó justo cuando un segundo y un tercer asesino salieron del sigilo. El que estaba más cerca de mí levantó su bláster hacia Zhara. A juzgar por la luz rojo oscuro que iluminaba el patrón alrededor de la empuñadura y a cada lado de la boca, estaba preparado para matar. Aprovechando mi impulso, salté sobre él, golpeándole el brazo justo a tiempo para que su disparo fallara por un amplio margen. Intentó golpearme, pero lo esquivé. Fluyendo con el movimiento, agarré la daga de su cinturón, giré sobre mí mismo y le apuñalé entre los omóplatos. Echó la cabeza hacia atrás, gritando de dolor, y le corté el cuello.

Lo sostuve ante mí como un escudo de carne, absorbiendo los disparos que me hacía su compañero. De repente, Tharek jadeó y sus ojos se abrieron de golpe gracias a las atenciones de su hermana. El Korletheano que quedaba rugió de rabia y dirigió su arma hacia los niños.

—¡CORRAN ADENTRO! —grité a los niños mientras lanzaba mi daga a la garganta del asesino.

La hoja encontró su marca y, sujetándose el cuello que goteaba sangre, el macho cayó de rodillas con gorgoteos. Ignorando el dolor punzante que sentía en el corazón por haber asesinado a mis hermanos, corrí hacia los niños que se levantaban a toda prisa. Para mi horror, tres asesinos más aparecieron ante nosotros, interponiéndose en nuestro camino hacia la seguridad de la casa.

¡Diosa, ayúdanos!

Dispararon, y cada uno de sus disparos dio en el blanco. Como a cámara lenta, vi a los dos niños caer de bruces, con la sangre esparciéndose por la tela blanca de sus ropas, antes de que el mordisco abrasador de un disparo bláster me arrancara la pierna derecha. Bajo una lluvia de disparos, protegí a los niños con mi cuerpo. Incluso cuando mi propia vida se me escapaba en un torbellino de agonía, recé a la Diosa para que los niños siguieran vivos. Pronto llegaría la Primera División. Pronto.

—Basta —dijo la voz tranquila, pero firme de Vahleryon.

La esperanza surgió a través de la neblina de dolor, que se disipó de repente. Confuso, ya no sentía a los niños que había estado cobijando debajo de mí. La agonía de mis heridas se desvaneció como si nunca hubiera existido. Al levantar la cabeza, se me desencajó la mandíbula al ver a los cuatro hijos de Amalia de pie a pocos metros de mí, el blanco impoluto de las ropas de Zhara y Tharek desprovistas de cualquier rastro de la sangre que las había empapado hacía solo unos instantes. Poniéndome de rodillas, miré a mi alrededor con incredulidad: ni sirenas, ni cadáveres, ni asesinos. Pero había parecido tan real...

—Todo era una ilusión —susurré, incapaz de comprender cómo no había sentido la energía psiónica jodiendo mi mente—. Me engañaste —dije, mirando primero a Tharek y luego a su hermano mayor, sintiéndome herido y traicionado.

Vahleryon me miró estoicamente, mientras Zhara y Rhadames parecían ligeramente avergonzados. Tharek miró a su hermano mayor, que le sonrió.

—Te dije que era como tú —dijo Vahleryon.

El joven Sombra asintió y soltó la mano de su hermana antes de acercarse a mí. Deteniéndose a solo dos pasos delante de mí, el joven estudió mis rasgos como si yo fuera un enigma.

—No querían que lo hiciera —dijo Tharek con la voz aguda de un niño de casi cuatro años. A sus dos años y medio, el niño parecía de cinco, pero con la mente de alguien de al menos siete —. Pero quería saber si era verdad. Si eres como yo. Ahora lo sé.

—¿Como tú? —pregunté suavemente, asombrado por la falta de agresividad instintiva de una Sombra.

—Un protector. Un escudo —dijo Vahleryon—. Estabas dispuesto a morir para proteger a mis hermanos.

Tharek miró a su hermano por encima del hombro y sonrió antes de volverse hacia mí y acercarse a donde yo seguía arrodillado sobre la hierba beige.

—Gracias, Tío Xevius. Lo siento si te ha dolido.

—No pasa nada. Lo comprendo —dije, dándome cuenta de la importancia del momento.

Cuando había muerto, los niños me habían salvado por amor a su Tía Kamala. Pero, aquí y ahora, sus emociones me gritaban que me había ganado su confianza y su lealtad. Por fin estaban arraigando las semillas de nuestro vínculo familiar.

—Abu dijo que podrías ayudarme con mi ira —dijo el chico con un mundo de esperanza en la voz—. Dice que podrías ayudarme más que él.

—Es cierto —dije con cautela—. ¿Puedo tocar tu mente psiónica?

Justo cuando pronuncié esas palabras, la puerta del patio se abrió sobre Khel y su compañera. Se puso tenso de inmediato. Una oleada de desconfianza y preocupación flotó hacia mí mientras miraba a su hijo menor de pie ante mí, aún arrodillado. Amalia colocó una mano tranquilizadora en el antebrazo del General mientras nos observaba atentamente.

—Sí, Tío —dijo Tharek con ojos confiados y una vigorosa inclinación de cabeza.

Reprimí una sonrisa para evitar que pensara que me reía de él. Obligándome a ignorar a sus padres, toqué con cuidado su mente psiónica. La cantidad de rabia que acechaba, apenas contenida debajo, me dejó pasmado. Con su tremendo poder, superior al mío a pasos agigantados, sin una guía adecuada y un inmenso control, este chico se convertiría en un monstruo homicida.

—Utilizas demasiada energía para aumentar tu *Kaa* —le dije suavemente.

—Eso también lo dice Abu —dijo Tharek con voz miserable.

—Y eso le hace echarse siestas todo el tiempo —dijo Zhara frunciendo el ceño con simpatía.

Asentí con la cabeza. Gastar constantemente tanta energía para no convertirse en una bestia rabiosa agotaría a cualquiera.

—Como Agentes Imperiales, algunas de las primeras cosas que nos enseñan es a controlar nuestras emociones, y la mejor manera de utilizar nuestro *Kaa* sin cansarnos.

—¿Puedes enseñarme? —preguntó Tharek, con los ojos muy abiertos.

—Me encantaría —dije con una sonrisa.

—Gracias, Tío Xevius —dijo Tharek, aunque sonó más como Tito Zevis, y se arrojó a mis brazos.

Mi sonrisa se ensanchó cuando le devolví el abrazo, rodeado por el afecto floreciente, la esperanza creciente y la gratitud del chiquillo. La misma esperanza y gratitud me llegaron desde la puerta del patio. Al levantar la vista, mi mirada se cruzó con la de Khel, que inclinó ligeramente la cabeza.

Aquella semilla también había echado raíces por fin.



CAPÍTULO 18

KAMALA

—Sabes, puedo ir a arreglar a esos idiotas por ti, si quieres —dijo Mercy, acariciando los rizos oscuros de su segundo hijo, Dregor, mientras lo amamantaba—. Si pudiera hacer entrar en razón a esos Braxianos intolerantes, no sería un puñado de Xelixianos el que se interpondría en mi camino.

Me reí entre dientes, viéndola a través de la pantalla de video dejar de hablar con dureza para arrullar a su recién nacido. A diferencia de sus hermanos gemelos mayores, el bebé no había heredado la nariz ancha, chata y Braxiana de su padre. Se parecía totalmente a su madre. El niño tenía la belleza de Mercy, su pelo negro, los cuernos Guldanos y las marcas Veredianas de un Guerrero. Aun así, a los cuatro meses, Dregor ya doblaba el tamaño de un niño no Braxiano. Puede que no se pareciera a su progenitor, pero el joven príncipe crecería sin duda hasta alcanzar el tamaño gigantesco del Magnar Ravik.

—Eso ya lo hemos superado —dije, serena—. No ha habido actos físicos de violencia contra nuestras Hermanas ni contra los niños, pero el vandalismo contra las escuelas temporales, contra sus propiedades privadas y la discriminación ocasionalmente flagrante que algunos han sufrido en tiendas, restaurantes y otros lugares diversos inclinaron la balanza.

Mercy frunció los labios, claramente poco convencida.

—Entonces, ¿vas a meter el rabo entre las piernas y largarte? Cuando Aleina mencionó por primera vez esa posibilidad, pensé que estaba bromeando.

Aquello me dolió, sobre todo porque al principio yo también había pensado lo mismo.

—La decisión ya está tomada, Mercy. La votación fue técnicamente unánime. Quería luchar tanto como tú, pero la verdad es que ésta siempre fue una solución temporal.

—¿En qué sentido? —preguntó Mercy, enarcando una ceja dudosa.

—Aparte de Amalia y Valena, cuyos compañeros ocupaban cargos demasiado importantes aquí como para levantarse e irse sin más, todas las demás podrían haberse marchado desde el principio. La mayoría de las que se quedaron lo hicieron porque ansiaban una estabilidad que Veredia aún no estaba preparada para ofrecerles —expliqué—. Pero ahora que se ha completado lo esencial de la construcción, Haven se siente como una verdadera ciudad, con toda la

infraestructura adecuada. Las Hermanas quieren un lugar al que puedan llamar hogar de verdad, donde los colores y las muestras públicas de afecto no estén mal vistos, y donde sus hijos puedan hablar Verediano en el patio de la escuela sin que los regañen.

—Ya veo —dijo Mercy, con sus ojos negros como el carbón clavados en mí a través de la pantalla gigante—. Dijiste Veredia en vez de Tuur. ¿Algo más que deba saber?

—Mañana, Aleina y yo nos dirigiremos al Consejo Xelixiano para dar las gracias y despedirnos —dije, con un nudo en el estómago de aprensión cada vez que pensaba en ello—. La verdad sobre los Tuureanos saldrá a la luz. Y cuando lo haga, Tuur se convertirá en Veredia.

—¡Mañana! —exclamó Mercy, haciendo gemir a su bebé—. Lo siento, cariño. Mamá no quería hacer ruido. Todo está bien —dijo, besando la frente de Dregor. Él resopló satisfecho y reanudó la alimentación.

Aún me costaba conciliar a esta hembra suave y maternal con la Guerrera brava y descarada que conocía. Las similitudes entre ella y su hermana menor, Aleina, no dejaban de sorprenderme.

—Sí, mañana. Las complicaciones no dejan de acumularse —dije antes de relatarle los últimos acontecimientos, como la muerte y resurrección de Xevius y las posibles deserciones Korletheanas.

Mercy silbó entre dientes.

—Ustedes siempre se divierten sin mí.

Me reí de su mohín malcriado.

—Eso es culpa tuya por huir y casarte con un bárbaro gigante al otro lado de la galaxia.

—La culpa es de la Diosa. Tiene un jodido sentido del humor —murmuró Mercy.

—Dímelo a mí —refunfuñé yo también.

A Mercy le tocó reírse.

—Bueno, conseguí convencer a Ravik para que diera un rodeo por Xelix Prime después de su visita diplomática a Dantor y Avea. Los niños se mueren de ganas de volver a ver a sus primos y de que su Nana Maheva los mime. Y yo me muero por ver a ese bombón que capturó a la irresistiblemente misteriosa Tuureana Kamala.

Mis mejillas se encendieron.

—Es increíble, y está más bueno que Lhor —dije hinchando el pecho.

—Eso *sí* que es un alarde del que estoy deseando ver pruebas —dijo Mercy, con los ojos brillantes de alegría—. ¿Pero no es demasiado mayor para ti? ¿No es como de mi edad?

—No es *tan* mayor. Solo tenemos catorce años de diferencia —argumenté. Ponerle un número de repente hacía que sonara más grande. Aun así, con los ciento cincuenta años de vida media de los Korletheanos, veinte más que la media de las Veredianas, técnicamente llegaríamos a la meta más o menos al mismo tiempo.

Mercy frunció los labios, tratando de parecer crítica, pero la vi luchar contra el impulso de reír.

—Sí, supongo que no es tan viejo. Al fin y al cabo, Padre era quince años mayor que Madre.

Veamos si se conserva tan bien.

Como convocado por aquel comentario, Xevius entró en mi habitación tras un suave golpe en la puerta, con un aspecto sexy como el pecado, sin camiseta, con el tatuaje dorado de su pecho que parecía brillar sobre su piel morena clara, una falda blanca de meditación que le colgaba de las caderas y su precioso rostro enmarcado por su larga melena dorada que le caía libremente por la espalda. Había estado entrenando con los niños. Tharek casi le había adoptado como su mejor amigo y le seguía a todas partes como una sombra.

—Hola, *Fehama* —dijo Xevius, con aquella voz ronroneante que siempre me ponía cachonda al instante.

Le tendí una mano mientras se acercaba a mí con una tierna sonrisa. Mi compañero no podía ver la pantalla gigante desde el ángulo en que entró en la habitación, así que se perdió por completo la forma desvergonzada en que Mercy lo desnudó con la mirada. Antes de que pudiera advertirle de que teníamos un testigo, me apretó la trenza y reclamó mi boca en uno de esos besos posesivos, con la dosis justa de dominación sin cruzar la línea, que me tenían débil de las rodillas.

—¡Guaooo! —dijo Mercy, ronroneando también—. ¡Así se hace!

Sobresaltado, Xevius miró por encima del hombro y vio a Mercy sonriéndole, con el recién nacido aun mamando de su teta. Mi compañero hizo una doble mirada antes de apartar los ojos, muy avergonzado. Mercy y yo pusimos los ojos en blanco.

—Se llama lactancia, muchachote. Es natural. Acostúmbrate. Pronto le llegará el turno a tu mujer, a juzgar por cómo se chupaban la cara.

—¡Mercy! —dije en tono de reproche.

—Lo estaban haciendo. No me avergüenzo de ello —dijo encogiéndose de hombros.

—Así que tú eres la famosa Mercy —dijo Xevius, mirándola valientemente a los ojos a pesar del color rosado que aún le subía por las mejillas.

Los hombres podían ser tan tontos y, sin embargo, resultaban más que adorables.

—Y tú eres el apuesto e infame Xevius —dijo Mercy mientras le daba un descarado repaso que hizo que mi pobre hombre se retorciera y, sin duda, deseara llevar camisa—. Tienes razón, hermanita; rivaliza con Lhor.

Xevius me miró desconcertado, como si no pudiera comprender mi diversión ante las travesuras de Mercy. Aunque no éramos parientes de sangre, Mercy y yo nos habíamos adoptado mutuamente como hermanas, ya que compartíamos a Aleina y a la difunta Sevina como hermanastras. La pesada mujer era una coqueta incorregible a la que le encantaba incomodar a los hombres. Pero nunca cruzaba la línea de lo inapropiado. Incluso antes de encontrar a su alma gemela, Mercy no se metía con hombres que ya estuvieran comprometidos con otra persona.

—Oh, relájate, Korletheano —dijo, alzando al bebé hasta su hombro mientras se cubría expertamente, sin dejarnos entrever ni un pezón, antes de frotarle la espalda para hacerle eructar —. Solo estoy bromeando. De todos modos, eres demasiado guapo para mi gusto. Es hora de ir a

ver cómo están mis otros dos monstruitos. Nunca es bueno que se queden tan quietos, tanto tiempo. Te veré dentro de dos días, Kam. Yo también te veré, guapo.

Mercy cortó la comunicación, dejando a mi compañero mudo mirando el monitor. Riéndome, me puse en pie y le empujé para que se sentara al borde de mi escritorio. Separó las piernas para hacerme sitio y yo me coloqué entre ellas, con los dedos extendidos sobre su pecho musculoso.

—Interesante hembra —dijo Xevius, posando las palmas de las manos en mi trasero.

—Así es —asentí, trazando el dibujo de su tatuaje con el dedo índice—. Te he echado de menos.

—Yo también —dijo, inclinando la cabeza para besarme las marcas del hombro. Al enderezarse, frunció el ceño mientras las miraba antes de clavarme los ojos—. Están más pálidas. Te bebiste ese té, ¿verdad?

La acusación en su voz me hizo reír.

—Claro que sí. Estuve en la ciudad toda la mañana. ¿Querías que me arriesgara a tirarme a un macho cualquiera en un frenesí de calentura? —pregunté burlonamente.

Xevius puso mala cara.

—No me gusta cuando te lo bebes —murmuró.

—¿Por qué? Eso no impide que me excite con mi sexy compañero —dije, mordiéndole el labio inferior.

—Te quiero salvaje y desenfrenada —dijo, apretándome contra él con una mano, y la otra recorriendo mi espalda.

—Siempre estoy salvaje y desenfrenada —respondí.

—Sí, pero tu período te hace aún más salvaje.

Me puse rígida, sintiéndome un poco molesta.

—¿Qué estás diciendo? —pregunté—. ¿Esperas que me vuelva sosa y aburrida cuando termine mi período la semana que viene?

Xevius no se lanzó a la sarta de disculpas y justificaciones poco convincentes que yo esperaba, típicas de un hombre que mete la pata hasta el fondo. En lugar de eso, su expresión adquirió un tono depredador que me humedeció al instante.

—No, mi compañera. Quiero hacerte gritar tan fuerte que la Primera División vendrá a esta puerta a rescatarte —nos dio la vuelta y me sentó en el borde del escritorio, deslizando las manos bajo mi corta falda—. Quiero oírte gritar mi nombre, suplicándome que te coja con más fuerza hasta que se te quiebre la voz —sus dedos acariciaron la costura de mi sexo a través del triángulo húmedo de mi tanga—. Ya estás mojada para mí, traviesa.

Para mi mayor decepción, en lugar de seguir insistiendo, retiró la mano y, apartando la silla de mi escritorio, retrocedió un par de pasos.

—Desnúdate para mí, Kamala. Desnúdate para tu compañero —dijo Xevius, oscureciendo sus ojos dorados y bajando el tono de su voz—. ¡No! —exclamó cuando intenté saltar del borde del escritorio donde me había colocado—. Quédate donde estás y quítate el vestido —mientras

hablaba, Xevius empezó a deslizarse la falda de meditación, arrastrando al mismo tiempo la ropa interior con ella, y tomándose su dulce tiempo para aumentar la expectación.

Obedeciendo, moví lentamente el culo sobre el escritorio mientras tiraba de la falda del vestido para liberarlo, contorsionándome tan sensualmente como podía, haciendo un espectáculo de ello. Xevius se lamió los labios y los mantuvo entreabiertos en una especie de gruñido. Quería hacerme pedazos el vestido, quitármelo, levantarme las piernas por encima de los hombros, clavarme la polla y follarme sin sentido hasta que se desplomara. No entendía cómo lo sabía sin lugar a dudas, pero lo sabía. Y me excitaba más allá de las palabras.

Desde la primera vez que hicimos el amor en su nave, me había ido "sintonizando" cada vez más con las emociones de Xevius, sobre todo con las más viscerales. Sin embargo, incluso cosas más sencillas como la sed, el hambre, el cansancio, la incomodidad... simplemente las sentía. Y él siempre parecía muy consciente de cada una de mis necesidades y sentimientos.

Me quité el vestido y lo arrojé al otro lado de la habitación, mientras me deleitaba con la perfección del cuerpo de mi compañero. Quitándose las sandalias, mi compañero se quedó completamente desnudo ante mí, solo cubierto por su gloriosa cabellera dorada. Su mirada bajó hasta mi sujetador, deseando que me lo quitara. Pero cuando me acerqué al broche, volví a sentir su deseo de arrancármelo y violarme. Rodeó su polla erecta con la mano y la acarició suavemente. Sus músculos abdominales se contrajeron y, por espacio de un segundo, habría jurado que había sentido la chispa de placer que lo había provocado.

—Eres un Empático —solté, con la certeza asentándose de repente en mi mente.

Xevius se puso ligeramente rígido. No respondió, sus ojos se clavaron en los míos mientras seguía acariciándose lentamente. El aire crepitaba con energía psiónica. Podía sentirla emanar de él, y entonces me golpeó una potente mezcla de lujuria y placer creciente: sus sentimientos. Por instinto, para confirmar mis sospechas, me incliné hacia atrás sobre el escritorio, apoyándome en el antebrazo, y levanté los pies sobre el escritorio, exponiéndome a mi compañero. Me asaltó otra oleada de lujuria, y Xevius aceleró el movimiento de la mano sobre su polla. Esta vez, no había duda de que las espirales de placer que se arremolinaban en la boca de mi estómago eran ecos de las suyas. No sentí su mano tocándose, solo las sensaciones que él derivaba de ella.

Con la intención de corresponderle, metí los dedos entre las piernas y empecé a frotarme. Xevius entrecerró los párpados e inclinó ligeramente la cabeza hacia atrás, dejando escapar un siseo de placer de sus labios entreabiertos. Pero no rompió el contacto visual. Sentí una extraña emoción al poder compartir esto con él y él conmigo. Sabía que mi compañero se debatía entre lo que debía mantener en secreto y lo que podía confiarme. Pero, a su manera, había respondido.

Todavía en modo *espectáculo*, me detuve lo suficiente para levantar el culo y empecé a deslizar el tanga por las piernas. Nunca terminé. Algo pareció romperse en Xevius. Con un gruñido salvaje, se lanzó sobre mí a la velocidad del rayo. Oí cómo mi tanga se desgarraba en sus manos antes de que la habitación se inclinara a mi alrededor. Mi aullido de sorpresa al encontrarme tumbada boca arriba sobre el escritorio, con las piernas sobre los hombros de mi

compañero, se convirtió rápidamente en un gemido de placer cuando su lengua tomó el relevo donde mis dedos lo habían dejado.

Xevius sabía exactamente cómo pulsar los botones adecuados para convertirme en un completo charco. No sabía si era pura destreza, sus habilidades empáticas o una mezcla de ambas, pero francamente me importaba una mierda. En cuestión de segundos, mi compañero me tenía retorciéndome bajo su boca, con las piernas temblorosas de placer—el suyo y el mío. Le encantaba ver cómo me derrumbaba bajo sus caricias y se deleitaba con el poder que sentía al provocar en mí respuestas tan apasionadas.

No se lo oculté.

Incluso cuando llegué al clímax, el orgullo animal, la posesividad y la necesidad de dominar se abalanzaron sobre mí desde mi compañero. Nunca se me ha dado bien el placer y, al sentir las emociones de mi compañero, el deseo de complacer superó mi reticencia instintiva.

Antes de que el grito de mi orgasmo se hubiera desvanecido, la polla de Xevius sustituyó a su boca, tomándome de un potente empujón. Mi espalda se arqueó sobre el escritorio como si quisiera ofrecer mis pechos a mi compañero, que me rompió el sujetador por la mitad. Machacándome con ferocidad, Xevius me inmovilizó las muñecas a cada lado. Su boca me chupaba y mordisqueaba los pezones con una pasión casi brutal.

Todavía en mi clímax, otro se acumuló rápidamente mientras un tsunami de sensaciones se abatía implacablemente sobre mí. Cuando volví a gritar, sentí su placer-dolor por no dejarse llevar por su propia liberación. En lugar de eso, me levantó las piernas por encima de los hombros y se inclinó sobre mí, manteniéndome atrapada e indefensa para luchar contra su feroz posesión de mí—aunque yo no quería. Sintiéndome sin fuerzas, con el cuerpo retorciéndose y temblando bajo él, por mi mente pasó la idea de que mi compañero podría matarme de placer. Pero la voz de Xevius hizo que mis pensamientos errantes volvieran rápidamente a él.

—Eres mía, *Fehama*. Toda tú eres mía. Dilo —me ordenó.

Apenas entendí sus palabras, arrastradas por el gruñido de su voz y medio oscurecidas por el crujido del escritorio que había debajo de mí y el furioso golpeteo de su pelvis contra la mía. Seguía cayendo en el interminable vórtice de éxtasis en el que me había sumido mi compañero y no recordaba cómo formar palabras. Mi lengua se había convertido en plomo, mi garganta solo parecía saber gemir y jadear, y mi cerebro no podía procesar otra cosa que las dichosas emociones que emanaban de mi compañero, su piel ardiente, resbaladiza de sudor, frotándose contra la mía, y su gloriosa polla martilleando mi punto dulce a cada golpe.

Sin ralentizar su ritmo castigador, la mano de Xevius me rodeó el cuello y me apretó.

—Dilo —siseó contra mis labios—. Dime que eres mía.

—Yo... soy tuya —exhalé.

—¿Entiendes lo que siento por ti, mi compañera? ¿Tienes idea de lo mucho que te amo? —preguntó Xevius casi con rabia.

No tuve oportunidad de responder. Una luz cegadora estalló ante mis ojos y mi espalda se

arqueó con tanta violencia que habría jurado que la oí partirse. La boca de Xevius amortiguó mi grito segundos antes de echar la cabeza hacia atrás y rugir de éxtasis. Su semilla se disparó en mis maltrechas entrañas, y luego el placer de su orgasmo se abalanzó sobre mí, destruyendo casi por completo la cordura que me quedaba. Se me pusieron los ojos en blanco mientras él aplastaba su pelvis contra la mía, llenándome con su esencia.

La boca de Xevius besaba suavemente las marcas Veredianas de mi cuello y hombro, y sus susurrantes palabras de amor me saludaron cuando por fin volví a bajar de la más insana de las alturas. No sabía si había perdido el conocimiento. Mi compañero me había destrozado de la forma más deliciosamente bárbara.

Sintiéndome aún débil, mi mano se introdujo en el pelo húmedo de mi compañero. Xevius levantó la cabeza para mirarme. La ternura de sus ojos me destrozó aún más. Me encantaba su peso ardiente encima de mí. Aunque había bajado mis piernas de sus hombros, su polla seguía enterrada en mí. A pesar de lo dolorida que me sentía, eso también me encantaba.

—¿Estás bien, mi compañera? —preguntó Xevius, con una voz llena de afecto.

—Estoy deliciosamente destrozada —dije lánguidamente. Xevius ronroneó de satisfacción y me besó suavemente los labios—. Aunque ahora mismo no estoy preparada para otro asalto, te invito a repetirlo cuando lo consideres oportuno en el futuro.

Xevius soltó una risita y volvió a besarme, esta vez con un toque de pasión. Levantando la cabeza, apartó un mechón de pelo húmedo que se me pegaba a la frente mientras me contemplaba como si fuera el mayor de los tesoros. Mi pecho se llenó de calor al sentirme tan amada y adorada.

—Supongo que entonces debería retirarme —dijo burlonamente.

Me reí y asentí.

—Sí, deberías.

A pesar del leve ardor que me producía el dolor cuando su polla se deslizaba fuera de mí, mis paredes internas palpitaban, añorando ya la plenitud y la intimidad de ser una con Xevius.

—Me sorprende que el escritorio siga en pie y que las paredes no se hayan derrumbado con lo fuerte que gritabas —dijo Xevius con suficiencia, mientras me levantaba en brazos.

—Tú tampoco estabas precisamente callado —murmuré, haciéndole una mueca.

—¡Touché! —concedió, llevándome en brazos mientras se dirigía al cuarto de aseo—. ¿Bañera o ducha? —me preguntó, entrando en la amplia habitación de azulejos grises y blancos.

—Bañera —dije sin vacilar—. Y después de eso, alguien me deberá un masaje.

Xevius se echó a reír.

—Bueno, eso puede ser problemático. Creo recordar que cada vez que te doy un masaje, acabamos en una posición traviesa.

—Dije que podías repetir, pero no en este mismo instante —contesté.

En sus ojos volvió a brillar ese brillo depredador que tanto me gustaba, y una sonrisa lenta y sensual se dibujó en sus labios carnosos.

—Tomo nota.

Me puso de pie con evidente reticencia. Me apoyé en la encimera de piedra blanca del lavabo, con las piernas temblorosas. Xevius abrió el agua de la enorme bañera empotrada, lo bastante grande para que cupieran cómodamente tres adultos. Tras comprobar su temperatura, abrió el panel oculto de la pared de azulejos, dejando al descubierto dos estantes cargados de productos de baño. Dejó caer en el agua un par de perlas de aroma fresco, cuyo aceite era eficaz para aliviar los músculos doloridos.

Cuando se puso en pie, contemplé su hermoso cuerpo, incapaz aún de creer que aquel hombre maravilloso fuera mío y lo cerca que había estado de perderlo para siempre. La imagen de la luz desvaneciéndose de sus ojos mientras yacía en un charco de sangre en el suelo de la Asamblea seguía atormentándome. Al notar mi cambio de humor, Xevius frunció el ceño y me atrajo hacia sí.

—¿Qué te pasa, *Fehama*? —preguntó, con preocupación en la voz.

Examiné sus rasgos como si quisiera grabarlos para siempre en mi memoria.

—Es que...

No me salían las palabras. Me sentí estúpida por haber estropeado el momento por una tragedia que al final se había evitado. Xevius comprendió de repente. Aunque en realidad los Empáticos no podían leer la mente—a diferencia de Valena—la capacidad de percepción de mi compañero le permitía adivinar qué pensamiento me había perturbado.

—Estoy aquí, *Fehama* —dijo Xevius con voz tranquilizadora—. Estoy a salvo.

Se me hizo un nudo en la garganta por la emoción y sentí punzadas en los ojos.

—Lo siento —dije, sintiéndome como una completa idiota—. Es que no puedo perderte.

—No lo sientas, mi amor. No pasa nada. No me perderás. Esa visión ha pasado. Zhara me trajo de vuelta. Estoy aquí. Soy tuya. Y no iré a ninguna parte.

Enterré la cara en su cuello y asentí, avergonzada por mi inusual demostración emocional. Xevius me abrazó con más fuerza, y su amor y alegría se filtraron en mí, borrando aquel momento de vulnerabilidad e inseguridad.

—Vamos, amor —dijo mi compañero tirando de mí hacia el agua.

Se sentó primero y luego me colocó frente a él, de espaldas a su pecho. Tras detener el agua, puso en marcha los cabezales de masaje de la bañera. Mientras el agua caliente burbujeaba a nuestro alrededor, me recosté contra mi compañero. Xevius me abrazó, con la mejilla pegada a la mía. Permanecimos un rato en un cómodo silencio, disfrutando del efecto relajante del masaje acuático.

—Eryon y yo estábamos hablando de la estructura y el plan de estudios que tus Hermanas han establecido en Veredia —dijo Xevius con voz suave, antes de besarme el hombro. Me levanté, curiosa por saber adónde se dirigía aquello—. Ambos estamos de acuerdo en que no es adecuado para los Titanes. Incluso los de temperamento menos agresivo, como Zhara y Rhadames, tienen necesidades especiales que requieren un programa más personalizado.

El corazón me dio un salto en el pecho. Había esperado que Xevius deseara participar más activamente en el entrenamiento de nuestros niños. Cuando se puso tan fácilmente a disposición de Tharek, y luego de los otros hijos de Amalia, esperaba que le cogiera gusto y decidiera ampliar su ayuda a los demás Titanes. Teniendo en cuenta sus circunstancias, debía andarme con cuidado. Mi compañero lo había dejado todo para seguir su conciencia y estar conmigo. Por mucho que mi pueblo necesitara desesperadamente su ayuda, no quería que sintiera que *tenía* que ayudarnos como una especie de pago por que Zhara le salvara la vida. También recordaba demasiado bien la incómoda situación en la que se había encontrado Ghan, en los primeros días de su relación con mi hermana, intentando comprender cuál sería su papel en la jerarquía del ejército Tuureano. Veredia sería el nuevo hogar de Xevius e, independientemente de nuestras necesidades, quería que encontrara un papel satisfactorio libremente elegido.

—¿Qué tenías pensado? —pregunté, mirándole por encima del hombro—. Te agradeceríamos cualquier idea que pudieras compartir.

Xevius sonrió y, a través de nuestro vínculo empático, sentí su genuino placer y entusiasmo ante mis palabras, que a su vez alimentaron los míos. Esto de la empatía estaba resultando impresionante.

—Bueno, no queremos imponernos, pero Eryon y yo estaríamos encantados de trabajar con Camelia y Larissa para ayudar a redefinir el plan de estudios y dar cuerpo a los contenidos de las clases. Tus Titanes comparten grandes similitudes con los niños de Korlethea, salvo que su poder es mucho mayor —dijo Xevius con entusiasmo—. Ambos pensamos que un programa similar, mejorado con algunas de las técnicas más avanzadas de meditación y control emocional que se enseñan en el nivel de la Agencia, beneficiará a los niños. Tharek ya está respondiendo extremadamente bien.

—Sí, lo he visto —dije, con una sonrisa en la voz—. Es maravilloso ver ya los primeros signos de los cambios y lo feliz que le hace... y a todos nosotros —vacilé, mis ojos parpadeaban entre los suyos—. Sabes que no *tienes* que hacerlo, ¿verdad?

—Quiero hacerlo —dijo Xevius con convicción, mezclada con una pizca de tensión. Sus hombros se relajaron cuando le sonreí. ¿Cómo él podía pensar que no queríamos su ayuda?—. *De verdad* que quiero —reiteró mi compañero, y su rostro adoptó una expresión de asombro—. Como uno de los miembros más veteranos de la Agencia, he ayudado a formar a bastantes agentes. Pero trabajar con Tharek y los demás estos dos últimos días ha sido fenomenal. Poder ayudar a dar forma a un poder tan tremendo y apaciguar una rabia tan increíble es una lección de humildad. Con el entrenamiento adecuado y los valores morales compasivos de tu pueblo, estos niños serán realmente los Guardianes de ambos Cuadrantes de la galaxia. Quiero tener el honor de contribuir a su tutoría.

Con el corazón lleno de gratitud, alivio y esperanza, me di media vuelta en el agua para mirar mejor a mi compañero.

—Entonces ese honor es tuyo y nuestro. Gracias. De parte de todos nosotros, gracias.

Un tierno beso selló nuestro acuerdo mientras yo agradecía en silencio a la Diosa sus innumerables bendiciones.

~

Con las manos juntas a la espalda y las piernas ligeramente separadas en la posición militar que siempre había preferido el Almirante Lee, permanecí estoica junto al estrado donde Aleina se disponía a dirigirse al Consejo Xelixiano. Vestida con la armadura negra de celesio de los Tuureanos, dejé que mi mirada recorriera a los veintiún Consejeros de los cinco distritos de Xelix Prime; cinco Consejeros por distrito, excepto el Distrito Xelhon, que solo contaba con el Consejero Rhev Pelghon, cuyo voto contaba por cinco voces. Agradecida por mi casco y la brillante visera negra que ocultaba mis rasgos demasiado expresivos, miré a Lhor y Zhul, sentados cada uno con los otros cuatro Consejeros de sus respectivos Distritos. A pesar de sus esfuerzos, su nerviosismo era visible para cualquiera que los conociera tan bien como yo había llegado a conocerlos en los últimos ocho años.

El balcón elevado estaba casi lleno a rebosar de una multitud que—por ahora—se comportaba muy bien y ocupaba todos los asientos reservados a los civiles. Me invadió una espeluznante sensación de déjà vu al ver aún más gente de pie junto a las paredes, con representantes de los medios de comunicación retransmitiendo con impaciencia este discurso especial de Aleina Delphin, Embajadora Verediana en Xelix Prime.

Al igual que en Korlethea, la Sala del Consejo tenía forma de anfiteatro. Pero a diferencia de la suya, en lugar de una única mesa en forma de media luna ante los doce asientos de los Omniatos, los Consejeros Xelixianos estaban sentados por distritos en dos filas, cada distrito separado por escaleras que conducían al balcón y a los palcos de los medios de comunicación. Estas filas estaban dispuestas en el suelo del lado del público que daba al estrado. El Presidente Frebhin estaba sentado en una silla alta frente a los Consejeros y el público, un par de metros por detrás del estrado donde estaba mi hermana.

—Tiene la palabra, Embajadora Delphin —dijo el Presidente Frebhin.

Aleina inclinó ligeramente la cabeza en señal de gratitud antes de volverse hacia el público. Su legendario estoicismo no dejaba de sorprenderme mientras los miraba de frente.

—Queridos ciudadanos de Xelix Prime, hacía mucho tiempo que no tenía el placer de dirigirme a todos ustedes a tan gran escala. En nombre del Imperio Verediano, les doy las gracias por venir en tan gran número y por concederme su atención.

Aleina juntó las manos frente a ella en lo alto del podio.

—Hace ocho años, una joven aterrorizada huyó de una vida de esclavitud y buscó refugio aquí, en su mundo natal. La acogieron y la protegieron. Su poderoso ejército ayudó a liberar a toda nuestra especie de una vida de miseria y desesperanza. Como resultado, nació la alianza militar más poderosa del Cuadrante Occidental entre los Xelixianos y los Tuureanos. Y, por la

gracia de la Diosa, las uniones entre Veredianas y Xelixianos no solo han desempeñado un papel importante a la hora de ayudarnos a encontrar la cura a nuestros problemas reproductivos, sino que también han producido el nacimiento de los primeros machos Veredianos en más de 150 años. Gracias a la protección que Xelix Prime proporcionó a mi sobrina, Amalia Praghan, la especie Verediana ya no está en peligro de extinción. Somos libres. Prosperamos. Y ahora tenemos ante nosotros un futuro brillante. Por todas estas razones, Xelix Prime ocupará siempre un lugar preciado en los corazones de todos los Veredianos de las generaciones venideras.

La multitud saludó esta declaración con vítores, muchos de ellos apretando el puño contra el corazón en el tradicional saludo Xelixiano. Los Consejeros golpearon sus mesas con los nudillos en señal de acuerdo. A pesar de la fealdad del vandalismo y la discriminación a la que algunos miembros de la población habían sometido últimamente a mis Hermanas, yo, y todas las Veredianas, seguíamos sintiendo un profundo afecto por aquellas gentes que nos habían abierto su mundo natal en nuestros momentos de necesidad. En esos breves instantes en que aplaudían el discurso de mi hermana, el estrecho vínculo que una vez habíamos compartido—y que yo aún creía que existía a pesar de algunas grietas—brilló con fuerza.

—En los tres años transcurridos desde que se encontró la cura para las Veredianas —dijo Aleina cuando la multitud se calmó—, nuestros dos pueblos han trabajado incansablemente para encontrar una cura para la enfermedad que les aqueja a ustedes, nuestros queridos anfitriones y amigos. Hace tres años, Eryon Valis, el padre de nuestra querida Amalia, nos proporcionó el elemento que faltaba para la cura Verediana. Hoy, con la ayuda del compañero de mi hermana, el Korletheano Xevius Thanis, Eryon nos ha proporcionado el ingrediente que faltaba para la cura Xelixiana.

Todo el público se quedó helado. Con los ojos y la boca muy abierta, miraban a mi hermana con incredulidad, y algunos parecían contener la respiración.

—Durante las dos últimas semanas, mi padrastro, el Dr. Minh Volghan, ha estado haciendo pruebas diligentemente con un grupo de voluntarios —continuó Aleina—. En todos los casos, a las cuarenta y ocho horas de comenzar el tratamiento, la Mancha dejó de progresar.

Se me hizo un nudo en la garganta cuando algunos de los machos del público, sobre todo los que mostraban claros signos de la Mancha, y los que ocultaban su enfermedad con velos y capuchas—como era de esperar en su cultura—empezaron a susurrar a la Diosa, algunos simplemente invocando su nombre, otros rogándole que permitiera que fuera cierto.

—En setenta y dos horas, el 100% de los machos Manchados mostraron signos de regresión de la enfermedad. Tras quince días de tratamiento y observación, además de miles de simulaciones realizadas por un grupo internacional de expertos médicos, tengo el honor de presentarles el mismo regalo que han hecho a mi pueblo. Se ha encontrado oficialmente la cura para la Mancha.

La multitud prorrumpió en un rugido tan potente que casi esperaba que el techo se viniera abajo. Hombres y mujeres, amigos y desconocidos, se abrazaron, y muchos de los Manchados

rompieron a llorar. Algunos cayeron de rodillas, enterrando la cara entre las manos.

En la pantalla interna de mi visor aparecieron advertencias que indicaban mi creciente angustia emocional. Los nanobots de mi traje se pusieron en estado de alerta para tomar las medidas necesarias para que mis constantes vitales y mis estados mentales volvieran a niveles operativos adecuados. Envié una orden neural a los nanobots para que se retiraran. Incluso Aleina dejó caer su máscara de estoicismo durante unos instantes, permitiendo que sus sentimientos se manifestaran en este instante tan especial.

Finalmente, el Presidente Frebhin, claramente sobresaltado, pero profundamente emocionado, se puso en pie y levantó la palma de la mano para llamar al orden. Tardó un poco más de lo habitual, pero la multitud finalmente se calmó, con los rostros empapados en lágrimas de felicidad.

—Embajadora Delphin, Aleina, mi querida amiga —dijo el Presidente Frebhin, con la voz ligeramente temblorosa por la emoción—, en nombre de toda Xelix Prime, te doy las gracias de todo corazón. Esta plaga ha malgastado la vida de demasiados hombres buenos. No hay palabras que puedan describir la alegría que has traído hoy a mi pueblo. Tú, mejor que nadie, comprendes el don de la vida, de la esperanza y de un futuro. Un millón de gracias.

De cara al Presidente, Aleina sonrió suavemente, luego se puso la palma de la mano en el corazón y la agitó hacia él en gesto de ofrenda, según nuestras tradiciones. Luego se volvió hacia los Consejeros y el público.

—Más tarde, el Dr. Minh dará una rueda de prensa para dar más detalles. Comprendan que llevará tiempo producir cantidades suficientes de la cura y compartir los protocolos de tratamiento con todos los centros médicos —advirtió Aleina—. Pero la cura existe, y sus médicos harán todo lo que esté en su mano para que llegue cuanto antes a todos los que la necesiten.

Más asentimientos, golpes de nudillos y vítores saludaron esas palabras.

Aleina me miró de reojo y luego respiró hondo antes de volver a mirar a la multitud. Me preparé, sabiendo lo que venía a continuación.

—En otro orden de cosas, aunque el amor que profesamos a los Xelixianos no ha flaqueado y nunca se desvanecerá, últimamente las cosas han estado tensas entre nuestros pueblos —dijo Aleina—. Durante mucho tiempo, demasiado tiempo, se ha visto y oído propaganda anti Verediana en todos sus medios de comunicación, deformando su percepción de las hembras a las que una vez se comprometieron a proteger —mi hermana habló con voz suave, desprovista de cualquier matiz acusatorio—. El miedo creciente, alimentado por dicha propaganda, nos ha obligado a retirar a nuestros niños de sus escuelas con la esperanza de mantener la paz entre Xelixianos y Veredianos. Desgraciadamente, eso no fue suficiente para un pequeño grupo que destrozó las nuevas escuelas solo para Veredianos que creamos para educar a nuestros niños, así como varias casas privadas pertenecientes a Veredianos o compartidas por parejas Veredianas-Xelixianas. Me rompe el corazón.

Varias personas se revolvieron en sus asientos, algunas desviaron la mirada o quedaron repentinamente fascinadas por los acentos gris oscuro de las paredes o las baldosas del suelo.

—Comprendemos sus temores. De verdad. ¿Habríamos reaccionado igual que ustedes? Tal vez. Probablemente —concedió Aleina—. Pero la multiplicación de incidentes recientes nos ha llevado a cuestionarnos una serie de cosas, incluido nuestro estatus aquí en Xelix Prime.

La tensión aumentó de repente en la sala. Al igual que con la cura Xelixiana, el público intuía hacia dónde se dirigían las palabras de mi hermana. Muchos rostros fruncieron el ceño gradualmente mientras Aleina seguía hablando.

—En nuestros tiempos de necesidad, nos dieron socorro, cobijo y la estabilidad que muchas de nosotras ansiábamos, pero que nunca habíamos conocido. Ahora que la crisálida de nuestro renacimiento se ha desprendido, es hora de que despleguemos nuestras alas —empezaron a elevarse murmullos de protesta desde el balcón mientras los Consejeros miraban a Aleina con incredulidad. Mi hermana puso cara de disculpa, pero continuó con voz suave, pero firme—. Ha sido una decisión muy difícil y dolorosa de tomar, pero tras una votación unánime, las Veredianas hemos decidido que ha llegado el momento de separarnos y establecernos con nuestros niños en nuestro nuevo mundo natal.

Esta vez, los gritos airados de protesta se mezclaron con las súplicas de disculpa para que lo reconsideraran. Aunque algunas personas parecían confusas respecto a cómo se sentían ante la situación, la mayoría tenía sentimientos polarizados: traición por habernos levantado y marchado cuando las cosas se complicaron, y culpabilidad por haber permitido o incluso contribuido al comportamiento aislacionista que nos había alejado, o al menos haberlo apoyado.

El Presidente Frebhin tuvo que intervenir de nuevo para poner orden. Aleina le dio las gracias antes de continuar.

—Este resultado siempre fue inevitable. Si nuestros papeles se invirtieran, ¿no querrían volver a casa y ayudar a reconstruir su cultura? ¿Asegurarse de que su primera generación de machos en más de un siglo se críe según sus propios valores y herencia? ¿Que su lengua principal sea la de sus antepasados? No se trata de las tensiones que puedan haber surgido entre nuestros pueblos. Se trata puramente del futuro de Veredia.

Aunque seguían disgustados, las palabras de Aleina apaciguaron ligeramente a algunos de los presentes, pues resonaban con su naturaleza profundamente patriótica.

—¿Y qué hay de la herencia Xelixiana de los niños? —gritó un macho desde el balcón. A juzgar por sus ropas blancas y la gran cantidad de piel gris, impecable y expuesta, son claramente un Prime.

—Esa herencia no se perderá —le aseguró Aleina—. Todos los padres han accedido a seguir a sus compañeras a Haven. Los niños ya hablan Xelixiano, pero las clases avanzadas serán obligatorias en su programa escolar. La construcción del Centro Educativo Xelixiano finalizó hace un mes y ya ha empezado a ofrecer servicios de gastronomía, cultura, historia y política Xelixianas. Se añadirán nuevos servicios de forma continuada. Y los niños, naturalmente,

volverán para visitas, expediciones escolares o vacaciones con sus familias. Al fin y al cabo, es un vuelo corto.

Eso solo aplacó parcialmente a algunas personas. Pero tenían que superarlo. La decisión estaba tomada y ellos no tenían nada que decir al respecto.

—¿Y tu compañero, el Primer Oficial Ghan Delphin? —preguntó el Consejero Rhev Pelghon —. ¿Qué pasa con el compañero de *Seha* Praghan, el General Khel Praghan? ¿Y los Consejeros Lhor Kirnhan y Zhul Dervhen? ¿Y qué hay del Dr. Minh Volghan? Todos ellos son figuras prominentes de Xelix Prime que también están apareados con Veredianas. ¿Estas hembras se quedan aquí con sus compañeros o éstos renuncian a seguirlas?

Esta vez, contuve la respiración junto con el resto de la audiencia. Había temido esa pregunta desde el principio.

—Me trasladaré a Haven con mis hijos —dijo Aleina—. Amalia, mi madre, y Valena también han decidido marcharse con sus vástagos. No hablaré en nombre de los machos, ni siquiera de mi compañero. Es decisión suya seguir o no y de ellos revelar sus decisiones.

Todas las miradas se volvieron hacia Lhor y Zhul. Los dos hombres intercambiaron una mirada, y Zhul se puso en pie, reclamando el derecho a hablar.

—Como ha dicho la Embajadora Delphin, mi compañera me ha informado de su deseo de abandonar Xelix Prime para estar con su gente en Haven —dijo Zhul—. Cuando se convirtió en mi compañera de vínculo, hace seis años, Valena renunció a su sueño de reunirse con sus Hermanas tras años de aislamiento solo para que yo pudiera ejercer mi función de Consejero y permanecer con mi familia, que atravesaba momentos difíciles. Ahora me toca a mí sacrificar mis deseos personales por su felicidad.

La multitud se opuso en voz alta a esta afirmación, pero Zhul prosiguió, impertérrito.

—Si el Consejo lo consiente, mi padre, Nhed Dervhen, pondrá fin a su papel de Embajador ante el Consejo Galáctico y reanudará su antigua función de Consejero del Distrito de Xelhen. Si eso no fuera una opción, supervisaré personalmente una nueva elección de mi sustituto antes de mi partida.

Sin inmutarse por el clamor descontento de la multitud, Zhul retomó su asiento. Cualquiera que tuviera ojos podía ver que el Consejero no se desviaría del curso de acción que había elegido. Lhor se puso en pie. Los gritos se apagaron mientras la tensión, tan densa como para cortarla con una cuchilla, llenaba la sala. Además de ser la otra mitad del alma de su amado General Praghan, Lhor se había convertido en un símbolo de esperanza para los machos Manchados de Xelix Prime cuando Amalia lo había tomado como segundo compañero, a pesar de que se encontraba en las últimas fases de la enfermedad. Desde entonces se había convertido en uno de los más firmes defensores de los derechos de los Manchados.

—Como Geminado del General Praghan, ha sido para mí un gran orgullo ocupar el puesto de la familia Praghan en este honorable Consejo. Como ha declarado la Embajadora Delphin, Amalia abandonará Xelix Prime con nuestra descendencia. Mi lugar, como compañero y

protector, está al lado de mi mujer y de nuestros hijos pequeños —dijo Lhor, provocando otra oleada de protestas de la multitud y la consternación de sus colegas—. Aunque el éxodo de los Veredianos comenzará mañana mismo, para garantizar una transición fluida de mis obligaciones tanto con este Consejo como con mis electores del Distrito de Xelhan, mi familia será de las últimas en abandonar Xelix Prime, dentro de unas semanas.

El clamor se hizo tan fuerte que Lhor se vio obligado a dejar de hablar hasta que intervino el Presidente Frebhin. Sentí lástima por los Xelixianos, y casi como una ladrona por arrebatarles a algunas de sus figuras más prominentes y queridas. También temía la posible reacción violenta contra los Veredianos por ello.

—No hablo en nombre de Khel —continuó Lhor—. El General se dirigirá personalmente al pueblo de Xelix Prime con la decisión que haya tomado. Soy consciente de que esta noticia es molesta para muchos de ustedes. Pero recuerden que somos Xelixianos. Nuestro deber es garantizar la felicidad y el bienestar de nuestras compañeras y descendientes. ¿Esperan menos de mí? ¿No seguirían a su alma gemela hasta el otro extremo de la galaxia y más allá si fuera necesario? Hoy estoy vivo gracias al amor de mi compañera. Amalia ha hecho mucho por nuestro pueblo, especialmente por los Manchados. Si alguna vez ha significado algo para ustedes, entonces la despedirán a ella y a sus Hermanas con sus mejores deseos, no con veneno y resentimiento.

Se hizo un gran silencio cuando Lhor volvió a sentarse.

Aclarándose la garganta, Aleina volvió a centrar la atención en sí misma. Se me hizo un nudo en el estómago de aprensión.

—Hoy los hemos hecho pasar por un viaje muy emotivo —dijo Aleina con voz compungida —. Pero debo rogarles que nos tengan paciencia para un último tema.

Se acomodó el largo pelo castaño claro detrás de la oreja, un gesto nervioso que hacía mucho que no veía hacer a mi hermana. Tras abandonar su papel de Almirante Lee, Aleina se había dejado crecer el pelo hasta alcanzar una longitud Verediana más tradicional, para mi gran alegría. Aún recuerdo haber llorado el día en que se lo cortó para ocultarlo mejor bajo su armadura masculina.

—El día que murió Veredia, un puñado de nuestras Hermanas consiguió escapar de la esclavitud a manos de los Guldanos —dijo Aleina, odiando incluso más que yo la perspectiva de abandonar el escudo que había mantenido a salvo a nuestro pueblo durante décadas—. La ocultación y el secretismo se convirtieron en un modo de vida esencial. Éramos demasiado pocas, demasiado vulnerables, rodeadas de depredadores que nos negarían la libertad y nos explotarían. Hasta que los Tuureanos hicieron su aparición.

Se volvió para mirarme e hizo un gesto para que me acercara. Tragando saliva, más agradecida que nunca por mi visor, di los dos pasos que me separaban del estrado y me subí a él junto a ella.

—Bajo la protección militar de los Tuureanos, dirigidos por el Almirante Lee y la Teniente

Kamala, por fin pudimos reclamar nuestro lugar bajo el sol, protegidas de aquellos que querían abusar de nosotras —dijo Aleina, con la mano apoyada en la parte superior de mi brazo—. Muchos se han preguntado por el vínculo indestructible que nos une al ejército más poderoso de la galaxia. Se han difundido las teorías más extravagantes, muchas de ellas bastante divertidas —añadió mi hermana con una sonrisa—. Pero ahora dejaré que Kamala arroje luz sobre este misterio.

Tragando dolorosamente una vez más, incliné la cabeza en señal de gratitud hacia mi hermana, que bajó del estrado para darme la palabra. La multitud pareció contener la respiración colectivamente, con la misma curiosidad ansiosa en todos los rostros.

—Hace dieciséis años, la galaxia fue presentada por primera vez a nosotros, los Tuureanos —dije con mi voz sintética.

En el último año, habíamos suprimido el modulador de voz que llevábamos en el cuello e integrado el modulador en nuestros trajes, lo que eliminaba las situaciones incómodas en las que algunas de nuestras Hermanas habían omitido ponérselo, o que se había desajustado, dándoles un tono más espeluznante de lo normal.

—Nuestras avanzadas tecnologías y capacidades de combate nos convirtieron rápidamente en una fuerza a tener en cuenta —dije con un orgullo que no me esforcé en ocultar—. Muchos mundos libres de los Cuadrantes Occidentales temían que utilizáramos ese poder para esclavizarlos. Pero, como ha demostrado la historia, no tenemos tales designios. Nuestro único propósito, la razón de nuestra existencia, es la protección de las Veredianas. Fuimos implacables en nuestros esfuerzos por liberarlas y terraformamos nuestro planeta Tuur para emular el ecosistema del planeta Veredia original. A partir de hoy, Tuur ha pasado a llamarse formalmente Veredia, y los Tuureanos se han convertido oficialmente en el ejército Verediano.

De los presentes surgieron jadeos y murmullos de incredulidad, muchos intercambiando miradas atónitas, mientras otros lanzaban miradas furtivas a mi hermana, preguntándose claramente qué clase de dominio tenían las Veredianas sobre nosotros.

—Pero no se alarmen. Esto no cambia nuestro compromiso con la alianza entre Tuureanos y Xelixianos, ni nuestro compromiso con los planetas miembros de la Alianza Galáctica —especifiqué. El evidente alivio de la multitud acogió mis palabras—. Sé la pregunta que todos se están haciendo. ¿Por qué? ¿Qué podría impulsarnos a fusionarnos con las Veredianas? ¿Es ésa la prueba de que en realidad somos ciborgs creados por ellas, para ellas mismas?

Aleina soltó una risita, que no hizo sino aumentar la curiosidad de los que nos observaban.

—No, no somos ciborgs —dije, sintiéndome a la vez aliviada y aterrorizada por acabar por fin con aquella farsa—. Pero los Tuureanos sí fueron creados por las Veredianas, para todos los Veredianos en conjunto. Nuestra armadura y nuestra tecnología nos permitieron ocultarnos a plena vista y mantener a raya a aquellos que querían dañar a nuestro pueblo. Como dijo mi hermana, el secreto es lo que nos mantuvo con vida.

—No puede ser —susurró el Consejero Rhev Pelghon, comprendiendo.

El público se quedó boquiabierto al ir comprendiendo lo que quería decir. Levantando la mano hacia mi hombro izquierdo, mis dedos trazaron el patrón para desactivar mi armadura de celesio. Gritos de asombro e incredulidad surgieron de la multitud al revelarse mi rostro. Rara vez paseaba por Xelix Prime sin mi armadura, por lo que la gente no conocía mi rostro.

Aleina me acarició las marcas Veredianas del hombro y, volviendo al estrado, se inclinó para besarme la mejilla. Intercambiamos una sonrisa afectuosa y luego bajé del estrado.

—Pedimos disculpas por el engaño, pero era una cuestión de supervivencia. Y para aquellos que se preguntaban por qué el Almirante Lee se retiró de su cargo hace tres años —dijo Aleina, activando su armadura Tuureana disimulada en el cinturón decorativo que llevaba alrededor de la cintura. Los nanocitos negros se desenredaron, revistiéndola rápidamente con la impenetrable armadura. Cuando terminó de formarse, se infló con un leve siseo, dando a mi hermana la forma más voluminosa del cuerpo de un macho. Sonriendo tras el visor negro que ocultaba sus rasgos al estupefacto público, el Almirante Lee dijo con la voz andrógina y sintética que tanto había echado de menos—: me he casado.



CAPÍTULO 19

XEVIUS

Veinticuatro horas después de que mi compañera y su hermana sacudieran Xelix Prime con sus noticias, la población estaba aún más conmocionada. Los medios de comunicación repetían el discurso público en bucle. Khel aún no había dado su rueda de prensa para revelar sus intenciones, pero todos sabíamos lo que diría. Solo le conocía desde hacía unos días, pero por la forma en que miraba a su compañera cada vez que ponía los ojos en ella, cualquiera diría que estaba contemplando a la Diosa en persona. Aquel macho nunca aceptaría separarse de Amalia.

Para disgusto de mi compañera, Sohr le informó de que se quedaría en Xelix Prime. Aunque aún no poseía la experiencia necesaria para asumir el papel de Khel como General de la Primera División, Ghan le había estado entrenando durante los últimos tres años para que asumiera el papel de Primer Oficial. Una vez que Khel hubiera completado la transferencia de poder al nuevo macho que nombraría en su lugar, Sohr actuaría como su mano derecha.

Mientras que la propaganda anti Verediana había impulsado a las Hermanas a actuar finalmente sobre lo que siempre había sido inevitable, hoy, grandes grupos de Xelixianos desfilaban por las calles coreando que las Veredianas se quedaran. Era inútil, pero aún así conmovía profundamente a las hembras. La conferencia del Dr. Minh ayudó temporalmente a desviar la atención del éxodo. Pero incluso mientras Minh describía los protocolos que se observarían y la prioridad que se daría a los machos Manchados en las fases finales de la enfermedad, tres naves Tuureanas abandonaban Xelix Prime, llevando a las primeras familias Veredianas a su nuevo mundo natal.

Aunque ya lo sospechaban, los Xelixianos se sintieron afligidos cuando el Dr. Minh confirmó que él también seguiría a su compañera y al joven hijo que nunca había esperado tener a Veredia.

Por si no estuviera ocurriendo suficiente, una pequeña flota de naves Braxianas atracó en la estación espacial Xelixiana. Era la segunda vez que el rey—o más bien Magnar—de Braxia pisaba el planeta. Aunque no había venido en ningún tipo de visita oficial o política, el Magnar Ravik se detuvo en la Sala del Consejo para presentar sus respetos al Presidente Frebhin, y Lhor se encargó de las presentaciones.

Mi compañera me había advertido de que la especie Braxiana llevaba la intimidación a otro nivel. Pero cuando su lanzadera se posó en la pista de aterrizaje de la propiedad de los Praghan y se abrieron las puertas, casi me trago la lengua al ver al enorme gigante que salió de ella. Con casi dos metros y medio de altura, brazos más grandes que mi cabeza, el rostro brutal de una bestia salvaje, con fuertes cejas que le daban un ceño fruncido permanente, una nariz ancha y chata que me recordaba a la de un león, y una mandíbula fuerte y cuadrada, el Magnar Ravik era aterrador de contemplar. Vestido con pantalones negros y una camisa gris oscuro que parecía estirada hasta el límite por los abultados músculos de su ancho pecho, no se arrastraba como cabría esperar de aquella montaña de hombre, sino que merodeaba con la gracia letal de un depredador.

Y entonces me fijé en el pequeño bulto que acunaba en el pliegue de un brazo. La visión de esta encarnación de la fuerza bruta cargando con un recién nacido me desconcertó. A su lado, Mercy, la hembra híbrida Verediana-Guldana que se había burlado de mi incomodidad mientras amamantaba al bebé que sostenía el Magnar Ravik, sostenía las manos de sus primogénitos gemelos, un niño y una niña preciosos que mostraban una mezcla perfecta de rasgos Braxianos-Veredianos-Guldanos.

—¡Tío Ravik! —exclamó Zhara, corriendo junto a nosotros.

No podía decidir si me sorprendía más o me aterrorizaba más ver cómo el rostro salvaje de aquel monstruo se transformaba en una sonrisa afectuosa. Sonreír hacía que el Magnar pareciera aún más peligroso, como si ya pudiera sentir tus huesos crujiendo entre sus dientes y estuviera saboreando cada segundo. Levantó a Zhara con la mano libre como si no pesara nada, con cuidado de no aplastar a su recién nacida. Zhara rodeó el cuello de Ravik con un brazo y le dio un sonoro beso en la mejilla.

Al mismo tiempo, Lenora, la hija adoptiva de Ghan y Aleina, corrió hacia Mercy. Era comprensible que hubiera desarrollado un vínculo especial con su tía, que era, como ella, una híbrida Verediana-Guldana. Mercy soltó las manos de sus gemelos para abrazar a la niña y le acarició los cuernos.

—¡Te he echado de menos, Tío Ravik! —dijo Zhara, y luego ladeó la cabeza con el ceño ligeramente fruncido—. Creo que eres aún más grande de lo que recordaba.

Una oleada de disgusto mezclada con una pizca de celos se elevó a mi izquierda. Al lanzar una mirada furtiva para ver de quién procedía, vi que Ghan estaba de pie con el brazo alrededor de la cintura de Aleina, con la mirada clavada en la Magnar. Me mordí el interior de las mejillas para no sonreír. Antes de que Mercy se casara con un Braxiano, Ghan había sido el mayor gigante gentil de Zhara. Aunque la niña no veía a menudo a Ravik, ya que vivían al otro lado de la galaxia, tenía que escocerle haber sido “degradado” al segundo tío más intimidante.

La risita de Ravik sonó como el sonido profundo y retumbante de un trueno lejano.

—Te aseguro que yo no soy más grande. Pero tú sí que lo eres.

—¡Soy catorce centímetros más alta! —exclamó ella, hinchando el pecho, y luego agachó la

cabeza para mirar al bebé, extrañamente callado—. Hola, Primo Dregor —dijo con voz suave, extendiendo una mano para acariciarle cuidadosamente la mejilla. Un ceño fruncido ahondó los surcos del crihnin en su frente—. No tiene la nariz chata como tú o mi Gavin.

—No —murmuró Ravik, lanzando una mirada de disgusto a su compañera—. Su madre fue avariciosa y solo le dio sus rasgos.

—Deja de quejarte —dijo Mercy sin el menor sentimiento de culpa—. Puede que se parezca a mí, pero seguro que tomó su tamaño de ti. Mi espalda aún no se ha recuperado de cargar con él durante seis meses.

—Hola, Tía Mercy —dijo Zhara.

—Hola, cielo —respondió Mercy, guiñándole un ojo a su sobrina.

—¿Van a celebrar tú y el Tío Ravik su boda Verediana con la Tía Kamala y el Tío Xevius?

La cara de horror del Magnar nos hizo estallar en carcajadas.

—No tenemos tiempo para eso —dijo en tono firme.

—Tenemos tiempo si yo digo que lo tenemos —dijo Mercy, dirigiéndole el tipo de mirada que le decía a un hombre que no tentara a la suerte si valoraba su vida.

Casi sentí lástima por Ravik, mientras la satisfacción engreída surgía de Ghan.

—No voy a bailar semidesnudo delante de mis hombres y de la Primera División —siseó Ravik entre dientes.

—Ellos también tienen que bailar —dijo Zhara, con un brillo travieso en los ojos.

—Bailarás cuando llegue el momento de bailar, o no tendrás ningún tipo de baile en un año —le espetó Mercy.

—¡Tía Mercy! —exclamó Amalia, antes de lanzar una mirada significativa a los niños.

Por el sonido de la voz de su madre, Zhara, siempre alborotadora, supuso que había algún significado travieso subyacente que no había captado.

—¿Qué tipo de baile no tendrá? —preguntó Zhara, con los ojos muy abiertos por la curiosidad.

—Oh, Diosa —dijo Kamala, tapándose la boca con la palma de la mano.

—No quise decir baile… quise decir postre, como las cerezas cubiertas de miel —dijo Mercy, muy seria mientras sostenía la mirada de su compañero.

—¡Me encantan las cerezas! —exclamó Zhara.

—¡A mí también! —se hicieron eco los gemelos de Mercy, Lissy y Garruk.

—¡Vamos a preguntarle a Jhola si podemos comer algunas! —dijo Lenora a sus primos pequeños.

—¡De acuerdo! —dijeron al unísono.

—Primero saludarán a la familia y luego podrán ir a pedir cerezas —regañó Mercy a sus hijos.

—Sí, Mamá —dijeron los niños, disculpándose.

Ravik dejó a Zhara en el suelo y los demás pudimos por fin saludar al Magnar y a su Dagna.

Cuando entramos en la casa y nos dispusimos a celebrar un gran banquete en el jardín de la mansión, mi mirada se posó en Maheva. De ella irradiaban orgullo, amor y gratitud, velando por sus hijos, sus parejas y sus nietos. En ese instante, por fin me di cuenta de lo poderosa que se había vuelto la niña de seis años que había pasado sesenta y un años de su vida como esclava. Mi pueblo había estado tan obsesionado con la creciente amenaza de la línea de sangre de Eryon que nunca se paró a pensar que, en realidad, era la línea de sangre de Maheva Fein—ahora Maheva Volghan—la que estaba a punto de apoderarse del mundo.

Su primogénita, Mercy, no solo había heredado de su padre una de las mayores riquezas del Imperio Guldano, sino que también había fundado y dirigía una de las principales empresas de defensa y desarrollo de tecnología avanzada de la galaxia. Gracias a su matrimonio con Ravik, Mercy era ahora la reina de Braxia, cuyos hombres gigantes tenían fama de ser los guerreros más feroces y sanguinarios de los Cuadrantes Oriental y Occidental. Mi mirada se desvió hacia la hija menor de Maheva, Aleina, que había construido el ejército más poderoso del Cuadrante Oriental. Gracias a la unión de la nieta de Maheva, Amalia, con el General de la Primera División, se forjó una profunda alianza entre las Veredianas y el Ejército Xelixiano. Y a través de los hijos de su nieta, Eryon, y de mí, Maheva contaría ahora también con la fuerza de élite del ejército Korletheano al servicio de su estirpe.

Nuestros Oráculos y Videntes habían estado tan obsesionados con diseccionar cualquier visión relativa a los hijos de Amalia que habían pasado por alto a aquél cuyo futuro deberían haber estudiado de verdad: la fuente, la madre de todos ellos. Maheva.

Bajé la mirada hacia su hijo, el último hijo de su edad fértil y único heredero del Dr. Minh. El niño no era un Titán como los demás, ni tampoco un Guerrero. A pesar de sus apenas dos años de edad, el pequeño de la raza Erudita miraba al mundo con los mismos ojos marrón amarillento moteados de verde de su madre, pero brillantes de una inteligencia aguda de otro mundo. ¿Qué destino le aguardaba? ¿Qué gran poder pondría él también a los pies de Maheva?

El peso de la mirada de mi mujer me atrajo. Nuestros ojos se conectaron, los suyos interrogantes. Sacudí la cabeza, indicando que no pasaba nada. Ella entrecerró los ojos. Naturalmente, dado que nuestro vínculo empático era cada día más fuerte, podía sentir que algo me preocupaba. Pero teniendo en cuenta su aversión por la constante necesidad de mi pueblo de hurgar en el futuro, ¿cómo se sentiría si supiera que estaba considerando seriamente pedirle a mi tía que explorara los caminos del Destino tanto para Maheva como para su joven hijo? ¿Habría tenido la Tía Venya la misma percepción que yo si no hubiera declinado, una vez más, la invitación de Amalia a compartir la comida?

No debería tener secretos con mi compañera.

Me avergonzaba haber considerado siquiera hacerlo a sus espaldas. Llevaría tiempo desprenderse de toda una vida de secretos y trabajo encubierto. Pero así no era como quería empezar mi unión con mi alma gemela.

—Te lo contaré todo más tarde —le prometí.

La expresión de Kamala se suavizó y sonrió con afecto y gratitud. Aunque probablemente acabaría dándome una patada en el culo cuando revelara mis pensamientos, en el fondo sabía que era lo correcto.

Los niños, que casi habían devorado la comida, pidieron permiso para ir a jugar. Como estarían en nuestro campo visual en el patio trasero, sus padres accedieron, dejándonos conversaciones más adultas. Mercy sentía un placer casi sádico al describir algunas de las cacerías y torneos más bárbaros de Braxia, o al hacer que su madre se retorciera de vergüenza con vívidas descripciones del pervertido y decadente estilo de vida de la clientela obscenamente rica que residía en la nave de placer, Colmena Venus, de Anton Aldriss.

—Hablando de eso —dijo Mercy a Amalia—, el hijo de Anton envió a Zharina otro regalo. Era una caja demasiado grande y pesada para llevarla conmigo.

—Te lo traeré después de la comida —dijo Ravik amablemente a Amalia.

—¿Otra vez? —exclamó ella, antes de levantar los ojos al cielo en señal de desesperación—. La mima demasiado. Cuando se apareen, ya no tendrá derecho a nada.

—Igual que su madre —espetó Lhor.

—¡Oye! —exclamó Amalia mientras su compañero le sonreía burlonamente—. Sigue así y dormirás en el sofá.

—Bien —dijo Khel—. Más espacio para nosotros. De todas formas, ronca demasiado.

—¡Yo no ronco! —replicó Lhor, lanzando una mirada ofendida a su Gem.

Todos nos reímos mientras Khel colocaba un brazo posesivo sobre el respaldo de la silla de Amalia.

—En serio —dijo Amalia, serena—. Todo este asunto del futuro matrimonio entre mi hija y el hijo de Anton me resulta un poco abrumador. Sé que son unos padres estupendos, y Gavin parece un niño muy bueno. Pero no quiero que mi hija piense que el cortejo consiste en cuántos regalos te hace un macho y lo caros que son.

Ravik asintió, con una mirada comprensiva.

—Anton tuvo que refrenar a Gavin. El chico se habría gastado hasta el último céntimo de su mesada en comprar la mitad de la tienda de regalos Braxianos de la Colmena Venus para colmar de regalos a tu hija.

—En efecto. Grace tuvo que decirle a Celia, la tendera, que no dejara que Gavin comprara nada sin su bendición —dijo Mercy con cariño—. Está trabajando para que su hijo le envíe regalos más personales, como poemas escritos por él, cuadros pintados por él, videos holográficos de él hablándole a ella. El pobre chico está completamente enamorado de Zhara.

—Lo está. Las Veredianas sí que saben cautivarnos —dijo Ravik, lanzando una mirada acalorada a Mercy.

Ella sonrió y guiñó un ojo a su compañero, antes de pasarle los dedos por el largo pelo negro, del mismo color que el suyo. Acercándole la cara, le besó suavemente los labios y rozó su nariz contra la de él.

—Nunca te acostumbras —susurró Kamala, que había adivinado correctamente lo confundido que estaba por la inusual pareja—. Pero si alguien puede domar a esa bestia, esa es Mercy.

Enderezándose tras poner fin al beso, Ravik acarició el cuerno derecho de Mercy con una mano maciza lo bastante fuerte como para aplastar el cráneo de un hombre.

—Si hubiéramos sabido que te mudabas a Tuur... perdón, a Veredia —dijo Ravik a Aleina—, te habría traído unos cuantos karvelis. De hecho, tengo unos cuantos potros que quería regalar a los niños. Pueden establecer un vínculo más fuerte con las criaturas si crecen juntos. Si lo consientes, haré que mi hijo Keran te los traiga a tu nuevo mundo natal dentro de unas semanas. Nosotros...

Un mensaje urgente zumbó en mi comunicador.

Todas las conversaciones se interrumpieron y todas las miradas se volvieron hacia mí mientras intentaba sacar el comunicador del bolsillo de mi dhalla. En cuanto vi el nombre del remitente, me puse en pie y me apresuré a escucharlo en privado.

—¡Xevius! —gritó Kamala, poniéndose también en pie.

La tensión brotaba de ella a borbotones y no dejaba de aumentar en todos los miembros de su familia... de nuestra familia... alrededor de la mesa. Mi compañera sabía que el mensaje procedía de mis hermanos. Los demás también lo sospechaban. No eran el enemigo, y sin embargo... no podía jurar que el mensaje no enviaría una señal equivocada y volvería completamente a mi nueva familia contra ellos. El General aún no se había comprometido a ayudar a ningún Korletheano que viniera aquí. Con Chana Bremhin aún desaparecida y sin pruebas de quién había sido su controlador, no podía culparle por seguir desconfiando y protegiendo en exceso a su familia.

—Son mis hermanos —dije en tono suplicante para que lo comprendiera.

—Y nosotros somos tu familia —dijo Kamala—. Si son los hombres que dices que son, no tienes nada de qué preocuparte.

—Si están pidiendo ayuda, entonces no podrás ayudarles tú solo —dijo Khel estoicamente—. Respeto tu lealtad a tu pueblo, pero en el futuro inmediato, Korlethea es tu pasado, y nosotros somos tu futuro. Debes aprender a confiar en que haremos lo correcto por ti, del mismo modo que nosotros hemos elegido confiar en ti.

—Contabas con la habilidad de Valena para leer la mente y ayudarte a tomar esa decisión —espeté, sintiéndome inmediatamente mezquino por ello.

Khel sonrió.

—La elección ya estaba hecha en el momento en que Kamala te reclamó como su alma gemela. Valena se limitó a confirmarlo. Como padre, estoy obligado a actuar con la debida diligencia cuando está en juego la seguridad de mis hijos. Si no fuera por ese vínculo, te habría perseguido y matado, sin hacer preguntas.

La verdad de sus palabras—o al menos su convicción en ellas—resonó fuerte y clara a través

de mis percepciones empáticas. Independientemente de sus preocupaciones y recelos, me había aceptado como parte de su familia y como un macho digno de confianza. Que me permitiera quedarme a solas con sus hijos y jugar con sus mentes psiónicas mientras compartía mis conocimientos con ellos había sido una prueba más del tremendo salto de fe que había dado en mí.

—Has sacrificado mucho, Xevius —dijo Kamala en voz baja, y algo cambió en su interior. El dolor y la traición que habían emanado de ella en un principio se estaban desvaneciendo, sustituidos por compasión, comprensión y protección—. Si te sientes obligado a proteger el mensaje de tus hermanos, haz lo que debas, y luego comparte con nosotros lo que puedas. Estaremos aquí.

Sonrió y volvió a sentarse, dándome así su bendición para marcharme. Para mi sorpresa, aunque no estaban de acuerdo con la respuesta de mi compañera y estaban decepcionados con mi postura—conmigo—el resto de la familia acató la decisión de Kamala. Mi corazón se hinchó de amor y gratitud hacia mi *Sareema*, y el respeto que sentía por las personas reunidas alrededor de la mesa creció otro peldaño. En ese momento, algo se asentó en mi interior.

—Esto no es fácil para mí —dije agarrando mi comunicador como si mi vida dependiera de ello—. Son buenas personas. Solo quiero mantenerlos a salvo.

Busqué más palabras para explicar cómo me sentía, pero ninguna parecía adecuada. Tras abrir y cerrar la boca varias veces, me rendí. Dirigiendo una plegaria silenciosa a la Diosa, puse mi comunicador en altavoz antes de reproducir el mensaje. Mi familia miró atentamente el aparato mientras la voz familiar de mi amigo empezaba a hablar.

—Xevius, cuando recibas este mensaje, acabaremos de abandonar el espacio Korletheano —dijo Febus por el comunicador—. Dos mil trescientos veinticuatro de nosotros hemos desertado. Mientras grabo esto, la Agencia, lo que queda de ella, y los Enforcers se preparan para iniciar su persecución. No deseamos matar a nuestros hermanos, pero ellos han recibido la orden de matarnos.

En la mesa podían leerse expresiones de asombro. Sin embargo, Kamala, Ghan, Khel, Aleina, Mercy y Ravik tenían esa mirada que yo reconocía bien; la del cazador o guerrero que ya estaba trazando estrategias y preparándose para la batalla.

—Somos demasiados para viajar juntos. Seríamos blancos demasiado fáciles, sobre todo porque la mayoría de nuestras naves no son de grado militar —continuó Febus—. Nos estamos dividiendo en diferentes grupos para que los Enforcers también tengan que dividir sus fuerzas. Algo más de doscientos de nosotros somos no combatientes. Se dirigen directamente a Veredia, donde buscarán asilo.

—¡¿Qué?! —exclamaron simultáneamente Kamala y Aleina.

—Killian los dirige —dijo Febus—. Son Videntes, Oráculos, educadores y artesanos. No son combatientes y no intentarán aterrizar hasta que las Veredianas hayan realizado las comprobaciones de seguridad necesarias. A pesar de tu destierro, eres una de las Manos del

Destino, Xevius, un protector del Pueblo. Cuento contigo para que intercedas ante las Veredianas para mantener a salvo a nuestros hermanos y hermanas civiles.

Mi compañera y su hermana intercambiaron una mirada, y una comunicación silenciosa pasó entre ellas. Kamala sacó su comunicador. Sus dedos volaron sobre la interfaz táctil y envió un mensaje, sin duda a los líderes de su tropa Tuureana.

—Parte de nuestro grupo de guerreros irá a Dantor. Otros se dirigirán hacia Avea antes de dar media vuelta para alcanzar al resto que llega a Xelix Prime.

Tenía sentido no desembarcar en Avea, que tenía un ejército demasiado débil para desafiar a Korlethea si llegaba el caso. Además, a los Aveanos les gustaba mucho la deportación, por lo que no ofrecían muchas esperanzas de asilo.

—Eryon tenía razón, y tú también. Lo que ha conseguido con el niño... —dijo la voz de Febus, llena de asombro e incredulidad—. Venimos por fin a reunirnos con nuestras hijas y a responder a la llamada del joven general. Si la Diosa quiere, volveremos a vernos dentro de dos días. Si no, te deseo larga vida y espero que volvamos a encontrarnos en sus salones cuando tu hilo haya seguido su curso.

El mensaje terminó y miré a mi familia, que me devolvió la mirada.

—Si he recibido este mensaje ahora, entonces Febus debe de haberlo enviado hace poco más de dos horas —dije, con la mente acelerada—. Korlethea enviará al grueso de nuestros Agentes y Enforcers restantes para traerlos de vuelta o eliminarlos. Mis hermanos no viajarán en las mismas naves militares superiores que sus cazas. No lo lograrán sin ayuda.

—No podemos comprometer a los Korletheanos por tomar medidas contra su propio pueblo por traición —advirtió Khel.

—No, pero podríamos impedir que los Korletheanos mataran a los desertores si solicitan refugio alegando persecución —dijo Kamala—. Que el argumento se sostenga en los tribunales es irrelevante. Para cuando empiecen las vistas, estarán a salvo aquí, en Xelix Prime... o en Veredia —añadió mi compañera, volviéndose para mirarme.

—Eso funcionaría —confirmó Ghan—. Pero primero tienen que solicitarlo formalmente.

Su mirada significativa hacia mí dejó claro lo que tenía que hacer.

—Ashara ha confirmado que tenemos un crucero de combate a catorce horas de Korlethea —dijo Kamala, mirando su comunicador—. Con algunos de los desertores moviéndose en su dirección general, nuestras tropas podrían reunirse con ellos en unas horas. No tenemos reparos en enfrentarnos a tus Enforcers, ya que no tenemos acuerdos diplomáticos con Korlethea.

Miré a mi compañera con gratitud. Me guiñó un ojo y su amor fluyó hacia mí a través de nuestro vínculo empático. No sabía qué había hecho para merecerla, pero alabé en silencio a la Diosa.

—El Presidente Frebhin ya ha firmado una concesión general de asilo a cualquier Korletheano que lo solicite —dijo Lhor, mirando su Gem—. Zhul y yo somos los únicos Consejeros que lo sabemos. Puedo hacer que envíen una copia a quien vaya a representar a las

tropas Xelixianas.

—La nave del capitán Lendhen no está muy lejos de Dantor. Puede desplazarse para prestar ayuda a los que se dirijan hacia ahí —dijo Ghan—. Verificaré las asignaciones actuales de las tropas para ver quién más está cerca de los demás.

—Ashara está preparando el Tempest. Deberíamos poder partir dentro de una hora para reunirnos con los Korletheanos que se dirigen a Xelix Prime —dijo Kamala.

—¿A Xelix Prime? ¿No a Veredia? —preguntó Aleina, visiblemente aturdida.

Mientras su cuerpo permanecía neutral, el rostro expresivo de mi compañera reveló su repentina duda, que disimuló rápidamente. Aunque su propio rostro no lo mostraba, podía sentir cómo Aleina se reprendía por haber minado públicamente la ya vacilante confianza de mi compañera en su capacidad para ocupar el lugar del Almirante Lee. Aun así, mi corazón se llenó de orgullo cuando mi compañera aplastó sus inseguridades y siguió adelante.

—Jezaya tiene el grueso de nuestras fuerzas defendiendo nuestro mundo —dijo Kamala—. Podrán hacer frente sin problemas a una pequeña flota entrante, sobre todo teniendo en cuenta que el mensaje decía que eran todos civiles. Teniendo en cuenta el número de otros combatientes desertores que llegan a Xelix Prime, si no están tramando nada bueno, necesitaremos la potencia de fuego de una nave de batalla para acabar con ellos. Si realmente buscan refugio, sus cazas necesitarán una gran fuerza disuasoria. El Tempest hace que todos se lo piensen dos veces antes de meterse con nosotras.

Aleina sonrió a su hermana. El brillo de aprobación en sus ojos hizo que mi compañera se derritiera por dentro.

—Habíamos planeado quedarnos solo un par de días, pero estaré encantado de llevar mi flota a donde quieran para apoyarlos —dijo Ravik, ganándose una sonrisa de agradecimiento por parte de Mercy.

—En realidad, eso sería bien recibido —dijo Khel—. Si desplegamos demasiadas naves Xelixianas, tendré que comunicar el motivo al Consejo, y atraerá la atención de los medios de comunicación. Hasta que hayamos asegurado a los Exiliados, es mejor pasar lo más desapercibidos posible.

—A menos que tengas alguna objeción, Kamala —dijo Aleina—, me gustaría que la flota de Ravik fuera a Veredia, y yo les acompañaré. Necesitaré participar en las discusiones sobre el asilo con los Korletheanos, que no serán eficaces desde aquí debido a los retrasos en las transmisiones. Con la potencia de fuego de los Braxianos de nuestro lado, Jezaya podría enviar más naves Tuureanas allí donde tú hubieras enviado las naves del Magnar.

Una vez más, mi respeto por Aleina creció otro peldaño. Kamala me había contado lo mucho que su hermana solía luchar contra la necesidad de controlarlo todo. No había visto esa faceta suya desde mi llegada aquí. Aunque podía sentir su impulso natural de tomar el mando, le estaba dando a mi compañera el espacio necesario para desempeñar su papel de líder militar.

—Me parece bien —aceptó Kamala.

—Está decidido entonces —dijo Khel. Se puso en pie y todos le siguieron. Sonriendo, me miró fijamente y dijo,

—Vamos a buscar a tu gente.



CAPÍTULO 20

KAMALA

Seguía sintiéndome rara sentada en la silla del "Almirante" en el puente del Tempest. Esta vez, sin embargo, tenía una extraña sensación de déjà vu, salvo que no era Ghan quien estaba junto a su compañero al mando del Tempest, sino Xevius quien estaba a mi lado. Su esperanzada inquietud se filtró a través de nuestro vínculo empático mientras perdíamos velocidad warp. Según los cálculos de nuestra trayectoria y las coordenadas de la última posición que los Exiliados habían comunicado a Xevius, deberíamos encontrarnos con ellos en los próximos diez minutos más o menos.

El Infiltrator—la nave de batalla Xelixiana—y su flota también salieron de velocidad warp cerca de nosotros. Era un poco exagerado, pero queríamos estar preparados para cualquier eventualidad. Sobre todo queríamos acobardar a los Enforcers Korletheanos para que evitaran un enfrentamiento real que provocaría un derramamiento de sangre innecesario.

—¿Escaneos de largo alcance? —pregunté a Ashara, nuestra oficial de sistemas de armas.

—Una pequeña flota de naves Korletheanas está a medio parsec de distancia. Los escáneres iniciales indican que muchas han sufrido daños importantes, al menos dos de ellas parecen estar en peligro —dijo Ashara, provocando una oleada de tensión en mi compañero—. Actualmente no parecen estar siendo atacados.

—Kamala, nos están llamando —dijo Genovia, nuestra navegante.

—En pantalla —dije.

El rostro de una atractiva mujer Korletheana apareció en la pantalla gigante, vestida con un uniforme de combate similar al que había visto llevar a Xevius. Su pelo largo y castaño oscuro no ocultaba un corte reciente en la mejilla. A juzgar por el aspecto del puente detrás de la mujer, su nave había sido golpeada en un ataque reciente.

Sus ojos se posaron primero en mí y luego en Xevius, que estaba a mi izquierda. Una sonrisa de alivio apenas perceptible apareció fugazmente en sus labios.

—Saludos, Teniente Kamala. Soy Leya Himlis, antigua agente de rango seis de la Agencia Imperial de Korlethea y capitana de esta nave —dijo la mujer, poniéndose en posición de firmes —. Mis compañeros de tripulación, nuestra pequeña flota y yo estamos siendo perseguidos por

nuestras creencias y nos enfrentamos a múltiples ataques por ejercer nuestra libertad de elección. Nuestras naves están gravemente dañadas y muchos miembros de nuestra tripulación están gravemente heridos. Como ciudadanos de la Alianza Galáctica, solicitamos humildemente refugio en tu nave y una escolta hasta Xelix Prime o Veredia, donde pedimos asilo.

—Saludos, Agente Himlis —dije—. Reconocemos tu petición de santuario y accedemos a cumplirla. Prepara a tus heridos para el transporte. Nos pondremos en contacto con ustedes en breve.

—Gracias —dijo Leya, sin ocultar su gratitud y alivio. La misma emoción se reflejó en algunos de los tripulantes del puente, visibles en la pantalla—. Les debemos la vida. Algunas de nuestras naves ya no son seguras para el vuelo, pero el resto debería poder completar el viaje.

—Si son lo bastante estables, llevaremos las más dañadas a nuestro hangar —dijo Kamala—. Para los que deban ser abandonados, preparen la carga que quieran llevar para su traslado.

Leya miró por encima del hombro a un macho de pelo largo y rubio, más claro que la melena dorada de mi compañero. Asintió a su orden tácita.

—En ello —dijo el macho antes de hacer un gesto a otro colega y abandonar el puente.

Al volver la vista hacia nosotros, la agente femenina pareció dudar, y luego eligió cuidadosamente sus palabras.

—Algunos de nuestros hermanos necesitan ayuda —dijo Leya—. Cuando nuestros cazas casi destruyeron un par de nuestras naves, Febus y Thaddeus se separaron de nuestra flota para atraer a nuestros atacantes. Poseen nuestras dos únicas naves de grado militar. Aun así, les superan en armamento y número. Su plan era perder a los Enforcers en la Nebulosa Neytin. No se ha escuchado nada por parte de ellos, ya que la nebulosa impide que nuestros sensores lleguen hasta ellos.

Intercambié una mirada con Ashara. Tras casi una década de trabajo en equipo, a menudo sobraban las palabras entre nosotras.

—Los Xelixianos y el resto de nuestra flota son suficientes para proteger a los Korletheanos —dijo Ashara frunciendo el ceño—. Pero parece que los amigos de Xevius tienen compañía extra. Hay una nave Guldana que se dirige en esa dirección. No lo mencioné antes porque no parecía relevante.

—Dalina, llévate a Merasha y a Thesala contigo al Fury. Ahora estás al mando de nuestra flota y de los esfuerzos de rescate —dije.

Dalina vaciló y dirigió una mirada incómoda a la mujer Korletheana de la pantalla.

—¿Qué ocurre? —pregunté, sorprendida por su extraño comportamiento.

—Seguro que Thesala querrá quedarse contigo para este rescate —dijo Dalina con cuidado —. ¿Quizá pueda llevar a otra sanadora con Merasha en su lugar?

Tardé medio segundo en darme cuenta de por qué: Febus era el padre de Thesala. Si resultaba herido, ella querría estar allí para salvarlo.

—Bien pensado, Dalina —dije—. Llévate a Irena en su lugar.

—Entendido —dijo Dalina con una sonrisa de alivio. Hizo un saludo Verediano y se apresuró a salir del puente.

—Genovia, pon rumbo a la Nebulosa —dije, con un cosquilleo en la piel debido a la excitación previa a la batalla.

—Recibido —respondió la navegante.

—Ashara, quiero todos los detalles tácticos sobre esa nebulosa y la nave Guldana —dije. Aunque ella también acusó recibo de mi orden, no había sido necesario. Conociéndola, mi oficial de armas ya se había ocupado de todo.

Ahí era donde yo destacaba. *Esto* era lo que me hacía latir la sangre; no tratar con padres descontentos que actuaban por miedo en los patios de las escuelas o hacer malabarismos con los demasiados y variados papeles de ser la líder militar y protectora de las Veredianas.

Tocando la interfaz del brazo de mi silla, abrí el intercomunicador de la nave.

—Prepárense todas para el combate. Ocúpense de los puestos de combate, y Cazadores, preparados para el despegue —volviéndome hacia la pantalla, crucé miradas con Leya—. Si siguen vivos, recuperaremos a tus hombres.

Una fuerte emoción parpadeó en su rostro, rápidamente acallada. Se puso la palma de la mano en el corazón e inclinó la cabeza.

—Tienes nuestra más profunda gratitud. Que la Diosa ilumine con una luz bondadosa el camino que recorras —sus ojos se dirigieron a mi compañero—. Me alegro de verte bien y entero, mi hermano. Nos veremos pronto. Agente Himlis, fuera.

La comunicación terminó y me volví hacia Xevius. El amor de sus ojos me dio un vuelco.

—Leya es el alma gemela de Febus —dijo Xevius—. Se está sacrificando para intentar salvarlos a todos.

—Entonces llevémosle a casa —dije, con el corazón compungido por la hembra Korletheana —. Por su bien y por el de Thesala.

Minutos más tarde, nos separamos de nuestra flota actual, consiguiendo solo un ligero atisbo de las naves de los Exiliados que cojeaban hacia su salvación.

—Febus y Thaddeus bordearán los límites de la nebulosa —dijo Xevius pensativo mientras estudiaba el mapa que Ashara nos había mostrado en la pantalla—. Leya dijo que estaba en una nave de grado militar, así que es probable que sea un caza similar a mi antiguo. Todas esas nubes que descargan estática en la nebulosa están estropeando su pantalla táctica y debilitando sus escudos. Profundizar demasiado les haría demasiado vulnerables. A las naves de los Enforcers les irá mejor, pero aún así les resultará más difícil rastrear y apuntar a los cazas. Por la dirección en la que llegaron Febus y Thaddeus, habrían entrado en la nebulosa por aquí.

—¿Se habrían separado? —pregunté.

—Sí —respondió Xevius sin vacilar.

—La Agente dijo que solo se separaron dos naves de su flota —reflexionó Ashara en voz alta —. Pero mi radar muestra cinco naves del tamaño de un caza, tres naves y la nave Guldana.

—Las naves son los Enforcers —dijo Xevius, que de repente parecía bastante incómodo—. Tres de los cazas son señuelos. Son pequeños drones creados para engañar a la mayoría de los escáneres haciéndoles creer que son naves mucho mayores.

—¿Y cómo sabemos cuáles son falsos? —preguntó Ashara—. Todos se dirigen en direcciones diferentes. No podemos perseguirlos a todos a la vez.

Incluso mientras formulaba la pregunta, sabía que Xevius sería incapaz de darle la solución, si es que existía. Esto pondría en peligro a todo su ejército, no solo al hacer que sus drones fueran ineficaces, sino al darnos posiblemente una ventana a otros medios de eludir la tecnología Korletheana.

—Necesito ver todas las naves en pantalla y su patrón de vuelo —dijo Xevius, como si le hubiera asaltado una idea repentina.

Obedeciendo, Ashara proyectó el radar en la pantalla. Xevius lo estudió y la pizca de esperanza que bullía en su interior se convirtió en alegría.

—Sí —siseó Xevius victorioso—. O bien una Oráculo le avisó, o bien adivinó que yo estaría a bordo y sabía que reconocería este patrón. Es un truco que utilizamos juntos hace un tiempo —añadió evasivamente en respuesta a mi mirada inquisitiva—. Estas dos son las verdaderas naves. Les enviaré un mensaje, aunque no estoy seguro de que llegue.

—Genovia, dirígete a la más cercana —dije—. Ashara, llama a las naves de los Enforcers.

—No responden —respondió mi oficial de armas.

—Graba el siguiente mensaje y envíalo en bucle —dije.

—Listo —respondió, segundos después.

—Naves de los Enforcers Korletheanos, soy la Teniente Kamala Dartos de la nave de batalla Tempest del Imperio Verediano. Por la presente les ordeno que cesen y desistan en su persecución de las naves de Thaddeus Rounis y Febus Himlis. Ambos están bajo nuestra protección de acuerdo con los edictos del Acuerdo Galáctico de Minrath sobre el Santuario. La negativa a cumplirlo dará lugar al uso de la fuerza extrema para defender a los que están bajo nuestra protección.

Con un sutil gesto de la mano, indiqué a Ashara que terminara la grabación. A diferencia de los encuentros anteriores, antes de revelar la identidad Verediana de los Tuureanos, aunque seguía vestida con mi armadura de celesio, el resto de mi tripulación y yo ya no llevábamos nuestros cascos. Además de hacerme sentir más cohibida, me había quitado parte del aura de misterio y el toque intimidatorio que suponía ocultar mis emociones bajo aquella máscara, por no hablar de la voz sintética que nos hacía más espeluznantes. Por lo tanto, tuve que compensarlo, mostrándome malvada sin pasarme de la raya.

—No responden —dijo Ashara.

—¿Lo ignoran o la nebulosa les impide recibirlo? —pregunté, con la mirada entre Ashara y Xevius.

—No estoy segura —admitió Ashara.

Xevius vaciló.

—No pude comunicarme con Thaddeus por mi comunicador; había demasiadas interferencias. Pero me comuniqué con Febus para decirle que viniera a vernos. Si mi comunicador personal funciona, el sistema más avanzado de las naves debería permitirles recibir el mensaje, aunque esté distorsionado.

—Sigue llamándoles —dije—. Despliega seis Cazadores para proteger a Thaddeus hasta que hayamos recuperado a Febus.

Cuando nos acercábamos a la ubicación de Febus, una de las dos naves que le perseguían dio media vuelta y se dirigió en la dirección general de Thaddeus. La nave restante abrió fuego contra Febus. Aunque no alcanzaron su objetivo—sus radares y pantallas tácticas estaban claramente afectados por las descargas estáticas de la nebulosa—el área de efecto acumulado de cada ráfaga debilitó y luego destruyó el escudo de Febus.

—Ashara, haz dos disparos de advertencia a la nave —dije, intentando ignorar la creciente tensión que emanaba de mi compañero—. En cuanto estemos a tiro, destruye sus escudos. Si no captan el mensaje, destruye sus armas.

—En ello —respondió Ashara.

—Genovia, colócanos entre el caza y la nave —ordené.

La nave hizo caso omiso de los disparos de advertencia y disparó otra andanada de torpedos fotónicos contra el caza de Febus. Aunque los disparos fallidos sacudieron brutalmente la nave, uno dio en el blanco.

—¡NO! —gritó Xevius.

Me puse en pie de un salto y contemplé horrorizada cómo una serie de explosiones destrozaban la nave, dejando tras de sí una ruina destripada. El dolor de Xevius me arañó a través de nuestro vínculo. Le habíamos fallado a él, a Leya y a Thesala.

—La nave está dando la vuelta —dijo Ashara con voz compungida.

—Baja sus putos escudos —le espeté—. Ingeniería —llamé por el comunicador—, carga cinco torpedos con el virus de Mercy. Los necesito ya.

—Recibido —respondió Noelyn por el comunicador.

—Persecución —ordené a Genovia.

—¡ESPERA! No te muevas todavía —exclamó Xevius—. Necesito acceder a tu ordenador.

Ashara me lanzó una mirada interrogativa, y yo asentí, teniendo otra extraña sensación de déjà vu. Los dedos de Xevius volaron sobre las teclas, con la esperanza impotente brillando en él.

—No me jodas —murmuró con frustración—. Necesito un escaneo más amplio y profundo. ¿Puedes amortiguar un poco la perturbación de la estática?

—¿Qué estás buscando? —preguntó Ashara.

—Una cápsula de escape.

La mandíbula caída de Ashara reflejó mi propio asombro. Casi empujó a Xevius a un lado y

se puso manos a la obra.

—Puede que tenga algo, pero hay demasiadas perturbaciones para estar segura —dijo Ashara con frustración.

—Lanza nuestros haces tractores en esa dirección general —dije.

Xevius pareció tomar una decisión.

—Limita el escaneo a esta firma. Si está en tu red, el rayo tractor se fijará en su cápsula —al sentir mi intensa mirada sobre él, me miró fijamente—. Con tantos de nosotros desaparecidos, la Agencia habrá cambiado todas estas firmas en un santiamén, por lo que serán inútiles para cualquiera.

Pero ambos sabíamos que incluso la semilla de aquella firma era suficiente para que nos resultara más fácil extrapolar cualquier otra variación que hicieran. Sin embargo, yo no abusaría de su confianza y me aseguraría de que Ashara borrara todos los registros de dicha firma.

—¡Lo tengo! —gritó Ashara—. Atrapándolo.

—¡Buen trabajo! —dije antes de abrir el comunicador—. Seguridad al hangar. Viene una cápsula de escape. Que venga una sanadora —apenas escuché el acuse de recibo y me volví hacia Ashara—. En cuanto esté dentro, quiero que le demos caza a máxima velocidad. ¿Cuál es la situación de Thaddeus?

—La señal está demasiado distorsionada para comunicarnos con nuestros Cazadores, pero se están acercando —dijo Ashara—. A juzgar por el radar, los señuelos han engañado eficazmente a las naves. Sin embargo, una está cambiando de rumbo, así que supongo que se han dado cuenta de su error.

—Voy al hangar —dijo Xevius, con la alegría y la preocupación batallando en su interior—. Puede que necesiten ayuda para abrir la cápsula si Febus está herido. Volveré pronto.

Asentí y salió del puente. En los dos minutos adicionales que tardó la cápsula en ser asegurada por fin en el hangar de nuestra nave, mi impaciencia casi hizo que me subiera por las paredes. Nuestros seis Cazadores y el caza Korletheano no serían rivales para tres naves. Genovia llevó nuestra nave al límite sin llegar a saltar a warp.

—La nave Guldana se está acercando a la posición de Thaddeus —dijo Ashara—. Las tres naves también se dirigen ahora hacia él, pero nuestras chicas llegaron primero.

—En cuanto restablezcas la comunicación con ellas, di a los Cazadores que coloquen un escudo estelar alrededor de su nave —ordené.

—Entendido —respondió, y luego se mostró vacilante.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Sobre el virus... Si atacamos a las naves con ellos, estarán muertos e indefensos ante los Guldanos —dijo Ashara con cautela—. Serán masacrados o esclavizados.

—Eso les estaría bien empleado por intentar asesinar a su propio pueblo por ejercer su libertad de elección —gruñí.

A pesar de mi ira, no podía entregarlos a los odiosos Guldanos. El poder psíquico de Mercy

le permitía infundir nanocitos o programas informáticos con órdenes sencillas que se propagaban y replicaban hasta alcanzar su condición final o saturar los sistemas objetivo. Así fue como nos ayudó a capturar a su hermano Varrek—liberando tales nanobots en el haz tractor con el que lo había atrapado. Ese virus concreto desconectaba sistemáticamente todos los sistemas de una nave, excepto el soporte vital. Ella nos había proporcionado amablemente esos nanobots—imposibles de programar manualmente—que habíamos cargado en torpedos.

Gran parte de la tecnología Tuureana se creó así, utilizando los poderes únicos de nuestras Hermanas. Muchas de las propiedades más fenomenales de nuestras armaduras y espadas de celesio habían sido "susurradas" en el metal con habilidades psiónicas. *Ésa* era la ventaja que nos convertía en una de las mayores fuerzas a tener en cuenta.

—Muy bien —concedí—. En cuanto se pongan a tiro, derriba sus escudos y dale un buen golpe a su nave como advertencia final. Y sigue llamándoles.

Xevius regresó al puente justo cuando empezábamos a disparar a la primera nave, la misma que había volado la nave de Febus. Le dirigí una mirada interrogativa, y él asintió, indicando que todo iba bien, a pesar de los restos de sangre en su traje: La sangre de Febus.

—Todos los Cazadores despliéguense y rodeen las naves —ordené por el comunicador—. No disparen a menos que empiecen a dispararnos. Si lo hacen, apunten a sus armas, pero eviten sus sistemas de propulsión.

Xevius sonrió. Aunque no había emitido aquella orden en busca de su aprobación, deseaba tanto como yo que los Enforcers huyeran con el rabo entre las piernas, y preferiblemente sin bajas.

Nuestra primera salva aporreó el escudo de la nave que no pudo dejarnos atrás. Mientras seguíamos ganándole terreno, Ashara lanzó otra ronda de torpedos fotónicos. Explotaron como fuegos artificiales en su escudo antes de que se derrumbara. Simultáneamente, algunos de nuestros Cazadores rodearon a la nave como un enjambre enfurecido. Los demás continuaron persiguiendo a las otras dos naves.

Cuando otros dos torpedos fotónicos impactaron en su flanco, haciendo tambalearse a la nave, los Korletheanos vieron por fin la conveniencia de responder a nuestros saludos.

—Se están inmiscuyendo en asuntos internos que implican traidores al Imperio Korletheano —dijo el Enforcer en cuanto se estableció la conexión—. Cesarás y desistirás inmediatamente.

—Es curioso cómo ciertas personas siempre necesitan un azote antes de darse cuenta de que es de mala educación ignorar un saludo —dije, haciendo caso omiso de su bravuconada.

—No ignoramos sus salvas —replicó con altanería—. Las descargas estáticas interrumpieron nuestra comunicación.

—Interrumpido, una mierda —repliqué en tono gélido—. Ignoraste deliberadamente nuestras llamadas para intentar asesinar a un macho bajo nuestra protección.

El Enforcer se puso ligeramente rígido al oír mis palabras.

—Sí, Hoseas —siseó Xevius, con la voz llena de veneno—. Has fracasado, asesino de

mierda.

—¡Traidores! —le espetó Hoseas—. Los dos.

—TÚ eres el traidor —gritó Xevius—. Hiciste el juramento de proteger a los ciudadanos del Imperio. Sin embargo, ¡aquí estás, intentando asesinar a los tuyos porque han elegido recorrer un camino del Destino distinto del que *tú* has elegido! Has pisoteado tu juramento, deshonrado tu promesa como Guardián del Destino y violado la más sagrada de nuestras leyes: ¡la libre elección!

Hoseas se estremeció. No sabría decir qué parte de la perorata de Xevius le había tocado la fibra sensible, tal vez toda ella. En cualquier caso, no me importaba.

—Se marcharán inmediatamente y dejarán de perseguir a los Korletheanos que han decidido marcharse —dije en un tono que no admitía discusión—. Han solicitado el Santuario, que les hemos concedido. Si persisten, volaremos su nave en pedazos. Le prometí a la hija de Thaddeus que traería a su padre sano y salvo. Conviérteme en una mentirosa y, con la Diosa como testigo, devolveré tu cabeza a Valena en su lugar.

Hoseas volvió a estremecerse. Esta vez, fue claramente ante la mención del vínculo padre-hija entre nuestros respectivos pueblos. A pesar de su edicto, Xevius había admitido que muchos se sentían desgarrados por esa cuestión concreta, ya que el vínculo familiar era considerado sagrado por los Korletheanos.

—Has visto con qué facilidad hemos derribado tu escudo —continué—. Márchate tranquilamente con vida o morirás como un rompedor de juramentos. Y para tu información, se enviará un registro de esta conversación al Consejo Galáctico. Viola el Acuerdo Galáctico de Minrath y los llamados “traidores” serán la menor de las preocupaciones de Korlethea cuando la Alianza descienda sobre ustedes.

El Enforcer apretó los labios y sus ojos esmeralda se desviaron hacia mi compañero, ardiendo de resentimiento y rabia apenas contenida.

—Espero que recuerdes tu propio juramento al pueblo como una de sus Manos del Destino, Thanis.

—Siempre —respondió Xevius, levantando la barbilla.

—Mis Cazadores te escoltarán fuera de la nebulosa —dije con falsa cortesía—. No queremos que te pierdas en el camino de vuelta a casa. Ahora vete —terminé la comunicación e hice una señal a Ashara para que la transmitiera al Consejo Galáctico. Como los Korletheanos sin duda presentarían una queja, quería que se escuchara primero nuestra versión de los hechos—. Genovia, llévanos hasta las otras dos naves.

Según nuestro radar, nuestros Cazadores ya habían alcanzado a Thaddeus y lo escoltaban hasta nosotros. Gracias a nuestra mayor velocidad, llegamos a su ubicación al mismo tiempo que una de las naves. Les llamamos una vez y, cuando tardaron en responder, golpeamos su escudo. Se derrumbó con inquietante rapidez debido al alto nivel de descarga estática de la zona. Tras darles un discurso similar al que le había dado a Hoseas, y al verse superados tanto en

armamento como en número, también se dieron la vuelta justo cuando la última nave Korletheana se asomaba en la distancia.

Aunque la nave Guldana estaba demasiado cerca, no representaba una gran amenaza para nosotros. Aun así, tenía la potencia de fuego suficiente para hacer una abolladura no despreciable en nuestro casco, sin la cual podríamos vivir. Pero justo cuando Thaddeus terminaba de aproximarse a nuestro hangar, recibimos una llamada no identificada por un canal codificado.

—En pantalla —dije, intercambiando una mirada confusa con Ashara.

—Saludos, Veredianas —dijo el apuesto macho Guldano en pantalla—. Soy Tevek Sidik, un amigo.

—¿Sidik? —siseé—. ¿Pariente de Doruk Sidik? ¿Ese sádico hijo de Gharah que sirvió como mano derecha de Gruuk?

El rostro del macho se cerró mientras sus impresionantes ojos azules, enmarcados por un cabello blanco plateado, se clavaban en mí.

—No estoy aquí para hablar de la interminable lista de fechorías de mi sire. Hay poco tiempo, y puede que no tenga otra oportunidad —dijo en tono ligeramente cortante—. No permitas que las naves intenten salir solas de la nebulosa, o serán destruidas.

—¿Es eso una amenaza, Guldano? —dijo Xevius, dando un paso amenazador hacia delante.

—Relájate, Korletheano —dijo Tevek, con un gesto desdeñoso—. Intento salvarlos —volviéndose hacia mí, continuó—: Nuestra comunicación es clara a pesar de las descargas estáticas de la nebulosa. Eso significa que estoy muy cerca de ustedes. Y, sin embargo, no me ven.

Sentí que la sangre se me escurría de la cara, agradecida de que mi tez morena lo ocultara. Esperando que mis rasgos miserablemente expresivos no delataran lo mucho que aquello me asustaba, lancé una mirada de reojo a Ashara. La mirada que me dirigió lo decía todo: no teníamos ni idea de dónde estaba. Por la forma en que sus dedos volaban sobre las teclas, estaba claro que estaba escaneando todas las frecuencias en un esfuerzo por verificar la veracidad de sus palabras.

Su mirada siguió la mía, posándose en Ashara. Hizo una doble toma, sus ojos se abrieron de par en par mientras sus labios se entreabrían ligeramente. Recuperándose rápidamente, se obligó visiblemente a volver a mirarme. Sentí una fría rabia de que se atreviera a codiciar a una Verediana después de lo que su pueblo nos había hecho.

—Hay otras cinco naves Guldanas acercándose a esta posición —dijo antes de que pudiera darle un latigazo con la lengua—. Escanea esta frecuencia.

Ashara introdujo los números que Tevek le había transferido. Mirando fijamente el radar, se me heló la sangre al ver las tres naves de batalla y las dos naves Guldanas adicionales muy por delante de la única nave Guldana que habíamos estado rastreando desde el principio. Como había advertido, parecían perseguir a los Enforcers, y no parecían ser señuelos.

—No les vemos —dije.

—Claro que no —respondió con suficiencia—. No soy tan suicida.

—¿Por qué haces esto? —pregunté con suspicacia.

Su rostro volvió a endurecerse y un destello de odio brilló en sus ojos.

—Mi madre fue la esclava de mi sire hasta que se cansó de ella y la vendió como trabajadora de placer. La he estado buscando desde entonces. Esperaba que al arrebatarle a Doruk la lista de clientes de Gruuk podría encontrarla, pero no.

El corazón me dio un salto en el pecho.

—¿Tienes la lista de clientes de Gruuk? —pregunté, dándome una patada por el exceso de impaciencia en mi voz que antes habría ocultado mi modulador de voz.

Tevek sonrió satisfecho.

—La tengo.

—¿Cómo lo consiguió tu padre cuando debería haberlo tenido Varrek? —pregunté, con mis sospechas aumentando un peldaño más.

Tevek resopló y me miró como si hubiera dicho algo gracioso. Eso me irritó.

—Si alguna vez hubieras conocido a Varrek, sabrías que estaba por encima de esas necesidades mezquinas. Tenía memoria eidética —dijo el Guldano mientras daba golpecitos en la consola de su tablero de navegación—. Disfrútala. Ya no me sirve de nada.

La transmisión entrante emitió un pitido. Tras un rápido escaneo, Ashara mostró la primera página del archivo. El corazón se me estrujó en el pecho al ver la lista exhaustiva: nombres, direcciones, coordenadas, comunicadores, formas de pago y "mercancía" adquirida. Por fin íbamos a encontrar a nuestras Hermanas desaparecidas que habían sido vendidas hacía tanto tiempo... incluidas las hijas gemelas de Maheva.

—De nada —dijo Tevek burlonamente—. Ahora márchense antes de que sea demasiado tarde. Estoy seguro de que volveremos a vernos.

Sus ojos miraron a Ashara mientras pronunciaba estas últimas palabras, y luego puso fin a la comunicación.

—Voy a entrar —dijo Xevius.

Abrí la boca para discutir, deseando egoístamente que estuviera a salvo a mi lado. Pero mi compañero no era un novato, y ésta era su gente, a pesar de todo.

—Apunta bien —dije.

—Siempre —respondió con una sonrisa antes de marcharse del puente.

—¿Está seguro Thaddeus? —pregunté, obligándome a centrarme en la tarea que tenía entre manos en lugar de preocuparme por mi compañero.

—Las puertas del hangar se están cerrando. Podemos irnos —dijo nuestra piloto Genovia.

—Entra en modo sigilo —ordené.

—Entendido —respondió Genovia, activando nuestro escudo de ocultación.

Pero segundos después de reanudar la persecución de los Enforcers, una salva de torpedos fotónicos sacudió fuertemente su nave cuando las naves Guldanas se desocultaron. Como

habíamos destruido su escudo, unos pocos impactos más les dejarían en estado crítico. El caza de Xevius voló directamente hacia las naves Guldanas.

—Genovia, ponnos al alcance de los Guldanos. Ashara, en cuanto tengas un tiro limpio, ataca a las naves de batalla con el virus —sin esperar su respuesta, llamé a nuestras naves más pequeñas que ya estaban fuera y alrededor de la nave de los Enforcers—. Cazadores, protejan a los Korletheanos. Las demás, derriben las defensas de las naves de batalla.

En un abrir y cerrar de ojos, nuestros Cazadores se situaron en las cuatro esquinas de la nave, y entonces apareció un rayo eléctrico que los conectó, creando entre ellos un campo de energía iridiscente similar a una pantalla. La siguiente andanada de torpedos chocó contra él, provocando el colapso del escudo. A pesar de las descargas estáticas, los Cazadores lo reconstruyeron rápidamente. Pero los Guldanos, acosados por Xevius y los demás Cazadores, afortunadamente no enviaron otra andanada.

—Saliendo del sigilo —dijo Genovia.

—A todos los puestos de combate, ¡FUEGO! —dije.

El gas rojo de la nebulosa parecía haber ardido al reflejar las brillantes luces de los torpedos que destruían los escudos de las naves de batalla Guldanas. A la velocidad del rayo, Xevius bordeó sus naves, apuntando a sus sistemas de propulsión y armamento. Las naves Guldanas no parecían decidirse entre disparar al Tempest o intentar acabar con nuestros Cazadores.

Nosotras, sin embargo, nos concentramos con determinación.

En cuanto sus escudos se derrumbaron, Ashara lanzó los torpedos cargados de virus contra las naves de batalla, apuntando también a sus propulsiones. Por desgracia, la perturbación creada por la estática contrarrestó ligeramente su ataque: dos torpedos impactaron en la misma nave y el tercero dio en el blanco correcto, dejando indemne a la última nave de batalla. En cuestión de segundos, las luces de la nave Guldana, que había recibido una dosis doble del virus, empezaron a parpadear mientras sus sistemas se apagaban a un ritmo exponencial.

Con nuestros antimisiles prácticamente inutilizados por los efectos de la nebulosa, algunos torpedos de las naves Guldanas consiguieron alcanzarnos, agotando nuestro escudo a un ritmo alarmante. Teníamos que acabar con esto rápidamente.

La nave de batalla libre de virus salió de repente de la nebulosa; un movimiento audaz—aunque no del todo temerario—dadas las circunstancias. Solo la Diosa sabía lo que eso haría a sus motores. La nave Guldana con un solo disparo del virus intentó hacer lo mismo, pero tras el fuego implacable de nuestros Cazadores, y los ataques estratégicos de Xevius, sus motores no pudieron satisfacer sus necesidades. Al darse cuenta de lo desesperado de la situación, las dos naves Guldanas también se alejaron imprudentemente de allí, dejando a sus naves de batalla muertas en el acto.

Por un momento, consideré la posibilidad de destruir las naves Guldanas. Sería fácil, y nadie de mi tripulación diría una palabra. Pero no éramos asesinas. Éramos mejores que eso. No tenía reparos en quitar una vida en defensa propia, pero esto sería simplemente una matanza.

Además, tenía cosas mucho mejores que hacer, como llevar esa lista a casa.

Volví a llamar a nuestras naves y envié un mensaje a los Guardianes de la Paz de la Alianza Galáctica para que recogieran a los Guldanos y los llevaran ante la justicia por piratería. Luego escoltamos a los Korletheanos fuera de la nebulosa. Una vez despejada, y cuando nos dimos la vuelta para reunirnos con la flota de rescate, Hoseas nos saludó.

—Les agradecemos esta... inesperada ayuda. Pero, ¿por qué lo han hecho? —preguntó Hoseas.

—Porque nos caen peor que los Guldanos —dije sarcásticamente. Resopló e inclinó la cabeza. Luego miré a mis Hermanas en el puente y a mi compañero, que había vuelto a mi lado, antes de volverme hacia el Korletheano—. Y porque los padres de mis Hermanas y mi compañero les llamaron amigos una vez a todos ustedes. Recuerda este día la próxima vez que te pidan que caces a uno de los tuyos.



CAPÍTULO 21

XEVIUS

Permanecí nervioso junto a mi compañera, con los ojos clavados en mis hermanos, alineados fuera de su nave, en la plataforma de aterrizaje de la residencia de los Praghan. La mayoría de los Exiliados se habían instalado en alojamientos provisionales que Khel había preparado en cuanto mi tía reveló el inminente éxodo. De camino de vuelta a Xelix Prime, aproveché la oportunidad para inculcar tanto a Thaddeus como a Febus que someterse al toque de Valena no era una opción, sino una necesidad. Aunque Febus había necesitado mucho convencimiento, Thaddeus no había mostrado resistencia. Tenía la intención de abrazar a su hijo por primera vez en treinta años. Si entonces decidía leerle la mente, no habría forma de impedirlo.

Khel, Ghan, Sohr y unos cincuenta guerreros de élite, repartidos a partes iguales entre los Tuureanos y la Primera División, rodeaban a mis quince hermanos y hermanas enviados para hablar en nombre de todos los Exiliados Korletheanos. Amalia permaneció dentro de la casa con los niños. No saldrían hasta que Valena hubiera confirmado la ausencia de malas intenciones por parte de los míos.

A pesar de la tensión que emanaba de todos los que me rodeaban, no pude evitar un sentimiento de orgullo al contemplar a los mejores antiguos Agentes y Enforcers que tenía ante mí. Vestidos con el uniforme oscuro de sus respectivos departamentos, permanecían en posición de firmes, con las manos entrelazadas a la espalda y el pelo largo suelto sobre los hombros. Una simple mirada los delataba como Enforcers. Los tatuajes luminosos de sus frentes eran fácilmente distinguibles de los demás agentes, como yo, a quienes no se había permitido ese privilegio.

Perder a Febus, Thaddeus y Killian había sido un duro golpe para el Imperio Korletheano. Por mucho que odiara la implacable persecución que los Enforcers habían hecho de los dos primeros hombres, comprendía sus motivaciones. Como oficiales de alto rango, Febus y Thaddeus habían estado al tanto de parte de la información política y de seguridad más sensible de nuestro pueblo.

Aunque su expresión seguía siendo estoica, la poderosa oleada de emoción de Thaddeus me indicó que su hija se acercaba. Mirando por encima del hombro, vi acercarse a Valena, con los

nudillos blanqueados de tanto aferrarse a la mano de su compañero. Zhul miró con severidad al padre de su mujer, fácilmente reconocible por los extraños ojos aguamarina que su hija había heredado de él. Valena se llevó la mano libre al pecho, sin duda sintiendo la atracción del vínculo de sangre que los psiónicos siempre sentían en presencia de un pariente consanguíneo. Los propios dedos de Thaddeus se crisparon, probablemente por resistir el impulso de aferrarse a su propio corazón.

Valena se detuvo junto a Khel, aunque sus ojos seguían pegados a su padre. Khel la miró, y su rostro adoptó la expresión amable que solía reservar para su hija.

—Si no te sientes cómoda haciendo esto, solo tienes que decirlo —dijo Khel con voz suave.

—Estoy bien —dijo Valena, levantando la barbilla con aire de determinación—. Tengo la intención personal de asegurarme de que *todos* nuestros hijos estén a salvo.

Una sonrisa de orgullo apenas perceptible se dibujó en los labios de Thaddeus. Khel no hizo ningún esfuerzo por ocultar la suya. Desde que se apareó con Amalia, prácticamente había adoptado a todas las Veredianas como hermanas o hijas.

—¿Quién va primero? —preguntó Valena con voz autoritaria, recorriendo con la mirada a los Korletheanos que teníamos delante.

Para mi sorpresa, Thaddeus no se ofreció voluntario. Killian se adelantó, el único de mis hermanos que llevaba una dhalla, y su única trenza larga lo delataba como Sacerdote del Destino, el rango más alto alcanzable para un Vidente.

Una extraña mezcla de decepción, sensación de rechazo y, sin embargo, alivio recorrió a Valena. Zhul apretó suavemente la mano de su compañera y le sonrió alentadoramente antes de soltarla. Impresionante con su corto vestido Verediano, cuyo color aguamarina resaltaba sus ojos y dejaba a la vista sus marcas, caminó con gracia regia hacia Killian, con el pelo castaño hasta los muslos meciéndose a cada paso. Aunque sutiles, ninguno de mis hermanos se percató de que los guerreros Xelixianos y los Tuureanos acercaban las manos a sus armas. No temía que ninguno de ellos se volviera de gatillo fácil, pero querían estar preparados para defender a Valena a la primera señal de problemas—aunque no es que los hubiera.

Eso esperaba...

Valena se detuvo ante Killian, que le dedicó su habitual sonrisa irreverente.

—Te haré tres preguntas —dijo Valena, ignorando su expresión burlona—. No hace falta que digas la respuesta. Tu mente me dirá la verdad de tus sentimientos. No intentes ocultar tus pensamientos ni resistirte; sería inútil. Pero no indagaré en tu mente más allá de esto.

—Adelante —dijo Killian con la misma sonrisa malcriada que siempre me daba ganas de patearle el culo.

Valena colocó con cuidado la palma de la mano sobre la cara de Killian.

—¿Deseas dañar a alguno de los Titanes Veredianos? —preguntó mientras una oleada de energía psiónica se elevaba a su alrededor. Pasaron un par de segundos antes de que volviera a preguntar—. ¿Deseas dañar a algún Verediano, a nuestras familias o al nuevo mundo natal? —

otra pausa—. Si te permitimos unirte a nosotros, ¿cuáles son tus intenciones?

Menos de unos segundos después, Valena hizo ademán de retirar la mano pero, iluminándose con rapidez, Killian rodeó su muñeca con los dedos, prolongando el contacto de ella en su mejilla.

—¡Para! —grité, levantando ambas palmas en un gesto de detención cuando tanto Xelixianos como Tuureanos apuntaron sus armas contra Killian.

—Tranquilo, hermano. No me harán daño —me dijo Killian, sin apartar la mirada de Valena —. Léeme —le ordenó.

Los ojos de Valena se abrieron de par en par. Separó los labios y movió la cabeza hacia Kamala y hacia mí, antes de volver a mirar a Killian.

¿Qué coño acababa de pasar?

—Eso ha sido una tontería, Korletheano —dijo Valena en tono duro, soltando la mano del agarre de Killian—. Podrías habérmelo dicho simplemente en lugar de arriesgarte a que te dispararan.

—Podrías haber dudado. Además, uno de los Destinos ya confirmó que sobreviviría ileso a este día —dijo Killian encogiéndose de hombros despreocupadamente.

—Eso no significaba que no te dispararan por tonto antes de que una sanadora Verediana te curara —espetó Khel.

—No ocurrió —dijo Killian con suficiencia.

—Todavía puede ocurrir —replicó Khel sin gracia.

—Touché —concedió sabiamente Killian con una inclinación de cabeza.

—No es una amenaza —dijo Valena, mirando a Killian—. Salvo quizá para sí mismo —murmuró mientras avanzaba hacia Febus, que había dado un paso adelante.

Quería preguntarle a Valena qué le había comunicado mentalmente el mocoso. Estaba claro que tenía que ver con mi compañera o conmigo, o quizá con ambos. Había sido un shock pero, afortunadamente, no sentí angustia de ella.

Cuando levantó la mano para tocar la cara de Febus, éste se puso rígido y sus ojos se llenaron de preocupación. Valena hizo una pausa e inclinó la cabeza hacia un lado, examinando sus rasgos.

—La confianza es una calle de doble sentido —dijo con voz suave—. Sea cual sea el conocimiento que tengas, yo podría habérselo robado a Xevius. No somos conquistadoras; solo madres que quieren mantener a salvo a nuestros niños de personas que han expresado el deseo de hacerles daño.

Los ojos de Febus se dirigieron hacia mí, brillando en ellos la incertidumbre y la preocupación.

—Confía en mí. Confía en ella. Valena no faltará a su palabra. Lo sentirás si lo hace —le dije telepáticamente.

—Por el bien de todos, espero que tengas razón, hermano —respondió Febus antes de

someterse de mala gana a Valena.

Repitió el proceso con cada uno de mis hermanos y hermanas, dándoles un visto bueno a todos. Por fin comprendí por qué Thaddeus había elegido deliberadamente ir a por todos los demás cuando ella se puso delante de él, por fin.

—Hola, hija mía —dijo Thaddeus, con voz suave y controlada, pero con las emociones totalmente revueltas.

Para mi sorpresa, en su interior bullían el afecto, el asombro, la esperanza y un inquietante miedo al rechazo. Si supiera que en su hija también ardían emociones similares, mezcladas de dolor y sensación de abandono.

—Parece un poco tarde para recordarlo —dijo ella en tono cortante.

—Nunca lo he olvidado —replicó él con calma—. Haz tus preguntas y luego lee lo que tengo que decirte.

Valena apretó y aflojó los puños con nerviosismo, antes de colocarle indecisa una palma en la cara. La expresión de Thaddeus se derritió de ternura, lo que sorprendió a Valena. Hizo sus preguntas con voz temblorosa y luego permaneció en silencio durante muchos segundos mientras su padre le revelaba los sentimientos y pensamientos que tenía sobre ella. Empezó a temblar, con los labios temblorosos y los ojos brillantes. La misma poderosa emoción se podía ver en el rostro de su padre.

—Papá... —Valena se atragantó al fin, soltando la mano para abrazarlo.

Thaddeus la estrechó entre sus brazos, apretándole suavemente el pelo por la nuca con una mano, mientras ella le enterraba la cara en el cuello y berreaba. Apoyando la mejilla sobre la cabeza de ella, cerró los ojos con una expresión que podría haber pasado por dolor.

Se me hizo un nudo en la garganta por la emoción que reflejaban mis hermanos. Kamala se apretó contra mi costado, dividida entre la felicidad por Valena, la envidia y la pena por el amor que nunca recibió de su sire. Le rodeé los hombros con el brazo y le besé la sien.

—*Pueden venir todos* —dije telepáticamente a Eryon, que seguía en la casa con su hija y sus nietos.

—*Vamos para allá* —respondió.

El ambiente cambió cuando Amalia, de la mano de Vahleryon y Zharina, recorrió la corta distancia que separaba la casa de la pista de aterrizaje, seguida de Lhor, de la mano de Rhadames y Tharek. En la retaguardia, Eryon sostenía en brazos a Elisha—la hija de Valena—y sus hermanos mayores Trehvus y Dhaxius caminaban a cada lado.

Los Exiliados se tensaron cuando los niños se acercaron, resurgiendo antiguos temores a los Titanes. Sondeé las emociones de los niños, sobre todo de Tharek, que aún luchaba contra sus instintos rabiosamente territoriales. Estaba gastando una enorme cantidad de poder psiónico para impregnarse de *Kaa*. Sus hermanos también dirigieron hacia él sus ondas apaciguadoras. Valena soltó a su padre y se colocó a su lado, lanzando una tímida mirada hacia su compañero y luego hacia sus hijos.

Soltando la mano de su madre, Vahleryon avanzó hacia mis hermanos, sus hermanos siguiéndole de cerca. Se detuvo unos metros delante de ellos, justo cuando Khel parecía a punto de pedirle que no avanzara más. Inclinando la cabeza hacia un lado, examinó a cada uno de los Korletheanos como si pudiera leer sus almas.

—Han venido —dijo por fin Vahleryon.

—Vinimos —respondió Febus—. Tus palabras nos intrigaron. Pero no sabíamos si eran espontáneas o ensayadas.

—*Palabras más sencillas, mi hermano. Aún es un niño* —le reprendí telepáticamente.

—*No es un niño. Me entiende bien* —replicó Febus, con inquietante convicción.

—No practiqué lo que dije —dijo Vahleryon—. Solo lo dije en serio.

—¿Así es como te ves a ti mismo, entonces? —preguntó Febus—. ¿Como el Gran General que cambiará el mundo?

—No. Así es como me ven tú y el Destino —respondió Vahl encogiéndose de hombros.

En todos nuestros rostros se veía la misma expresión de estupefacción.

—¿No crees que exista un Gran General de verdad? —preguntó Thaddeus.

Vahleryon arrugó la cara de un modo inquietantemente parecido a cuando su madre tenía esa expresión.

—Sí, pero no es una sola persona. Somos nosotros —explicó, mirando a sus hermanos—. Yo soy la Espada. Zhara es la Cabeza, Rhad es el Corazón y Tharek es el Escudo —miró a su derecha, a los hijos de Valena, y les sonrió—. Ellos son la Fuerza, el Valor y la Lealtad.

—Entonces, ¿deseas que los sirvamos a todos? —preguntó Leya con una expresión ilegible, pues las sanadoras Veredianas le habían curado por completo la herida de la mejilla provocada por el ataque de los Enforcers.

Vahleryon frunció el ceño como si hubiera dicho algo ofensivo. De hecho, sus emociones así lo indicaban.

—No. No queremos que nos sirvan. Ustedes no son esclavos, y la esclavitud es mala. Queremos amigos que nos ayuden a no convertirnos nunca en monstruos.

Eso tocó la fibra sensible de mi gente. Algunos intercambiaron miradas furtivas. El muchacho estaba apaciguando el último de sus temores.

—¿Quieres hacernos daño ahora mismo? —preguntó Febus.

—Por supuesto —dijo Vahl como si fuera una respuesta obvia—. Son alfas en mi territorio.

—Yo también —dijo Tharek tímidamente, dirigiendo a su hermano una mirada de disculpa.

Sus hermanos se rieron y Vahl le alborotó el pelo. Mis hermanos sonrieron nerviosos, sin saber cómo responder a aquello.

—¿Pero vamos a hacerles daño? —preguntó Vahleryon a la Sombra.

—No —dijo Tharek con su voz aguda de bebé, sacudiendo la cabeza enérgicamente—. Porque no somos animales. Tenemos *Kaa*.

Se me calentó el pecho de afecto cuando se volvió hacia mí, buscando mi aprobación. Le

guiñé un ojo a Tharek, que hinchó su pequeño pecho. Mis hermanos nos miraron asombrados, con las últimas reservas rotas.

Thaddeus, Febus y Killian intercambiaron una mirada y un asentimiento casi imperceptible.

—Pues bien, en nombre de mis hermanos y hermanas que han abandonado Korlethea, nos encantaría quedarnos y ser tus amigos, si nos aceptas —dijo Febus.

Vahleryon le sonrió, y su rostro, normalmente demasiado serio para ser tan joven, adoptó la tímida vulnerabilidad que cabría esperar a su edad.

—¡Nos encantaría que te quedaras! —exclamó Vahl antes de recobrar la compostura y lanzar una mirada tímida a su sire—. Bueno, si Papi dice que está bien.

Todos nos echamos a reír.

Roto por fin el hielo, mis hermanos y hermanas se turnaron para presentarse a los niños mientras Valena presentaba a su compañero y a su prole a su padre. Mientras me mezclaba con mi gente, haciendo que mi compañera los conociera, me invadió una oleada de alegría y esperanza. Mi cabeza se sacudió hacia la derecha para ver a mi tía, de pie a unos metros de la entrada del búnker, mirándome con ojos llenos de amor.

—Has seguido todos los caminos correctos y nos has conducido a nuestro destino, hijo mío. Verdaderamente eres las Manos del Destino.

~

En los días posteriores a que Valena y un puñado de otras Veredianas que leían la mente confirmaran que los Exiliados no tenían malas intenciones hacia su pueblo y su descendencia, se produjeron muchos emotivos reencuentros entre los padres Korletheanos y sus hijas, y algunos de ellos con las almas gemelas de las que se habían visto obligados a separarse.

Esto creó más quebraderos de cabeza a Kamala, ya que sus Hermanas se negaron a separarse de sus padres durante su propio éxodo hacia Veredia. Esto requirió una importante reorganización de las naves de transporte. Aunque se enfrentó a la tarea con una fachada estoica, sus emociones me hicieron creer que, por dentro, no paraba de maldecir. Tras haberla visto dirigir la batalla en el Tempest, sabía sin lugar a dudas que no estaba hecha para esta faceta administrativa de su nuevo cargo. Sin embargo, aunque no estaba al tanto de las conversaciones, sospechaba que mi compañera había hablado con Aleina sobre la posibilidad de traspasar algunas de esas responsabilidades a otra persona, sobre todo ahora que tenía la lista de Varrek—si resultaba ser real. Me habría ofrecido a ayudar, pero habría sido entrometerme en asuntos Veredianos que tuvieran que ver con la seguridad.

A pesar de haber recibido el visto bueno de las lectoras de mentes, pasaría mucho tiempo, si no años, antes de que a ninguno de nosotros se nos permitiera acceder a cierta información o a ciertos puestos—si es que alguna vez se nos permitía. Incluso tras siete años de estrecha alianza, las Veredianas no conocían los avanzados sistemas de defensa y la tecnología de los Xelixianos,

y viceversa. Como imperios soberanos, era lógico que mantuvieran celosamente protegida su seguridad nacional, ya que si alguna vez se producía un enfrentamiento, ambos serían vulnerables.

Para nuestra gran sorpresa, descubrimos que, al igual que había hecho mi tía, cada una de las naves Korletheanas había transportado docenas de cajas llenas de semillas de raíz de vryer en germinación. Aunque estaban destinadas a los Xelixianos, Killian convenció a Khel para que llevara la mayoría de ellas a Veredia, cuyo clima—bastante similar al de Korlethea—era más adecuado para el cultivo de las raíces. Esto, a su vez, obligó a nuestro mundo natal a firmar un acuerdo de comercio de vryer con Xelix Prime, con el entendimiento expreso de que la raíz solo se utilizaría con fines médicos y su manipulación estaría estrictamente controlada por entidades gubernamentales.

Tras el mensaje de Kamala al Consejo Galáctico que contenía la grabación de su comunicación con Hoseas, el Consejo ordenó al Quórum que permitiera a los observadores de la Alianza Galáctica permanecer en Korlethea. Investigarían las denuncias de persecución y violación de los derechos de nuestro pueblo. Tras una negativa inicial, el Quórum se vio obligado a ceder o a ser expulsado de la Alianza, con todas las consecuencias políticas y económicas que ello conllevaba. Con Guldar buscando la primera oportunidad para golpear al Imperio, mi pueblo no podía permitirse ser rechazado y abofeteado con embargos.

Gracias a la “protección” de los observadores de la Alianza, más Korletheanos optaron por unirse a nosotros en el exilio, entre ellos la antigua pareja de Eryon y sus hijos gemelos. Eryon se había apareado con Rhaella a los veinte años. No eran almas gemelas, pero estaban Sintonizados. Como la profecía afirmaba que él sería esclavizado durante veinticuatro años, habían acordado en el momento de su unión que, una vez que él fuera capturado, Rhaella disolvería su matrimonio para ser libre y buscar la felicidad en otra parte. Durante aquellos años, tuvo la suerte de encontrar a su alma gemela, un Enforcer, solo para perderlo dos décadas después en una batalla contra piratas Guldanos. En el momento en que Eryon le presentó a su hija, Amalia le dijo que era demasiado joven para estar solo para siempre, y que su madre habría querido que encontrara la felicidad. Aunque Eryon no había actuado en consecuencia, el afecto entre él y Rhaella permanecía. Tenía la esperanza de que, con el tiempo, encontraran consuelo juntos.

Para mi total sorpresa y deleite, Febus me confirmó que Chana Bremhin—antigua asistente del Presidente Frebhin—había sido detenida por los Enforcers. Tras huir de Xelix Prime, se había refugiado en Korlethea. Resultó que Daleus no tenía nada que ver con su espionaje a los Xelixianos, ya que sus acciones habían sido dictadas por el Omniato Piatus, su progenitor. Para Daleus había sido un duro golpe descubrir que su aliado más cercano no solo le había estado utilizando para hacer avanzar sus propios planes, sino que ahora iba a ser ejecutado por traición.

Chana había sido el resultado de una aventura de Piatus con una mujer Xelixiana durante una breve visita diplomática a Xelix Prime antes de que Korlethea se cerrara al resto de la galaxia. Al darse cuenta de que el aspecto Xelixiano de su hija la convertiría en el topo perfecto, financió su

educación a distancia, llenándole la cabeza con promesas de un futuro heroico en Korlethea una vez que hubiera servido al Imperio en Xelix Prime—una promesa que nunca pensó cumplir. Piatus acabó recibiendo el castigo que había planeado para mí: que le arrancaran los ojos antes de ser desterrado a las Tierras Estériles. El destino de su hija aún pendía de un hilo, ya que el servicio secreto Xelixiano exigía que fuera expatriada a Xelix Prime para enfrentarse a la justicia, y Korlethea deseaba imponer su propio castigo. Al final, viendo el daño que su traición había causado a los Xelixianos, creí que el Quórum—lo que quedaba de él—acabaría cediendo y se la entregaría a ellos.

Dos semanas después de nuestra llegada a Xelix Prime, cuando la mayoría de las Veredianas habían abandonado el planeta, Khel y Ghan anunciaron por fin su decisión. Aunque ambos habían tenido inicialmente la intención de dimitir de sus cargos, tras muchas súplicas y negociaciones, el Presidente Frebhin había encontrado una solución aceptable para todas las partes implicadas. Mantendría al General y a su Primer Oficial como miembros de pleno derecho del ejército Xelixiano y, por tanto, obligados a mantener a salvo sus secretos y su tecnología. Con la bendición de Kamala—y de Aleina—Khel establecería una base militar Xelixiana en Veredia, que se limitaría a cuarteles, campos de entrenamiento y centros de conferencias. Una flota de la Primera División quedaría bajo su mando para proseguir la labor que ya venían realizando como Guardianes de la Paz en el Cuadrante Occidental.

En cuanto a mis hermanos y a mí, pusimos nuestra experiencia al servicio de las Veredianas mientras completaban el traslado de su pueblo a su nuevo mundo natal. No era solo una forma de ganarnos el derecho a permanecer en Veredia, ni siquiera simplemente de hacer lo correcto, sino que los clientes de la lista de Gruuk habían comprado las hijas engendradas por nosotros, los Korletheanos. Definitivamente, mis hermanos querían hacerles saber lo que sentíamos por ello y por los años de esclavitud que todos habíamos soportado. Para cuando la última nave partió de Xelix Prime, habíamos recopilado archivos detallados de cada uno de los clientes, con sus rutinas diarias y las mejores formas de piratear sus sistemas de seguridad e irrumpir en sus instalaciones. En algunos casos, incluso habíamos capturado imágenes de sus cautivas Veredianas.

Cuando nuestras naves partieron para rescatar a las mujeres, Veredianas, Korletheanos, Xelixianos y Braxianos volaron juntos en la más improbable de las alianzas.



CAPÍTULO 22

KAMALA

El último mes había sido a la vez una pesadilla logística insoportable e interminable y un periodo maravilloso de sanación, vinculación y reunificación.

No podía negar las punzadas de celos y envidia ante la felicidad de mis Hermanas reunidas con sus padres y, sin embargo, me alegraba sinceramente por ellas. Aleina y yo probablemente nunca superaríamos del todo el dolor del rechazo de nuestro sire, pero teníamos el amor paternal de Minh. Aunque yo no era hija de su compañera—a diferencia de Aleina—Minh me había reclamado como suya. Y además, ambas teníamos el amor de nuestros maravillosos compañeros.

Cuando me enteré de que los Exiliados venían a reunirse con nosotros, me preocupaba que las cosas no funcionaran, pero habían sido una bendición. Nuestros niños prosperaban como nunca. El entrenamiento psiónico que habían ideado Xevius y Eryon, perfeccionado por los eruditos Korletheanos que habían venido en las naves civiles, era ingenioso. Las habilidades increíblemente poderosas—y a menudo mortales—de los Titanes se contuvieron y controlaron mejor. Su comportamiento agresivo cayó en picado ahora que por fin todos ellos podían recibir, de tantos Korletheanos, tanta atención y entrenamiento individual como habían recibido los hijos de Amalia, gracias a que Eryon vivía en la misma casa.

Pero el trabajo que habían realizado, rastreando a nuestras Hermanas, había sido más que fenomenal. No habríamos podido abordarlo tan a fondo con el éxodo, y habríamos tardado unas semanas más en poder lanzar los rescates. En cambio, ahora nos dirigíamos a Axios, a la mansión de Sunam Topahek, uno de los mercenarios más ricos de aquel planeta renegado. Y pensar que habíamos estado allí, hacía tres años—siguiendo un soplo que Mercy nos había enviado anónimamente bajo el nombre en clave de Raven—en una misión para salvar a Veredianas y Xelixianos esclavizados. Casi perdemos a Aleina en aquella misión. Pero no teníamos ni idea de que sus hermanas estaban prisioneras a un puñado de clics de allí.

Pero aquel hombre no era el cazarrecompensas al que habían vendido a las gemelas. Al intentar localizarlo, basándose en la información de la lista, Xevius había descubierto que había sido asesinado poco después de la muerte de Gruuk. Como Sunam solo había comprado dos Veredianas y se habían detectado cuatro durante los escaneos de su mansión, teníamos motivos

para creer que las que sobraban eran las gemelas.

Tenía sentido, ya que Galicia y Gerana estaban dotadas de psicometría. Galicia podía rastrear todos los lugares en los que había estado un objeto, por lejano que fuera en el tiempo, mientras que Gerana podía hacer lo mismo, pero con las personas. Combinados, sus poderes les permitían ver quién utilizaba un objeto, cómo, dónde y cuándo; básicamente, el sueño húmedo de un cazarrecompensas o de un agente de la ley. Para un contrabandista y coleccionista como Sunam, significarían una riqueza infinita.

Cuando faltaban diecinueve horas para las treinta y seis del viaje a Axios, por fin pude relajarme un poco con mi guapo compañero. A petición mía, Xevius había cargado varias localizaciones de Korlethea en nuestra holocubierta, y estábamos tumbados en la arena plateada de la playa de Alarith, contemplando las majestuosas montañas flotantes de Aelyons en la distancia. Aunque la biblioteca de simulaciones de su caza personal no había sido tan extensa siendo agente, sus hermanos habían compartido generosamente con él muchas de las suyas. Como Aleina insistía en liderar esta misión para recuperar a sus hermanas, volví gustosamente a mi papel de Primera Oficial.

Un puñado de Veredianas habían permanecido en Xelix Prime, todas ellas hembras mayores que se habían apareado con Xelixianos pero, con sus años reproductivos a sus espaldas, no habían parido híbridos que les obligaran a marcharse. Janissa, una Erudita Anciana, se había ofrecido voluntaria para asumir el papel de embajadora que tenía Aleina en Xelix Prime. Aunque mi hermana no tenía intención de retomar la persona del Almirante Lee, había estado zumbando en sus oídos acerca de reclamar el papel de líder militar de nuestras fuerzas. Con suerte, esta incursión le recordaría lo mucho que le gustaría.

La mano de Xevius recorrió mi vientre plano cuando me tumbé desnuda a su lado, con la suave arena como un cojín extrañamente cómodo. Tumbado de lado, con el codo clavado en la arena y la cabeza apoyada en la palma de la mano, me miraba con ternura. Ya habíamos hecho el amor dos veces. Aunque quería saborear este momento de suave intimidad un poco más, no me opondría a una tercera ronda dentro de unos minutos.

Sin embargo, algo me inquietaba en las emociones que percibía en él. Mi compañero estaba decepcionado y confuso, como si no acabara de entender algo. Había tenido esa misma impresión en bastantes ocasiones esta semana. Estaba esperando algo...

—¿Qué? —pregunté por última vez—. ¿Qué te preocupa?

—Nada, mi amor —respondió suavemente.

—Xevius... —dije con voz severa.

Me dedicó una sonrisa de disculpa y suspiró.

—Probablemente preferirías no oír hablar de ello.

Contuve el impulso instintivo de poner los ojos en blanco, pero sin duda mi desdichada cara expresiva seguía expresando cómo me sentía.

—¿Cosas de profecías? —pregunté, mi voz me delataba aún más.

Para su total consternación, los Korletheanos Exiliados descubrieron que las Veredianas no teníamos ningún interés en sus profecías y visiones. No nos habíamos liberado de un amo solo para convertirnos en esclavas del miedo al futuro. Aunque eran bienvenidos a satisfacer su adicción a la previsión, se les había advertido severamente que manipular el futuro de forma que pudiera dañar, poner en peligro o afectar negativamente a otros, en un intento de forzar un resultado más de su agrado, estaba estrictamente prohibido. Quien fuera sorprendido haciéndolo se enfrentaría a un severo castigo, sin excluir la posibilidad del destierro. Mi compañero murió por semejante estupidez. No permitiríamos ese tipo de tonterías en nuestro mundo.

—Sí —dijo Xevius tímidamente.

Parecía tan adorable en su sentimiento de culpa que se me derritió el corazón.

—Cuéntamelo entonces —dije en tono conciliador—. Continúa —insistí cuando pareció dudar.

—¿Recuerdas cuando Killian se llevó la mano de Valena a la cara cuando le estaba poniendo a prueba? —preguntó Xevius.

Asentí, ligeramente sorprendida.

—Después del hecho, interrogué a Valena al respecto. Por la forma en que nos había mirado, sospeché que la información nos concernía.

Fruncí el ceño, y una pizca de preocupación echó raíces en la boca del estómago.

—No te preocupes —me tranquilizó Xevius—. No es nada malo. Bueno, espero....

Mis cejas se alzaron, debidamente intrigada, tal y como él pretendía que estuviera.

—Killian le dijo que la hija que tendremos tú y yo se apareará con los gemelos de Valena.

Me quedé boquiabierta, haciendo que Xevius soltara una risita.

—¿Cómo dices? —pregunté, incrédula.

—Trehvus y Dhaxius se casarán con nuestra pequeña Lyra —repitió mi compañero.

Mi cerebro se congeló un segundo y, de repente, sentí el calor de su palma en el estómago como un hierro candente. Con los ojos muy abiertos, le miré interrogante, con la mano apoyada sobre la suya.

—¿Estás diciendo...?

—No, mi compañera —dijo Xevius, sacudiendo la cabeza con tristeza—. Lo cual también me confunde. Eryon dijo que tú y yo concebiríamos a nuestra hija durante nuestro viaje a Korlethea. Pero ya ha pasado más de un mes y sigo sin percibir sus ondas psiónicas. Si estuviéramos embarazados, ya habría tocado mi mente.

¿¡Qué!?

Me quedé boquiabierta un momento, con el cerebro intentando recuperarse del shock.

—¿Cómo ha podido “ver” eso? La concepción no debería ser algo que la profecía pueda mostrar —argumenté.

—Cierto —concedió Xevius—. Pero vio mi muerte y luego tuvo una visión de ti con nuestra hija a los cinco años. Según su sentido de la línea temporal, ocurre dentro de cinco años.

—Pero no moriste —repliqué—. O mejor dicho, volviste. Si Zhara no te hubiera traído de vuelta, entonces sí, Lyra tendría que haber sido concebida durante aquel vuelo. Pero viviste. Puede que la hayamos creado hace unos instantes, o que lo hagamos en los próximos días o semanas. Eso aún la haría tener cinco años en la ventana de la profecía de Eryon.

A pesar de que mi mente rompía la lógica, las implicaciones de mi próximo embarazo tenían mis emociones a flor de piel. Ver a mis hermanas convertirse en madres había llenado mi corazón de un anhelo que casi me llevó a casarme con Sohr. Y ahora, la idea de una versión en miniatura de Xevius en mis brazos me hacía sentir desfallecer de alegría y amor.

Y entonces un oscuro pensamiento cruzó mi mente.

—Ella nunca te habría conocido —dije, con el pecho contraído por los desagradables recuerdos de mi sire.

—Lo habría hecho —dijo Xevius con voz suave. Sonrió ante mi expresión de confusión y se levantó. Extendiendo la mano, mi compañero me ayudó a ponerme en pie—. Espera. Interfaz. Accede a la carpeta Lyra de Xevius.

Una interfaz holográfica apareció frente a Xevius, mostrando una serie de holovideos, grabaciones de audio y escenas de la holocubierta. Mis ojos se abrieron de par en par ante el gran número de ellos cuya fecha de creación coincidía con nuestro viaje a Korlethea, y muchos más grabados después de nuestro regreso a Xelix Prime.

Cargó la escena etiquetada como *Shayastra*. La playa se convirtió en la gran plaza de las Cataratas de Shayastra, uno de los hitos más bellos de Korlethea, y un terreno ceremonial. Una representación holográfica de Xevius estaba sola en el centro de la plaza, hablando con nuestra futura hija. Le describió un rito de iniciación Korletheano por el que normalmente habría pasado una vez que hubiera alcanzado la madurez psiónica. Repitió las palabras y los gestos del ritual, explicando el significado de cada uno. Al final, había codificado una simulación que le permitiría acompañar a nuestra hija hasta el Altar del Destino, donde un sacerdote Korletheano le daría la bendición mientras su padre la presentaba a los Destinos.

Con la garganta apretada, parpadeé para alejar la humedad que empañaba mi visión. Xevius presentó una grabación tras otra que había hecho para nuestra hija, para asegurarse de que Lyra supiera que había sido querida y amada por su padre. Entre lágrimas y risas, vi cómo su holograma le mostraba pasos de baile, representaba algunos cuentos clásicos Korletheanos y cantaba en la antigua lengua.

—¿Por qué continuaste con las grabaciones incluso después? —pregunté, confusa.

—Porque no sé si se me permitirá volver a visitar Korlethea ni cuándo —dijo, sosteniéndome frente a él—. Aunque nuestra hija se criará principalmente como Verediana, quiero que conozca también su herencia Korletheana. Quiero estar a su lado siempre que lo desee, aunque yo esté fuera en una misión. Y, la verdad, le he cogido el gusto —añadió tímidamente.

—¿Tienes idea de lo increíble que eres? —pregunté, asombrada de que hubiera conseguido todo aquello sin que yo me diera cuenta.

—No lo sé —dijo Xevius con falsa modestia—. Quizá podrías ayudarme a refrescar la memoria.

Deslicé la mano por los sedosos mechones de su pelo y apreté mi cuerpo desnudo contra el suyo. Xevius me rodeó con sus brazos e intercambiamos un beso profundo y lento, lleno de amor y de una pasión desprovista del hambre animal que a menudo nos invadía, incluso ahora que mi período había terminado. Pero justo en ese instante, un fuego diferente nos animaba.

Xevius nos bajó al suelo, invocando un escenario diferente que yo nunca había visto antes—o al menos no creía haberlo visto. Pero no podía estar segura, ya que mi mirada no se apartaba de la de mi compañero. Las palabras ya no eran necesarias entre nosotros. La profundidad de sus sentimientos por mí, y los míos por él, fluían libremente a través de nuestro vínculo empático, que se fortalecía cada día que pasaba. Sus manos exploraban mi cuerpo con suavidad y su boca me besaba y saboreaba cada centímetro de mí con reverencia.

Y yo, a mi vez, redescubría sin prisas la perfección de mi hombre. Me encantaba cómo se estremecía bajo mi contacto, el tacto suave de su piel sobre sus duros músculos, su sabor dulce y picante en mi lengua y sus gemidos voluptuosos cuando lo lamía, lo mordisqueaba y lo acariciaba. Cuando su cuerpo se fundió con el mío en la más antigua de las danzas, ya no pude distinguir dónde acababa él y empezaba yo. Éramos un solo cuerpo y una sola alma a través de nuestro vínculo empático, nuestras sensaciones potenciadas por las del otro. Nuestro clímax no fue el terremoto aplastador de huesos de nuestros acoplamientos más salvajes, sino el crescendo definitivo de un aria en la que vibramos en perfecta armonía.

Envuelta en la infinita ternura de las emociones de mi compañero, una vez más agradecí en silencio a la Diosa que me hubiera bendecido con él.

~

La retirada virtual de la holocubierta pronto llegó a su fin, con Axios asomando en la distancia. Dado que nuestra aproximación alertaría inmediatamente al gobierno Axiano—que, a su vez, avisaría a sus ciudadanos delincuentes—lanzamos nuestras lanzaderas en modo sigilo, llevando a la mayoría de nuestros equipos de ataque. Al igual que habíamos hecho en nuestra anterior incursión en el planeta de los mercenarios, queríamos que toda nuestra gente estuviera en posición antes de contactar con el control terrestre.

Axios era el lugar al que acudían los delincuentes para dirigir “legítimamente” sus negocios ilegales. Aquí, mientras pagaras tus impuestos, el gobierno no hacía preguntas sobre el tipo de comercio al que te dedicabas. No importaba cómo adquirías lo que poseías o vendías. Aunque la esclavitud estaba oficialmente prohibida para evitar problemas con el Consejo Galáctico, mientras no te pillaran, el gobierno hacía felizmente la vista gorda. Sin embargo, cualquiera que quebrantara sus muy laxas normas de forma que atrajera demasiado escrutinio no deseado a su planeta sería expulsado sin contemplaciones. Pero para cualquier otro delito “más leve”, siempre

que se presentaba una denuncia, el gobierno multiplicaba los procedimientos judiciales y las exigencias irrazonables de pruebas de la fechoría. En la mayoría de los casos, las víctimas desistían ante los exorbitantes costes del litigio o la inutilidad de todo ello.

Pero Sunam no era un pez pequeño. Derribar a un pez tan gordo haría olas entre los demás mercenarios. Aunque teníamos otros rescates en curso en otras partes del Cuadrante, ninguno requería el poderío militar que habíamos reunido para éste. Khel nos había advertido de que, en cuanto lanzáramos el ataque, otros mercenarios podrían aparecer para defender a uno de sus mayores jugadores y proveedores de empleo.

Maheva se había negado a quedarse atrás. Mientras que ella y su compañero permanecerían a salvo a bordo del Tempest, Amalia se uniría a nosotros en la incursión—para consternación absoluta de Khel. Al ser de raza Guerrera, mi sobrina podía rivalizar con la mayoría de nuestros Tuureanos en combate individual, gracias a que tanto Khel como yo la habíamos entrenado. Sin embargo, no era su destreza en combate lo que justificaba su presencia, sino su incomparable capacidad de hackeo. Con su poder psíquico, Amalia podía entrar y tomar el control de casi cualquier sistema o programa informático, incluso por enlace ascendente. Según reveló el informe de vigilancia de los Korletheanos, con su riqueza, Sunam había acondicionado su mansión—más bien un complejo—con la tecnología más avanzada. Naturalmente, sus dos compañeros insistieron en acompañarla sobre el terreno.

Mercy también había exigido acompañarla. Había esperado que su compañero y los suyos se quejaran de que su Dagna abandonara su deber con el reino para ir a exponerse al peligro. En lugar de eso, muchos Braxianos se retaron para tener el honor de unirse a ella y al Magnar en esta gloriosa batalla. Había visto entrenar a los Braxianos y había oído hablar de sus proezas en combate, y ahora estaba impaciente por luchar junto a ellos para ver de qué iba todo aquel alboroto. Mercy, una luchadora consumada, acompañaría a Amalia para infectar cualquier sistema que ella y Amalia considerasen beneficioso para nuestra causa.

Al estar embarazada, Aleina permanecería a bordo del Tempest para coordinar el ataque con Ghan. Con los embarazos Xelixianos, el sire no podía arriesgarse a exponerse al peligro, ya que se requería un contacto frecuente con el feto para asegurar su correcto desarrollo. Si Ghan moría antes del nacimiento, su hijo también podía perecer o nacer con graves defectos físicos o mentales.

Una palpable emoción invadió nuestra lanzadera, compuesta por Tuureanos, Korletheanos y Braxianos, cuando completamos nuestra aproximación sobre el desierto de Morian a un magnífico oasis. Justo en el centro, una mansión piramidal de varios pisos se erguía orgullosa en un mar de arena amarilla bajo un cielo ámbar sin nubes. Una vez en posición, a una distancia suficientemente segura de su posible campo de detección, dimos la señal a Khel.

Su lanzadera sin camuflaje comenzó a acercarse. Como su rostro era demasiado conocido, Khel permaneció en la parte trasera mientras uno de los guardaespaldas de Ravik pilotaba la nave. Como era habitual entre los mercenarios, la avanzada tecnología de la lanzadera impedía

que nuestra presa nos escaneara. Encontrar a esta inusual mezcla de especies viajando juntas corría el riesgo de delatarnos.

Como era de esperar, en cuanto se pusieron a tiro de la mansión, los guardias activaron automáticamente las defensas de la finca. Aunque no podíamos ver lo que ocurría en la lanzadera de Khel, sabíamos que los guardias les habían llamado, exigiendo conocer sus intenciones cuando la lanzadera aminoró la marcha y permaneció inmóvil. Utilizaron un método similar al que tan bien les había funcionado durante la primera incursión de la Casa de Sangre en Xelix Prime. Esta vez, en lugar de fingir problemas técnicos, fingieron que venían por un acuerdo comercial. Una vez establecida la comunicación, Amalia hackearía el sistema de la mansión a través del enlace. A continuación, crearía un canal trasero a través del cual podría seguir controlando sus defensas y permitir a Mercy plantar todos los virus que quisiera.

Menos de un minuto después de que su lanzadera se detuviera, Lhor nos envió a todos la confirmación de que Amalia había entrado en los sistemas de Sunam. Aunque el permiso del gobierno Axiano no era necesario para esta incursión, y a pesar de su previsible enfado porque volviéramos a hacerles esta jugarreta, Aleina procedió a descubrir el Tempest y a advertir a los Axianos de que no interfirieran en esta misión de rescate. Aunque Amalia estaba desconectando toda la capacidad de la mansión para enviar y recibir mensajes, si Sunam o sus hombres conseguían enviar una señal de socorro, no queríamos arriesgarnos a que el poderío de las defensas Axianas descendiera sobre nosotros.

Momentos después, el campo de energía que defendía la mansión se redujo, y la lanzadera de Khel reanudó su aproximación. Al estar más cerca que la suya, nuestras diez lanzaderas camufladas entraron en el perímetro de la mansión. En cuanto aterrizamos, Mercy lanzó uno de sus virus. En los segundos que tardamos en desembarcar silenciosamente de nuestras naves, ocultas a la vista por nuestros escudos invisibles, la casa quedó completamente bloqueada. La alarma sonó durante medio segundo antes de silenciarse.

Una oleada de pánico recorrió a la docena de guardias que se encontraban fuera. Gritaron a las torretas que derribaran la lanzadera entrante, sin darse cuenta de que la verdadera amenaza se encontraba a menos de cien metros de ellos. Saliendo del sigilo, abrimos fuego mientras nos abalanzábamos sobre ellos.

No habría prisioneros.

Atrapados dentro de sus muros con los postigos reforzados de las puertas y las ventanas utilizados contra ellos, y con sus defensas exteriores inutilizadas por las chicas, nadie escaparía a nuestra ira.

Atacando por cuatro frentes, nos abalanzamos sobre las entradas de la mansión en grupos de más o menos veinte personas. Khel y Ravik lideraron la carga por el lado izquierdo, con Mercy, Amalia y Lhor en la retaguardia. Krygor—el padre de Anton—y Xevius me acompañaron hasta la entrada principal. En mi grupo había un mayor número de Korletheanos y Braxianos; estos últimos afirmaban que luchar junto a Ravik y Mercy no tenía sentido—lo mataban todo

demasiado rápido. Thaddeus y Sohr tomaron el flanco derecho, mientras que Febus y el Anciano Braxiano Pattel cargaron contra la retaguardia.

—Escudos arriba —dije a mi equipo mientras tomábamos posiciones a cada lado de la puerta principal, y luego abrí mi comunicador—. Amalia, libera la puerta principal.

El panel de metal reforzado se levantó, dejando al descubierto la entrada principal de la casa. En cuanto empezó a levantarse, los disparos de bláster hicieron añicos el cristal de las puertas, y los fragmentos rebotaron inofensivamente en nuestros escudos. Segundos después, la cerradura de seguridad emitió un pitido al desactivarse, y las puertas se abrieron con el tintineo de los cristales rotos al caer. Con la espalda pegada a la pared, cogí de mi cinturón de armas un pequeño disco luminoso del tamaño de una moneda, lo activé y lo introduje en la casa. Conectada a mi traje, su cámara me envió una vista de la casa a la pantalla visual de mi visor. Guié el disco a través de la interfaz neural de mi traje, haciendo que destellara una luz cegadora y emitiera un estridente sonido desorientador ante los guardias que encontrara. Afortunadamente, a juzgar por la imagen de la cámara, todos los esclavos y sirvientes se habían refugiado en los pisos superiores.

En cuanto di la señal de entrar, Krygor casi me apartó de mi camino al precipitarse al interior. Con el escudo ante él, el enorme Braxiano desvió los torpes disparos de los guardias medio aturdidos. Emitió un gruñido feroz, que fue aumentando de volumen. Con él, también lo hicieron mi pulso y la sensación de hormigueo que se extendía por mi piel. Me sentí más fuerte, más rápida y más concentrada mientras la sangre me rugía en los oídos con la salvaje sed de sangre que se apoderaba de mí. En un parpadeo de lucidez, me di cuenta de que Krygor había entrado en estado Berserker. Con este raro rasgo Braxiano, transmitido a través de las líneas de sangre guerreras más antiguas, el Berserker se convertía en una formidable máquina de matar en el campo de batalla. Como ventaja añadida, todos aquellos a los que consideraba aliados o de su clan verían potenciadas sus propias habilidades mientras permanecieran a su alcance, convirtiéndolos en Furias.

No podía compararme con tal habilidad.

Krygor no se molestó en llevar espada ni bláster. Elevándose por encima de todos nosotros, el gigante de dos metros y medio agarró a su primera víctima por la cabeza—su mano era más grande que la cara del mercenario—y apretó, aplastándole el cráneo como si fuera papel. Luego, con un movimiento de muñeca sin esfuerzo, Krygor envió el cadáver volando por la sala, derribando a algunos de los guardias que vigilaban el pasillo. Dio un revés al bláster con el que le apuntaba un segundo mercenario, destrozándole la muñeca. Krygor lo cogió por la barbilla y le estampó la cabeza contra el marco de la puerta de una habitación contigua. Explotó como un melón demasiado maduro. Dejándolo caer sobre las elegantes baldosas que cubrían el suelo, el Braxiano se dirigió hacia otro objetivo.

Incapaz de saciar mi furia de batalla, rechiné los dientes de frustración. Los Braxianos estaban acribillando a los guardias a una velocidad alarmante. Y para cuando llegué al alcance de

los mercenarios de la retaguardia, la mitad de ellos gritaban o se retorcían en el suelo, manando sangre de sus ojos, oídos y narices por los golpes psiónicos de los Korletheanos. No era una batalla; era una masacre.

Empujándolos, con Xevius y mis Hermanas pisándome los talones, me dirigí hacia el ascensor situado en la pared trasera de una elegante sala de estar en el centro de la mansión. Los Xelixianos que nos acompañaban ayudaron a mis Hermanas a comprobar las habitaciones que pasábamos por el camino en busca de posibles enemigos o esclavos. Pero, como indicaba mi escáner, la planta baja estaba vacía salvo por el puñado de guardias que seguían vivos... por ahora. Nos reunimos con las unidades de Febus y Thaddeus en el ascensor. Las envié a registrar la segunda planta y luego a la tercera para determinar si las personas que se apiñaban allí eran esclavos o indeseables que intentaban evitar su merecido. Khel llegó con Amalia justo a tiempo para que anulara la seguridad del ascensor y nos diera acceso al enorme recinto subterráneo donde sin duda Sunam se había refugiado entre sus preciadas posesiones.

El ascensor era demasiado pequeño para acomodarnos a todos. Pero tampoco podíamos arriesgarnos a entrar sin saber qué tipo de fiesta de bienvenida nos esperaba. Según los informes de vigilancia de los Korletheanos, la instalación subterránea tenía tres salidas: el ascensor, el hangar de lanzaderas y la entrada al garaje. Además de que Amalia tomara el control de las dos últimas, teníamos a dos cazas vigilando esas salidas. Aunque Sunam podía ordenar a sus hombres que inutilizaran el ascensor, seguía siendo su mejor oportunidad de derrotarnos, ya que era el único punto de estrangulamiento lo bastante estrecho como para tenernos inmovilizados.

Mis Hermanas y yo cargamos la cabina del ascensor con docenas de discos aturdidores y lo enviamos hacia abajo. Gracias a que el virus de Mercy anuló todas sus cámaras de seguridad, los mercenarios no tenían ni idea de lo que estaba ocurriendo arriba. Como era de esperar, bombardearon la cabina con disparos de bláster en cuanto se abrieron las puertas. Los discos—que habían estado flotando lo más cerca posible del techo para evitar que les dispararan—inundaron la instalación subterránea, aturdiendo a nuestros enemigos por el camino.

Me quedé con las ganas mientras esperaba a que el ascensor volviera a por nosotros. Era demasiado pequeño para llevarnos a todos en un solo viaje. Solo los Braxianos necesitarían dos viajes. A pesar de su evidente disgusto, tuvieron que esperar hasta que mis Hermanas y yo hubiéramos bajado, ya que éramos las únicas que podíamos ver lo que ocurría abajo gracias a las cámaras de los discos aturdidores. Por supuesto, podríamos haber compartido la señal con la exhibición de sus brazales militares, pero queríamos nuestra libra de carne de los mercenarios. Esos hijos de Gharah eran la razón por la que nos habían esclavizado. Habían comprado y abusado de nuestras madres, hermanas e hijas. Disfrutaban con nuestras lágrimas. Nosotras disfrutaríamos con sus gritos.

Aunque los discos se movían a la velocidad del rayo, los mercenarios consiguieron destruir algunos de ellos. Pero no fue suficiente para evitar que quedaran temporalmente ciegos, desorientados y sin audición. Por mucho que quisiera quedarme a jugar con ellos, atravesamos a

algunos y reventamos a otros. Necesitaba llegar hasta las hijas de Maheva y cualquier otra Verediana que Sunam pudiera tener cautiva antes de que se dieran cuenta de quiénes éramos. El objetivo de mantenerlos a ciegas y no exponer nuestras exigencias era evitar que tomara como rehenes a nuestras Hermanas.

Como la mayoría de las habitaciones parecían estar vacías o servir de almacén para las mal habidas posesiones de Sunam, nos dirigimos rápidamente hacia la habitación más grande del fondo. La rodeaba otra serie de veinte salas más pequeñas, a las que solo se podía acceder desde la principal. Mi radar indicó la presencia de cuatro Veredianas y una mezcla de mujeres Aveanas, Sarenianas, Korletheanas y Dantorianas. Nuestros aliados se separaron a lo largo del camino para asegurar otras salas o luchar contra los guardias que seguían entrando. Amalia—vestida con una armadura Tuureana—y sus compañeros nos siguieron con Mercy y Ravik. No había guardias vigilando fuera de la sala, pero una puerta acorazada impedía el acceso.

Amalia golpeó con la mano el panel de control y sus ojos se desenfocaron. Tres parpadeos después, la puerta reforzada empezó a abrirse. Khel tiró inmediatamente de su compañera hacia atrás, y Lhor también adoptó una postura protectora frente a ella. Ella no se inmutó, en su rostro se leía claramente la misma esperanza ansiosa que yo sentía. Xevius me apretó la mano y me dedicó una sonrisa alentadora. Deseé que mi armadura se hubiera desactivado para poder disfrutar del consuelo de sus emociones. Qué poderosa debía de ser la energía Berserker de Krygor para afectarme incluso a través de mi armadura.

Pero la visión revelada por la puerta abierta borró todos esos pensamientos de mi mente. La inmensa sala común, llena de cojines de colores y con un jardín interior y una piscina, se correspondía con el diseño tradicional de un harén Tarnegio. Cada puerta que se alineaba en las paredes trasera y laterales conducía a la cámara privada de la concubina. A pesar de la rabia que hervía en mi interior, solo tenía ojos para las dieciséis hembras escasamente vestidas que nos miraban. Todas, excepto la Verediana y la Korletheana, expresaban miedo.

Dejé caer el escudo y se me humedecieron los ojos cuando la mano de Amalia me apretó el brazo, impidiéndome avanzar. Inutilizó su armadura Tuureana y las demás hicimos lo mismo. Con los labios temblorosos, Amalia extendió una mano temblorosa hacia Mercy. Ella la cogió, apretando los dedos alrededor de la de su sobrina. Nunca había visto tanta vulnerabilidad, casi miedo, en el rostro de Mercy. Juntas, avanzaron con pasos vacilantes hacia dos de las cautivas Veredianas; gemelas con rostros inquietantemente parecidos a los suyos. Galicia y Gerana, también ahogadas por la emoción, se aferraron la una a la otra, sonriendo entre lágrimas. Las otras cautivas las miraban, con el asombro, la confusión y la esperanza pintados en sus rasgos.

Al principio no se intercambiaron palabras. Una de las gemelas, vestida con un vestido azul diáfano, soltó a su hermana, vestida de forma similar—pero de amarillo—y cogió la cara de Amalia entre sus manos, examinándola como si fuera un tesoro maravilloso antes de estrecharla entre sus brazos. Mi sobrina rompió a llorar, abrazando a su tía con fuerza.

—Instalación asegurada —la voz de Sohr en mi auricular casi me hizo saltar del susto—.

Sunam está bajo custodia.

Acusé recibo distraídamente e hice una señal a Jezaya para que transmitiera esa información a Aleina, sin apartar los ojos de la escena que tenía ante mí. Mercy parecía al borde de un ataque de pánico cuando la segunda gemela le acarició uno de sus cuernos negros, antes de abrazarla también.

—¡Lo siento! ¡Lo siento mucho! —lloró Mercy, aferrando a su hermana pequeña con la energía de la desesperación.

—Tranquila, Mercy. Tranquila —susurró su hermana—. No tienes nada de qué disculparte. No nos hiciste ningún mal. Y fuera lo que fuera lo que hubiera hecho tu padre, nos protegió. Nuestro comprador, Nathan, no había sido un amo para nosotras, sino un padre —apartándose, limpió las lágrimas del rostro de Mercy y le sonrió con dulzura—. Sunam intentó durante años comprarnos, y luego secuestrarnos, pero Gruuk se lo prohibió. Se suponía que íbamos a reunirnos una vez que muriera tu padre, pero el Destino decidió tomar otro de los tres caminos que nos habían trazado —añadió, dirigiendo a la sala una mirada resentida.

Se me hizo un nudo en la garganta y se me llenaron los ojos de lágrimas al ver sufrir a una mujer tan fuerte. La culpa por los negocios de su padre y su hermano nunca había dejado de corroer a Mercy. No era su carga y, sin embargo, la soportaba. Solo podía esperar que, con sus hermanas ya recuperadas, pudiera por fin empezar a sanar.

Agradecí que Xevius me rodeara la cintura con el brazo, sosteniéndome mientras entrábamos en la habitación en dirección a la hembra Korletheana. Quería saludar a las gemelas, pero me sentía demasiado cohibida para entrometerme en su reencuentro. Mis Hermanas fueron a tranquilizar a las demás mujeres, incluidas nuestras otras dos Veredianas.

—Te hemos esperado durante mucho tiempo, mi hermano —dijo la mujer Korletheana.

—¿Se había predicho? —pregunté, sabiendo ya la respuesta.

—Por supuesto —dijo con tranquila aceptación—. Solo me temía que no sería hasta dentro de un tiempo.

—Tía Kamala —llamó Amalia con voz aún temblorosa.

Xevius me llevó de la mano a través de la corta distancia que me separaba de mi sobrina, calmándome con su *Kaa*. Las gemelas se habían intercambiado el lugar para abrazar a su otra pariente.

—Ésta es mi Tía Kamala, hermanastra de Tía Aleina —dijo Amalia a las gemelas.

—Yo soy Gerana —dijo la gemela de azul.

—Lo que me convierte en Galicia —dijo la gemela de amarillo, tocándose el pecho en el gesto Verediano de saludo.

Balbuceé un saludo medio incoherente antes de que Galicia me abrazara y Gerana repitiera el abrazo.

—Aleina y tu madre están de camino —dije, recuperando la compostura. Qué extraño que me emocionara tanto cuando ellas no eran de mi sangre. Y, sin embargo, todo el linaje de

Maheva lo sentía como propio—. Llegarán en cualquier momento.

La alegría dio paso rápidamente al horror al mirar sus trajes.

—Así no —exclamó Galicia.

Tardé unos segundos en darme cuenta de que no tenían nada con lo que su madre quisiera verlas en su primera reunión después de cuarenta años. Una de mis Hermanas Tuureanas, Armina, tan cinética como Aleina, se ofreció voluntaria para remodelar algunas de las telas más finas que abundaban en el harén y convertirlas en atuendos más respetables para todas las hembras.

Cuando estuvieron listas, los Braxianos habían apartado sin esfuerzo la mayoría de los cadáveres para no herir la sensibilidad de Maheva. Pero ella no se inmutó al ver las salpicaduras de sangre y las vísceras que quedaban. Recordando cómo se había derrumbado al ver a Mercy, esperaba que se sintiera igual de destrozada al ver a sus gemelas. Pero su innegable alegría parecía mezclada con una ira hirviente que me confundió. A medida que se derramaban más abrazos y lágrimas entre las gemelas, Aleina y su madre, la furia de Maheva solo parecía crecer.

—Éste no era el futuro que Gruuk había planeado para ustedes —dijo Maheva con ira apenas reprimida—. No debería haber habido dolor, ni pena, ni maltrato para ustedes hasta que nos reuniéramos. Quiero ver al hijo de Gharah que te engañó.

—Por aquí, Madre Maheva —dijo Ravik, señalando la puerta.

Todos intercambiamos una mirada incómoda. Nunca había visto a la gentil Maheva con tanto asesinato en los ojos. Con Mercy a su lado, el Magnar se dirigió al hangar de lanzaderas, donde los hombres de Sunam habían intentado abrir la puerta por la fuerza. Llevando de la mano a cada una de sus gemelas, Maheva entró en la sala con majestuosa gracia. Era surrealista verla entrar, rodeada de sus cuatro hijas y Amalia, todas con rasgos increíblemente similares. Cuando se detuvo a un par de metros delante de él, Sunam no necesitó preguntar quién era o el origen de su ira.

De pie frente a la puerta sellada, con los brazos sujetos horizontalmente por grilletes magnéticos y otro par sujetándole los pies al suelo, ligeramente separados, Sunam observó a Maheva con pavor. Sus ruegos y súplicas cayeron en saco roto. Ignorándole, extendió una mano hacia Mercy, que colocó un bláster en la palma de su madre.

—¡Maheva! —exclamó Minh, dirigiendo a su compañera una mirada incrédula.

Su cabeza se dirigió hacia el médico, que retrocedió ligeramente ante la fría advertencia que había en sus ojos. Ya no era el alma dulce y casi rota que había sido rescatada hacía ocho años de una vida de esclavitud. Ante nosotros se encontraba una madre, cuyos bebés habían sido heridos, exigiendo retribución al tonto que lo había hecho.

—¿Tienes idea de lo que es llevar una vida dentro de ti durante meses? ¿Amar y criar a tus hijas sabiendo que, en algún lugar ahí fuera, algún retorcido hijo de Gharah está esperando la primera oportunidad para quitarte a tus bebés y maltratarlas para saciar sus propios placeres pervertidos? ¿Para utilizarlas en su beneficio egoísta y su codicia? —preguntó Maheva a Sunam

con una voz escalofriante que me puso la carne de gallina—. Gruuk entregó a mis hijas a un hombre bondadoso que les dio una buena vida. Pero no podías dejarlas en paz, ¿verdad? Toda esta riqueza y aún así no era suficiente, ¿verdad? —siseó, señalando el moderno hangar de lanzaderas y las lujosas naves que había en su interior.

Sunam empezó a suplicar de nuevo, pero bien podría haber estado hablando con una pared.

—No deberías haber hecho daño a mis hijas —gruñó Maheva, ajustando la configuración del bláster.

Las súplicas de Sunam se convirtieron en gritos de ayuda a todos los presentes cuando Maheva apuntó. Con los ojos fríos y la mano firme, disparó. El macho chilló, tirando de sus ataduras, pero éstas no cedieron ni un milímetro. Inclinando la cabeza hacia un lado, observó impasible cómo se retorcía de dolor.

No conocía a esta Maheva; me daba miedo.

—¡Ah hoo! —gritaron los Braxianos al unísono mientras la sangre corría por la entrepierna de Sunam, la tela desgarrada, quemada en los bordes, mostraba los restos destrozados de lo que una vez había sido su polla.

Sus ojos se pusieron en blanco, pero Maheva no había acabado con él. Con pasos decididos, marchó hacia él.

—Oh, no, no lo harás —le espetó—. No te librarás tan fácilmente.

Golpeó con la mano la piel expuesta de su brazo y le infundió sus poderes curativos. En cuestión de segundos, Sunam dejó de sangrar y, para mi horror, sus flácidos genitales se reformaron. Comprendí la furia de Maheva. La idea de que alguien hiciera daño a mi futura hija también me hacía hervir la sangre. Pero aquello era una perversión de los poderes que la Diosa nos había concedido. Nuestros dones eran para la mejora de nuestro pueblo y para ponerlos al servicio de los necesitados. No eran herramientas de tortura o venganza. Sin embargo, observé sin intervenir. El recuerdo de todas mis Hermanas siendo sacadas de los recintos de cría, llorando y gritando mientras sus nuevos amos las arrancaban de los brazos de sus madres, para no volver a verlas nunca más, avivó la llama de mi hambre de venganza.

Sin embargo, mi alivio al ver que Maheva devolvía el bláster a Mercy duró poco cuando Aleina se presentó ante Sunam. Balbuceó súplicas ininteligibles que no consiguieron conmover a mi hermana más de lo que habían conmovido a su madre.

—Esto es por robar a mis hermanas, y por creerte con derecho a esclavizar a otra, a privarla de toda esperanza, de todo futuro —dijo Aleina, con la voz dura que el Almirante Lee había utilizado antes de desatar la ira de los Tuureanos sobre quienes se habían atrevido a agraviarnos —. Por cada vez que heriste a una mujer, a cualquier mujer, solo porque podías y te apetecía. Y por pensar que puedes convertir a una Verediana en tu mascota.

Esta vez, no me inmuté cuando mi hermana volvió a reventarle la entrepierna. Pero oír a los Xelixianos unir sus voces a las de los Braxianos mientras gritaban “ah hoo” sí me cogió por sorpresa. No había angustia ni condena en los ojos de Ghan mientras observaba la escena, sino

todo lo contrario. Mientras Amalia parecía un poco enferma, sus compañeros observaban la escena con una satisfacción casi feroz. Entonces caí en la cuenta de que la esclavitud y la violencia contra las mujeres, especialmente los delitos de naturaleza sexual, recibían castigos excesivamente duros en Xelix Prime. Así que, por supuesto, esto no les escandalizaba. Era solo un castigo.

Una vez más, Maheva curó a Sunam antes de que pudiera desmayarse para que pudiera enfrentarse a la justicia de Mercy.

—Volvería a destrozar a esa inmundicia que llamas polla, pero tengo otros planes para ti. Mi padre te advirtió que te mantuvieras alejado de mis hermanas. En lugar de eso, le convertiste en un mentiroso en cuanto falleció —dijo Mercy con algo parecido al odio. Luego, una sonrisa sádica estiró sus labios—. Servirás de ejemplo a todos esos bastardos que convirtieron nuestras vidas en una pesadilla, nos obligaron a escondernos, a saltar sobre las sombras y a temer que cualquier momento fuera el último día de nuestra libertad.

—¿Qué... qué es eso? —preguntó Sunam, mirando con terror el inyector que Mercy sacó del cinturón de su arma.

—¿Esto? —preguntó ella, agitando el inyector delante de él—. Esto es lo bueno. Uno de mis inventos favoritos y más recientes. El diminuto implante que voy a clavarte así, hará todo lo que esté en su mano para mantenerte con vida y realizar reparaciones urgentes de tejidos y órganos cuando sea necesario. Muy útil para los guerreros en el campo de batalla.

Sin romper el contacto visual con Sunam, Mercy hurgó en una pequeña bolsa de su cinturón y extrajo una pieza de metal en forma de cono, que sostuvo en la palma de la mano. Cualquiera que fuera la orden que estaba codificando en los nanocitos que contenía, no sería agradable para él.

—Esto —dijo Mercy, mostrándole el objeto—, no será nada agradable. Cuando te lo meta dentro, el metal se desenredará y empezará a extenderse por tu cuerpo en un tamaño no mayor que el de una aguja. Como la trayectoria es aleatoria, puede pasar mucho tiempo antes de que llegue a tu cerebro. E incluso entonces, no hay garantía de que te mate, no con el implante curativo. Pero bueno, el implante se desgasta a los ocho días. En el peor de los casos, morirás por exposición o hemorragia interna en la hora en que deje de funcionar. Hasta entonces, ¡disfruta!

—¡Estás loca! —gritó cuando Mercy acercó el nanobot a su brazo.

—¿Loca? —repitió ella, evitando implantárselo—. ¿Ves a esa bestia de ahí? —preguntó, señalando a Ravik—. Me casé con él. Esos gigantes que rodearon y que hicieron papilla a tus hombres, ahora son mi gente. No estoy loca. Soy implacable y despiadada. Nadie jode a mi familia y nadie volverá a meterse con las Veredianas. Has hecho ambas cosas. Como decimos en Braxia, la venganza es una bestia paciente.

Bajo otro “ah hoo” de los Braxianos y los Xelixianos, a los que se unieron esta vez los Korletheanos, Mercy introdujo el nanobot en la parte carnosa del antebrazo de Sunam. Sentí entumecidos los gritos del hombre. Mercy asintió a Krygor, que respondió con una sonrisa

maligna. A pesar de lo suave y gentil que se comportaba con sus amigos y nietos, el sire de Anton tenía un filo sádico que brillaba cuando se enfrentaba a los enemigos. Poniendo los grilletes magnéticos a levitar, abrió la puerta del hangar de lanzaderas que Amalia había liberado y sacó a Sunam al exterior. Aunque no estaba al corriente, supuse que Krygor lo exhibiría en algún tipo de elevación, como en su mundo natal. Los Braxianos clavaban a los criminales en pilares a la entrada de sus recintos para que murieran lentamente y permanecieran allí pudriéndose durante un mes, como advertencia del destino que aguardaba a quienes infringieran las leyes.

Maheva cogió las manos de sus gemelas, visiblemente conmocionadas—pero no asqueadas—por lo que acababan de presenciar y las escoltó fuera del hangar de lanzaderas bajo la intensa mirada de mi compañero. Al sentir el escrutinio, la cabeza de Maheva se volvió hacia nosotros, y estableció contacto visual con Xevius, el suyo inquebrantable. Él inclinó ligeramente la cabeza en concesión a no sabía qué. Ella no correspondió, como si la respuesta de él le hubiera correspondido, y luego se dio la vuelta y se alejó.

Con Mercy y Ravik en cabeza, Aleina y Ghan en segundo lugar, y luego Amalia y sus compañeros, la línea de sangre de Maheva la siguió. Cuando Xevius y yo también nos dirigimos hacia la salida, Febus nos alcanzó.

—Todos se equivocaron —dijo Febus a Xevius, con naturalidad.

—Sí —dijo Xevius, cogiéndome de la mano—. Ella siempre fue la clave. No Amalia.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, confusa.

—Los Videntes y las Oráculos intentaron predecir qué futuro nos esperaba a todos mirando a Amalia. Creíamos que el linaje de Eryon cambiaría el mundo tal y como lo conocemos —explicó Xevius con voz suave—. Pero aunque eso es en parte cierto, él es solo uno de los engranajes. Siempre se trató de Maheva. Fue *su* linaje el que unió a algunas de las naciones más poderosas. Nos unimos bajo su estandarte para salvar a sus hijas. Y ahora, seguimos su estela.

—Es un poder tremendo el que uno cede —dijo Febus con voz enigmática.

Y ahora lo ha probado plenamente.

No me costó leer su significado subyacente. La expresión preocupada en el rostro de Minh mientras él también seguía a su compañera, ligeramente apartada, puso aún más de relieve la inquietud que algunas de mis Hermanas no lograban ocultar.

Nos esperaba una escena surrealista cuando salimos del recinto, con todas nuestras naves deslocalizadas rodeándonos. Sí, había sido exagerado, pero una poderosa declaración que había hecho retroceder a todos los mercenarios que habían pensado intervenir a favor de Sunam.

Cuando nuestra lanzadera despegó, Krygor vino a colocarse a mi lado, empequeñeciéndome por su altura y su ridículo montón de músculos. Miraba pensativo la vista en retroceso de Sunam, colgado de un pilar elevado en el patio delantero de la casa.

—No te preocupes, Kamala —dijo Krygor con aquella voz profunda y atronadora típica de los Braxianos—. Maheva hizo lo que una *verdadera* madre hace con quienes dañan a sus hijos.

Anton no fue tan afortunado. Su madre era tan hermosa como oscuro y frío era su corazón.

Se volvió hacia mí. Sus ojos negros como el carbón se clavaron en los míos, y su rostro bruto adoptó esa expresión “menos” aterradora que pasaba por suave y gentil en un Braxiano.

—Veo la preocupación en tus ojos y en los del chico guapo de pelo largo —dijo con voz burlona mientras miraba a Xevius que se acercaba a nosotros—. Pero no temas; en ella no hay ansia de poder. Reconocer los primeros signos de ello es lo que me ayuda a mantener el trono de Ravik a salvo de quienes lo codician. Lo comprenderás mejor dentro de unos meses, una vez que tú también sostengas en tus brazos a esa pequeña vida que confía en ti para que la mantengas a salvo.

Se me heló el cerebro y se me desencajó la mandíbula. Krygor sonrió; parecía un depredador a punto de matar a su presa.

—¿Qué pasa? —preguntó Xevius, deteniéndose a mi lado.

—Huele de maravilla —dijo Krygor, ignorando la pregunta de mi compañero—. La mezcla perfecta de los dos.

Mi mano voló hacia mi estómago, y Xevius, al darse cuenta de lo que ocurría, colocó la suya justo encima de la mía.

Fue su turno de parecer atónito.

—¡Pero si no la he sentido esta mañana! —exclamó, y el asombro dio paso rápidamente a la alegría.

—No me sorprende —dijo Krygor en tono conciliador—. Yo tampoco podía oler a tu hija, no hasta hace unos instantes, cuando floreció. Enhorabuena.

Ambos murmuramos palabras de agradecimiento—creo—pero cuando Xevius me dio la vuelta para mirarle, me ahogué en el oro líquido de sus ojos. No oímos que Krygor se marchaba discretamente para reunirse con los demás mientras nos deleitábamos en el amor y la felicidad del otro.



EPÍLOGO

KAMALA

En tres días, gracias a que nuestros aliados reforzaron nuestras filas, todos los clientes de la lista de Gruuk habían sido visitados sin que ello afectara al número de tropas que podíamos mantener defendiendo Veredia. Con ello llegó el fin de una era. Es cierto que no habíamos encontrado a todas las Hermanas que habían sido vendidas. Aparte de las que habían muerto en diversas circunstancias y de las que habían sido revendidas demasiadas veces como para seguirles el rastro, Gruuk no había tenido el monopolio del comercio Verediano. Solo había sido lo bastante "listo" para hacer que nos reprodujéramos y solo vender a nuestras hijas, a diferencia de sus colegas, que vendían directamente a todas las Veredianas que habían secuestrado durante los últimos días de nuestro mundo natal original.

Sin embargo, Galicia y Gerana resultaron ser una bendición en nuestro empeño por encontrar a nuestras Hermanas aún en paradero desconocido. En las semanas siguientes, utilizando sus habilidades combinadas en recuerdos que habían pertenecido a las desaparecidas, o en personas que habían interactuado con ellas, pudimos encontrar a algunas más de las nuestras o nuevos rastros que seguir.

Pasó casi otro mes antes de que Minh, Amalia y Aleina, sus compañeros, y Xevius y yo, pudiéramos finalmente trasladarnos a Veredia. Maheva nos había precedido hasta allí con las gemelas, pues su compañero se había quedado para completar los protocolos de reproducción y distribución de la cura de la Mancha. La tensión que había surgido entre ellos tras el "incidente" parecía haberse desvanecido. Minh había dedicado su vida a salvar vidas y aliviar el dolor. Ver que su compañera lo infligía deliberadamente y se deleitaba en ello, obviamente, le había sacudido.

Para mi inmortal alivio, la predicción de Krygor parecía acertada. Desde el momento en que abandonamos Axios, Maheva volvió a ser la hembra cariñosa y atenta que siempre habíamos conocido, sin interés por la política o el poder, y con una necesidad casi obsesiva de curar la más mínima herida o cicatriz. Aunque divertía a los Korletheanos, a quienes no les importaba especialmente tener o no cicatrices de batalla, los Braxianos huían de ella como de la peste. Con sus frentes y cejas prominentes, sus narices anchas, planas y de león, y sus fuertes mandíbulas,

aquellos gigantes nunca podrían calificarse de guapos, y se enorgullecían de ello. Para un Braxiano, cuanto más temible era su aspecto, más puro era su linaje, lo que a su vez implicaba que el guerrero era más feroz.

Y lo eran.

Ver a la diminuta Mercy—en comparación—hablar con severidad a aquellas montañas de músculos por hacer algún comentario despectivo sobre una cosa u otra era un espectáculo digno de contemplar. Con el doble de su tamaño y una cabeza de más, agachaban la cabeza avergonzados como niños debidamente castigados. No lo hacían por miedo a que el Magnar les abriera una nueva brecha por replicar a su Dagna, sino porque Mercy se había ganado realmente el respeto de esta especie, antes conocida por ser intolerante, misógina y rabiosamente vengativa al primer desaire percibido contra su honor.

Desde que se apareó con Mercy, Ravik había multiplicado las propuestas para forjar una alianza con los Tuureanos. Hasta un año después de su matrimonio, Aleina no había dado por fin permiso a su hermana mayor para revelar la verdad de nuestra identidad a su compañero. El Magnar había perdido los papeles en lo que Mercy describió casualmente como una rabieta épica. A pesar de su despectiva descripción, creía que no había sido agradable. Había mantenido bastante en secreto las dificultades a las que se habían enfrentado antes de encontrar la felicidad. Pero siempre había insistido en la importancia de la sinceridad entre ellos. El hecho de que no hubiera sido solo ella quien compartiera el secreto le había ayudado a superar la sensación de traición. Y según su deseo, se forjó una alianza entre nuestros pueblos.

Nuestras culturas y valores eran demasiado diferentes para formar un vínculo sólido—al menos en un futuro previsible—pero su destreza en el campo de batalla y su lealtad los convertían en el tipo de amigos que querías tener cerca. Los acuerdos comerciales entre Braxia y Veredia también beneficiaron a su economía en dificultades, por fin en vías de recuperación, y a nuestro recién nacido mundo natal, aún necesitado de muchas materias primas. Los recursos únicos que Mercy seguía descubriendo en su nuevo planeta alimentaban nuestra investigación militar y de defensa combinada, que mantenía a nuestro ejército Tuureano muy por delante en la carrera tecnológica y como una fuerza imbatible a tener en cuenta.

Para su consternación, Ravik se vio obligado a celebrar una boda Verediana conjunta en Haven para él y Mercy, y para Xevius y yo. Descubrir que se centraba en una danza tribal bastante parecida a las danzas de guerra Braxianas le dio la vuelta a todo. Aunque no tuvieran caras bonitas, los cuerpos de los Braxianos eran pura perfección y se movían con una gracia que nadie habría esperado de unos hombres tan corpulentos y musculosos. Literalmente, robaron el espectáculo con su actuación e hicieron que bastantes Xelixianos y Korletheanos se sintieran cohibidos. Por suerte para mi compañero, a mí no me gustaban los hombres grandes y voluminosos, pero eso no me impidió disfrutar de su espectáculo.

Aunque la guerra civil continuó en Korlethea, no se convirtió en el horrible baño de sangre que yo esperaba. Sí, hubo algunas batallas y muertes, pero sobre todo se tradujo en un colapso

parcial del gobierno. No dudé ni un instante de que la presencia de los observadores del Consejo Galáctico ayudó a atenuar la violencia. Aunque no intervinieron directamente, cualquier signo de abuso flagrante les habría llevado a informar al Consejo, que habría enviado entonces a los Guardianes de la Paz. Viendo lo reservados que eran los Korletheanos, no querían que más gente pisoteara sus tierras.

Por las pocas noticias que llegaban, compartidas entre los que decidieron quedarse en Korlethea y los Exiliados, se estaba produciendo una reestructuración fundamental de sus normas, leyes y de la sociedad en su conjunto. Por ese motivo, la mayoría optó por permanecer durante ese proceso doloroso, pero necesario.

A pesar de ello, la Omniato Theanna abrió un tímido canal de comunicación entre los Consejos Verediano y Xelixiano. Su primera petición había sido que enviáramos más videos sobre cómo la ayuda de los Korletheanos estaba ayudando a nuestros hijos a ser más pacíficos y a controlar sus instintos primarios. Accedimos encantados. La diferencia había sido alucinante. Sus poderes crecían a pasos agigantados, pero ya no temíamos que los niños perdieran el control en un arrebato de cólera. Eran más felices y despreocupados ahora que su rabia y agresividad ya no requerían tanta energía para controlarse. Es cierto que cada vez eran más traviesos ahora que más de ellos desarrollaban sus capacidades telepáticas, pero gastar bromas era una parte esencial y aceptable del crecimiento.

La segunda petición de la Omniato se hizo eco de la de los Exiliados: mantener un control estricto sobre la producción y distribución del vryer. Tampoco tuvimos ningún problema en cumplir esa petición. Las Veredianas no deseábamos aumentar nuestros poderes. Eran dones que nos concedía la Diosa para ayudarnos en circunstancias concretas. A la mayoría no nos servían para nada en el día a día. Pero nuestro clima era realmente ideal para cultivar las raíces, mejor que el de Xelix Prime. Por ello, nuestro Consejo acordó dejar su producción al cuidado de los Exiliados. La parte de la cosecha que no se guardara para el consumo personal de los Korletheanos aquí en Veredia se procesaría inmediatamente en la medicación de la Mancha antes de ser enviada a Xelix Prime. Del mismo modo, un pequeño grupo de Korletheanos acordó establecerse en Xelix Prime para supervisar allí un proceso similar, aunque a menor escala. Aunque cultivar las raíces en invernaderos no era tan eficaz, los Xelixianos—comprensiblemente—no querían depender totalmente de recursos externos para curar a su pueblo.

Por otra parte, el Presidente Frebhin solo accedió a permitir a los supervisores Korletheanos después de que extraditaran a Chana Bremhin de vuelta a Xelix Prime para que se enfrentara a su justicia. No era solo para asegurarse de que el Quórum no le daría un pase u ocultaría cuál había sido su verdadero papel en su espionaje, sino que quería averiguar si ella había limitado su intromisión al meterse con las Veredianas, o si había puesto en peligro la seguridad nacional de Xelix Prime al divulgar la abundante información sensible a la que había tenido acceso. Frebhin pidió a Xevius que testificara en el juicio a puerta cerrada al que se enfrentaba. El público nunca se enteró de sus fechorías. El hecho de que hubiera conseguido engañarles durante una década al

más alto nivel de su gobierno les perjudicaba. Nunca supimos qué castigo se le impuso. Como no se la volvió a ver ni a saber nada de ella, solo podíamos imaginarlo.

A los dos meses del despliegue de la cura, ya no quedaban machos Manchados en las fases finales de la enfermedad, pues sus síntomas habían remitido significativamente. Al cabo de seis meses, ya no había machos con la clasificación de Manchados, ya que todos habían pasado a denominarse Norms. Al cabo de dos años, la enfermedad se había curado oficialmente, y varios grupos de prueba permanecieron en remisión durante más de un año sin tomar la medicación.

Las hembras Xelixianas Manchadas también se beneficiaron de ella. Aunque no mostraban las venas oscuras que estropeaban la piel de los machos, su enfermedad les había dificultado la concepción de hembras y la gestación de cualquier hijo. Eso también cambió. Con el aumento de nacimientos de hembras sanas, las futuras generaciones de machos Xelixianos ya no necesitarían mirar a las estrellas en busca de posibles parejas.

Pero la cura no solo alegró a los Xelixianos. Al igual que los Korletheanos, la estructura de su sociedad se derrumbó. Ya no había Manchados a los que tratar como ciudadanos de segunda, que realizaran voluntariamente trabajos forzados para ralentizar el progreso de su enfermedad, o que ocuparan los puestos de trabajo serviles ante los que los Norms y los Primes levantaban la nariz. El reclutamiento militar cayó en picado. Durante generaciones, había sido la principal forma de empleo que garantizaba unas condiciones de trabajo decentes para su corta vida. Les proporcionaba el esfuerzo físico necesario para liberar la dopamina inherente que ayudaba a reducir la propagación de la enfermedad y les concedía la oportunidad de una muerte gloriosa en lugar de una muerte horrible a manos de la Mancha. Al tener ahora perspectivas reales de un futuro y una familia, muchos optaron por profesiones más tradicionales.

Los cambios relacionados en las necesidades de los consumidores también afectaron gravemente a su economía. Con las túnicas encapuchadas y los velos de los Manchados convertidos en cosa del pasado, se cerraron fábricas enteras o se vieron obligadas a evolucionar, ideando nuevos productos que tuvieran demanda. La industria farmacéutica, que ganaba miles de millones de créditos con los analgésicos y supresores neuronales vendidos a los Manchados, vio cómo su negocio se quedaba obsoleto. Muchos de ellos exigieron al gobierno que les cediera la producción de la cura, pero el acuerdo con los Korletheanos lo hizo imposible, aunque no hubiera sido una solución a largo plazo.

Aun así, eran grandes problemas para ellos. Como todas mis Hermanas, siempre había odiado la segregación y la discriminación entre los Xelixianos. Por supuesto, no había sido del tipo violento que se veía en otras culturas. Pero los Manchados habían aceptado su suerte con fatalismo descorazonado. Amalia y su compañero habían hecho mucho por mejorar sus condiciones de vida, sentando las bases para los cambios masivos a los que ahora se enfrentaba su sociedad. Por doloroso que fuera, a la larga les beneficiaría como pueblo.

Bajo el liderazgo de Khel—con el siempre fiel Ghan a su lado—la base militar Xelixiana de Veredia prosperó. Se convirtió en el cuartel general de los Centinelas, la nueva división de élite

del ejército de Xelix Prime, dedicada principalmente a los esfuerzos de mantenimiento de la paz del Consejo Galáctico. A diferencia de la Primera División, los Centinelas acogían a todas las especies de la Alianza Galáctica, no exclusivamente a los Xelixianos. Varios Agentes y Enforcers Korletheanos que habían desertado se unieron a sus filas, junto con algunos Braxianos.

Xevius, Febus y Thaddeus no lo hicieron.

Tenían un interés desmedido por los Titanes, lo que les había causado cierto malestar al principio. Aunque no dudaba de sus buenas intenciones—confirmadas por la sonda de Valena—nos preocupaban los valores que pudieran enseñar a los niños y que pudieran chocar con los nuestros. Los Titanes Korletheanos se habían convertido en monstruos porque habían sido educados para creerse por encima de los demás, para buscar mayor poder y para dominar a cualquiera que pudiera desafiarlos.

Pero los tres hombres tenían un propósito: asegurarse de que los niños cumplirían la visión que todos esperábamos. Establecieron un estricto programa de entrenamiento que incluía meditación, desarrollo y control psiónicos, además de combate y defensa—adaptados a la capacidad individual de cada niño—y una extraña combinación de historia y filosofía militar. Cuando nos presentaron por primera vez esta última parte de su plan de estudios, nos había resultado confusa. Pero enseguida nos dimos cuenta de que se trataba de enseñar a los niños los errores del pasado y las consecuencias y secuelas de las decisiones militares, tanto para los guerreros supervivientes como para la población. Aunque eran temas duros, los Korletheanos hicieron un trabajo maravilloso al presentarlos de una forma más apetecible para un público tan joven, sin diluir su impacto.

A algunas de las Hermanas les preocupaba—con razón—que estuviéramos cayendo en la misma trampa que los Korletheanos: moldear el futuro de nuestros hijos basándonos en alguna predicción y entrenarlos para una guerra que ni siquiera sabíamos que ocurriría realmente. Aunque eso me hizo reflexionar, al fin y al cabo, el entrenamiento que estaban recibiendo iba más allá de cualquier futuro que pudiera o no llegar a producirse. Además de dominar sus habilidades como ninguna de nosotras lo había hecho, estaban recibiendo lecciones morales inestimables que, al final, les harían mejores personas, con guerra o sin ella.

Para mi mayor alegría, aunque Aleina no sacó a Lee de su retiro, recuperó su título de Almirante y el liderazgo de nuestro ejército. Con Veredia asegurada y ferozmente defendida, establecimos calendarios de patrullas de mantenimiento de la paz por turnos para que no estuviéramos lejos de nuestro mundo natal y nuestras familias con demasiada frecuencia.

Veredia siguió creciendo a un ritmo exponencial. Aunque controlamos estrictamente la inmigración a nuestro planeta, permitimos que un número limitado de forasteros altamente investigados se establecieran en Veredia, principalmente para establecer negocios especializados, así como embajadas para miembros de la Alianza Galáctica. Los Korletheanos nos dieron algún quebradero de cabeza cuando solicitaron abrir un templo donde sus Videntes y Oráculos pudieran dar lecturas a los forasteros, como solían hacer antes de que Korlethea se cerrara sobre

sí misma. Pero, por suerte, ése había sido el quebradero de cabeza de Aleina. Yo solo tuve que amenazar con patear algunos culos cuando empezaron a llegar los clientes en el número limitado de días al mes en que el templo podía funcionar.

Ampliamos los programas de "encuentros" a Dantor, la Tierra y Avea. Con esta última se produjeron muy pocos encuentros, pero las dos primeras dieron lugar a múltiples uniones. Aunque me avergonzaba admitirlo, a mí también me complacía que la descendencia de aquellas parejas tuviera un aspecto 100% Verediano. Aunque amábamos incondicionalmente a nuestros niños híbridos, era bueno ver que los rostros originales de nuestros antepasados perdurarían a través de una parte de nuestra población.

Mientras contemplaba los altos edificios de Haven, que se alzaban orgullosos bajo el brillante cielo azul, con familias felices paseando por las calles, sin guantes de control, sin guardias Guldanos, sin cuatro muros y una puerta reforzada que nos encerraran, por fin caí en la cuenta: lo habíamos conseguido. Éramos libres. Éramos felices. Teníamos un futuro en el que nunca más nos obligarían a tener hijos antes de arrancárnoslos.

Y defendería todo esto hasta mi último aliento.

~

XEVIUS

En los cinco años que siguieron a nuestro exilio de Korlethea, Veredia se convirtió en el centro del Cuadrante Occidental y en el destino más solicitado. Ese acceso seguía estando estrictamente controlado y restringido, lo que la hacía aún más atractiva tanto para las empresas como para los turistas. Las imágenes de los impresionantes paisajes y la capital de Veredia hipnotizaban a la gente de toda la galaxia. Gracias a sus poderes cinéticos, las Hermanas transformaron la piedra, el metal, la madera y los minerales en maravillas arquitectónicas. La naturaleza se unía a la tecnología en una colorida sinfonía que daba la impresión de habitar en un oasis de paz rebosante de vida.

Alboroté el pelo de Tharek al despedirle de nuestra sesión de meditación. Arrugó la cara y luego me tiró de un mechón de pelo, antes de salir corriendo por el jardín como si temiera que tomara represalias. Me eché a reír, viéndole moverse a la vertiginosa velocidad que había heredado de su progenitor. Mi corazón se llenó de afecto por aquel niño al que había llegado a querer como a un hermano pequeño—casi como a un hijo, incluso—aunque él me llamaba tío. A los siete años ya parecía un preadolescente. Sus anchos hombros y su altura indicaban que llegaría a ser tan imponente y musculoso como Khel.

El poder de Tharek aún me dejaba atónito. Con un pensamiento, podía hacer que cualquiera

viera u oyera lo que quisiera. Parecía tan real que hasta podías tocar la ilusión, o más bien creer que lo hacías. En las últimas semanas, había evolucionado lo suficiente como para incluir el gusto y el olfato en sus engaños. No siempre eran del todo precisos, pero aún era joven y le quedaban años por delante para dominar su habilidad. El mentor que había en mí quería ver hasta dónde llegaba, con una mezcla de miedo y excitación.

Sentí la presencia de Eryon antes de que despejara los altos arbustos que les habían proporcionado a él y a su propio alumno cierta intimidad durante el entrenamiento. El inmenso jardín de la academia había sido concebido de forma que proporcionara muchos rincones discretos a los estudiantes que buscaban calma para la introspección. Se puso a mi paso sin decir palabra, contentándose con darme un codazo psiónico a modo de saludo, que yo correspondí.

Al salir del jardín, unos gritos excitados procedentes de detrás del edificio de piedra color arena nos atrajeron. Por el rugido de la multitud, pude adivinar quién estaba luchando en la arena virtual. Los bancos elevados que rodeaban el foso circular de combate estaban llenos de alumnos, padres y mentores que animaban a Vahleryon mientras luchaba contra una horda de criaturas y guerreros.

A los doce años, el muchacho parecía un joven de diecisiete. Escudo y espada en mano, se movía con una rapidez y fluidez que recordaban la gracia de su padre en combate. La simulación —basada en los programas de entrenamiento Korletheanos—se había adaptado a su habilidad específica para que pudiera utilizar también sus poderes. Los hologramas enemigos estaban creados por nanosferas que contenían biocélulas a las que Vahl podía afectar con su poder biocinético. Aunque el número y la fuerza de sus adversarios aumentaban, su tamaño disminuía, lo que hacía más difícil apuntarles. Pero eso no perturbó en absoluto al muchacho. Los nanobots ensuciaban el suelo en un amplio radio a su alrededor, procedentes de todos los enemigos a los que había derrotado con una espada, un golpe de escudo o un pensamiento.

—¿No es magnífico? —susurró Eryon, con una voz llena de asombro y orgullo.

—Divino —respondí—. Es la Espada del Destino. Pero, ¿cómo piensa utilizarlo el Destino?

—¡Papi! —gritó Lyra, evitando que Eryon respondiera.

La falda de su vestido azul ondeaba alrededor de sus piernas, los largos mechones dorados de su rebelde melena fluían al viento, mi princesita vino corriendo hacia mí bajo la atenta mirada de los gemelos Dervhen que la habían estado cuidando. Eran demasiado pequeños para sentir la Sintonía, y habíamos tenido cuidado de no hacerles saber que estaban profetizados para ser apareados. Pero desde el momento de su nacimiento, los gemelos se habían sentido ferozmente protectoras con ella. El hecho de que se hubiera convertido en la mejor amiga de su hermana menor, Elisha, no había hecho más que mejorar las cosas. Al igual que Vahl y los demás Titanes, aparentaban cinco años más que su edad actual, y eran tan propensas a gastar bromas como Zharina.

Lyra se arrojó a mis brazos y yo la levanté, acariciándole la mejilla antes de besarla suavemente. Era el vivo retrato de Kamala si no fuera por mis ojos y el color de mi pelo.

—¿Dónde está tu madre? —pregunté mientras me acercaba a los gemelos Dervhen.

—Llevó a Cyrus a la sala para refrescarse. Tenía que hacer pis.

Me reí al ver cómo arrugaba la nariz. Siempre que su hermanito sentía que no recibía suficiente atención, nos alejaba a su madre o a mí, a menudo utilizando excusas para apurarnos. Nuestra niña era muy astuta.

—Pero no pasa nada —dijo Lyra encogiéndose de hombros—. Hoy he tenido una visión.

—¿La has tenido? —pregunté, picado por la curiosidad—. ¿De qué se trataba?

—¡No puedo decírtelo! Estamos en Veredia —reprendió, haciéndose la adulta—. No intentamos controlar el futuro; solo vivimos para ver qué ocurre.

—Hablas como tu madre —murmuré.

—No —dijo Lyra, sacudiendo la cabeza con tal energía que sus mechones dorados rebotaron alrededor de su cara—. Eso lo dijo el Tío Eryon.

Sonrió mientras yo le fulminaba con la mirada. Luego, tocándose el corazón con la palma de la mano, se despidió y fue a reunirse con Rhaella, con quien había reavivado una apacible felicidad.

Momentos después, Kamala se unió a nosotros llevando a nuestro hijo. Le rodeé la cintura con un brazo y ella se inclinó para recibir un beso.

—No puedo creer que siga avanzando así de esa manera —susurró, mirando a Vahleryon con asombro.

—Yo sí lo creo —dijo Lyra con convicción—. Algún día lo hará de verdad.

—¿Lo hará? —preguntó Kamala.

—Sí. Lo he visto.

Lyra jadeó justo cuando las palabras salieron de sus labios, y luego lanzó una mirada culpable hacia Eryon, por haber revelado la visión que él le había dicho que mantuviera en secreto.

—No pasa nada —dije en tono de conspiración—. No se lo diremos a nadie.

—Yo lo haré —dijo Cyrus burlonamente, antes de zafarse de los brazos de su madre.

—¡Voy a por ti! —dijo Lyra, zafándose de mis brazos para correr tras su hermanito.

Fue una carrera corta que acabó con ella haciéndole cosquillas para que prometiera que se quedaría callado.

—No te preocupes —dijo Kamala con voz tranquilizadora, tras percibir mi pizca de preocupación a través de nuestro vínculo empático—. Sea lo que sea lo que nos depare el futuro, lo afrontaremos juntos. ¿Ves cómo le miran todos? Es una máquina imparable con un corazón de oro. No le temen; le adoran. No tengo miedo porque lo que hemos construido aquí, lo que hemos conseguido con estos niños, juntos, es mágico. Pase lo que pase, estaremos en el lado correcto de la historia.

—Pase lo que pase, estaremos preparados —dije, estrechándola en mi abrazo—. Te amo, mi compañera.

—Y yo a ti, Korletheano.

FIN.







OTRAS OBRAS DE REGINE ABEL

AGENCIA PRIMARIA

Casada Con Un Hombre Lagarto

Casada Con Un Naga

Casada Con Un Hombre Pájaro

Casada Con Un Minotauro

Casada Con Wonjin

Casada Con Un Tritón

Casada Con Un Dragón

Casada Con Una Bestia

Casada Con Un Dríade

Casada Con Un Íncubo

Casada Con Krogal

LOS GUERREROS XIAN

Doom

Legion

Raven

Bane

Chaos

Varnog

Reaper

Wrath

Xenon

Nevrik

Rogue

CRÓNICAS VEREDIANAS

Escapando Del Destino

Destino Ciego

Criando A Amalia

Giro Del Destino

Manos Del Destino

BRAXIANOS

Anton’s Grace

Ravik’s Mercy

LOS REINOS DE LAS SOMBRAS

Destinata Al Espectro

LA NIEBLA

El Mistwalker

La Pesadilla

VALOS DE SONHADRA

La Ciudad de Hielo

La Prisión de Hielo

CUENTOS OSCUROS

La Maldición de Barba Azul

El Jorobado

DONCELLAS DE SANGRE DE KARTHIA

Seduciendo A Thalia

OTROS

Un Alien Para Navidad

Despertar Alienígena

El Hombre de Acero



ACERCA DE REGINE

La autora de best-sellers de acuerdo a USA Today, Regine Abel, es una adicta a la fantasía, lo paranormal y la ciencia ficción. Todo lo que tenga un poco de magia, un toque inusual y mucho romance la hará saltar de alegría. Le encanta crear guerreros alienígenas y heroínas sin pelos en la lengua que se desenvuelven en nuevos mundos fantásticos mientras se embarcan en aventuras llenas de acción, misterio y giros inesperados.

Pero antes de dedicarse a la escritura a tiempo completo, Regine se había entregado a sus otras pasiones: ¡la música y los videojuegos! Tras una década trabajando como ingeniera de sonido en el doblaje de películas y en conciertos en directo, Regine se convirtió en diseñadora profesional de juegos y directora creativa, una carrera que la ha llevado desde su casa en Canadá hasta los Estados Unidos y varios países de Europa y Asia.

Facebook
Sitio web
Grupo de lectores Regine's Rebels
Boletín informativo
Goodreads
BookBub
Amazon